

Hojas sobre las raíces:
antología literaria de autores
tusanes peruanos

Ignacio López-Calvo
Rodrigo P. Campos
compiladores



"Divulguemos la Historia para mejorar la sociedad"

Hojas sobre las raíces: antología literaria de autores tusanos peruanos

© 2007, Palabra de Clío, A. C.
Insurgentes Sur # 1814-101. Colonia Florida,
C.P. 01030, Ciudad de México.

Coordinación editorial: José Luis Chong
Diseño de portada y maquetación: Patricia Pérez Ramírez
Imagen de portada:
Cuidado de la edición: Víctor Cuchi

Primera edición: diciembre de 2022

ISBN: 978-607-8719-25-9

Impreso en Impresora litográfica Heva, S. A.

Todos los derechos reservados. Los contenidos e ideas expuestas en este trabajo son de exclusiva responsabilidad de los autores.

www.palabradeclio.com.mx

Impreso en México - *Printed in Mexico*

A mi amigo Abdallah Martín de Lucas
Para Alicia y Alfonso. También para Rafo, siempre

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer a Rubén Tang
el habernos animado a iniciar este proyecto.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

Ignacio López-Calvo	9
---------------------------	---

AUTORES TUSANES

Augusto Kuan Veng	53
Pedro S. Zulen	60
Enrique Chang Rodríguez	71
Sui-Yun (1955-)	82
Siu Kam Wen	88
Enrique Verástegui	108
Roger Li Mau	118
Julio Villanueva Chang	129
Julia Wong	132
Mario Wong	138
Mario Choy	155
Luis Wong	167
Piero Che Piu	174
Gonzalo Macalopu Chiu	180
Alex J. Chang	201
Nilton Maa	208
Miguel Ángel Sanz Chung	219
Valeria Wong (Bà Lái Di Yà)	224
Fanny Jem Wong	228
Teodoro Rivero-Ayllón	244
Jorge Castillo Fan	249

Cosme Saavedra Apón	255
Alexandra Arana Blas	264
Liliana Com	272
Jorge Huerto Wong	274
Jorge Black Tam	277
Fátima Sarmiento	282
Vedriño Lozano Achuy	286
Yossy Wong	290
Hernán Hernández Kcomt	298
Lucero Medina Hú	304
Rodrigo P. Campos	309

INTRODUCCIÓN¹

Ignacio López-Calvo

Se dice que entre el 15 y el 17 por ciento de los peruanos tiene sangre china. En efecto, Perú, con 990.000 descendientes de chinos, tiene la comunidad más grande de Latinoamérica, y la tercera de las Américas después de Estados Unidos y Canadá (le siguen Brasil, con 280.000² y Panamá, con 140.000; Young 276). Como es bien sabido, sus orígenes no fueron de lo más auspiciosos. Los terratenientes en el recientemente independiente Perú recurrieron a regañadientes a la inmigración china, dada la necesidad de reemplazar progresivamente la mano de obra africana esclavizada, debido a la prohibición británica de 1807 del comercio de esclavos en el océano Atlántico (paradójicamente, los británicos más tarde se involucrarían en prácticas similares a la esclavitud durante la llamada “Trata Amarilla”). Sin embargo, durante varios años muchos trabajadores chinos contratados que desembarcaron en Perú trabajaron en condiciones de semiesclavitud, al lado de africanos esclavizados y sus descendientes.

Entre las razones por las que tantos millones de trabajadores chinos abandonaron su país estaba el cambio en las leyes de migración chinas para aliviar la superpoblación. Los emigrantes huían también de la pobreza, el hambre, la inestabilidad política, el colonialismo europeo y los conflictos armados, incluidas las Guerras del Opio (1839-1843, 1856-1860), la Rebelión de Taiping de inspiración cristiana (1850-1864), la Guerra Sino-Japonesa (1894-1895) y la Rebelión de los Bóxers (1898-1900), que dejaron a millones de personas empobrecidas o muertas.

Al enfrentarse a las mismas dificultades para atraer la deseada mano de obra europea que sus pares cubanos, los terratenientes del Perú recientemente independizado encontraron una solución temporal en los trabajadores chinos contratados. Más adelante, la migración interna china a las

áreas urbanas de Perú, después del final de la Guerra del Pacífico (1879-1883), hizo que las plantaciones volvieran a necesitar mano de obra barata, por lo que esta vez se recurrió a la inmigración japonesa. Perú importó trabajadores chinos con contrato de trabajo (los denominados “culíes”, que hoy en día es una palabra insultante) a partir de 1849 —dos años después de que empezara la llamada “Trata amarilla” en Cuba— para suplir la falta de mano de obra o, más bien, debido a su negativa a pagar sueldos dignos. Los chinos que acabaron en los campos de guano de las islas Chincha padecieron las condiciones de trabajo más inaceptables, así como la tasa de suicidios más alta. Otros trabajaron en las plantaciones de caña de azúcar y algodón y, después de 1868, en la construcción de ferrocarriles.

Más aún que en el caso de Cuba, la tasa de mortalidad durante el viaje transoceánico a Perú fue altísima: por ejemplo, 109 de los 350 a bordo del barco *Lady Montague* perecieron. Y, por si cabía alguna duda, en 1856 el gobierno peruano admitió que un tercio de los “culíes” importados murieron durante aquellos viajes interoceánicos. Ya una vez en Perú, sus posibilidades de supervivencia eran aún menores, pues, según Isabelle Lausent-Herrera, “entre 1849 y 1876 casi la mitad de los chinos traídos al Perú (de 9 a 40 años, rara vez mayores) murieron por agotamiento, suicidio o malos tratos” (“Tusans” 143). Como sucedió en Cuba, a veces los terratenientes peruanos contrataban capataces de origen africano que en ocasiones usaban castigos físicos contra los trabajadores chinos, lo que era causa frecuente de conflictos interraciales, junto con las relaciones entre hombres chinos y mujeres negras. Para cuando esta inhumana trata terminó en 1874, después de la firma del Tratado de Amistad y Comercio de Tientsin (Tianjin), aproximadamente 100.000 trabajadores contratados, en su mayoría hombres, habían llegado al Perú, convirtiéndose en un factor importante en el desarrollo de la agricultura costera del país. En contraste con la comunidad china en Cuba, que usó a su participación en las Guerras de Independencia contra España como motivo de orgullo étnico y como una manera eficaz de justificar su pertenencia a la nación cubana, aproximadamente 1.500 trabajadores chinos contratados en Perú, cansados de los abusos que habían sufrido, se pusieron del lado del ejército invasor chileno durante la Guerra del Pacífico. En venganza, el 15 de enero de 1881 aproximadamente 300 chinos fueron asesinados y los negocios chinos fueron saqueados, aunque muchos otros chinos en la comunidad permanecieron leales al lado

peruano e incluso donaron su dinero para la causa peruana. Entre las numerosas contribuciones económicas y culturales realizadas por la comunidad sinoperuana, una de las más destacadas es el chifa o restaurante chino peruano, cuya comida se ha convertido en parte central de la rica tradición culinaria del Perú.

Como se observa en esta antología, los tusanes han hecho importantes aportes a la literatura peruana. Camila Osorio, en su artículo “El otro bum de la literatura peruana”, publicado el 26 de noviembre de 2021 en el diario español *El País* con motivo de la celebración de la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara, celebra la diversidad del nuevo grupo de representantes literarios de Perú, el país invitado de honor de 2021. Tras la intervención del nuevo gobierno del presidente Pedro Castillo, que modificó la lista de autores proporcionada por el gobierno anterior, aparecieron incluidos autores de los Andes, como Cha’ska Ninawaman, autora del poemario *Los murmullos de Ch’askascha*, y de la Amazonía, como Bagua Dina Ananco Ahuananchi, autora de *Sanchiu*, el primer poemario en lengua wampis. No obstante, en el artículo de Osorio siguen claramente ausentes de dicha diversidad los autores de origen asiático y africano, quienes de veras existen, como tratamos de dejar claro con esta antología.

Afortunadamente, la literatura tusán tuvo representación en la FIL gracias la participación de Gonzalo Macalopu Chiu, autor de novelas gráficas y ahora becado en Francia. Además, Julia Wong, si bien no formó parte de la delegación oficial de Perú, fue invitada por la Universidad de Guadalajara y participó en el panel “Estas voces existen. Escritoras peruanas contemporáneas”.

Nuestra antología, *Hojas sobre las raíces* se concentra en literatura de diferentes géneros (prosa, poesía, ensayo) producida por tusanes, es decir, peruanos de origen chino. Por medio de su producción cultural, estos escritores y escritoras reclaman su derecho a formar parte del imaginario nacional peruano, negocian sus diferencias culturales y ofrecen una visión más transnacional de lo que se podría considerar la peruanidad, más allá de la tradicional dicotomía entre las cosmovisiones andina/indígena y costeña/criolla. Como es bien sabido, a lo largo de la historia se ha recurrido a este tipo de discurso del mestizaje, tanto en Perú como en México, y otros países de la región, para criollizar veladamente la cultura indígena y silenciar a otros grupos étnicos de origen asiático, africano, etc. En este sentido, la

escritura como acto socialmente simbólico otorga a esta comunidad étnica una voz, una agencia cultural y política tanto a nivel individual como colectivo que les permite defender una cosmovisión alternativa a la eurocéntrica. Ahora bien, aunque es cierto que en muchos casos la voz tusán reescribe un subtexto histórico e ideológico preexistente que comienza con la llegada de los primeros trabajadores contratados de China, en realidad no tiene por qué esperarse que los escritores tusanes hablen necesariamente desde un posicionamiento étnico; son primeramente escritores y escritoras (o escritores peruanos y latinoamericanos) y, como tales, pueden tratar, por supuesto, sobre cualquier tema. Por esta misma razón, en esta antología se encontrarán tanto textos que tratan temas chinos o tusanes, como otros que no lo hacen.

La emergencia de escritores tusanes en los últimos años refleja la aparición de un discurso minoritario diaspórico que había permanecido durante décadas en estado embrionario. Si hemos de buscar el origen de dicho discurso, habría que retrotraerse a los escritos del inmigrante chino Augusto Kuan Veng y del tusán Pedro Zulen. El poemario *Mei Shut. Poemas en prosa* (1924) de Kuan Veng, así como los escritos indigenistas y la poesía de Zulen, publicados a mediados de los años veinte del siglo pasado, abren la puerta a una incipiente escritura tusán. Lamentablemente, tras estos próceres en se refleja nuestra antología una laguna en la voz literaria tusán hasta la llegada de Enrique Chang Rodríguez (1922-1999), quien siguió estudios de literatura en universidades de Perú, España y Alemania, y publicó las novelas *El Dorado* (1960) y *Pobre Julián* (1961), los ensayos *El mito de Osiris* (1964), *La leyenda hirámica* (1975) y *La noche cósmica*, así como los poemarios *La palabra perdida* (1980) y *Para ella* (1958). En *El Dorado* Chang Rodríguez homenajea a los indígenas americanos en su lucha por la supervivencia de su civilización.

La palabra perdida es una colección de poemas religiosos, metafísicos y filosóficos en la que el tema del tiempo es recurrente. Algunos recuerdan la poesía mística en su descripción de la impaciencia del místico por estar en presencia de Dios. Con toques de existencialismo, varios poemas se dirigen directamente a Dios para darle gracias, utilizando, con frecuencia, un léxico bíblico. La voz poética, que dice estar escuchando una voz divina, desea la fe y la gracia necesarias para alcanzar la salvación. En “Soy lo que no soy”, quizás uno de los mejores poemas de la colección, Chang Rodríguez

pasa a un talante aún más filosófico y existencial: “Cinco mi propio ser / de absurda geometría / buscando entre tinieblas / la luz vertical de mi principio. // Yo soy lo que no soy, / mi propio tiempo y dimensión de espacio, / cerebro de un átomo perdido / en la ruta de la luz y el tiempo. // Soy la forma ponderable del vacío, / verdad, duda y mentira, / pretendiendo descifrar mi origen, / en la incógnita algebraica de mi signo” (s.p.).

A Chang Rodríguez lo seguirá Sui-Yun (1955-) con su primer poemario de 1977. Que yo sepa, no existe una literatura tusán que haya sido publicada entre 1930 y 1977, lo que nos brinda una idea de lo adelantados a su tiempo que estuvieron Kuan Veng y Zulen.

Por su parte, el poeta, periodista y dramaturgo Augusto Kuan Veng nació en China en 1900. Publicó crónicas periodísticas en el diario *El Comercio*, cuentos en el diario *Correo* y la colección *Mey Shut, poemas en prosa*, que incluye, más que poemas en prosa, sugerentes parábolas, impresiones y cuentos moralizadores. Escribió y dirigió, además, el drama *Li Tong Xhu (El hijo de la concubina)*, estrenado en el Teatro Municipal en 1925, que, lamentablemente, se encuentra extraviado. El prólogo de Óscar Miró-Quesada, profesor de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y director de la revista *El Comercio*, afirma que su autor, colaborador de su diario, nació en China y habla un español impecable. Miró-Quesada elogia su idealismo y el carácter moralizador de su prosa: predica la sencillez, la modestia, el altruismo, la compasión, la bondad y el amor. También subraya la influencia de Mencio (Mengzi) y Confucio (Kung-Fu-Tao), pero argumenta que no está influido por Lao-Tsé. Sin embargo, en mi opinión, la influencia del taoísmo y el *Tao Te Ching* en *Mey Shut* es evidente. Inevitablemente, Miró-Quesada, como otros comentaristas, cayó en los tópicos de la época: “El alma de su raza emana su perfume ancestral a través de las complicaciones del occidentalismo: las delicadezas de asiático se armonizan con los refinamientos del europeo” (s.p.).

El poeta modernista peruano José Santos Chocano comparte la misma admiración por el carácter sedante y espiritual del libro, y ve intertextualidades con el escritor bengalí Rabindranath Tagore (1861-1941) y con la literatura tradicional de India y China. A su vez, otro modernista, el poeta español Francisco Villaespesa, expresa su sorpresa por el dominio de la lengua española por parte de Kuan Veng y “el sentir hondo y puro y el pensar alto y claro, que son las eternas y supremas virtudes de su raza” (s.p.) evidente

en la obra de “Este pálido y exótico creador de bellezas perdurables” (s.p.). José Gálvez también celebra cómo Kuan Veng combina su control de la lengua española con lo que él considera estilizados trazos orientales.

En “Idealidad” el autor insiste en la necesidad de luchar por una ilusión, sueño o ideal, incluso si jamás llega a cumplirse. Quizás haciéndose eco de las ideas del filósofo alemán Arthur Schopenhauer, Kuan Veng insiste en que, aunque pensar nos lleve a veces al sufrimiento, como seres humanos estamos condenados y obligados a ello: “Vivir, luchar y soñar: he aquí la trinidad de la existencia...” El tono filosófico continúa en “El mar” y “Nocturno”, donde el narrador encuentra respuestas definitivas en la naturaleza. La segunda historia de la colección, titulada “Contraste”, representa una parábola de las muy distintas perspectivas de la vida que nos proporciona la edad. Por otra parte, en el texto metaliterario “Las fuentes de la inspiración”, el autor ofrece consejos a quienes aspiran a ser poetas: llenar de espiritualidad los versos por medio de la devoción a los dioses; dejar que el amor nos proporcione una sensibilidad exquisita; y que el pensamiento en la muerte nos lleve a la inquietud de lo infinito. En “Voces maternas. Sé sencillo” se percibe la influencia del confucianismo con el énfasis en la lealtad filial confuciano o *xiao*: el narrador se hace eco de las palabras de su madre, sugiriendo que hay que ser sencillo, modesto y puro como un loto. Aquí aparece uno de los llamados “tres tesoros” del taoísmo (o daoísmo): 1) compasión o amor; 2) frugalidad o simplicidad; 3) humildad o modestia. Además, nos advierte, se debe evitar ser arrogante (un precepto común en el *Tao Te Ching*) y la adoración del dinero y lo material. Predica, asimismo, la lealtad filial recomendada por el taoísmo en “Amor ideal”, “Simbólico”, “Madre mía” y “Plegaria”: si bien en “Madre mía” la voz poética declara su amor eterno a su madre y le promete ser buena persona, como ella misma le pidió, en “Plegaria” le ofrece a Dios su propia vida a cambio de que su madre recobre la salud. El autor continúa con su moralización, en términos taoístas, en “Amor ideal” y “Simbólico”, donde exhorta a sus lectores a evitar amar solo el dinero o la belleza, ya que estos son mutables e inestables; en lugar de buscar bienes materiales, nos amonesta, hay que buscar almas nobles y amorosas.

El aprecio que siente Kuan Veng por la naturaleza, de la que, según él, tanto podemos aprender, se observa en textos como “El mar”, en el que le agradece su inspiración para pensar en el amor, la tristeza, el dolor y el

infinito, así como en “Nocturno”, donde la luna inspira al autor descifrar los enigmas de la vida y del amor. Otros relatos como “Corderillo” y “Las nubes” son parábolas sobre la justicia humana o anécdotas de la vida cotidiana que sirven de ejemplo sobre cómo ser bondadoso, humilde y noble. Algunos textos están ambientados en una China idealizada y describen antiguas tradiciones como el festival de la luna. Finalmente, en “El primer beso”, Kuan Veng exhibe una doble visión, ya que sus personajes son descritos desde un punto de vista occidental: “Sus ojos artísticamente rasgados me miraban tiernamente” (s.p.).

En la última página del libro de Kuang Veng se anuncia la próxima publicación (es decir, en 1924) por la editorial Lux de otras dos obras suyas: *La esposa invisible (Poema lírico para mujeres) Chay Yen* y el mencionado drama *El hijo de la concubina (Ly Tón Chu)*. Desgraciadamente, no he logrado localizar estas obras. Para encontrar otro autor peruano nacido en China que sea representativo, habremos de esperar a la aparición de la obra de Siu Kam Wen, que nació en 1951 en Zhongshan (Chungshan), provincia de Guangdong, y emigró con su madre a Perú en 1959 para reunirse con su padre.

Por lo que respecta a Pedro Zulen (Lima, 1889-1925), su nombre completo era Pedro Salvino Zulen Aymar. Hijo de un inmigrante chino llamado Pedro Francisco Zulen (Gui Tíng Sū, 贵廷蘇) y de una peruana llamada Petronila Aymar, su verdadero apellido chino era Sū [蘇]. Fue bibliotecario, así como filósofo y activista en pro de los derechos indígenas y en contra del centralismo político de Perú. Zulen estudió ciencias naturales, matemáticas, filosofía y jurisprudencia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, cuya biblioteca lleva hoy su nombre. En 1909, fue uno de los fundadores de la Asociación Pro Indígena. Sus problemas con la tuberculosis le hicieron abandonar sus estudios en Harvard en 1916, por lo que regresó a Perú, estableciéndose en Jauja. Tres años más tarde, fue arrestado en esta localidad peruana, acusado de anarquismo y de incitar a los campesinos a la rebelión. Más tarde regresaría a Harvard a continuar sus estudios de filosofía, a los que añadió esta vez los de bibliotecología. Gracias a ello, a su regreso a Lima consiguió un puesto como catalogador en la biblioteca de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de la que acabaría siendo director. Completado su doctorado en letras en 1924, pasó a dictar un curso en psicología y lógica. En 1924 publicó su tesis doctoral *Del neohegelianismo al neorealismo (sic): estudio de las corrientes filosóficas en Inglaterra y los Estados Unidos*

desde la introducción de Hegel hasta la actual reacción neorealista (sic), así como un resumen del curso que dictó titulado *Programas de Psicología y Lógica* (1925). Dejó publicados, además, numerosos artículos periodísticos sobre indigenismo, descentralización política y reforma universitaria. De su centralidad como intelectual público en Perú habla el hecho de que aparezca como personaje en la novela *El mundo es ancho y ajeno* (1941) de Ciro Alegría (1909-1967) y en la novela *Dora* (1989) de José B. Adolph (1933-2008); Siu Kam Wen menciona también brevemente a Zulen en su novela *Viaje a Ítaca* (1993).

Mejor prosista que poeta, Zulen publicó sus numerosos poemas, además de en diarios y revistas, en una colección póstuma titulada *El olmo incierto de la nevada*, compilada por Dora Mayer gracias a las donaciones de sus amigos. Si bien, como recuerda Mayer, Zulen no se consideraba poeta (al parecer, les decía a sus amigos que solo componía unos cuantos versos), a él se le atribuye haber introducido el haiku en Perú. Esto quizás sea indicativo de una subjetividad panasiática que, por lo demás, está ausente en el resto de su obra.

El siguiente es uno de los que él consideraba haikús (si bien el número de sílabas de los versos no corresponde a los de un haikú tradicional, 5-7-5): “Al golpe del oro solar / Estalla en astillas / El vidrio del mar” (Zúñiga 34). Mayer sostiene que la poesía de Zulen lo retrata no tanto como era, sino como le habría gustado ser. La describe, asimismo, como la única ventana a su misteriosa personalidad: “por eso a su poesía acudo, estimándola como la llave milagrosa al arcano de su personalidad” (6). En los poemas de Zulen, Mayer encuentra pureza, bondad, ensoñación, filosofía y ética.

En *El olmo incierto de la nevada* encontramos el lado más íntimo del poeta. Las frecuentes exclamaciones, las falacias patéticas, sus referencias a los cementerios y el tono exaltado general de la colección le dan tintes románticos. Un epígrafe del médico español y premio Nobel Santiago Ramón y Cajal introduce el libro, sugiriendo que este homenaje a Zulen debe ser considerado como una estatua erigida a él: “la estatua más perdurable está representada por el libro” (3). En el siguiente pasaje de Zulen, el poeta admite humildemente que ha guardado estas “Pequeñas y pobres y desiguales páginas” (9) porque recuerdan sus viajes y aventuras. En esa misma línea romántica, la solidaridad de Zulen con las naciones y grupos oprimidos se

expresa en el cuarto texto de la colección, “A Irlanda”,³ donde elogia la orgullosa y rebelde lucha del pueblo irlandés contra el imperialismo inglés: “Y todo hombre que ame la justicia por la justicia, sin temores ni términos medios, tendrá que hacer suya tu causa” (29). Zulen propone la rebeldía irlandesa como modelo a seguir por otras naciones colonizadas: “Porque todos los pueblos oprimidos, bajo la férula de las bayonetas, fortalecen su esperanza al contemplar tu fe inquebrantable” (29). Termina su alabanza con un vocabulario modernista y, haciendo una obvia referencia a *The Tempest*, de William Shakespeare, con un enfoque poscolonialista que reconstruye el canon inglés a través de una lectura alternativa: “Calibán torpe y grosero desaparecerá ante la sombra de Ariel divino!” (29). Quizás con la mente puesta en su verdadera pasión, el indigenismo en Perú, Zulen encuentra un eco al otro lado del Atlántico y celebra la lucha por la justicia y contra el despotismo y la opresión. Por este camino, algunos versos del poema “Polirritmo. (Rima libre)” (1911) revelan las primeras preocupaciones sociales de Zulen y su empatía por la difícil situación de los indígenas peruanos: “Fervorosa / ella implora / a la diosa / por que cesen los quejidos de las que- nas, / por que esfumen los dolores / y las penas / que aclimatan las prisiones / o la sierra” (10). En poemas como “Rimas morosas” todavía se oyen ecos del vocabulario modernista (“azur”), así como un exceso de exclamaciones que recuerdan al romanticismo decimonónico. El mismo tono se percibe en poemas de amor como “Obsesiones” (1912), “Romántica” (1918), “Soñaba” (1918) y “Gladys”. Otros poemas declaran su admiración por Edgar Allan Poe y Walt Whitman, describen nevados paisajes urbanos de Massachusetts o se adentran en la esfera metafísica de la eternidad.

Por otra parte, varios de sus poemas entran en diálogo con su discurso filosófico. Así, en “Pampsiquismo”, publicado en la revista *Balnearios* en 1911, se reflejan sus creencias en la filosofía idealista al dar prevalencia a lo inmaterial sobre lo material, con lo que rechaza el positivismo mecanicista y propone que la experiencia se basa en la actividad mental: “Y con todo ¿es la malla existencia / objetiva en la materia? ¿dó se anida?... // Dejad a mis poetas, los que riman ilusiones, / los que glorian la conciencia, creadora de la malla, / cantar el devenir, con baladas y canciones / que es la urna inmaterial, verdadera, donde se halla”. Igualmente, el cuento que abre *El olmo incierto de la nevada*, “El errante”, publicado por primera vez el 25 de febrero de 1923 en la revista *Balnearios*, explora el tema de la reencarnación:

“Ya vendría la muerte, la reencarnación, un nuevo existir” (13). Los matices románticos continúan mientras el narrador habla de una tempestad de emociones: se siente incomprendido, alienado de la sociedad y afirma no saber qué es la adversidad porque “no había vivido más que un único estado. Solamente conociendo otros estados, podría comparar, establecer diferencias” (13). Pero cierra el texto acogiendo esta misma adversidad, puesto que suscita emoción e inspiración para la escritura. Admite de nuevo con alegría la adversidad en el poema “Cantares”, porque siempre trae esperanza. Por el contrario, la última estrofa de su poema de 1923 “¿Qué será de ti, voluntad?” destila desesperanza, quizás porque se ha vuelto más consciente de su propia mortalidad: “Vence voluntad, / verdad. / ¿Pero después? / Desgastan tus fuerzas, / un día ya no podrás. / La vida al verte sin ellas / te abandonará” (58).

El primer poema de la colección sigue la tradición, compartida en Perú por los autores tanto tusanes como nikkei, de rendir homenaje a padres y abuelos. En este caso, Zulen, “desde un país lejano” (17), probablemente Estados Unidos, agradece a su madre por iluminarlo y enseñarle a ser apasionado y valiente. Nos explica que sus oraciones lo salvaron y le devolvieron la vida. El siguiente texto, la breve nota homónima “El olmo incierto de la nevada”, publicada anteriormente en *Balnearios* el 11 de marzo de 1923, revela que Zulen se comunica y aprende de un olmo desde hace casi dos años. Este es el olmo personificado que ve desde la ventana de su dormitorio en la Universidad de Harvard. Dentro de la tradición japonesa del haiku que admira Zulen, el narrador intenta descifrar su destino y encontrar respuestas a preguntas metafísicas observando los cambios estacionales de la naturaleza. El autor llama al árbol su amigo y confidente, y afirma amarlo. Las estaciones pronto le muestran la verdadera naturaleza del árbol: “La mayor parte del año sabía ocultar su verdadero modo de ser. Era necesario llegar a la estación de los hielos para descubrirle. Aparecía entonces sin ropajes” (21). Al final, el narrador concluye que, si ha podido comprender el árbol, es porque también él mismo es en parte olmo. La comunicación y relación armónica del autor con la naturaleza es tal que se ha convertido en objeto de estudio: “de no tener algo de olmo, no habría congeniado con él, no le habría comprendido” (24). Estas líneas recuerdan el concepto de no dualidad entre el vidente y lo visto, buscando la fusión de sujeto y objeto, que comparten el taoísmo y el budismo. La historia también recuerda

la amistad y las conversaciones de José María Arguedas con un pino de 120 metros de altura en Arequipa, como se relata en el tercer diario de su inacabada y póstuma novela *El zorro de arriba y el zorro de abajo y el zorro de abajo* (1971).

El segundo poema de la colección, “Invocación a Poe”, escrito originariamente en 1921, mientras estudiaba en el Harvard College, continúa con los tonos y el vocabulario romántico y modernista latinoamericano de escritos anteriores. Compartiendo la admiración de los modernistas por Edgar Allan Poe, Zulen replica los escenarios macabros de Poe, que se hicieron famosos en el poema de Poe “El cuervo” (1845) y en sus cuentos como, por ejemplo, “The fall of the house of Usher” (La caída de la casa Usher, 1839). Así, compara morbosamente a la humanidad con un “Satánico reguero / de escorpiones dolientes” (33) que explora la muerte. El rechinar de dientes, el chirriar de las bisagras de las puertas y los truenos de las tormentas románticas anuncian la presencia del propio Poe. El poeta tusán menciona un cuervo y Lenore (Leonora), como en el poema de Poe de 1843. Zulen dedica, además, un poema, “Walt Whitman en las bacanales”, a ese otro gran poeta norteamericano tan admirado por los modernistas latinoamericanos. Basándose en la entonces controvertida y abierta sexualidad de la colección de poesía *Leaves of Grass* (1855) y en la propia sexualidad de Whitman (se cree que era homosexual o bisexual), en el breve poema de Zulen el poeta estadounidense pide néctar y luego se pregunta cómo puede dormir Shakespeare con todas las risas y ruidos de las bacantes.

Los otros poemas de la colección, de diferente calidad estética, tratan diferentes aspectos del amor. En “¿Podremos olvidar?” y “Primer amor”, por ejemplo, recuerda un beso pasado o su primer amor, utilizando diminutivos afectados, como “De las manos agarraditos” en el primer poema, y “Pasa, pasa / apuradito / mi amorcito” en el segundo. Los poemas restantes son autorreflexivos, como se ve en “Rimas amorosas” y “Mi verso”, o describen paisajes románticos con numerosas exclamaciones, como es el caso de “Preludio”, “Diapasón” y “Humano fragor”.

En definitiva, las colecciones *Mey Shut: poemas en prosa* (1924) de Kuan Veng y *El olmo incierto de la nevada* (1930) de Zulen, que incluyen prosa, poesía y prosa poética, representan un hito en la literatura peruana, pues inauguran, si bien con altibajos estéticos, la literatura tusán. Además de reflejar la recepción de movimientos literarios de origen europeo, como el

romanticismo, o latinoamericanos, como el modernismo, en el caso de Kuan Veng se empieza a apreciar una *sui generis* cosmovisión de origen chino.

Como ya se mencionó, la autora que resucitará la entonces adormecida tradición literaria tusán creada por Zulen y Kuan Veng será Sui-Yun, quien ha publicado los poemarios *Cresciente* (1977), *Rosa fálica* (1983), *Cantos para el mendigo y el rey* (1999), *Soy un animal con el misterio de un ángel* (2000), *Sueños de otorongo* (2004), *Cada vez que me ve el viento* (2017) y *Alrisha* (2018). De padres comerciantes cantoneses que emigraron antes de la Revolución China y la menor de cinco hermanos, nació en la ciudad amazónica de Iquitos. En 1981, su poemario *Rosa fálica* obtuvo una “mención de honor” del Premio de Poesía Mairena de Puerto Rico. Más tarde, *Les Cahiers du Desert* publicó una traducción francesa de esta colección realizada por Marcel Hennart. Sus poemas han sido incluidos en varias antologías y revistas internacionales. Su padre, Alfonso Wongon, llegó a Iquitos a mediados de la década de 1930, a los dieciséis años y luego de un viaje de tres meses, donde se reunió con su hermano mayor Emilio. Regresó brevemente a China para casarse con Elena Loo Chong, exvecina y compañera de escuela.

Aunque el nombre legal de la poeta es Katie Wong Loo de Geitz, su madre soñó, días antes de que naciera la futura poeta, con el nombre chino Sui-Yun, que significa “flor florecida”.

Sui-Yun ha trabajado como periodista y traductora, y actualmente dirige un centro holístico que busca armonizar el cuerpo con la mente a través de la aromaterapia y elementos naturales, como hierbas medicinales, jade y arcilla para tratamientos de la piel. Ha vivido en Europa, pero actualmente reside en Perú. En la última página de su colección *Rosa fálica*, explica que estudió en Roosevelt High School, el California College of Arts and Crafts y el American College de París. Luego, durante un viaje a España, conoció a dos poetas españoles, Carlos Edmundo de Ory y Pablo del Barco, quienes la persuadieron para que dejara de escribir en inglés. Su primera colección de poesía en español, “Spirales”, escrita en 1978 y publicada como parte de *Soy un animal con el misterio de un ángel*, fue el resultado de su estímulo para escribir en “su idioma”. Sin embargo, como Sui-Yun reveló en nuestra entrevista, el español no era su único idioma, ya que sus padres hablaban una mezcla de hakka y castellano en casa. También aprendió inglés a una edad temprana de un misionero estadounidense amigo de su padre.

La combinación de su vida en la selva amazónica y el trabajar en una tienda que vendía artículos de lujo y curiosidades importadas de China aumentó la imaginación de Sui-Yun. En nuestra entrevista, afirmó que su cosmovisión es “legítimamente selvática” (s.p.). La poesía de Sui-Yun muestra una preocupación ecológica, así como una visión cosmogónica sobre la influencia de los cuerpos celestes en nuestras vidas. Recuerda haber crecido rodeada de naturaleza en la Iquitos amazónica, de peces de colores, montones de seda natural, brocados, porcelana, perlas y olor a sándalo. A este mundo exótico de naturaleza exuberante, ella agrega la herencia cultural china de sus padres. Su padre, que criaba peces, le dijo una vez: “¿Ves el rayo de luz profundizándose en el agua? De allí nacen los peces...” (99). Cuando era niña, a Sui-Yun le encantaba escuchar sus historias sobre sus aventuras y viajes en China y Perú. Maan Lin ha destacado la importancia de la educación china de Sui-Yun: “Ella ha dicho que aunque su educación es occidental, la formación de su familia es china y que siente que el chino siempre está latente en ella. Intenta contrarrestar los rasgos occidentales de su educación viviendo un estilo de vida chino” (54). De hecho, para Sui-Yun sigue siendo una gran fuente de inspiración esa infancia que asocia con hermosos entornos naturales, montones de seda y cordones y brocados chinos; en definitiva, el momento más feliz de su vida. Según recordó, para muchos lugareños, la tienda de sus padres era como un templo misterioso con olor a incienso donde podían encontrar todo tipo de productos exóticos, desde estatuas de porcelana de personajes de la mitología china hasta curiosidades orientales.

Curiosamente, Sui-Yun aceptó una invitación para representar, en marzo de 2004, tanto a Perú como a China en la Giornata Mondiale della Poesia (Día Mundial de la Poesía), en Frascati, Italia. Wong afirma que puede representar a China porque es “china genéticamente” (s.p.) y porque su padre le enseñó un poema en chino que recitaba mientras veía la luna llena en Iquitos.

Sin embargo, aclaró que se identifica con “la China clásica” (s.p.). Sui-Yun no ha olvidado los insultos y amenazas de sus compañeros de clase de un colegio católico de Iquitos. Recuerda, por ejemplo, que la llamaran “jalada” (“ojo sesgado”), un insulto racial dirigido contra los asiáticos en Perú. El rechazo de sus compañeros de clase por su fenotipo, junto con sus diferentes hábitos culturales y cosmovisión, hizo que sentirse peruana fuera difícil y contribuyó a su sentido de desarraigo y a una mayor identificación

con la cultura china. Por eso, explica Sui-Yun, siempre se ha sentido como una extranjera en Perú y se niega a olvidar que una vez fue excluida.

Pronto se dio cuenta de que pertenecía a una cultura diferente y comenzó a buscar una identidad. Sui-Yun ahora se considera doblemente “oriental”: sus padres son chinos y educados en China, y nació en Iquitos, en la parte oriental del Perú, hecho que, como ella señala, la convierte en una poeta “provinciana”. Al comparar las visiones feministas en las obras de Sui-Yun y las de Carmen Ollé, Ramiro Lagos afirma condescendentemente: “he ahí otro contraste entre una poeta urbana y otra de provincia, casi selvática, en el buen sentido de la palabra” (Beltrán Peña: 271; énfasis mío). Maan Lin agrega a esta observación:

Aunque creció en Perú, Sui-Yun se siente desplazada allí, dice, porque los peruanos la hacen sentir como una extranjera. Allí se siente doblemente incomprendida, primero como china y luego como poeta. De hecho, después de haber vivido en Perú, Estados Unidos y Europa, todavía está buscando un lugar en el que se sienta su hogar. Por eso, la esencia de su poesía es la manifestación del amor como territorio. Dice que, al carecer de lealtad a cualquier nación, reemplaza el territorio político por un territorio de amor y de lazos ancestrales. (57)

Sin embargo, la nueva relevancia geopolítica de la República Popular China está cambiando la percepción popular de las comunidades chinas en toda América Latina. Así, como confesó en nuestra entrevista, “antes el ser china causaba bipolaridad porque no era rubiecita; ahora los tiempos han cambiado. Ser china en un mundo globalizado es sinónimo de ser dueña de otros potenciales y otra sabiduría [...] que recién el occidente culto se interesa” (s.p.).

Aunque Sui-Yun ahora vive en Perú, ha vivido en España, California, París y Alemania. En su entrevista con Pedro Escribano, niega cualquier relación entre el erotismo de su poesía y el de cualquier movimiento literario peruano; explica que, más bien, la experiencia internacional ha influido en su poesía: “Yo escribo así porque son mis vivencias, es mi temperamento, naturalmente es una simbiosis de las distintas culturas de las que he bebido” (20). Quizás una prueba de la “falta de hogar” y del desarraigo cosmopolita de Sui-Yun es que la mayoría de los poemas de su primera

colección, *Cresciente*, los escribió en inglés. Sui-Yun escribió este libro, el primero publicado por un tusán desde la muerte de Zulen, en Oakland, California, durante el año académico 1976-1977, mientras estudiaba Historia del Arte y Drama en el California College of Arts and Crafts. Mientras estuvo allí, tomó un curso de literatura con el dramaturgo y poeta Michael McClure (1932-), miembro de la generación *Beat*. En su clase, hacían ejercicios de “corriente de conciencia” y leyeron *Indian Tales* de Jaime de Angulo, una colección de cuentos de nativos americanos sobre la comunicación con la naturaleza que influyó en su escritura. Publicado en California en 1977, Sui-Yun dedicó el poemario *Cresciente* “Al Universo”, que proporciona una pista sobre sus temas espirituales. Todos los elementos de la naturaleza, particularmente la luna y el sol, trabajan al unísono para expresar los sentimientos de amor y armonía del poeta a través de una patética falacia extendida.

En 1983, Sui-Yun publicó su segundo poemario, *Rosa fálica*, esta vez en Lima. Con poemas ahora escritos en español, aunque con líneas esporádicas en francés e inglés. El título sugiere una continuación de su búsqueda del equilibrio yin-yang entre fuerzas opuestas complementarias (femenino y masculino). La autora definió este libro como un “Manifiesto del amor como territorio” (citado por Barcellos 262) y como búsqueda del amor como principal razón de vivir. En él, encontramos la unión incondicional y el constante enfrentamiento entre mujer y hombre, a través del amor y la sexualidad. Aunque el símbolo de la luna se encuentra en el poema “Reportaje a Iquitos”, el mundo natural ya no es tan frecuente como en la colección anterior. En cambio, la pasión y el amor son sus temas centrales.

Sui-Yun ha declarado recientemente que ahora se identifica más fuertemente con la naturaleza. Este enfoque se nota en la breve colección bilingüe español-alemán *Cantos para el mendigo y el rey / Gesänge für den Bettler und den König* (edición autopublicada). Sui-Yun la considera su colección más espiritual. Si bien el poema “Cristo de Copacabana” refleja cierto misticismo cristiano, sobre todo cuando la voz poética se postra a los pies de Cristo y declara su intención de seguir sus pasos, los demás poemas se tornan en un panteísmo que fusiona sus vivencias. en Europa con recuerdos de la cuenca del Amazonas peruano.

La siguiente colección de Sui-Yun, *Soy un animal*, incluye los quince poemas de “Spirales,” la colección inédita que escribió después de *Cresciente*, y la primera en español. Según explica en una entrevista con Escribano,

el título proviene de la primera línea de un poema que escribió en los años ochenta sobre su búsqueda de la espiritualidad. En *Soy un animal*, entre numerosas imágenes surrealistas (reconoce la influencia de André Breton y Paul Éluard, y tradujo el “Manifiesto surrealista” de Breton de 1924 entre 1980 y 1981), Sui-Yun menciona a sus padres y evoca su origen étnico con referencias a la Ruta de la Seda, su propio cuerpo sedoso y elementos que suenan asiáticos, como bambú, lichi, sake y harakiri, entre otros. También recuerda las rupturas amorosas. *Soy un animal* vuelve, por tanto, al erotismo de colecciones anteriores.

Sueños de Otorongo, autoeditada por Sui-Yun, puede considerarse una ceremonia religiosa cósmica donde la voz poética y su amante alcanzan una conciencia superior a través de su conexión sexual y espiritual. Estos poemas describen las meditaciones nocturnas, los recuerdos eróticos y los deseos de la voz poética a través de frecuentes sinestesias y un llamado a los cinco sentidos.

A pesar de las afinidades con la poesía de Julia Wong, hay que señalar que abundan las diferencias entre las obras de los dos poetas tusanés. En la poesía de Sui-Yun, por ejemplo, no se puede encontrar prominente la identificación con los indígenas peruanos andinos en la poesía de Julia Wong. Aunque Sui-Yun vivió en una zona rural identificada, tanto cultural como geográficamente, con el mundo andino, no se relaciona con él, pues sus afinidades parecen más cercanas a las de las culturas indígenas amazónicas. Al ser de la ciudad amazónica de Iquitos, fue influida por la cosmovisión de su región. En general, la poesía de Sui-Yun, como la de Julia Wong, se conecta con un localismo cosmopolita que se identifica con valores pluriversales mucho más allá de las fronteras nacionales del Perú. Como confesó en nuestra entrevista:

Desde niña yo escuchaba las narraciones de mis padres. Su travesía por barco desde China a Perú, era la mejor película porque los protagonistas eran mis progenitores. Desde niña yo sí ansiaba conocer el mundo y romper fronteras. Me disgusta enormemente la mentalidad provinciana sin mayor visión de las cosas. (s.p.)

En este contexto, aunque Sui-Yun se identifica con la selva amazónica, su apreciación de los elementos naturales es universal: es el cosmos y

los cuerpos celestes, más que una naturaleza que la cautiva. En su búsqueda espiritual (o mística, como ella a veces la define), intenta interpretar los símbolos encontrados en el universo, junto con los de sus sueños.

En los textos de Sui-Yun seleccionados para esta antología se observa su interés por los ciclos de la vida y la muerte en la naturaleza se reflejan “El extremo de los dioses”, el primer poema suyo incluido en esta antología. Asimismo, su identificación con los elementos del cosmos se refleja en “Imperturbable cosmos”. Otros poemas se hacen eco de su herencia china, como en “Pastel chino” o en “Poema al abuelo” y “El emigrante”, dedicados a su abuelo y a su padre, respectivamente.

Por fortuna, a los textos de Kuan Veng, Zulen y Sui-Yun les seguirán textos claves del discurso literario tusán, como las novelas y cuentos de Siu Kam Wen (1950-), un autor nacido en China. Muchos de sus escritos exploran la autoexplotación familiar en tiendas de ultramarinos y los obstáculos que encontró siendo un joven nacido en China y criado en Perú. Siu Kam Wen nació en 1950 en Zhongshan, en la provincia china de Guangdong. Vivió con su familia en China seis años hasta que en 1956 se mudaron a Aberdeen, en las afueras de Hong Kong. Dos años más tarde, a los ocho años, Siu Kam Wen se mudó a Lima donde se reunió con sus padres. Allí tuvo que aprender español. Estudió en el colegio chino “Sam Men” (10 de octubre) y en la Gran Unidad Escolar “Ricardo Bentín” y el Colegio de Aplicación “San Marcos” y luego, siguiendo los deseos de su padre, estudió la carrera de contabilidad en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de donde se graduó en 1978. En esta universidad también estudió literatura y participó en talleres literarios con el sueño de hacerse escritor en lengua española. Al no conseguir la nacionalidad peruana o un trabajo, Siu Kam Wen se mudó con su familia a Hawái en 1985. Desde entonces, trabaja para la State Foundation on Culture and the Arts de Honolulu.

Ha publicado, entre otros libros, las colecciones de cuentos *El tramo final* (1985) y *La primera espada del imperio* (1988), que más tarde volvieron a publicarse, junto con la colección *Ilusionismo*, en el volumen *Cuentos completos* (2004). Además, ha publicado el drama *¿Vino alguien después del funeral?* y las novelas *La estatua en el jardín* (2004), *Viaje a Ítaca* (2004), *La vida no es una tómbola* (2008), *El furor de mis ardores* (2008), *El verano largo* (2009) y *El varón perfecto*. Siu Kam Wen ha escrito, además, dos novelas que serán publicadas próximamente por la editorial peruana Horizonte.

La primera la terminó en 2013 y es una novela histórica de 390 páginas sobre la conquista del Perú, titulada *El mapa y la espada* y subtitulada “Una novela *wuxia* de la Conquista de Perú”. Como explica Siu en la posdata de la novela, en los años sesenta él leía novelas *wuxia* importadas de China, Taiwán y Hong Kong, que eran versiones literarias de las películas de *kung fu*, con héroes marciales y grandes historias de amor, y a veces con el formato de un *Bildungsroman*. El mapa que aparece en el título conecta la conquista española del Perú con un emperador chino fugitivo y con las exploraciones marítimas de la flota del Gran Eunuco, el almirante chino Zheng He por el océano Índico y África.

Su otra novela inédita es *El varón perfecto* (traducida al inglés con el título de *Murder in Eden* y terminada en 2017), que narra, desde diferentes perspectivas y con analepsis, un triángulo amoroso entre un poeta chino llamado Jie Fang (Ray), que huye de la persecución tras las protestas en la plaza de Tiananmen, su esposa Liu Bin (Flora), y su amante. Tras una experiencia negativa en una universidad de Utah, su esposa y él se mudan a Hawái con su hijo, y pronto se les une, en su humilde casucha, la amante que el poeta se trae de China, Meng-er (Cindy). De mala gana, la esposa acepta que la amante viva bajo el mismo techo, pero resiente aún más que su marido haya dado a su hijo en adopción a una pareja de hawaianos. Al final, la amante, cuya verdadera motivación era salir cuanto antes de China, deja al poeta Jie Fang para casarse con el vecino, Bill Campbell (el primer narrador de la novela). Deprimido y con el ego herido, Jie Fang trata de arreglar su matrimonio a pesar de su infidelidad, pero ya es demasiado tarde: de repente, su esposa pide el divorcio, porque se va a casar con un exiliado chino que conocieron durante una estancia en una universidad francesa. En las dramáticas escenas que cierran la novela, el infiel poeta no puede tolerar que su esposa lo deje por otro y acaba asesinandola antes de suicidarse. Curiosamente, aparte del *ménage à trois*, *El varón perfecto* ofrece una abierta crítica de las revueltas estudiantiles que acabaron con la masacre de la Plaza de Tiananmen.

Hoy en día se considera a Siu, junto con Alonso Cueto, Guillermo Niño de Guzmán y Cronwell Jara, uno de los mejores narradores de la generación de 1980. Su colección de cuentos *El tramo final* nos permite observar, desde dentro, a la comunidad china y tusán de Lima. En el cuento “El deterioro”, por ejemplo, aparecen los conflictos generacionales entre

un padre tendero chino y su hijo, que ha crecido en Perú y anhela estudiar para escapar, en contra de los deseos de su padre, del mundo de los comerciantes chinos. En el cuento que da título a la colección una anciana china que no logra adaptarse a la cultura peruana visita cada día la tienda de un compatriota en la que se siente en casa, al contrario de lo que ocurre en la casa de su rico hijo y sus nietos peruanizados, quienes se avergüenzan de la ropa que ella viste. La dura vida del tendero chino se retrata, además, en el cuento “Historia de dos viejos”, incluido en esta antología, en el que dos inmigrantes chinos compran una tienda y conviven en la trastienda a pesar de sus diferencias políticas. Lou Lo sospecha que su compañero Lou Chiong finge estar enfermo para no trabajar y cuando este fallece por haber trabajado hasta el límite, siente remordimiento.

La mayoría de los cuentos de *El tramo final* tiene lugar durante la dictadura de Juan Velasco Alvarado, cuando muchos inmigrantes chinos se marcharon de Perú por miedo a la llegada de un régimen comunista. En general, estos cuentos ofrecen una idea de la heterogeneidad de la comunidad china, en términos de afiliación política, brechas generacionales, desigualdades de género, riqueza y niveles de prejuicio, asimilación, mestizaje e integración social. Como en el resto de su obra, se observan las desigualdades entre géneros, entre recién llegados e inmigrantes ya establecidos, así como el desfase generacional entre padres inmigrantes e hijos integrados a la cultura de la sociedad mayoritaria de Perú. El mundo de los comerciantes chinos, del que el autor tiene un conocimiento de primera mano, emerge como el más matizado dentro de la sociedad peruana. En su centro, el mostrador de la tienda funciona como una barrera insuperable entre lo chino y lo criollo. A su vez, la trastienda donde habitan en condiciones precarias las familias chinas simboliza la peculiar dinámica espacial de la comunidad china, así como la borrosa frontera que existe en su comunidad entre el vivir y el trabajar. Se trata de una atmósfera que puede ser opresiva e incluso claustrofóbica, especialmente para una generación más joven que sueña con tener una vida más allá del mostrador de la tienda.

En su siguiente colección de cuentos, *La primera espada del imperio*, Siu va más allá de lo autobiográfico y testimonial para adentrarse en el mundo mítico y, a veces, exotizado de una China ancestral habitada por bandidos, espadachines, emperadoras y extraños rituales. Al igual que en *El mapa y la espada*, en esta colección se vuelve a observar la influencia de

las novelas *wuxia* importadas de China, Taiwán y Hong Kong que leía en los años sesenta. Así, el cuento “El viajero” nos habla del harén de hombres jóvenes propiedad de la emperatriz Wu Tse-Tien (625-705), concentrándose en la evolución psicológica de los protagonistas. En el cuento que da título a la colección, un exjefe de seguridad de la cancillería recuerda el triste episodio en que se tuvo que enfrentar a su hermano menor en lucha mortal. Solo la intuición de su esposa lo salvó de la muerte, pues el espejo de bronce que le dio acabó protegiéndolo de la espada de su hermano. En “El otro ejército” unos soldados que comen perros acaban siendo devorados por los perros mismos, y en “El hombre del laúd” un músico se pasa media vida buscando la pieza de madera perfecta para crear el laúd perfecto. Este instrumento musical parece encarnar la sofisticación de la milenaria cultura china. Curiosamente, se observa un claro contraste entre el refinamiento cultural chino en las cinco primeras historias de la colección y las plebeyas miserias consuetudinarias que se reflejan en los cuentos que se desarrollan en Perú. En “Azucena”, por ejemplo, se narra el intento de violación que sufre una joven a manos de su jefe, quien al final acaba despidiéndola. “Rivalidad”, por su parte, describe la competencia entre dos prostitutas de Callao, madre e hija. Y “El engendro” se concentra en los lamentables resultados de la Guerra del Pacífico: en cómo después de la retirada del ejército chileno muchos limeños quemaron negocios chinos como represalia por la ayuda que algunos de ellos ofrecieron a los invasores, y en cómo un hombre que acaba suicidándose fue marginado toda su vida por ser supuestamente producto de la violación de un soldado chileno a una limeña, cuando, en realidad, lo era del incesto del que fue víctima su madre.

Volviendo a la escritura autobiográfica o semiautobiográfica, en *La vida no es una tómbola* Siu denuncia un sistema económico de intensa autoexplotación familiar en chifas, bodegas y otros tipos de tiendas, en las que tanto él y muchos otros jóvenes chinos fueron víctimas involuntarias. Entre los bodegueros chinos de Lima, conocemos las diferentes experiencias de los *Wa Kiu* (la primera generación de inmigrantes hakka o cantoneses); los *tusanes* (peruanos de origen chino); los *Sén-háks* (recién inmigrados); e incluso las un *Kuei* (literalmente “demonio”; extranjero) que creció en China. La misma inclusión de estos términos chinos forma parte de las numerosas traducciones culturales y lingüísticas que abundan en sus textos, incluyendo proverbios, tradiciones, prácticas, creencias y supersticiones. Al mismo

tiempo, por medio de las experiencias de estos tenderos chinos, la novela expone no solo el funcionamiento interno del barrio chino de Lima, sino también los eventos históricos y políticos de un Perú en declive que se recuerda ahora desde la distancia temporal y geográfica. El título de la novela evoca la historia secreta detrás del éxito económico de los chinos de ultramar como pequeños empresarios: la autoexplotación de los tenderos, de sus familias y de los recién llegados de China.

Por su parte, en la novela *Viaje a Ítaca* Siu propone una reinterpretación de la historia peruana, esta vez desde la perspectiva de un sinoperuano. Denuncia de nuevo la autoexplotación dentro del mundo empresarial de este enclave étnico, así como las actitudes sinóforas de la sociedad peruana china. Igualmente importantes son los choques intergeneracionales. *Viaje a Ítaca* es la historia de un matrimonio concertado que nunca se concretó. El protagonista de esta obra acepta la invitación de su padrino de proponerle matrimonio a su hija, aunque las razones del compromiso parecen caer en la categoría de relación homosocial: “Había escrito a mi padre expresando su creencia de que era tiempo de profundizar los ya existentes lazos de amistad entre las dos familias, y que a ese efecto estaba dispuesto a darme en matrimonio a una de sus dos hijas no casadas” (15). La novela recrea la tradición de regresar a China para buscar esposa, subrayando el sacrificio de esas mujeres que quedaban embarazadas y, en muchos casos —como el de la madre del protagonista— no volvían a ver a sus maridos por largos periodos de tiempo. Estas desgraciadas esposas en matrimonios concertados reaparecen en dos cuentos de *El tramo final*: “La doncella roja” y “La vigilia”. Por último, la novela regresa al tema de la memoria histórica al reconsiderar la larga historia de sinofobia en un capítulo titulado “Una cronología criminal de Perú”:

1881. 16 de enero. Saqueo de Lima. Después de la batalla de Miraflores y con las tropas de ocupación a punto de entrar a Lima, un populacho encabezado por oficiales del ejército en retirada saquea e incendia las tiendas de los chinos, en venganza por la colaboración que miles de culíes de esa nacionalidad prestan al ejército invasor. Según Spenser St. John, el enviado británico en el país, unos 70 chinos son muertos en el curso del saqueo. 1881. Febrero. Saqueos y matanzas en Cañete. Con Lima ocupada y el país en desorden, la población

india y negra de Cañete se alza para saldar una vieja cuenta con los culíes chinos que viven y laboran en el valle. El pretexto es el altercado entre uno de los orientales y una morena durante el carnaval. Según el cálculo conservador de Juan de Arona, unos mil culíes son muertos en un día de desmanes desaforados. (99)

En *El verano largo* (2009) reaparecen las dificultades sufridas por los hijos de los comerciantes chinos, así como, de nuevo, los malentendidos interculturales entre padres chinos e hijos tusanés. El protagonista recuerda cómo el trabajo en la tienda de su padre le impidió estudiar tres años enteros y luego tuvo que estudiar por la noche: “Tenía veintiún años de edad, pero síquicamente me sentí mucho más viejo, y emocionalmente me sentí como un tullido” (11). Cuando por fin consigue entrar a una de las universidades más prestigiosas del Perú, a nadie de su familia parece importarle. La vida de tendero, en definitiva, creó tal inseguridad en el protagonista autobiográfico que se volvió incapaz de ser sociable, tener sentido del humor o abrirse a Sena, el amor de su vida: “Tuve que construir una coraza de indiferencia y de orgullo alrededor de mi psique. Aprendí a vivir sin amistades ni afectos; aprendí a pasarme sin compañía femenina. Y por eso, cuando ingresé a San Marcos, yo no sentía como otros muchachos de mi edad el deseo hormonal de contar con una enamorada” (47). El protagonista confiesa que le avergonzaban su extrema delgadez, su acento extranjero, ser tres años mayor que la mayoría de sus compañeros y su precaria vida en la trastienda. Aunque Sena reitera que el dinero no tiene la menor importancia en la relación que le gustaría tener con él, el protagonista autobiográfico continúa cegado por la autocompasión. Tras terminar sus estudios, al no obtener la ciudadanía, no encuentra trabajo y no le queda más remedio que volver a trabajar a la tienda de su padre hasta que logra salir del país. Casi cuatro décadas después, cuando la fotografía de Siu aparece en varios diarios y revistas por la presentación de su novela en Lima, Sena (ahora la doctora Azucena Flores) le escribe por correo electrónico. A partir de este momento, la novela se hace epistolar.

En definitiva, Siu ha encontrado una voz singular entre los escritores latinoamericanos. De hecho, no existe una herencia literaria comparable de inmigrantes chinos de primera generación en otros países como Cuba, Argentina o México, por ejemplo. Además de su valor estético, su obra

literaria ofrece valiosa información de autorrepresentación cultural de la diáspora china en Perú. Reinterpreta, además, la historia de Perú desde una perspectiva sinoperuana, denunciando, de paso, algunas actitudes sinofóbicas de la sociedad peruana.

La obra de Siu abrió las puertas a las de otros autores tusanes. Así, tenemos la obra del prolífico poeta, ensayista, narrador, dramaturgo, guionista, filósofo y matemático Enrique Verástegui (1950-2018), que formó parte del Movimiento Hora Zero junto con los poetas Jorge Pimentel, Juan Ramírez Ruiz, Jorge Nájar, Enriqueta Belevan y Carmen Ollé. En 1971 publicó su primer poemario *En los extramuros del mundo*, marcado por el vitalismo típico del Movimiento Hora Cero. Entre sus numerosos libros están *El motor del deseo* (1977), su trilogía de novelas *Terceto de Lima* (1992) y la novela *Teorema del anarquista ilustrado* (2009) y *La máquina del crepúsculo* (2012), los poemarios *Angelus novus* (tomo I, 1989, y tomo II, 1990), *Taki onqoy* (1993), así como varios cuentos, obras de teatro y guiones de cine. Verástegui toma el título *Taki Onqoy* (1993) de un movimiento milenarista peruano indígena del siglo XVI, del que evoca su visión mística. Se trata de una reflexión sobre la peruanidad, abordando la cultura nacional desde el punto de vista de la arqueología y de la política peruana, y haciéndose eco de las manifestaciones contra la dictadura. En *Angelus Novus* (1989–1990) explora la virtud, la naturaleza humana y la lucha por la libertad, el amor y la belleza. Junto con *Monte de goce o Libro del pecado*, *Taki Onkoy o Libro de la redención*, y *Albus o Libro de la gnosis*, completa el libro *Ética*, que Verástegui consideraba sagrado y profético.

Cabe mencionar la prosa y poesía cosmopolitas y posnacionales de Julia Wong. En contraste con otros escritores tusanes que tratan de demostrar su peruanidad en sus escritos, Wong declara su cosmopolitismo y a veces rechaza retóricamente a Perú en su poesía. En algunos textos, la poeta se distancia de los proyectos nacionales y busca, en su lugar, los efectos liberadores de una desterritorialización cosmopolita y posnacionalista o de una conciencia planetaria. Si bien en unos casos individualiza su discurso poético, en otros trata de representar de manera sinecdótica a su propio grupo étnico. Por tanto, en contraste con la política étnica tradicional, no siente la menor necesidad de acomodarse a los proyectos nacionales de la sociedad convencional. En su lugar, escribe su historia personal transnacional por medio de la descripción de paisajes tanto internos (introspectivos) como

externos. Este deseo de moverse más allá de las fronteras nacionales y hacia un sentimiento de apego planetario se refleja a veces en su uso de diferentes idiomas, además de su español nativo. Por tanto, este pensamiento e identificación fronterizos la sitúan en las periferias o incluso fuera de proyectos nacionales, con lo que a la vez rechaza el racismo epistémico que reduce cosmovisiones no dominantes al mito o al folclore. Julia Wong une, por medio de sus viajes y experiencias, los puntos de intersección que tienen en común los seres humanos de diferentes nacionalidades, incluyendo sus valores morales y éticos. Su escritura pluriversal conecta, en particular, sus propios valores occidentales con los valores orientales de sus ancestros. Curiosamente, esta estrategia la mueve no solo dentro y fuera de lo peruano, sino también de lo chino. El primer texto incluido en este volumen, “Deméter quema a su nieto”, es una especie de monólogo interior sobre la muerte, las relaciones familiares y la raza. Por su parte, el poema “Orfeo chino” homenajea al escritor peruano Enrique Verástegui, de descendencia china y negra. En “Caja” el objeto lleva a la voz poética al recuerdo de la infancia en Macao y al vacío que queda tras la muerte de los padres, así como a la meditación sobre su herencia china y su posición intersticial entre dos culturas: “Soy del medio / Del reino de la mitad”. Por último, en “Amarás la piedra” la voz poética se dirige a su hija en la distancia, recordándole su doble herencia: “Reanudo el viaje a ese momento en que nuestra / Sangre empezó a mezclarse con las perlas / De oriente / Y el oro americano”.

La literatura tusán cuenta, además, con las admirables crónicas y perfiles de Julio Villanueva Chang (1967-), uno de los autores sinoperuanos más internacionales, así como, según el prosista peruano Fernando Iwasaki, el último gran cronista de la tradición peruana. Ha publicado *Mariposas y murciélagos: crónicas y perfiles* (1999), una antología de sus crónicas publicadas en el periódico *El Comercio* entre 1994 y 1999, y *Elogios criminales* (2008), otra antología de siete perfiles. Es también el fundador y director de la revista *Etiqueta Negra*, a menudo considerada una de las mejores publicaciones intelectuales y literarias de Latinoamérica.

Villanueva Chang nació en Lima, donde todavía vive. Estudió pedagogía en la Universidad Nacional de San Marcos y ha dado seminarios y charlas en varias instituciones, incluyendo Harvard, Yale, la Universidad de Barcelona, Columbia University y University of California, Merced. Ha ganado el Inter American Press Association Award (IAPA) en *feature writing*.

Villanueva Chang dirige un taller sobre escritura de crónicas y periodismo literario en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). Sus textos han aparecido en varios periódicos y revistas de España y Latinoamérica, incluyendo *El País*, *La Vanguardia*, *La Nación*, *Página 12*, *Reforma*, *Gatopardo*, *El Malpensante*, *Vogue*, *Marie Claire*, *Letras Libres*, *The Virginia Quarterly Review* y *World Literature Today* y *Público*. La Asociación de Prensa de Aragón y el Congreso de Periodismo Digital de España publicaron una compilación de sus experiencias como editor titulada *Un día con Julio Villanueva Chang*.

Como se mencionó, en sus escritos Villanueva Chang no suele enfocarse en gente o tópicos chinos. Uno de los pocos textos dedicados a este tema es su “Carta a mi abuelo chino. Un cantonés casero y querendón”, publicada en el periódico *El Comercio* el 12 de octubre de 1999, mientras se celebraba en Perú el sesquicentenario del comienzo de la inmigración china. Allí utiliza la anécdota del centésimo aniversario del nacimiento de su abuelo para reflexionar sobre su propia herencia étnica china. De hecho, esta carta se puede considerar una suerte de modelo de lo que le ocurre a un tusán que redescubre su herencia china. Primeramente, Villanueva Chang informa a su ancestro de que su apellido —el más común del mundo— fue una fuente de insultos durante su infancia: le llamaban “Chino”. El autor confiesa que pasó diez años queriendo no ser sinoperuano, por lo que abría los ojos todo lo que podía. La mayoría de la gente, le recordaba su abuelo, no sabe la diferencia entre las diferentes nacionalidades asiáticas, aun cuando las tradiciones chinas ya son parte de la cultura peruana: “No los culpo, abuelo: más allá de unos ojos rasgados, en todas partes ignoramos lo propio como lo ajeno. En Perú, todos hemos sorteado las primeras decisiones de nuestra vida a ese juego de manos infantil del yan-que-po, sin saber que en chino significan papel, piedra, tijera. Siempre nos hemos alimentado de maravillas sin saber de dónde vienen” (s.p.). Dirigiéndose a su abuelo por su apellido, Chang Ton, Villanueva Chang recuerda la historia personal de este como un adolescente aventurero cantonés que probó suerte en Lima y tuvo la suerte de llegar después de la primera ola de inmigrantes chinos, que fue explotada en los campos de guano y las plantaciones de caña de azúcar y algodón en condiciones de semiesclavitud. Aunque Chang Ton no sabía castellano, fue un gran calígrafo y cocinero. Administró una tienda de fruta y dulces, y varios chifas, incluyendo el del Teatro

Chino. Villanueva Chang alaba el refinamiento de la cultura y comida chinas, señalando cómo medían el tiempo con un reloj de olores o mirando los ojos de los gatos. Acto seguido, se disculpa por no saber escribir en mandarín ni comer con palillos.

Villanueva Chang explica que su abuelo, “como todos los chinos” (s.p.), era apostador. Incluso fue arrestado en una ocasión por jugar al juego de mesa chino mahjong. Como representante de la comunidad china de Lima, Chang Ton dedicó su vida a resolver los problemas de otras personas. Villanueva Chang, al igual que en otros perfiles, menciona el horóscopo (esta vez la versión china) para señalar que nació en la provincia de Guangdong, en la china meridional, bajo el signo del cerdo, en 1899. Se nos informa, asimismo, de que fue dueño del primer televisor del barrio y de que, cuando se hizo católico, fue bautizado con el nombre de Carlos Alberto Chang Li. Después, el perfil lo describe como un chino muy extraño, por estar tan bien asimilado a la cultura peruana: “Bailabas marinera, fox trot, vals. Tuviste más de cien ahijados de matrimonio y de bautizo. Hacías música con cucharas para acompañar a guitarras de una jarana criolla. Fuiste padrino de los equipos de fútbol más reputados del barrio. No te perdías una sola función de zarzuela ni de ópera” (s.p.). Villanueva Chang cierra el perfil mencionando que escuchó que su carismático abuelo era muy buena persona; no obstante, le reprocha haber muerto dos años antes de que él naciera.

Villanueva Chang le escribió también una carta abierta a su madre, quien murió de cáncer, titulada “La indiscreción de asomarse por la espalda. Horóscopo Chino”. Comienza la misiva con una anécdota nostálgica: cuando el cáncer no le permitía dormir por la noche, su madre se levantaba a ver lo que estaba escribiendo. A pesar de que esas visitas interrumpían su escritura para *Etiqueta negra*, le permitían tener conversaciones más profundas con ella. Villanueva Chang describe cómo sufría su madre en aquellos días. El trabajo para la revista, añade, tenía beneficios terapéuticos para sobrellevar el dolor del fallecimiento de su madre. Fue ella la primera que se dio cuenta del amor del autor por la escritura; y le encantaba *Etiqueta negra*, asegura el autor. Ella le familiarizó con la soledad que más tarde necesitaría para la escritura. Tras su muerte, recuerda el autor, se sintió culpable por todos los momentos que no pasó con ella, pero también empezó a recordar los momentos felices, como el día en que le dio un regalo relacionado con su amor a la lectura: el Libro Guinness de los Récords.

Muchos de los perfiles y crónicas de Villanueva Chang describen tanto su propia personalidad como la del objeto de exploración. De hecho, a menudo usa al protagonista del perfil como pretexto para exponer verdades más profundas. Por otra parte, un perfil más reciente provee valiosa información sobre su idea de la escritura de crónicas: “Un chofer de ambulancia que llegaba a tiempo”, publicado en el diario español *El País* el 16 de junio de 2011. Confiesa allí su admiración por las crónicas y perfiles de Hemingway, y destaca las principales virtudes de su estilo literario, incluyendo su habilidad para presentar una vista panorámica a la vez que cuida el detalle. Hemingway, arguye Villanueva Chang, era capaz de saltar de la fisonomía del personaje a la historia. Su estilo periodístico optaba por la simplicidad: “Hemingway repetirá una y otra vez su agradecimiento con las normas de estilo del *Kansas City Star*, donde publicó una docena de textos en los que predominan las frases breves y la austeridad en los adjetivos, al punto de atribuirle una gran deuda en su oficio de escribir” (1). Otra de las cosas que admira de Hemingway es su profundo conocimiento de los temas que trataba y su gran esfuerzo para explicar, como testigo, lo que no aparecía plenamente en la prensa tradicional. Otra de las virtudes de Hemingway —que, a mi juicio, Villanueva Chang comparte con él— es su habilidad para autorretratarse, así como para describir tragedias por medio de sus personajes. Esto se evidencia, por ejemplo, en “Los choferes de Madrid”, donde Hemingway recrea la atmósfera de la ciudad durante un bombardeo de diecinueve días por medio de dichos choferes, usando un humor negro y un estilo animado. Como se señaló, en mi opinión, estos rasgos del estilo narrativo de Hemingway que celebra Villanueva Chang también se podrían atribuir fácilmente a su escritura.

Si bien el enfoque de *Elogios criminales* son las figuras públicas nacionales e internacionales, en *Mariposas y murciélagos*, que Fernando Iwasaki describe como un “retablo de personajes patéticos, melancólicos y vallein-clanescos” (s.p.), Villanueva Chang se concentra, más bien, en ciudadanos de a pie, ofreciendo crónicas y perfiles interesantes de la vida diaria peruana. Villanueva Chang “traduce” el mundo que lo rodea por medio de sus crónicas y perfiles, a menudo tratando de expresar lo inefable por medio de paradojas, antítesis y contradicciones salpicadas de humor, ironía y quizás cierta resignación mal camuflada. Sus personajes son el reflejo de las relaciones humanas en los lugares en los que vive o que visita; al mismo tiempo,

las ciudades que describe se hacen eco de las sorprendentes contradicciones de la naturaleza humana. Aunque muchos de los intereses del cronista muestran una mirada internacional, su Perú nativo continúa siendo uno de los principales marcos de referencia de su escritura. En definitiva, la prosa de Villanueva Chang es tan cautivadora porque muestra un espíritu de innovación y frescura, a la vez que se hace eco del ingenio y el carácter lúdico que caracteriza la prosa conceptista de Quevedo. Por esta razón, considero a esta figura clave en el rescate de la crónica y el perfil latinoamericanos un escritor neoconceptista.

La literatura sinoperuana cuenta, además, con las exploraciones narrativas sobre la violencia política en el Perú de los ochenta del siglo pasado llevados a cabo por Mario Wong (1967-) y Julio León, que, en cierto modo, se adelantan a la explosión de textos de diferentes géneros en los últimos años que reaccionan a la devastadora violencia política de la guerra entre el Estado peruano y Sendero Luminoso durante las dos últimas décadas del siglo pasado, con obras como *Rosa cuchillo* de Óscar Colchado, *Abril rojo* de Santiago Roncagliolo, *La hora azul* de Alonso Cueto, *La sangre de la aurora* de Claudia Salazar, *Guerra a la luz de las velas* de Daniel Alarcón, *Los rendidos* de José Carlos Agüero, *Un lugar llamado oreja de perro* de Iván Thays, *Bioy y la procesión infinita* de Diego Trelles Paz y *El año del viento* de Karina Pacheco.

Mario Wong es autor de cuatro libros: el poemario *La estación putrefacta* (1985), la colección de cuentos *Moi, je vis à San Miguel, mais je meurs pour Amalia* (2002) y las novelas *El testamento de la tormenta* (1997) y *Su majestad el terror* (2009). Las dos novelas tratan el tema de la violencia en el Perú de los años ochenta desde una perspectiva muy subjetiva, y como una experiencia traumática que vivieron los personajes. Ambas reflejan los miedos de una generación que vivió bajo el terror de Sendero Luminoso, la poderosa guerrilla autoproclamada maoísta. Con frecuencia aparecen imágenes de ataques terroristas y asesinatos en los recuerdos de los protagonistas. Siempre evitando las técnicas realistas —como se observa en el texto seleccionado en esta antología—, las novelas de Wong no tienen argumentos lineales ni principio ni fin. La poética de la fragmentación posmoderna retrata una experiencia de vida fantasmagórica. Sus novelas incluyen diferentes tipos de fragmentos (incluyendo artículos de periódicos y citas) e intertextualidades con películas u otros textos literarios, con lo que se forma un rompecabezas que el lector debe componer. No obstante, el autor

hace que falten piezas para asegurarse de que la historia no pueda llegar a una conclusión. Desde la perspectiva geográfica y temporal que le da el haber vivido en París durante las últimas dos décadas, Wong trata de ficcionalizar la historia de su generación, usando una prosa poética con ecos surrealistas. Al final, su escritura autorreflexiva y surrealista se convierte en una manera de buscar respuestas y exorcizar males interiorizados. La obra de Mario Wong, en conclusión, queda marcada por el terrorismo de Sendero Luminoso, la angustia existencial y la poética de la fragmentación formal.

Por su parte, Julio León retrata la violencia terrorista “desde dentro”. El padre de León era un inmigrante chino que llegó al Perú, junto con sus dos hermanos, en la década de 1920, cuando aún era joven. Se casó con una mujer peruana y nunca regresó a su Guangzhou natal. León comenzó a escribir a temprana edad, pero no publicó sus obras hasta 1992, centenario del poeta César Vallejo. Como explicó en nuestra entrevista:

aquellos años que recrean mis textos fueron muy duros para los peruanos y, sobre todo, para la gente de esa bohemia disidente que solo quería ser feliz, pues no se podía hablar y cuando no se puede hablar se tiene que escribir (aunque salga espuma como dice Vallejo). Yo publiqué y tuve que irme a Francia como muchos. Entonces está el testimonio, pero también la rabia y el dolor de lo que se vivió. (s.p.)

León, que vive en Nueva York, comparte con Mario Wong su deseo de recrear el mundo bohemio de los bares del centro de Lima en medio de la violencia política resultante de las batallas libradas entre grupos terroristas y el gobierno peruano. Sin embargo, a diferencia de las novelas de Wong, los primeros cuatro cuentos del *Libro de las incertidumbres*, su colección de 1982, retratan las acciones de los grupos terroristas nacionales desde adentro.⁴ Coincidiendo con la fascinación de Wong por la muerte, casi todas las historias de la colección de León resultan en la muerte de uno o varios protagonistas, o de sus seres queridos. Otra similitud se encuentra en las obras de ambos autores: el dolor individual y colectivo es un *leitmotiv*. En *Libro de las incertidumbres*, esto se adelanta en un epígrafe extraído del poema “Los nueve monstruos” de César Vallejo —incluido en su colección de 1939 *Poemas humanos*—: “I, desgraciadamente, / El dolor crece en el mundo a cada rato”. Por tanto, León explora los procesos psicológicos de los

terroristas antes y durante los ataques terroristas, así como qué motiva sus acciones. También expone la otra cara de la historia: las actividades paramilitares estatales y el terrorismo. Mientras que las primeras cuatro historias tratan la violencia política, el resto detalla, como las novelas de Wong, la bohemia vida nocturna de Lima, que incluye el mundo de los escritores, artistas, narcotraficantes, prostitutas maltratadas y amantes celosos. El vocabulario y el tono cambian drásticamente hacia un lenguaje callejero lleno de coloquialismos y jergas, pero los temas generales de muerte (asesinato, suicidio), tristeza y soledad continúan presentes. La violencia política, sin embargo, permanece en el fondo. En general, los cuentos de León complementan las novelas de Wong en la recreación de la vida nocturna bohemia de Lima y del violento mundo de los años ochenta. Ambos autores condenan implícitamente el caos producido por el fanatismo político y la corrupción.

Más recientemente, una nueva generación de escritores tusanes, muchos de ellos jóvenes, han tomado el testigo de todos estos escritores pioneros mencionados hasta ahora, abordando nuevos tópicos y desde múltiples perspectivas, según se puede observar en esta antología. Los textos aquí reunidos reflejan la gran diversidad que existe entre las escritoras y escritores de este grupo étnico en términos de género, orientación sexual, generación, herencia étnica, preferencias literarias, enfoque temático y reconocimiento crítico. Esto mismo nos hace cuestionar la supuesta estabilidad de “la identidad tusán”, y nos permite, en su lugar, apreciar subjetividades fluidas, híbridas y cambiantes que emergen en la página luciendo todas sus complejidades. La autorrepresentación literaria tusán refleja una heterogeneidad de la que rara vez se hacen eco los escritores peruanos que no son de origen chino cuando escriben sobre temas o incluyen personajes chinos o tusanes en sus obras. Dicha heterogeneidad, que se observa cuando los mismos tusanes exploran su propia cultura, reside en parte en los diferentes niveles de identificación con la cultura china de autores y personajes, tanto si son inmigrantes nacidos en China como descendientes de chinos nacidos en el Perú, ya sean de segunda, tercera o cuarta generación. En cambio, en los escritos de autores peruanos que no son de origen chino suelen aparecer representaciones estereotípicas de la cultura de un Otro exotizado (el “oriental” misterioso, no fidedigno, hermético, aislado del resto de la sociedad), concebido como mero objeto pasivo de estudio pseudoetnográfico, cuando no diametralmente como el Otro de una supuesta peruanidad.

La identidad nacional o étnica, así como el nivel de identificación con la cultura y tradiciones china o tusán pueden variar a lo largo de la evolución psicológica de un personaje en la trama o, en el caso de los autores, dependiendo de experiencias vitales claves, tales como el lugar de residencia. Julia Wong y Sui-Yun, por ejemplo, si bien se identifican abiertamente con su herencia étnica china, aspiran más bien a una cosmovisión cosmopolita que va más allá de las fronteras nacionales, lo que se refleja, por ejemplo, en el uso de diferentes idiomas en sus poemas, así como en las referencias a diferentes países. Por otra parte, como se mencionó, autores como Siu Kam Wen, que nació en China, no siempre comulgan con las tradiciones y costumbres chinas, ya sea por razones generacionales o porque su manera de pensar simplemente se alinea mejor con la cultura criolla de la sociedad mayoritaria.

Como es de esperar, algunos autores tusanes no se sienten inclinados a hablar de lo chino o tusán en su obra. Zulen, por ejemplo, privilegió los asuntos indígenas en su prosa, mientras que Wong y León se inclinaron, décadas más tarde, por la narrativa de la violencia política, y el cronista Villanueva Chang, por asuntos y personalidades internacionales en sus crónicas y perfiles. Otros, como Siu Kam Wen, en su colección de cuentos *La primera espada del imperio*, y Julia Wong, en su novela breve *Bocetos para un cuadro de familia*, reflejan el anhelo por un pasado irrecuperable (frecuentemente idealizado y mítico) al evocar estratégicamente el capital simbólico de las culturas ancestrales heredadas para articular su propia diferencia cultural. En otros casos, sin embargo, esos mismos autores (Siu Kam Wen en *Viaje a Ítaca* y Julia Wong en *Doble felicidad*), a la vez que denuncian la opresión y marginación padecidas por su grupo social en el pasado, acaban por darle la espalda a las antiguas tradiciones de sus ancestros para proclamar, en su lugar, su derecho a pertenecer al proyecto nacional peruano.

La identidad tusán que emerge de parte de esta producción cultural puede ser a veces resultado de un proceso de reificación de fantasías y de “memorias” individuales y sociales en ocasiones idealizadas. En algunos casos, los autores excluyen a sus lectores que no son de origen chino del privilegio epistémico que sí comparten los lectores que lo son, como se observa en *Los últimos blues de Buddha* de Julia Wong. En este contexto, entre varios de los autores que establecen lazos directos entre su escritura y la cultura de sus ancestros, encontramos la intención, ya sea implícita o explícita, de afirmar

y celebrar su propia identidad étnica. Recurren, así, a diferentes estrategias y géneros literarios para inscribir su alteridad, con lo que van creando colectivamente una identidad minoritaria diaspórica que, a la larga, tiene el potencial de devenir en la influencia sociopolítica de un grupo de presión.

En algunos casos estos textos literarios pueden interpretarse como un discurso ideológico que representa un tipo, más o menos velado, de resistencia cultural. Son, en definitiva, documentos culturales que leen la realidad sociohistórica peruana en diferentes períodos desde la perspectiva de las cosmovisiones china o tusán. Se lleva así a cabo una recuperación de la memoria histórica que historiza la experiencia de este grupo étnico desde la llegada de los primeros trabajadores chinos para que estos abusos del pasado no vuelvan a repetirse. Otro aspecto que aparece con frecuencia en el corpus literario tusán es el reflejo (a veces desde la autoexploración) y legitimización de una hibridez cultural que ha producido un tercer espacio entre lo peruano y lo chino. Con ello, se subraya una subjetividad pluricultural peruana que ahora, por fin, incorpora lo asiático. A mi juicio, este conjurar el pasado histórico —una tierra ancestral intemporal y los traumáticos episodios de opresión en Perú— denota un discurso cercano al nacionalismo cultural. La cicatriz del colonialismo interno resultante de la discriminación histórica, junto con la nostalgia por un pasado chino frecuentemente idealizado y mítico, informan la creación de una comunidad imaginada tusán. La identidad tusán que emerge de esta producción cultural es, por tanto, el resultado de un proceso de reificación de fantasías y de “memorias” individuales y sociales en ocasiones idealizadas. En términos generales, entre los autores que establecen lazos directos entre su identidad cultural y su escritura encontramos la intención soterrada de, primeramente, despojarse de los lastres coloniales internos para después afirmar su propia identidad como sujetos bien peruanos o cosmopolitas.

Se deben tener en cuenta las relaciones interétnicas entre minorías a la hora de estudiar estos textos. Además de las relaciones entre afroperuanos y chinos durante el periodo de los culíes y las relaciones entre nikkeis y tusanes (patente en las obras de Julia Wong y Seiichi Higashide), algunos autores confiesan que aprendieron importantes lecciones de otros grupos minoritarios. Siu, por ejemplo, reconoce, en el prefacio de la edición de Casatomada de su novela *El tramo final*, la profunda influencia en su obra de las descripciones que hizo Isaac Goldemberg (1945-) de su propio grupo

étnico judeoperuano. De particular interés son las relaciones interétnicas entre Pedro Zulen y las comunidades indígenas, a cuya emancipación dedicó gran parte de su vida y obra, a la vez que, sorprendentemente, mantuvo un sospechoso silencio con respecto a los ataques físicos a la comunidad china. Por otra parte, la autoidentificación que llevan a cabo los autores tusanes y nikkeis con los indígenas puede interpretarse como una creación estratégica de lazos genealógicos con el objeto de ser aceptados como una parte genuina de la nación peruana. Pedro Zulen, Julia Wong y Ricardo Ganaja, por ejemplo, llegan incluso a declarar su propia condición de indígenas al considerarse retóricamente “uno de ellos”. Sui-Yun, por su parte, apareció vestida de indígena amazónica en la presentación de uno de sus poemarios.

Curiosamente, Sui-Yun y Julia Wong han dejado claro que son plenamente conscientes de cómo la nueva influencia política y económica de la República Popular China en Latinoamérica (el término irónico “Lachinoamérica” alude a dicho poder) ha cambiado la imagen de las comunidades chinas étnicas en la región, así como del hecho de que probablemente aumentará también su peso político. Cabe esperar que, dado que las corporaciones chinas conciben a las comunidades locales sinolatinoamericanas como un recurso estratégico, la producción cultural tusán crecerá con más fuerza. Así, si bien en las historias de Siu Kam Wen y Julia Wong el mostrador de una tienda deviene el cronotopo tusán por excelencia, la oficina de una corporación o un banco chino podría convertirse en el nuevo cronotopo del futuro. Como explica Isabelle Lausent-Herrera, es posible que los chinos étnicos de Perú y otros países (la diáspora china en el mundo cuenta con aproximadamente cincuenta millones de personas) resientan la excesiva influencia de china en sus asuntos locales. Otro posible riesgo para la supervivencia de la comunidad china en Perú es, a mi parecer, el mismo al que se enfrenta la comunidad nikkei: la posibilidad de nuevas migraciones a otros países. En Perú, sin embargo, la creación de la Asociación Peruano China, liderada por el influyente Erasmo Wong, prueba que la comunidad tusán es consciente de su posición estratégica. Está claro que se han planteado hacer frente al creciente poder de las corporaciones chinas y a la influencia de los nuevos inmigrantes chinos que lideran varias de las sociedades chinas de Perú.

Por el mismo camino, resulta, a mi juicio, interesante comparar las literaturas tusán y nikkei en Perú. Por lo que respecta a las similitudes, coinciden

en algunos de sus enfoques, cosmovisiones y temas, incluyendo la celebración de su identidad cultural y la tradición de honrar a los padres, los ancestros y los ancianos. Asimismo, ambos *corpus* literarios suelen condenar la racialización de sus respectivos grupos étnicos y su tradicional imagen orientalista de intrusos en el cuerpo político peruano. Algunos autores y personajes tusanes y nikkei expresan con términos similares sus incertidumbres identitarias y las contradicciones asociadas con estas. Dichas incertidumbres les hacen fluctuar, a veces estratégicamente, entre su afiliación con Perú y con su tierra ancestral, elegir una identidad posnacional o transnacional menos rígida, o simplemente deambular en un limbo sin lealtad nacional alguna. Otra coincidencia entre las escrituras tusán y nikkei es la asociación de rasgos culturales chinos o japoneses con los de la población andina, lo que representa una estrategia clave para reclamar la pertenencia cultural a Perú y para crear lazos culturales a veces ficticios. Desde mi punto de vista, estas comparaciones, ya sean subconscientes o estratégicas, reflejan experiencias parecidas de racialización y representan un intento solapado de conseguir aceptación cultural dentro de la sociedad criollo. Otro tema importante que comparten las escrituras tusán y nikkei es la representación de los procesos de desetnificación y, a veces, de reetnificación que afectan tanto a personajes como a sus autores. Así, al igual que autores nikkei como Augusto Higa y Ricardo Ganaja, escritores chinos y tusanes, como Siu, Julia Wong, Sui-Yun y Villanueva Chang, han confesado, en sus escritos, pasar por estos complicados procesos, que a veces van seguidos de una reetnificación final. De hecho, su propia escritura en castellano, en estos casos, se puede entender como una herramienta para reivindicar su pertenencia a la nación o para imaginar una comunidad política china o japonesa dentro del Estado peruano. Otra peculiaridad que comparten las literaturas tusán y nikkei es el uso recurrente de traducciones culturales. Para marcar su diferencia cultural, en ocasiones cambian a palabras o frases en cantonés o japonés.

No obstante, existen diferencias significativas entre los *corpus* literarios tusán y nikkei. Uno puede preguntarse, por ejemplo, por qué la escritura tusán parece estar más desconectada con su herencia ancestral asiática que la literatura nikkei o por qué la producción cultural nipoperuana es más explícitamente política e inconformista que la sinoperuana. Quizás podría argüirse que el hecho de que los culíes chinos llegaran a Perú medio siglo antes de la inmigración masiva de japoneses pueda verse reflejando en una mayor

asimilación al mundo criollo. Por otra parte, los abusos cometidos contra la comunidad japonesa durante la Segunda Guerra Mundial están más recientes en su memoria colectiva que, por ejemplo, el sufrimiento de los culíes o las masacres de ciudadanos chinos durante la Guerra del Pacífico (1879-1883). Si bien varias obras comparten una intención de protesta social, por lo general la escritura y la autorrepresentación tusanes tienden a desviarse de la naturaleza denunciatoria y performativa de algunos textos nikkei. Estos incluyen, por ejemplo, las denuncias explícitas y solicitudes de reparaciones y disculpas oficiales del gobierno peruano por los abusos cometidos contra la comunidad japonesa durante la Segunda Guerra Mundial, en particular los saqueos y disturbios antijaponeses de 1940 y las deportaciones a campos de internamiento en Estados Unidos. En contraste, la producción cultural tusán parece tener una menor carga política, limitándose a presentar contranarrativas que se enfrentan a las identidades esencialistas y homogeneizantes de la nación, y a obviar las ventajas potenciales de la política identitaria. Está ausente, asimismo, el discurso explícitamente nacionalista, ya sea okinawense o *naichijin* (de las islas mayores de Japón), presente en obras de autores nikkei, como Doris Moromisato, Ricardo Ganaja o Juan Shimabukuro. Si bien los autores y personajes nikkei a veces traen a colación períodos de persecución y opresión a su comunidad para cuestionar, aunque sea de manera temporal, su afiliación a Perú, esto raramente aparece en la literatura china y tusán, aun cuando su comunidad fue sujeta a semiesclavitud en los tiempos de los culíes, a disturbios y saqueos sinófobos, así como a masacres. Solo Siu Kam Wen y Julia Wong han rescatado brevemente estos episodios del olvido. Para los demás autores tusanes, su mayor o menor identificación con la cultura peruana no parece estar relacionada con estos traumáticos episodios históricos.

Por otra parte, los escritores nikkei se concentran más explícitamente en diferencias subétnicas y culturales (sobre todo en las diferencias entre okinawenses y *naichijin*) que sus colegas tusanes. En contraste, aunque existen obvias divisiones dentro de la comunidad china de Perú (luchas de poder intergeneracionales entre inmigrantes nacidos en China y tusanes, así como enfrentamientos políticos entre personas de ascendencia taiwanesa y simpatizantes de la República Popular China), los autores sinoperuanos raramente reflejan estos dilemas en su escritura. Únicamente Siu Kam Wen se hace eco, a veces recordando sus propias diferencias con su padre, de desfases

generacionales y desencuentros políticos dentro de la comunidad, según se observa en su cuento “El discurso”. En cualquier caso, gran parte de la escritura tusán refleja un palimpsesto de sedimentaciones identitarias y de heterogeneidad intercultural.

Las producciones culturales tusán y nikkei, por tanto, muestran un despliegue de diferentes estrategias para inscribir alteridad y diferencia cultural. Sus textos son herramientas de representación individual y colectiva, así como de fortalecimiento político, cuyo objetivo es producir identidades minoritarias diaspóricas. Juntos, estos autores dibujan una imagen discontinua de la hibridez cultural: según la posición de cada autor o autora podremos encontrar negociaciones sobre nacionalismo cultural dentro de los límites del Estado (Zulen, Siu) o en los intersticios entre fronteras nacionales (Julia Wong, Sui-Yun).

Puede que haya lectores que se pregunten por qué merece la pena concentrarse en la producción cultural de estos grupos minoritarios que representan solo una pequeña fracción de la población peruana. No obstante, como argumenta Homi Bhabha, “cada vez más, las culturas ‘nacionales’ se producen desde la perspectiva de minorías marginadas” (5-6). Como se mencionó, en el caso de Perú la articulación de discursos identitarios asiáticos añade una heterogeneidad adicional a la noción tradicional de una nación bicultural, interrumpiendo así la lógica binaria criollo-indígena y el “Discurso del mestizaje”. Por medio de este *corpus* literario, las luchas, deseos y sueños tusanes se entretajan en el imaginario nacional peruano. La escritura tusán continúa una larga tradición de legitimación de la condición mestiza que, como señala Cornejo Polar, comenzó con el Inca Garcilaso de la Vega y sus *Comentarios reales de los incas* (1609). Los autores tusanes, por medio de su escritura, intentan reivindicar su identidad cultural. Al historizar su experiencia, exigen un lugar en el imaginario social peruano. En las obras de Siu Kam Wen y Julia Wong, por ejemplo, la recuperación de la historia de las comunidades china y japonesa queda unida a la autoexploración implícita en sus textos (semi)autobiográficos. A la vez, proponen una modernidad alternativa y un conocimiento decolonial liberado de tradicionales cosmovisiones eurocéntricas y homogeneizantes.

Así pues, la producción cultural sinoperuana inserta una subjetividad pluricultural a un Perú que se enorgullece de “Todas las sangres”, el título de la novela de José María Arguedas (1964). Ya sea explícitamente (Zulen,

Julia Wong) o implícitamente (Siu Kam Wen, Sui-Yun), estos autores proponen una democratización del conocimiento. El proceso de borrar a los asiáticos de origen peruano del imaginario nacional se evidencia, por ejemplo, en la selección de autores de la Casa de la Literatura Peruana.

Espero que los estudios de la producción cultural tusán contribuyan a que se incluyan en el canon o, al menos, a atraer atención crítica a este *corpus* literario que ha contribuido a construir una identidad nacional peruana más incluyente y a subrayar las complejidades de las identidades étnicas en Perú y en el resto de Latinoamérica. Espero, asimismo, que esta antología de literatura tusán contribuya a la creación de otras antologías de literatura peruana y libros de texto más inclusivos, así como a una mayor incorporación de lo tusán al imaginario sociocultural peruano, haciéndolo así más transnacional y pluriétnico.

Si bien, como explica Young, en Perú para 1981 ya solo quedaban 1.714 personas nacidas en China, en los años ochenta comenzó una nueva ola de inmigración que reanimó las redes migratorias (Young: 282-83). Si bien no se han recobrado los números de inmigrantes del siglo XIX, hay pruebas de que se ha reforzado la identidad china o tusán de descendientes y mestizos, como, por ejemplo, la existencia del colectivo Tusanaje (palabra inventada por uno de los cofundadores, Rodrigo P. Campos, al combinar “tusán”, “mestizaje” y “linaje”). Como se explica en la página web de esta organización sumamente activa:

la palabra tusán es la castellanización de la pronunciación cantonesa (广东话 *Guangdonghua*, 粤语 *Yueyu*) del término en mandarín (普通话, *Putonghua*) 土生/*Tusheng*. A su vez, 土生/*Tusheng* proviene de una frase china: 土生土长 [...] que significa “nacido y criado en esta localidad”.

Cuando los chinos que vivían en Perú hacían uso del término *tusheng* o *tousang* era para referirse a los chinos nacidos en Perú, es decir, a la segunda generación. No obstante, hoy en día se utiliza más allá de la segunda generación; es decir, comprende a todo descendiente de chinos con la palabra tusán, incluyendo a los mestizos. Si bien en las redes sociales se han observado recientemente lamentables comentarios de descendientes de chinos que criticaban vehementemente la autoidentificación como tusanés

de personas sin el fenotipo chino tradicional, se puede afirmar que estas voces son hoy en día una clara minoría.

El colectivo Tusanaje ha creado una biblioteca digital que incluye publicaciones sobre migración china. Difunde, asimismo, la producción cultural de escritores y artistas de origen chino, y publican los testimonios y experiencias de miembros de la diáspora china esparcidos por todo el mundo. En la explicación del logo elegido para el colectivo que aparece en la página *web*, se explica la misión de Tusanaje:

El logo de Tusanaje-秘从中来 es un puente uniendo dos casas/familias. Una casa es de estilo occidental y la otra, oriental. Nuestro logo ilustra uno de nuestros objetivos más importantes: contribuir a la consolidación de las relaciones entre China y América Latina en el aspecto cultural. A su vez, el logo representa el espacio que habita el *tusán*: un viaje permanente de ida y vuelta entre Occidente y Oriente. Un viaje que necesita puentes sólidos que hagan de la experiencia del viaje una placentera y armónica, y le permita al *tusán* ser libre en una basta identidad que incluye dos mundos magníficos.

Esta renovación de la afiliación *tusán* entre jóvenes sinoperuanos parece haber llegado con fuerza y está contribuyendo día a día a redefinir lo que es ser un peruano de origen chino. Los textos incluidos en esta antología dan fe de cómo los descendientes de chinos de varias generaciones siguen identificándose como tusanes.

NOTAS

¹ Parte de la información incluida en este prólogo apareció publicada en mis libros *Dragons in the Land of the Condor: Writing Tusán in Peru* (2014) y *The Affinity of the Eye: Writing Nikkei in Peru* (2013), así como en mis artículos “La recuperación de la crónica y el perfil por parte de Julio Villanueva Chang, un neoconceptista del siglo XXI”, que apareció en la revista mexicana *Altertexto* 3 (2013): 2-15, e “Interethnic conflict and sociocultural contributions of Asian diasporas in Latin America and the Caribbean”, incluido en *Constructing a Racial ‘Other’ in Latin America*, compilado por Mabel Moraña (Vanderbilt University Press, en prensa).

² La comunidad china de Brasil emigró a este país mucho más tarde que la de Perú y la de Panamá.

³ Zulen escribió “To Ireland” en inglés durante su estancia en Harvard, en enero de 1921. El poema fue publicado por primera vez en *The Irish Republic (El olmo incierto de la nevada)* incluye tanto el original en inglés como su traducción al español).

⁴ Julio León también publicó un fragmento de una novela, *Memoria de la ira*, que trata sobre el abuso sexual de niños por parte de sacerdotes católicos y un cuento, “No sé cómo será si regreso”, que detalla la vida de inmigrantes mexicanos indocumentados en Estados Unidos.

OBRAS CITADAS

- Bhabha, Homi. *The Location of Culture*. Londres y Nueva York: Routledge, 2004.
- Chang Rodríguez, Enrique. *El Dorado*. [1960]. Lima: Argos, [1960] 1996.
- . *La leyenda hirámica*. Lima: Argos, 1975.
- . *El mito de Osiris*. Lima: Argos, 1964.
- . *La palabra perdida*. Lima: Argos, 1980.
- . *Para ella*. Lima: Argos, 1958.
- . *Pobre Julián*. Lima: Argos, 1961.
- Choy Novoa, Mario. *Butaca del paraíso. Premio Copé de Cuento 1979*. Lima: Copé, 1981.
- . “May God Grant You Happiness / Dios quiera que seas dichosa”. *From the Threshold / Desde el umbral. Contemporary Peruvian Fiction in Translation*. Luis A. Ramos-García and Luis Fernando Vidal (eds.). Austin, Texas: Studia Hispanica Editors, Prickly Pear Press, 1987, pp. 257-62.
- Cornejo Polar, Antonio. *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Latinoamericana, 2003.
- Escribano, Pedro. Poeta Sui-Yun publica “Soy un animal con el misterio de un ángel”. No creo en grupos ni en coros. Cultural. *La República*. Perú. 14 June 2001.
- Garcilaso de la Vega, Inca. *Comentarios reales de los incas*. Lima: Universidad Mayor de San Marcos, 1959.
- Iwasaki Cauti, Fernando. *Mi poncho es un kimono flamenco*. Lima: Sarita Cartonera, 2005.
- Kuan Veng, A. *Mey Shut, poemas en prosa*. Lima: Lux, 1924.
- Lausent-Herrera, Isabelle. “Tusans and the changing Chinese community in Peru.” *Chinese in Latin America and the Caribbean*. Walton Look Lai. Koninklijke (eds.). Brill NV, 2010, pp. 143-83.
- Lin, Maan. *Writers of the Chinese Diaspora: Siu Kam Wen in Peru*. Doctoral Dissertation. Columbia University, 1997.
- León, Julio. *Libro de las incertidumbres*. Lima: Urpi, 1992.
- López-Calvo, Ignacio. *The Affinity of the Eye: Writing Nikkei in Peru*. University of Arizona Press, 2013.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

- _____. Correspondencia personal con Julio León. 27 de agosto de 2012.
- _____. Correspondencia personal con Mario Wong. 6 de septiembre de 2012.
- _____. Correspondencia personal con Sui-Yun. 4 de septiembre de 2012.
- _____. Correspondencia personal con Julia Wong. 4 de abril de 2010.
- _____. Correspondencia personal con Julio Villanueva Chang. 9 de julio de 2009.
- _____. Correspondencia personal con Siu Kam Wen. 22 de agosto de 2009.
- _____. *Dragons in the Land of the Condor: Writing Tusán in Peru*. University of Arizona Press, 2014.
- _____. “La recuperación de la crónica y el perfil por parte de Julio Villanueva Chang, un neoconceptista del siglo XXI”. *Altertexto* N° 3, 2013, pp. 2-15.
- Mayer de Zulen, Dora. *La poesía de Zulen. In memoriam*. Lima: n.p., 1927.
- Osorio, Camila. “El otro bum de la literatura peruana.” *Babel*. 26 nov. 2021 *El País*. <https://elpais.com/babelia/2021-11-27/el-otro-bum-de-la-literatura-peruana.html> Accedido 27 nov. 2021
- Siu Kam Wen. *Cuentos completos*. Morrisville, North Carolina: Diana, 2004.
- _____. *La estatua en el jardín*. Morrisville, North Carolina: Diana, 2004.
- _____. *El furor de mis ardores*. Morrisville, North Carolina: Abajo el Puente, 2008.
- _____. *La primera espada del imperio*. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1988.
- _____. *El tramo final*. Lima: Casatomada, 2009.
- _____. *El verano largo*. Morrisville, North Carolina: Abajo el Puente, 2009.
- _____. *Viaje a Ítaca*. Morrisville, North Carolina: Diana, 2004.
- _____. *La vida no es una tómbola*. Morrisville, North Carolina: Abajo el Puente, 2007.
- Sui-Yun (Katie Wong Loo). *Alrisha*. El Verso Azul, 2018.
- _____. *Cada vez que me ve el viento: antología exigua*. Dirección Desconcentrada de Cultura San Martín, 2017.
- _____. *Cantos para el mendigo y el rey / Gesänge für den Bettler und den König*. Lima: Loto, 1999.
- _____. *Cresciente*. California: Lincoln Press, 1977.
- _____. *Rosa fálica*. Lima: Loto, 1983.
- _____. *Soy un animal con el misterio de un ángel (1995-1997)*. San Miguel, Perú: Línea Éter, 2000.
- _____. *Sueños de otorongo*. Lima: Loto, 2004.
- Verástegui, Enrique. *Angelus Novus* (Vol. I). Lima: Antares, 1989.
- _____. *Angelus Novus* (Vol. II). Lima: Antares y Lluvia, 1990.
- _____. *Taki Onqoy*. Lima: Lluvia, 1993.

- Villanueva Chang, Julio. “Carta a mi abuelo chino. Un cantonés casero y querendón”.
El Comercio, Lima, 12 de octubre de 1999.
- . *Elogios criminales*. Ciudad de México: Random House Mondadori, 2008.
- . “El que enciende la luz. ¿Qué significa escribir una crónica en tiempos de crisis de la atención?” *Antología de crónica latinoamericana actual*. Darío Jaramillo Agudelo (ed.). Madrid: Alfaguara, 2012.
- . “La indiscreción de asomarse por la espalda Carta. Horóscopo chino”.
Etiqueta Negra N°7 Nov. 2011, p. 12.
- . *Mariposas y murciélagos: crónicas y perfiles*. Lima: Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (upc), 1999.
- . “We’re Not Kansas Anymore”. *Se habla español. Voces latinas en usa*. Edmundo Paz Soldán y Alberto Fuguet (ed.). Miami: Alfaguara, 2000, pp. 191-200.
- . “Un chofer de ambulancia que llegaba a tiempo”. Reportaje: En Portada. *El País*. 16 de junio de 2011. Internet.
- Wong Kcomt, Julia. *Bi-rey-nato*. Buenos Aires: El suri porfiado, 2009.
- . *Bocetos para un cuadro de familia*. Lima: Borrador, 2008.
- . *Doble felicidad*. Lima: Editatú, 2012.
- . *Historia de una gorda*. Trujillo, Perú: Libertad, 1994.
- . *Iguazú*. Buenos Aires: Atril, 2003.
- . *Ladrón de codornices*. Buenos Aires: Patagonia, 2005.
- . *Lectura de manos en Lisboa*. Lima: Melón, 2012.
- . *Margarita no quiere crecer*. Lima: Borrador, 2010.
- . *Los últimos blues de Buddha*. Lima: Noevas, 2002.
- . *Un pequeño bordado sobre la vergüenza*. Lima: Matalamanga, 2011.
- . *Un salmón ciego*. Lima: Borrador, 2008.
- Wong, Mario. *La estación putrefacta*. Lima: Maestra Vida, 1985.
- . *Su majestad el terror*. Lima: Pasacalle, 2009.
- . *El testamento de la tormenta*. Madrid: Huerga y Fierro, 1997.
- . *Yo vivo en San Miguel, pero muero por Amalia*. París: Indigo, 2002.
- Young, Elott. *Alien Nation: Chinese Migration in the Americas*. Chapel Hill, Carolina del Norte: University of North Carolina Press, 2014.
- Zulen, Pedro. *El olmo incierto de la nevada*. Dora Mayer (ed.). Lima: Imprenta J.E. Chenyek, 1930.

AUTORES TUSANES

El poeta, periodista y dramaturgo Augusto Kuan Veng nació en China en 1900. Publicó crónicas periodísticas en el diario *El Comercio*, cuentos en el diario *Correo* y la colección *Mey Shut, poemas en prosa* (1924), donde están todos sus textos incluidos en esta antología, que incluye, más que poemas en prosa, sugerentes parábolas y cuentos moralizadores. En el prólogo de *Mey Shut* recibe elogios de personajes de la época, como Óscar Miró Quesada (profesor de San Marcos y director de *El Comercio*), José Gálvez, el poeta modernista peruano José Santos Chocano y el poeta español Francisco Villaespesa. Escribió y dirigió, además, el drama *Li Tong Xhu (El hijo de la concubina)*, estrenado en el Teatro Municipal en 1925, que lamentablemente se encuentra extraviado. Los textos de Kuan Veng ofrecen una ventana a la cosmovisión china en Perú. Aunque el subtítulo del libro sea “Poemas en prosa”, en realidad no se trata de poemas sino parábolas, cuentos moralizantes e impresiones.

VOCES MATERNALES. SÉ SENCILLO

Sé sencillo, hijo mío, que jamás la soberbia domine tu corazón.

Por inteligente que fueres, habrá siempre alguien que te supere.

Es prudente que seas modesto, porque aun el talento es voluble: hoy hte acompaña como una cualidad inherente, y mañana se alejará de ti cual si jamás te hubiera alagado; entonces, si en tu lucidez fuiste soberbio, la ironía y el desprecio de tus conocidos aumentarán el dolor profundo de la pérdida del talento...

No te fíes ni te envanezcas del dinero: quien no adora más que el oro, da clara muestra de que no ha nacido sino para cosas viles.

Sé modesto: recuerda siempre los lotos que crecen plácidamente en tu heredad: nacen blancos, no se contaminan en su floración plena y conservan la misma blancura en su decadencia. Y tú bien sabes que, por esta sencillez y pureza, la diosa de la Misericordia los declara su voz predilecta.

Sé sencillo, porque la sencillez impresiona más gratamente que el oro, que el talento y que la misma hermosura, tan ponderada y tan tristemente vana.

Sé sencillo, hijo mío, la sencillez es el único adorno digno y capaz de realzar la personalidad el hombre superior...

CONTRASTE

Era un gran día de fiesta. Casi todos los vecinos se habían congregado en el parque Shai-Fa. Siguiendo la costumbre, los hombres, las mujeres y los niños formaban grupos aparte, divirtiéndose cada cual según sus caprichos.

Los místicos iban a orar en el templo cercano de BUDA, los traviesos escalaban la interminable escalera de la torre de porcelana, y los más prácticos aprovechaban las claras aguas del lago para refrescar su cálido cuerpo.

El intenso gentío invadía el parque entero, y animadas charlas con regocijantes risas daban la grata sensación de una feria de alegría... En una pequeña distancia se aislaban dos personas: era un anciano de luengas barbas y un imberbe adolescente. Ambos guardan una quietud serena.

El anciano miraba con majestuosa indolencia el bullicioso desfile de los concurrentes; el joven entusiasta tenía una mirada ávida de sensaciones, no perdía un solo detalle, y si alguna doncella pasaba a su lado, agrandaba sus ojos y un suave carmín invadía su rostro, mientras su ser entero se transformaba, dando clara muestra de haber descubierto una extraña y deleitosa emoción...; pero el anciano para todos tenía la misma fría indiferencia...

El sol obscurecía y la concurrencia lentamente se alejaba.

Antes de retirarse y con suma reverencia, interrogué al grave anciano:

—Noble señor, ¿puedo tener el placer de oír su opinión sobre la magnífica fiesta de hoy?

—Quimera, hijo, quimera, vanidad: más vale no haber nacido....

Pregunté también al joven:

—Mozuelo: ¿qué tal te parece la fiesta?

—Espléndida, señor, espléndida: que alegre es la vida...

IDEALIDAD

Quien pasa la vida sin más preocupación que la de comer y dormir, estará sin duda más tranquilo que los otros; pero no podrá disfrutar el deleite de las ilusiones.

El hombre, como racional, está condenado a pensar siempre, y desgraciado aquel en cuyos pensamientos no contenga siquiera una dulce quimera...

La realidad de la vida es muy dura y quien no sepa idealizar, pierde tal vez el único encanto que ella pueda ofrecerle.

No importa que el ideal no se realice hoy, ni mañana, ni nunca: basta tenerlo para recibir sus confortantes caricias.

Hay que tener un ideal en la vida, no importa que sea de amor, de riquezas o de gloria; no importa que sea extenso y altísimo como los cielos: mientras más extenso y más elevado sea, más grande será la victoria, o más meritoria y heroica la caída...

Vivir, luchar y soñar: he aquí la trinidad de la existencia...

Quien vive, lucha y sueña tiene a su favor al dios de la victoria.

LAS FUENTES DE LA INSPIRACIÓN

Al ilustre autor de "Tabaré".

Lin Shu está aburrido de tanta fastuosidad, y mientras sus padres daban regias recepciones en su espléndida residencia, él, vestido modestamente, vagaba por los alrededores de la ciudad de Wu Van-Chau. No era huraño, pero le acosaba una tristeza tan vivamente que perdía sensibilidad para gozar los deleites de la vida principesca que le brindaba su aristocrática familia...

Era casi la media noche, y aun Lin Shu estaba sentado en un banco de una plazoleta, tal vez esperando en un banco de una plazoleta, tal vez esperando el consuelo de algún ser fantástico...

Acertó a pasar por allí un hombre que trabajosamente traía un atado de leña en sus hombros. La actitud meditabunda del joven le llamó la atención, y acercándose le preguntó, con esa benevolencia con que suelen tratar los ancianos a los mozos:

—Joven, ¿qué te pasa? ¿Piensas, acaso, en los dioses?

—No, no soy muy fanático.

—¿Algún desengaño amoroso?

—Jamás lo he tenido; no amo a ninguna mujer.

—¿Te entristece la idea de la muerte?

—Soy demasiado joven para pensar en ella.

—Me sorprendes con tus negativas: ¿cuál puede ser el motivo de tu tristeza? Dímelo con sinceridad, no me agrada ver tristes a los jóvenes, quiero ayudarte para salir de tu pesadilla.

—La agradezco, buen anciano, pero mi pesar es tan hondo...

—Anímate, joven, confíesame ese “hondo pesar” y ya veremos cómo se disipa tu melancolía; dime, dime lo que te pasa.

—Nada; un descontento de mí mismo.

—¿Por qué?

—Porque no soy lo que debería ser.

—¿Qué anhelas?

—Ser poeta.

—¿No lo crees actualmente?

—Sí, pero a medias.

—Explícate.

—Mi instrucción literaria es completa, pero escribo versos tan detestables que íntimamente siento vergüenza hasta de enseñarlos a mis amigos de confianza.

—Pero recítame algunas poesías tuyas, quiero oírte antes de dar mi juicio.

El joven recitó sus mejores producciones. Era realmente armoniosa e impecable la forma de los versos; pero el fondo... Ahí estaba la clave del descontento. Terminada la declamación, el anciano preguntó resueltamente:

¿Quieres oír mi opinión sincera?

—Sí, buen amigo, no deseo lisonjas, estoy bastado de adulaciones.

—Bien, tus versos son para mí como un rico joyero primorosamente trabajado, pero si lo abro, solo encontraré hojalatas viles: así son tus versos.

—Señor... desconsoladoras son sus palabras; pero... es la verdad, lo reconozco.

—No hay nada para desconsolarse, hijo mío, tú no eres un poeta completo, porque no has querido, porque despreciaste las fuentes perennes de la inspiración.

—¿Yo?...

—Sí, joven, tú; pero ahora olvida todas tus penas y grava en tu mente el consejo que te doy:

Sé devoto de los dioses y tendrás espiritualidad en tus versos;

Ama y el amor te dará sensibilidad exquisita en tus estrofas;

Sé galante de la Muerte, y ella te dará la divina inquietud de lo infinito...

Sigue mi consejo, y tú serás un poeta excelso.

PLEGARIA

A la marquesa Go-Sam-K.

Omnipotente señor de los celestes dominios, escucha benigno cuanto voy a decirte: mira que no te importuno con oraciones vanas que a diario te taladran el oído. No te pido el oro vil que no adoro, ni te pido honores, te pido por lo más precioso, por lo más sagrado que tengo: por mi madre que está agonizante...

Señor, sánala, líbrala de la muerte que la amenaza.

Si mi madre provocó tus iras, descarga en mí toda tu venganza y perdónale...

Señor, si para concederle la vida necesitas una víctima, yo me ofrezco: resta de mi vida los años que quieres arrebatarme, para que ella pueda vivir su vida plenamente...

Y si esto no basta, yo te ofrezco, señor, toda mi existencia: dame la muerte y concede la vida a mi madre...

Omnipotente señor de los celestes dominios, sé piadoso, escucha el ruego de este hijo que te implora...

Concede la vida al ser que más adoro en la tierra, y si lo quieres, acepta el sacrificio que gustoso te ofrezco...

EL MAR

¡Oh mar! Ante tu presencia imponente mil pensamientos me abruman el cerebro. Tú me obligas a pensar en el amor que es el supremo señor de la vida; en la tristeza que nubla la plácida existencia, y la vaguedad del infinito

que dulcemente me invita a forjar un reino lleno de luz, de amor, de bondad, de armonía...

¡Oh mar! No importa que tú me humilles con tu pujanza salvaje, no importa: yo amo tu presencia porque tu presencia imponente agranda el amor que embellece la vida, el dolor que ennoblece al hombre, y la aspiración del infinito que diviniza las almas...

MADRE MÍA

Madre mía, ¿hacerte un elogio? No, no es necesario. Por grande que fuera mi filial cariño, por inmensa que sea la inspiración, siempre saldrá pálido todo cuanto pueda decir en honor tuyo.

Ante tu amor, que es el amor supremo, mi lengua enmudece, no acierta a decirte lo que siento en el corazón. Solo puedo mostrarme ante presencia, besar en silencio tus santas manos, y murmurar dulcemente en tu oído:

MADRE, YO TE QUIERO.

Y al pronunciar ese “yo te quiero” que encierra todo mi filial cariño, adivino en tus labios trémulos de emoción, un insinuante:

“SÉ SIEMPRE BUENO, HIJO MÍO”.

Sí, madre santa, yo seré siempre bueno, sabré quererte cual tú solo mereces, seré el báculo de tu ancianidad venerable. Por ti sabré querer a todos los hombres como hermanos....

Tu imagen permanecerá eternamente en lo más íntimo de mi corazón.

NOCTURNO

En la lejanía y asoma la Luna. Está pálida como una dama que recién se levanta; pero a medida que camina, su rostro se colora.

Sus pasos son quedos, cual los pasos de una tierna madre que vigila el sueño del hijo de sus entrañas.

Camina en silencio, y sonrío a todo cuanto en su paso encuentra, y los rayos de su sonrisa penetran hasta en los más oscuros rincones.

Todos la miran encantados y hasta los grillos, las ranas y los sapos (de fealdad reconocida), se atreven a salir de sus escondrijos, y al ver tan es-

pléndidamente bella a la diosa Luna, se entusiasman, prorrumpen en gritos de admiración y cantan un himno interminable con sus voces monótonas y salvajes...

En el umbral de mi aposento se para la Diosa, como si me pidiera permiso para penetrar. Yo abro galantemente todas las puertas y apago con gusto todas las luces, para que ella pueda lucir toda su brillantez argentina...

La luna me mira plácidamente, y yo al contemplarla, descifro muchos enigmas de la vida y del amor...

Y al considerarla tan serena, tan buena, yo siento todo el prestigio, todo el secreto poderío de la bondad que solo un arma invencible tiene:

LA ETERNA SONRISA...

La Luna nota mi comprensión. Sonríó complacido, y lentamente de mi estancia me aleja.

PEDRO S. ZULEN

El nombre completo de Pedro Zulen (Lima, 1889-1925) era Pedro Salvino Zulen Aymar. Hijo de un inmigrante chino llamado Pedro Francisco Zulen (Guì Tíng Sū, 贵廷蘇) y de una peruana llamada Petronila Aymar, su verdadero apellido chino era Sū [蘇]. Fue bibliotecario, filósofo y activista en pro de los derechos indígenas y en contra del centralismo político de Perú. Zulen estudió ciencias naturales, matemáticas, filosofía y jurisprudencia en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, cuya biblioteca lleva hoy su nombre. En 1909, fue uno de los fundadores de la Asociación Pro Indígena. Como padecía tuberculosis, debió abandonar sus estudios en Harvard en 1916 y regresar a Perú, estableciéndose en Jauja. Tres años más tarde, fue arrestado en esta ciudad, acusado de ser anarquista e incitar a los campesinos a la rebelión. Más tarde regresaría a Harvard a continuar sus estudios de filosofía, a los que añadió esta vez los de bibliotecología. Gracias a ello, a su regreso a Lima consiguió un puesto como catalogador en la biblioteca de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de la que acabaría siendo director. Completado su doctorado en Letras en 1924, pasó a dictar un curso en psicología y lógica. En 1924 publicó su tesis doctoral *Del neohegelianismo al neorrealismo: estudio de las corrientes filosóficas en Inglaterra y los Estados Unidos desde la introducción de Hegel hasta la actual reacción neorrealista*, así como un resumen del curso que dictó titulado *Programas de Psicología y Lógica* (1925). Publicó, además, numerosos artículos periodísticos sobre indigenismo, descentralismo y reforma universitaria. De su centralidad como intelectual público en Perú habla el que aparezca como personaje en la novela *El mundo es ancho y ajeno* (1941) de Ciro Alegría y en la novela *Dora* (1989) de José B. Adolph. Siu Kam Wen menciona también brevemente a Zulen en *Viaje a Ítaca* (1993). Mejor prosista que poeta,

Zulen publicó sus numerosos poemas, en diarios y revistas, y en una colección póstuma titulada *El olmo incierto de la nevada* (1930), compilada por Dora Mayer gracias a las donaciones de sus amigos. Todos sus textos incluidos en esta antología aparecieron en *El olmo incierto de la nevada*. Si bien Zulen no se consideraba poeta (al parecer, les decía a sus amigos que solo componía unos cuantos versos), se le atribuye haber introducido el haiku en Perú. Esto quizás sea indicativo de una subjetividad asiática que, por lo demás, está ausente en el resto de su obra. El siguiente es uno de lo que él consideraba sus haikus: “Al golpe del oro solar / Estalla en astillas / El vidrio del mar” (Zúñiga 34). En *El olmo incierto de la nevada* encontramos el lado más íntimo del poeta. Las frecuentes exclamaciones, las patéticas falacias, sus referencias a los cementerios y el tono exaltado general de la colección le dan tintes románticos.

PAMPSIQUISMO

Una malla enmarañada y zarcillosa,
Que se extiende por los bosques inviolados,
Lleva oculta entre sus redes, orgullosa
Los racimos de unos frutos anhelados.

Imaginan los que piensan —¡no son humanos!
Que allí tienen bajo sombra sus moradas,
De los seres y las cosas los arcanos.
¿Creaciones infantiles de las hadas?

¿Es la malla que tuvieron presentida
los antiguos de la Grecia pensadora,
la que encierra los misterios de la vida,
que medita mi conciencia soñadora

si los sabios le sondean
sus sinuosas convergencias,
e incumben y plantean
agotando irreverencias,

y con los iones que ellos crean,
¿he de fiarme de su ciencia fementida?
¿no del vulgo que prodiga sentencia,
ese vulgo que este mundo dilucida?
Y con todo ¿es la malla existencia
objetiva en la materia? ¿dó se anida?...

Dejad a mis poetas, los que riman ilusiones,
Los que glorian la conciencia, creadora de la malla,
Cantar el devenir, con baladas y canciones
Que es la urna inmaterial, verdadera, donde se halla.

Lima, ix, mcmxi.

A IRLANDA

Siempre rebelde! Siempre altiva! Siempre la misma! Irlanda, bendita seas!
Porque luchas por la libertad, tu actitud es plenamente hermosa. Y todo
hombre que ame la justicia por la justicia, sin temores ni términos medios,
tendrá que hacer suya tu causa.

Porque tu causa es la de todos los pueblos que sufren extrañas leyes,
extraños gobiernos, y sufren el despotismo de la fuerza bruta.

Porque todos los pueblos oprimidos bajo la férula de las bayonetas
fortalecen su esperanza al contemplar tu fe inquebrantable.

Pueblos que luchan como tú tienen que vencer tarde o temprano a
sus opresores por fuertes e implacables que sean.

Y vencerás, porque tu enhiesta frente y tu erguido espíritu, confun-
dirán a tus verdugos. Calibán torpe y grosero desaparecerá ante la sombra
de Ariel divino!

Cambridge, Massachusetts, 1 de enero de 1921.

RIMAS MOROSAS

Ayes silvestres de alma temprana,
rimas morosas, vais al albur,
holló la nieve la caravana,
yergue su pena todo el azur.

Frágiles ritmos de mis afanes,
funde la nieve, ¿vais a salir?
Adversa noche y ¡entre gabanes!
El alba venga, ¡podéis morir!

Y si mañana se arroca el hielo
y el sol os hiere con su blancor?
O si llovizna, con el deshielo
¡pobres sandalias! ¿Tendréis valor?

Dejad que rompan las primaveras,
¡las primaveras sin una flor!
que nunca vieron divinas eras;
pero ¡cuidado con el frior!

INVOCACIÓN A POE

Humanidad
bacanal antigua,
¿qué remilga tu libar?
Satánico reguero
de escorpiones dolientes
venciendo el acueducto
retintas el sendero
—exploras a la muerte,—
y palpita un ruiséñor.
¡Que se hinchen los geranios,
y retumben los chirridos;
surja el alma de los goznes,
viejo moho cubra el sol!
¡Irrumpa el cantor
de la rotunda frente
do mimara el terror;
el ceño rugiente;
beodo el cabello de noche y de alcohol;
tempestades reviente
su mirar
de la cumbre al valle fue su rondar.
¡Postérsese la angustia,
revuélquese el afán;
filósofos barbudos
los cuerpos en las camas
comienza a achicar

Soñador!
cabellos de amargor!
una sombra se acobarda,
cual si la vida
arrepintiera bajo la nube de un enervor.
¡Es un eco! Me advierte el ave dormida.
En vano busco la cicatriz.

Esa pasión rayana
fue un ardid;
porque Leonora y el cuervo
fueron el acerbo
más allá;
y el escarabajo, la humana morbidez.
¡Entonces!, y ¿ahora?
—Leonora,
la última semicadencia incertidumbre;
el cuervo, la mueca perdida es el porqué;
el escarabajo un eructo del ayer.
de la sonrisa solitaria
solo arruga.
—El misterio diseñaba
en su fuga.
¿Qué es de la pupila?

¡Ahogó! ¡Tan adentro el crepúsculo se hacía!
Se ha manchado tu sien. ¿Un tumbo tras de la escarchar?
—Acaso el molusco al pasar.
No hay tormentas en tu ceño.
¿Desde cuándo se mendiga al vendaval?
Y ¿esa emoción que oprimió al leño?
¿Has visto el pétalo moribundo de un alborar?

¿Rechinen dentaduras,
repélase el batan;
 ratones comensales,
 hormigas alocadas,
 perplejen el pensar!

¿Qué se agita en el armario?
La flauta se yergue como para tocar
¿Quién la puerta desquicia?
El herraje forceja por saltar.
¡Rumor de voces en la rendija!

Denme el néctar, denme el néctar,
puedo morir!

¿QUÉ SERÁ DE TI, VOLUNTAD?

¿Qué será de ti, voluntad?
Descendiste a la vida.
Triste victoria del que vence
porque la vida lo ha vencido ya.

Vence voluntad,
verdad.
¿Pero después?
Ha triunfado la vida.
Era lo que perseguía:
inutilizarte, voluntad.

Vence, voluntad,
verdad
¿Pero después?
Desgastan tus fuerzas—
un día ya no podrás.
La vida al verte sin ellas
te abandonará.

27 de agosto de 1922.

MI VERSO

Mi verso es débil, mi verso es pálido, mi verso llora,
pero en mí siento la eclosión
de las nieves auroras
al blandir del Sol!

Mi canto efluvia en la noche sonora,
mi canto es eco de lunar efusión,
y es que en otrora
derramada mi sangre, plenitud y unción!

Decid al poeta
aquí os doy una emoción,
y entonces risueño batirá su pandereta
hasta la extremaunción!

EN MIS OJOS ESCANCIA EL SOL

Ojos dormidos que soléis
al llanto del crepúsculo despertar,
decidme si reparado habéis:
es ya largo vuestro peregrinar.

¿Náufragos fuisteis en el soñar?
¿Os ha encantado el mago dolor?
Es mi aurora crepuscular,
en mis ojos escancia el Sol.

HUMANO FRAGOR

¡Timones de arrebol!
Las gamas auroras violentan.
Estupor.
Los hielos lamentan
Clamor.
La humana tormenta
desata su bronco tronar,
¡Y sigue el rondar!

¡Retumbó la avalancha!
Los autocamiones al ingrato pitear.
Garbosos caballos de herrajes enormes,
que miran serenos,
conducen sus carros sin espantar.
Solo en su delante llantas y motores
apaciguarán.

Tranvías se avientan en conmoción.
Gallardo trineo
Sonando continua la alegre campana
desliza risueño
veloz
¡Y sigue el rondar!

Los gorros, las pieles,
las lanas,
monstruosos gabanes su peso aligeran al rudo invernar.

Las caras encienden.
¡Y sigue el rondar!

Por las cuestas blancas
la chiquillería
trinea, resbala,

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

patina,
arroja las bolas que frías y duras
se cruzan
en albas batallas.
¡Y sigue el rondar!
La nieve vendrá más tarde los campos a restañar.

29 de agosto de 1922.

DIAPASÓN

¡Álamos de estruendo!—
Sacrificaron lejanías en la poniente interpretación.
Las mustias ventanas encienden los cirios al sol.

¡Malvos recuerdos!
El jardín cierra sus ojos a nuestro resplandecer.
Tenebrosos velorios sahúman hasta ennegrecer.

9 de septiembre de 1922.

MÁS ALLÁ DEL CREPÚSCULO

—¿Quién doró tus cabellos?
—Me soñó la nube una mañana de sol.
—¿Quién puso misterio en tu mirada?
—Un rayo de luna se extravió en mi ser.
—¿Quién humedeció tus labios de rocío?
—Estuve durmiendo bajo una flor.
—¿Es tu sonrisa el eco de una aurora?
Una nostalgia de la Eternidad.

Nació en Trujillo en 1921 y falleció en Lima en 2000. Estudió en el Centro Viejo de Trujillo, así como filosofía y letras en la Universidad de San Marcos. Vivió diez años entre Alemania y España, donde cursó estudios en la Universidad Complutense de Madrid. De regreso a Lima, ingresó al Supremo Consejo Grado 33 de la Gran Logia Masónica. Fue objeto de homenajes en reconocimiento a su valiosa creación literaria, por obras editadas en España y Perú. El interés literario de Chang Rodríguez comenzó en su Trujillo natal con su novela-relato de historia y ficción *El Dorado*. Su obra muestra la inquietud del ser humano por conocerse a sí mismo. Su vena literaria se vio impregnada de simbolismos del mundo de lo espiritual y enigmático, de temáticas metafísicas, donde se ausculta el lado esotérico del mundo. En sus libros lo ilógico se fusiona y difumina con un lenguaje alegórico, como se observa en *La noche cósmica*, *El camino de los dioses*, *El mito de Osiris*, *La leyenda hirámica* y *La palabra perdida*, del que salen todos sus poemas incluidos en esta antología. Su veintena de obras literarias abarcan de lo poético (*Poemas para ella*) hasta lo narrativo (*Pobre Julián*, *Crónicas y mitos de la Amazonía*, *Paititi*). En su última obra, aún inédita, *El signo de una época*, relata los avatares de los años treinta en Trujillo.

ARENAS DEL JOPÁ

Arenas del Jopá
donde el eco del silencio
fue el origen arcano
de tu Palabra perdida.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

Arenas del Jopá
donde tu voz de cuarzo
rompió el silencio de cristal
dormido en el desierto.

Arenas del Jopá
donde yacen silenciosos
como esfinges del desierto
Rosacruces y Templarios
Esenios y Maniqueos
descifrando el mensaje arcano
de tu Palabra perdida.

Arenas del Jopá
donde moran silenciosos
los manes de tu suerte:
Moisés llevando al pueblo hebreo
hacia la Tierra Prometida,
Josué implorando en Jericó
un lapso más de luz,
Noé que salva las especies del Señor,
David y sus jaculatorias,
Salomón levantando su santuario
tres veces destruido,
el rey Hiram fuerza y podería,
Hiram Abí y su Palabra perdida.

Arenas del Jopá
que sepultas las sienas calcinadas
de Nabucodonosor y Dioclesiano
entre las ruinas del templo destruido
de Clemente XII y su bula pontificia
que ignoró el ángulo de la escuadra.

Arenas del Jopá
donde duerme el grito del silencio
de Jacobo de Molay
y los cuatro mártires calcinados.

Arenas del Jopá
donde Boaz y Jaquim
levantan su espiral
desde la tribu de Dan
a la provincia de Canán.

Arenas del Jopá
cumbres del Sinaí,
alturas del Monte Sion,
canteras de Bendekar,
torre de Achizar
que cautivas a Jubelo y Jubelón.

Arenas del Jopá
rastros del Zerbal y Johaben,
de Enós, Adonai y Tubalcaín,
de Aaron y Adoniram,
de Ciro y Zorobab el
que restauran tu templo destruido
Arenas
del
Jopá

CANCIÓN DE ALBA

Escribo esta canción
mientras brota de mi voz
una palabra
de sílabas solitarias
como silencio interior.

Escribo esta canción
para el hombre
que gravita en el vacío
al borde del sonido frío.

Te canto a ti
hermano mío que vas descalzo
con tus pies vegetales
errante por el desierto.

A ti, hermano caminante
que vas y vienes sin ir
transitando en silencio
con los ojos vendados
en busca de la luz.

Tú que vives ausente
hermano penitente,
si ignoras el sendero,
iremos juntos de la mano
bajo el mismo signo que nos une.

EXALTACIÓN

Allí estabas tendido
como náufrago del Sol
bajo un túmulo de arena
calcinado de soledad.

Allí donde murió el crepúsculo
hundiéndose en el fondo del océano
bajo la bóveda de espanto
entre cuarzo, sándalo y azufre.

Solo una acacia
como leve retoño de la muerte
interrogaba en el silencio
cual palabra vegetal en el desierto.

Tres toques
tres veces auscultado
sobre los límites de tu piel
que se desprende como sudario.

Palabra por palabra
con inquietud de pregunta
recorrían inútilmente
por los caminos de tu edad.

Desde la piedra tosca
que yace entre columnas
hasta la piedra cúbica que se ilumina
en milagrosa proyección de luces.

Gripa tras gripa
inquiriendo por tu signo
con tu palabra de pase
la muerte fue retejada.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

Y cuando el hálito de la resurrección
llegó hasta el desierto
te alzaste más allá del límite
de tu ingrávida existencia.

Del fondo de tu ser,
viniendo hacia ti mismo,
del fondo de tu propia muerte
detenida en el paréntesis del tiempo.

INVOCACIÓN

Tú que viertes la luz en las tinieblas
que tornas más diáfana la aurora
y la roca se embellece si la tocas
dame, Oh Jahvé, la fe que necesito
para poder llegar a tu morada.

Tú que me conoces
prodígame tu gracia
que enmiende mis declives
aquí donde tu ausencia
gravita en la esperanza
del naufrago olvidado.

Dame, Señor, la luz que necesito
para transitar por tu sendero
de tiempo hacia lo eterno.

TEN PIEDAD, SEÑOR

Señor, pon tu mano
sobre la herida del hombre
para que broten de sus sienes
estambres de luz en sus tinieblas.

Detén en sus horas
de ardiente desvarío
el apurado diástole
de los peces rojos
que corren por su savia primitiva.

Ven, Señor,
con tus manos santas
o enjugar su llanto
con el mismo lienzo
de tu sudario blanco.

Haz que de su cuerpo de roca
surta un manantial
para que apague el fuego
que abrasa sus sienes amarillas.

Déjale, Señor,
escanciar tu cántaro
de agua cristalina
la misma que bebiste
cuando tuviste sed.

Úntale sus calcinadas sienes
con tus fragantes óleos
que no sean las mismas
espinas del Calvario.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

Oh, Señor!
desclava sus manos del madero
para que pueda coger
tu luz a manos llenas.

SOY LO QUE NO SOY

Cincelo mi propio ser
de absurda geometría
buscando entre las tinieblas
la luz vertical de mi principio.

Yo soy lo que no soy,
mi propio tiempo y dimensión de espacio,
cerebro de un átomo perdido
en la ruta de la luz y el tiempo.

Soy la forma ponderable del vacío,
verdad, duda y mentira,
pretendiendo descifrar mi origen
en la incógnita algebraica de mi signo.

Tres, cinco, siete
harán de ti una ecuación constante,
busca en el misterio de esa raíz
tu propio teorema
que pueda explicarte
la absurda existencia de tu errancia.

Y como es cierto
que principio y fin
se juntan en el círculo
tú volverás a hallarte
en la curva infinita del encuentro.

Yo era un cuanta de luz en el espacio
girando en la infinita eternidad
yo vine siguiéndome a mí mismo
buscándome en mi ser inútilmente.

Cuantas veces habré nacido
ocupando el espacio de dejé
Cuántas veces habré muerto
en este rito eterno de la creación.

Hoy me asombre mirar la lluvia
mi espera y tu tardanza
que prolongan mis brazos en caminos.

Desde mi ventana en silencio
te envió un mensaje con el viento
aguardando impaciente tu respuesta.

Y hundido en anillos de tinieblas
mano a mano con el tiempo
voy jugando a los dados con la muerte.

Busco en mi pequeño universo
una Palabra
perdida en el límite
del sonido y el silencio.

La busco en la inefable expresión del verbo
Donde duerme el tiempo sin pretérito,
Entre la gama polícroma
Que ilumina el Delta milagroso.

Y en el fulgor de mi búsqueda
desciendo a las raíces
secretas de tu origen

donde escucho tu voz
entre la luz y el coral.

Tu voz que percibo
como sílaba de amor
y acaricio en secreto
de profundo arrobamiento
sobre la diáfana piel de mi memoria.

Calló el rebelde sus gritos belicosos y el pánico enmudeció a la turba, al ver al osado Acyar, acercarse lentamente a su adversario, al ritmo de grotescas contorsiones, como ágil felino presto a la embestida. Solo un indio de mirada huraña, golpeando un tambor con sus nerviosas manos, llenaba el ámbito de acompasados sonos. Acyar, avanzó hasta Rumic Sac, que en actitud alerta lo esperaba, lo miró con ojos de furia encandilados, lanzó un extraño grito como fiera impotente y acosada dio vuelta sobre sus ágiles muslos descubiertos y emprendió veloz la retirada, corriendo hacia las lomas para volver a ensayar el ritual de su ofensiva.

Los indios alborotados, agitaban sus lanzas al ritmo acelerado de los tambores. De súbito, como espantado rebaño dieron paso al furioso Acyar, que embistió contra su adversario, topando en la feroz refriega como dos leopardos enconados. Rumic cayó de espaldas bajo el ágil zarpazo, colmado de pavor a los nativos que intentaron huir porque el inmóvil cuerpo del aventurero, tendido estaba sobre el suelo como una mole derribada.

¡Rumic Sac no muere!—vibró una voz en las alturas— ¡Los hijos del Sol son invencibles!— repercutió en el ámbito salvaje, mientras los indios atónitos miraban cómo el musculoso brazo del vencido fue estrechando la garganta del derrotado Acyar, que no logró zafarse de la muerte hasta acabar en sus últimos estertores.

Rumic, el nuevo caudillo, trajo el mensaje de paz, y todas las tribus se congregaron en torno del Intichuri, el hijo del Sol, aureolado de divinidad. Fomentó la unificación de toda la grey, convirtiéndola en la comarca más avanzada del territorio. Ahora sentían el aliento vital de esa fuerza redentora, como una poderosa coexistencia entre lo humano y lo divino.

Todo el pueblo empezó a disfrutar de la bonanza de sus tierras pródigas, y sus hogares se afianzaron sin temores ni vasallaje. Rumic recibió el cetro del Venerable Cacique de la comarca, le juraron obediencia y prometieron seguirlo hasta la muerte.

De El Dorado.

SUI-YUN (1955-)

Nacida en 1955 en Iquitos, Perú, sus padres fueron comerciantes cantoneses que emigraron antes de la Revolución China y hablaban una mezcla de español y hakka en casa. Sui-Yun (nombre de pila Katie Wong Loo de Geitz) es autora de los poemarios *Cresciente* (1977), *Rosa fálica* (1983), *Soy un animal con el misterio de un ángel* (1999), *Cantos para el mendigo y el rey* (2000), *Sueños de otorongo* (2004), *Cada vez que me ve el viento* (2017) y *Abrisha* (2018). Sui Yun ha dirigido un taller de poesía en la Biblioteca Nacional de Perú en 2016 y participó en la Giornata Mondiale della Poesía en marzo del 2004 en Frascati, Italia. En Alemania formó parte del grupo ALA (Autores Latinoamericanos en Alemania) y organizó el último encuentro del grupo en Aquisgrán antes de su desintegración. Fue, además, entrevistadora para la revista *Plaza Mayor* de 1980-1990, por lo que el gobierno alemán le otorgó dos becas consecutivas para el aprendizaje del idioma alemán. En 2021 el diario *El Comercio* incluyó a Sui Yun entre las diez mejores escritoras del Perú. Su poesía se caracteriza por su frecuente recurrencia a la sexualidad como fuente de inspiración y por su cosmovisión cosmopolita, quizás influida por haber vivido en Estados Unidos, España, Alemania y Francia. Aun así, se siente identificada tanto con la China ancestral, de la que heredó su cultura, como con la selva amazónica de Iquitos y las culturas indígenas de la región. Así, en “Soñando como pez en posición fetal” la voz poética se dirige directamente al río Amazonas. En otros casos, se identifica con el mar y los elementos de la naturaleza en general, como se observa en los poemas “El canto del desove”, “El primer árbol que me respira” o el que comienza con el verso “Tras un largo invierno de oscuras noches”, incluidos en esta antología. La poeta define su interpretación de los símbolos que encuentra en el universo como una búsqueda espiritual y mística. Sui-Yun ha trabajado, además, de periodista y traductora.

EL EXTREMO DE LOS DIOS

(*Gods' borderline*)

Negro como la tinta negra del calamar
Los monstruos revuelven los despojos de los mares
Los elementos ignotos acabando la vida
La angurria del hombre en su peor génesis
¿Acaso, no es el impulso genético lo que despierta la vida?
La clave, la rueda, el código del alquilatrabe, del inmundo corazón
que late x deshumanizar
la especie...

El último suspiro de tan ruin esfuerzo del Nuevo Orden en un
remolco de cenizas
¿Dónde divino-impulso-creador está tu norte...?
¿Y en qué rincón del horizonte podré descansar hasta el amanecer...?

Santa Eulalia, 2020

IMPETURBABLE COSMOS

Océano índigo
tras las huellas digitales de Prometheus,
en las montañas de *Eleutheria**; ¿Quién arrebató la nube blanca
que circundaba el fuego...?
Y nació la luz imperecedera en el seso humano....

Ahora,
la leyenda de los astros cuenta
de la historia acontecida en los ordenadores
y no por otra razón
la insurgencia de los dioses
nace y muere

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

sin dejar de sonrojar las mejillas
blancas de las rosas

**Eleutheria*. Palabra griega que significa independencia, libertad a través de la realización personal al final de una travesía.

Del poemario *Alisha*.

POEMA AL ABUELO

Estoy buscando un chino clásico
de aquellos que leen versos de la dinastía Tang
sorbiendo una taza de Oolong chah
y cada cuando levantando la mirada al cielo
murmurando cada verso como si fuese un nomi-chih
y las burbujas de la taza de té sostenidas por mi aliento....
¿Dónde estás abuelo?

Del poemario *Alisha*.

EL EMIGRANTE

A mi padre Alfonso Wong On

La retina de sus ojos captó la brisa marina,
sus sueños y realidades transoceánicas

Observar el mar en un horizonte que se esfuma en el vapor de la mente
enlazados en una cornisa de expectativas, dudas y esperanzas
Allí donde el cuenco de luz permuta las imágenes del azul
corriendo tras las olas,
tejiendo primavera y angustia en el pecho del emigrante.

Silencioso quedó el cielo registrando historia
aquellos vasallos que abandonaron imágenes feudales
para fundar nuevas comarcas en tierras lejanas,
apostaron su vida por tierras peruanas.

Del poemario *Alrishá*.

PASTEL CHINO

Filamentos
de hiel de cobra
truenan bajo mi bandera

y la piel lisa de la luna
y el monte diáfano que se desnuda

abajo el fresco pozo está esperando
el destello unánime de la danza de las cobras.

Del poemario *Alrishá*.

EL PRIMER ÁRBOL QUE ME RESPIRA

abraza las cuerdas vocales de mis hermanos
la oriunda serpiente que me revela
los secretos sosegados tras la sombra de los pájaros

Gingko Biloba
a ti recurro
en noches de encuentros con el alba
cuando la serpiente y tus hojas
se enroscan queriendo descifrar
ese alfabeto cósmico
que no recuerdo....

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

Tras un largo invierno de oscuras noches
La simiente reverdece al despertar el sol
Y
es como si la tierra
concientizara su verdor
pero
el largo aliento se desvanece por los ríos
y la fronda de los árboles
mientras
al otro lado de la orilla
los grillos cantan agazapados
Ocultando el fuego
el trémulo vapor de la odisea...

Del poemario inédito *Polyporus Lucidus*, 2018.

SOÑANDO COMO PEZ EN POSICIÓN FETAL

Muchas cosas he soñado sin tu permiso querido Amazonas
río profundo de mi nacimiento
en ti, las aguas jugaron su destino de voraz remolino, el
surco hecho nada...
Para qué fumigar las hojas nacientes, si mi pez vislumbra los
ojos desde ese mundo que no vemos.
desde esa vértebra donde los sentidos y las sensaciones se
disparan por sus escamas, tráqueas y aletas

Todo lo que vislumbras, lo transmites en las aguas
y yo que soy tu bebedor, respiro hondo y animado
los signos de tus esferas

Así nos turnamos, interpretando las señas de oxígeno
que aún nos queda... Que aún nos late...

Del poemario *Alisha*.

EL CANTO DEL DESOVE

En cada plenilunio
el mar cantaba el desove de los peces
el ritmo acantilado a la orilla del mar
y las colas moviéndose hasta ollar en júbilo
dentro la arena.

Es la víspera del desove
bajo la callada luz de la noche
todo espanto es silenciado por la vida.

Del poemario *Alrisba*.

SIU KAM WEN

Nació en 1950 en Zhongshan, en la provincia china de Guangdong. Vivió con su familia en China seis años hasta que en 1956 se mudaron a Aberdeen, en las afueras de Hong Kong. Dos años más tarde, a los ocho años, Siu Kam Wen se reunió con sus padres en Lima. Allí tuvo que aprender español. Estudió en el colegio chino “Sam Men” (10 de octubre) y en la Gran Unidad Escolar “Ricardo Bentín” y el Colegio de Aplicación “San Marcos”. En cumplimiento de los deseos de su padre, estudió contabilidad en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de donde se graduó en 1978. Allí estudió también literatura y participó en talleres literarios. Al no conseguir la nacionalidad peruana ni un trabajo, Siu Kam Wen se mudó con su familia a Hawái, Estados Unidos, en 1985. Desde entonces, trabaja para la State Foundation on Culture and the Arts de Honolulu. Ha publicado, entre otros libros, las colecciones de cuentos *El tramo final* (1985) y *La primera espada del imperio* (1988), que más tarde volvieron a publicarse, junto con la colección *Ilusionismo*, en el volumen *Cuentos completos* (2004). Ha publicado el drama *¿Vino alguien después del funeral?* y las novelas *La estatua en el jardín* (2004), *Viaje a Ítaca* (2004), *La vida no es una tómbola* (2008), *El furor de mis ardores* (2008), *El verano largo* (2009) y *El varón perfecto*. Siu Kam Wen ha escrito, además, dos novelas inéditas: *El mapa y la espada. Una novela wuxia de la Conquista de Perú* y *El varón perfecto*. Hoy en día se le considera uno de los mejores narradores de la generación de 1980, junto con Alonso Cueto, Guillermo Niño de Guzmán y Cronwell Jara.

HISTORIA DE DOS VIEJOS

Después de la muerte de Umeo Tsuruda, a raíz de una embolia pulmonar, la pequeña tienda de abarrotes permaneció cerrada por espacio de cuatro meses, y la devota y asidua clientela del japonés tuvo que hacer sus compras, con cierta renuencia, en la tienda de la arequipeña al lado de la panadería. Durante aquellos cuatro meses poco se supo de la viuda y de los hijos de Tsuruda, que no se dejaron ver, y nada se sabía de la suerte que correría la tienda. Muchos creyeron firmemente, sin embargo, que la viuda, ayudada por sus dos hijos mayores, tomaría a su cargo las riendas de la tienda y continuaría en el negocio dejado por su difunto esposo. Después de todo, tenía dos hijos fuertes y saludables que, si no deseosos de trabajar, al menos habían demostrado siempre cierta buena disposición para ello. La tienda volvió a abrir sus puertas a mediados de noviembre, pero en lugar de dos jóvenes corpulentos y rebosantes de energía atendiendo a los parroquianos, aparecieron detrás de los mostradores dos chinos canosos y decrépitos, cuyas edades, una vez sumadas, excederían sin la menor duda la cifra de ciento treinta años.

Pocas semanas después del entierro de su marido, la viuda de Tsuruda había colocado un anuncio de traspaso en *El Comercio*, y los dos chinos acudieron prestamente al tercer día de la aparición del anuncio. El traspaso se efectuó en contados días, pero los nuevos dueños del negocio no lo reabrieron sino hasta noviembre, probablemente con la finalidad de hacer algunos arreglos y modificaciones dentro de la tienda. Si tales modificaciones y arreglos se llevaron realmente a cabo, el resultado no se hizo notar: para los antiguos clientes de Tsuruda, la tienda permaneció inmutable; solo los que atendían detrás de los mostradores eran otros. No tardaron en conocer los nombres de los nuevos tenderos: el más alto y también el más decrépito de los dos se llamaba don Pancho; y el otro, don Manuel. Estos no eran, desde luego, sus nombres verdaderos, sino de conveniencia. Don Pancho era un viejo de maneras suaves y pausadas; llevaba lentes para la presbicia, que colgaban casi sobre el extremo del puente de su nariz y amenazaban —pero se sostenían milagrosamente en esa incómoda posición— con caérsele al suelo; era delgado, sin ser enjuto, y a causa de su estatura y de los años se encorvaba ligeramente. Don Manuel era menos alto, más corpulento y menos decrépito, pero su edad era probablemente, si no la misma, muy próxi-

ma a la de su socio. Llevaba el cabello cortado casi al rape, por lo que, a pesar de tenerlo completamente cano, aparentaba ser más joven, si cabe la expresión. Don Manuel tenía maneras y temperamento opuestos a los de don Pancho: era más impaciente, tenía un impresionante vozarrón, revelador de una mejor condición de salud, y le gustaba beber de vez en cuando. Los dos ancianos formaban, al menos en apariencia, una pareja ideal de tenderos; y la tienda, que era pequeña y no muy concurrida, pero con una clientela regular y leal, parecía hecha a la medida de ellos, pues no les demandaba mucha energía ni esfuerzos. Los viejos tenderos no tenían familias, al menos esa fue la impresión de los vecinos. Vivían solos en la trastienda y tomaban sus días libres turnándose: don Pancho salía los martes por la tarde; y su socio, los jueves. Don Manuel era el que se encargaba de hacer las compras de mercancías en el barrio Cercado e ir al mercado todas las mañanas. Fuera de sus días libres, don Pancho rara vez dejaba la tienda: su salud no era buena; procuraba en lo posible no cansarse en demasía.

Antes de asociarse con don Manuel, *Lou Chiong* —tal era el nombre verdadero de don Pancho— era dueño de una tiendita en la avenida La Marina, a pocos metros del Hospital Militar. Vivía entonces con su esposa y su hija, que lo ayudaban en las labores del negocio. En los años setenta, cuando se produjo el éxodo masivo de los residentes chinos hacia afuera del país, la mujer de *Lou Chiong*, presa del mismo pánico colectivo que se había apoderado de sus coterráneos, decidió marcharse a San Francisco. *Lou Chiong* se opuso terminantemente, afirmando que no había razón alguna para temer la implantación de un régimen comunista en el Perú y, por lo mismo, eran completamente injustificados el pánico y el éxodo. Hubo acaloradas discusiones entre *Lou Chiong* y su mujer, y la relación conyugal se deterioró de forma irreversible. La mujer de *Lou Chiong* empacó sus cosas y viajó a San Francisco acompañada de su hija, quien se había puesto de su lado. *Lou Chiong* se quedó solo, jurando que no las volvería a ver en lo que le restaba de vida, y durante los años siguientes mantuvo a flote el negocio sin más ayuda que la de un empleado *kuei*. Este estado de las cosas duró unos seis o siete años. *Lou Chiong* envejecía rápidamente; lo acosaban los malestares; en su soledad lamentaba no haber tenido un hijo que pudiera sucederle en el negocio y que fuera más

*jau-suen*¹ que su primogénita. Aunque había ahorrado lo suficiente como para retirarse, no quiso nunca hacerlo porque temía no tener luego en qué ocuparse y, en parte, porque temía también que pudiera vivir más años de lo que suponía pudiese vivir, que sus ahorros pudieran acabarse antes de que el fin lo alcanzara.

Año y medio atrás, *Lou Chiong* recibió una notificación del propietario del local donde estaba ubicada su tienda, invitándolo a desocuparlo dentro de un lapso de tres meses. *Lou Chiong* entabló juicio contra el propietario del local, lo perdió, como era de esperarse, y fue desahuciado. *Lou Chiong* se mudó a un pequeño departamento situado en el Barrio Chino, y allí permaneció en retiro forzado hasta que *Lou Lo*, una tarde, mientras tomaban té en el *Kou Sen*,² le propuso instalar un negocio en sociedad. *Lou Lo* —o don Manuel— se había retirado de los negocios tiempo atrás, cuando su mujer murió de cáncer. *Lou Lo* era un buen comerciante pero novato en cuestiones de finanzas: en lugar de invertir sus ahorros en propiedades y terrenos los colocó simple y despreocupadamente en los bancos. Pensaba vivir de los intereses que generaban sus depósitos, pero la galopante inflación de los últimos años acabó por mermar el valor real de su pequeña “fortuna”. Cuando *Lou Lo* se dio cuenta al fin de que corría el peligro de quedarse sin un solo centavo en pocos años, buscó frenéticamente invertir lo poco que le quedaba de sus ahorros en un nuevo negocio. No quería volver a trabajar, deseaba pasar sus últimos años de vida en ocio, que bien merecía después de cuarenta años de bregar sin descanso, pero no tenía otra alternativa.

De haber sido mejor su salud y de ser menos decrepito, *Lou Chiong* hubiera preferido instalar él solo una tienda y ser su único dueño, en lugar de asociarse con alguien, aun cuando este alguien fuera un viejo y buen amigo suyo. Los negocios en participación siempre terminan mal, solía decirse. La experiencia le había enseñado que los socios de cualquier negocio, aun cuando fueran entre sí parientes tan cercanos como hermanos carnales o padre e hijo, casi invariablemente acababan en pelea hasta el punto de ser irreconciliables, y muchas veces por motivos realmente triviales. *Lou Chiong* dudó mucho antes de optar por asociarse con *Lou Lo*, pero comprendió que él solo ya no era capaz de manejar un negocio que, a pesar de su insignificante magnitud, requería de él una dedicación que ciertamente no podía demandar de sus cada vez más disminuidas energías.

Desde el principio, una división de trabajo fue tácitamente establecida entre los dos tenderos. *Lou Lo* se encargaría de las compras que tuvieran que hacerse en el Cercado y en el mercado, y siendo él quien habría de hacer el *mai-sung*,³ era por lógica el que tendría que encargarse también de preparar las comidas. *Lou Chiong*, en tanto, se limitaría a todas las demás labores relativas a la tienda.

Lou Lo no era un mal cocinero, aunque tampoco podía calificarse de bueno. De todas maneras, *Lou Chiong* había perdido desde hacía un buen tiempo la costumbre y la habilidad de cocinar, de modo que poco podía reprochar a su socio en ese aspecto, salvo por la cuestión de la sal. *Lou Lo* padecía de hipertensión, aunque fuera de eso, su salud era relativamente buena. Para mantener su presión sanguínea en condiciones de normalidad, *Lou Lo* seguía cuidadosa y concienzudamente una dieta escasa de sal. Al principio, *Lou Chiong* soportó la insípida comida con estoicismo, para no ofender a su socio, pero esta situación no podía continuar por tiempo indefinido. Luego de tres semanas de gustar comidas que no sabían a nada, *Lou Chiong* decidió hablarle claro a *Lou Lo*.

—Si no te importa —dijo titubeante—, me gustaría que el *sung* fuera servido en platos diferentes.

Lou Lo tardó varios segundos en captar el significado de aquellas palabras: nunca se le había ocurrido que lo que él consideraba como normal pudiera no serlo para otros; había seguido tal dieta por tantos años que ella se había convertido en algo natural para él.

Lou Lo no se sintió molesto ni contrariado: se mostró más bien muy comprensivo.

—Lo siento mucho —dijo disculpándose—. Debí haber pensado en ello antes.

Y en adelante siempre sirvió el *sung* en platos separados, uno de ellos más salado y sazonado que el otro.

Los dos tenderos vivieron en gran armonía por varios meses. La conversación entre ambos fue disminuyendo en forma paulatina, pero eso era natural: después de dos o tres semanas juntos, poco tenía el uno que contar al otro que no fuera una reiteración de algo ya dicho antes. En sus salidas al Cercado, *Lou Lo* solía traer de vuelta un ejemplar del *Man Shing Po*, que leía en el trayecto de regreso y volvía a leer en la tarde, después de

que hubiera pasado por las manos de *Lou Chiong*. Sobre las escasas noticias contenidas en las cuatro páginas del tabloide versaban sus conversaciones ocasionales. *Lou Chiong* no era partidario de los nacionalistas pero tampoco simpatizaba con los comunistas, pero su socio sí era un derechista radical. En todo caso, no existían hondas discrepancias en cuestiones políticas entre ambos ni mucho menos se suscitaban entre ellos discusiones por tales motivos. *Lou Chiong* no se molestó siquiera cuando *Lou Lo*, en un gesto de fervor partidario, luego de recibir en la División Local del Kuomintang un retrato a todo color del generalísimo Chiang Kai-Shek,⁴ lo colgó encima de la mesa de la cocina, que también servía de comedor.

El verano llegaba a su fin; los días de sol se alternaban ahora con días nublados y húmedos. En las tardes, el viento formaba remolinos de polvo y desperdicios a ras del suelo. Los huesos reumáticos de los viejos tenderos empezaron a resentirse, aunque —a decir verdad— ambos lo preferían al calor agobiante de los meses anteriores. Con algo de retraso, el otoño llegaba.

Una tarde, cuando la clientela escaseaba, *Lou Lo* tomó un lapicero y se puso a garabatear versos chinos sobre unos cartones que utilizaban para sacar cuentas. Pero la atención de *Lou Lo* se desvió casi inmediatamente de los versos hacia unas sumas que aparecían en uno de los cartones. Las sumas las había hecho *Lou Chiong*, pues aquellos trazos temblorosos no eran suyos, que todavía podía escribir con bastante firmeza. *Lou Lo* volvió a sumar las cifras una y otra vez, hasta que al fin no le quedó ninguna duda: las sumas arrojaban un error de trescientos soles. *Lou Lo* llevó el cartón a *Lou Chiong*, quien en aquel momento se encontraba tomando té en la trastienda, y le hizo ver su error. *Lou Chiong* miró las sumas, sin mostrarse aparentemente muy contrariado, se encogió de hombros y respondió con cierta ligereza:

—¿Qué son trescientos soles ahora?

Lou Lo frunció el ceño con disgusto pero no replicó. Aquella noche se preguntó cuántos errores de ese tipo habría cometido su socio en los cinco meses pasados. “La plata que se pierde por culpa de esos errores de cálculo es también mi plata”, se dijo para sus adentros. Y este pensamiento acrecentó aún más el desagrado que había sentido ante la actitud poco responsable de *Lou Chiong*. Trescientos soles de pérdida no eran ninguna cifra de poca

importancia en un negocio tan pequeño como el que tenían; y al pensar que tal vez no era el único error que había cometido su socio a lo largo de los cinco meses, a su disgusto inicial se le agregó una seria preocupación.

A la mañana siguiente *Lou Lo* volvió a insistir sobre el asunto y pidió a *Lou Chiong* tener en adelante más cuidado con las cuentas. *Lou Chiong*, avergonzado en realidad de la declinación de sus propias facultades mentales, trató de disimular su vergüenza asumiendo una actitud de terquedad.

—Si tanto te importan esos trescientos soles —replicó aparentemente enojado—, puedes deducirlos de las utilidades que me corresponden al fin del año.

Y en el resto de aquel día no volvió a dirigirle palabra alguna a su socio. Ni este a él.

Aquel fue el primero de los incidentes que empezaron a deteriorar las buenas relaciones de los dos socios. Aunque muchos de esos incidentes se habían producido casi enteramente por culpa suya, *Lou Chiong* veía sombríamente cómo se cumplía el curso de los acontecimientos que había presentado desde mucho antes de su sociedad con *Lou Lo*, sin poder hacer nada para remediarlo.

Los dos tenderos se habían conocido unos cuarenta o más años atrás, cuando ambos trabajaban para un mismo empleador en una de las tiendas más antiguas de la calle Capón. Como eran casi de la misma edad, la relación existente entre ellos era más íntima con respecto a otros compañeros de trabajo. Solían salir juntos en busca de diversión, y juntos iban de trasnochada en trasnochada. Cuando cada uno de ellos se estableció independientemente y se casó, dejaron a un lado las alegres juergas, pero no por ello dejaron de reunirse regularmente, ya fuera en los salones de té u otros lugares frecuentados por ambos. Tanto *Lou Chiong* como *Lou Lo* ansiaban tener un hijo varón que pudiera perpetuar su linaje, pero desafortunadamente, ninguna de sus mujeres alcanzó a darles esa satisfacción. La mujer de *Lou Lo* resultó ser estéril; la de *Lou Chiong*, por su parte, solo pudo darle a su marido una hija única, luego de dos sucesivos partos prematuros. Esta fatalidad de destino unió aún más a ambos. Si no llegaron jamás a ser compadres, fue solo porque *Lou Chiong*, que era un ateo recalcitrante, se había negado rotundamente a que su hijita recibiese el bautizo católico. *Lou Chiong* era de Lung-tú y *Lou Lo*, de Si-chuíng: en otras palabras, los dos pertenecían a la misma Sociedad Chung-shan y eran en cierto modo paisa-

nos. Durante su juventud los dos fueron miembros activos de la Agrupación de la Danza del Dragón de la Sociedad. *Lou Chiong*, alto y ágil, fue la “cabeza” del Dragón durante varios años, mientras *Lou Lo* lo acompañaba en todas sus actuaciones tocando el tambor. De aquella feliz época quedaba ahora solo un lejano recuerdo: ni *Lou Chiong* era ahora capaz de sostener la “cabeza” del Dragón y hacer las cabriolas y los brincos que habían maravillado tanto a moros y cristianos, ni *Lou Lo* tenía la suficiente fuerza como para arrancar redobles al grueso cuero del gigantesco tambor. Ambos padecían ahora de enfermedades crónicas y habían empezado gradualmente a chochar. Habían alcanzado ambos la edad en que, para muchos otros, más afortunados o adinerados que ellos, era ya tiempo de retirarse y de descansar.

En agosto *Lou Chiong* empezó a sentir un dolor agudo y punzante debajo del diafragma y a tener diarreas. Al principio no les prestó mayor atención a estos síntomas pensando que había cogido simplemente una colitis. Solo cuando los medicamentos que se auto recetó no surtieron ningún efecto fue que decidió acudir al médico. Este le diagnosticó un principio de úlcera gástrica, le advirtió que era algo serio y le aconsejó guardar cama, aparte de seguir una dieta especial a base de leche, galletas y huevo.

Cuando *Lou Chiong* volvió del consultorio y contó a su socio que tenía que guardar cama por un tiempo indefinido, *Lou Lo* respondió magnánimamente que él solo podía encargarse de la tienda durante su convalecencia y que no se preocupara sino en restablecerse.

—Después de todo —señaló—, ¿no harías tú lo mismo si yo estuviese en tu lugar?

Aunque el rostro de *Lou Lo* reflejaba sinceridad y no mostraba ningún signo de estar seriamente contrariado, *Lou Chiong* se retiró a su cuarto con un oscuro presentimiento en su corazón y muy pesaroso. Sentía por las molestias —que sin lugar a dudas serían muchas y grandes— que tuviera que ocasionar a su socio en los días por venir.

Durante los primeros días de la convalecencia de *Lou Chiong*, *Lou Lo* se comportó comprensivamente. ¿Qué mortal está libre de sufrir una seria enfermedad, sobre todo si a este le faltaba ya poco para traspasar el umbral de los setenta? *Lou Lo* mismo, ¿acaso no sufría también de hipertensión, si bien esta enfermedad no lo obligaba a guardar cama? Las enfermedades, al igual que los placeres, las preocupaciones, las penas y la alegría, constituyen elementos o factores infaltables en la vida de cualquier hombre. Sin embargo, a medi-

da que transcurrían los días sin que el estado de *Lou Chiong* presentara mejoras notables y lo capacitara a salir a la tienda, y a medida que las labores abrumaban cada día más a *Lou Lo*, este empezó a sentirse molesto. ¿Cuándo dejará *Lou Chiong* de estar echado en su cama, sin hacer nada en absoluto, mientras él se mata afuera? Y poco a poco, un corrosivo pensamiento se deslizó dentro de la cabeza de *Lou Lo*. ¿No estará *Lou Chiong* exagerando la gravedad de su estado?

Una noche, mientras ambos tomaban su cena en la trastienda —*Lou Chiong* su dieta de *Sippy*⁵ y *Lou Lo* su dieta de poca sal—, *Lou Lo* sacó a colación el asunto como por pura casualidad.

—¿Cómo está tu úlcera? —preguntó sin mirar a *Lou Chiong*, mientras pescaba con los palillos un trozo de carne de lechón asado—. ¿Todavía sientes ese dolor en la barriga?

Lou Chiong miró a su socio por encima de sus lentes, que colgaban tambaleantes sobre el puente de su nariz, y comprendió en seguida.

—Me quedaré en cama por tres días más y luego saldré —contestó con voz cansina.

Lou Lo, dedicado a su tazón de arroz, pretendió no haber oído la respuesta de su socio.

Los tres días pasaron y *Lou Chiong* seguía temeroso de levantarse de la cama. La tarde anterior había ido de nuevo a ver al médico y este le había aconsejado sacar una radiografía de su estómago, para constatar la gravedad de la dolencia. Mientras tanto, la paciencia de *Lou Lo* había llegado a su fin. Atosigado por el trabajo en la tienda, se veía obligado a cerrar cuando tenía que ir al mercado, mientras *Lou Lo* había comenzado a perder peso y se sentía cada mañana más cansado que en la anterior. “Dios sabe por cuánto tiempo seguirá así —se dijo sin poder reprimir su irritación—. No es justo —agregó—, las utilidades las repartimos por igual pero yo solo tengo que hacer todo el trabajo”. Secreta pero injustamente, ofuscado por la sobrecarga de trabajo, *Lou Lo* había empezado a pensar que su socio se quedaba en la cama simplemente porque se había acostumbrado a ella. Perdió la ecuanimidad necesaria para considerar las cosas con objetividad y se vio a sí mismo víctima de una explotación.

Lou Lo no fue capaz de decirle a *Lou Chiong* frente a frente lo que pensaba de él, pero supo manifestar su irritación por otros medios no menos eficaces: no volvió a dirigirle la palabra a su socio cuando se halla-

ban juntos; y se cuidó de cerrar las puertas, descargar los paquetes o mover las sillas, cuando fuera necesario hacerlo, con tanto estrépito que hacían sobresaltar al enfermo que convalecía en la pieza de adentro. Con ciertas frecuencias, *Lou Lo* arrojaba cosas pesadas al suelo completamente adrede. *Lou Chiong*, acostado en su lecho, oía y entendía perfectamente el significado de aquellos “mensajes”.

Una mañana, muy temprano, *Lou Chiong* se levantó de su cama de convalecencia, se puso su guardapolvo blanco y salió a la tienda. Tenía un aspecto casi normal, solo había perdido dos kilos de peso, pero caminaba y se movía con evidente dificultad, pues el dolor debajo del abdomen seguía ahí, como una larga y gruesa aguja clavada en las paredes del estómago. *Lou Lo* continuó despachando como si no hubiese advertido su presencia. Durante el resto de aquel día y los siguientes, ambos atendieron a los parroquianos sin intercambiar palabras. Al cuarto día de la reincorporación de *Lou Chiong* a las labores diarias del negocio, *Lou Lo* creyó justificada su anterior sospecha de que su socio había estado exagerando la gravedad de su estado, para escamotear horas de ocio a expensas suyas. El enojo de *Lou Lo* desapareció finalmente y empezó tentativamente a tratar a *Lou Chiong* con la misma intimidación de siempre. *Lou Chiong* respondía a sus tentativas de reconciliación sin encono, pero la mayor parte del tiempo prefirió permanecer en silencio.

El martes de la semana siguiente, *Lou Lo* dejó a su socio solo en la tienda y se dirigió al Cercado para hacer algunas compras. A su regreso halló la tienda cerrada. Nadie vino a abrir la puerta. El inquilino del piso de arriba bajó corriendo a su encuentro, al escucharlo tocar fuerte pero inútilmente la puerta metálica del negocio. *Lou Lo* tuvo casi inmediatamente, aun sin oír el relato de su vecino, la seguridad de que alguna desgracia había acaecido a *Lou Chiong*. La sensación fue tan fuerte y firme que el corazón de *Lou Lo* sintió inmediatamente un rudo golpe, como un puñetazo dado en pleno pecho.

El inquilino del piso de arriba le explicó que *Lou Chiong* había sentido un súbito e intenso dolor abdominal a la media hora que había salido él, y que tuvo que ser llevado de emergencia al Hospital de Empleados. *Lou Lo* tomó de inmediato un taxi y se dirigió al hospital. Cuando arribó al policlínico, un cuarto de hora después, *Lou Chiong*, cuyo estómago se había perforado, estaba ya en estado de coma.

Lou Chiong murió al día siguiente sin recobrar la conciencia. Faltaban escasos días para su sexagésimo noveno onomástico.

Después de la muerte de su socio, *Lou Lo* siguió solo con el negocio, pero ya no era el mismo hombre de antes. La decrepitud se había apoderado por completo de su cuerpo y de su mente. Chocheaba ya y comenzaba a hablar consigo mismo cuando estaba a solas. Cierta día le vendió doscientos y tantos soles en mercancías a un parroquiano ocasional y se olvidó de cobrarle. Se adelgazó increíblemente y empezó a parecerse a *Lou Chiong*, cuando vivía. Incluso se encorbaba ligeramente como él. Cuando septiembre terminó, liquidó la parte del negocio y las utilidades que le correspondían a *Lou Chiong*, pero no pudo enviar el dinero a su viuda y su hija, ya que no era posible conseguir dólares. El primero de noviembre, el Día de Todos los Santos, *Lou Lo* fue al cementerio para depositar flores ante la tumba aún sin lápida de su exsocio y lloró largamente. Un encargado de los nichos lo encontró golpeándose el pecho con ambos puños, como si con ello pudiera exorcizar la culpa que lo consumía.

Varios meses después, *Lou Lo*, caminando con dificultad y titubeante en todos sus movimientos, fue a la Beneficencia Pública y se compró un nicho. La noche anterior, lo mismo que otras noches, había soñado con su exsocio.

De la colección de cuentos *El tramo final*

NOTAS

¹ *Jau-suen*: calidad de ser un buen hijo y cumplir con el amor filial hacia los padres.

² *Kou Sen*: un salón de té.

³ *Mai-sung*: comprar los comestibles que se emplean para preparar el *sung*. El *sung* es una comida a base de carne y hortalizas, que se sirve en forma separada del arroz.

⁴ *Chiang Kai-Shek*: líder del Partido Nacionalista Chino Kuomintang, gobernó Taiwán de forma autoritaria desde 1949 hasta su muerte en 1975.

⁵ *Sippy*: es una dieta consistente en carne sancochada y sin aceite. Es lo recetado para las úlceras.

LA PRIMERA ESPADA DEL IMPERIO

I

Me encontraba algo ebrio cuando se presentó al anochecer en mi casa, dentro de la Cancillería. Estaba ataviado con su vistoso uniforme de Comandante del Cuerpo de Guardias del Sur. Se veía más buen mozo que nunca, pero su rostro tenía esa expresión tan adusta que yo siempre había odiado; uno de sus pocos defectos era esa seriedad ascética con que siempre tomaba las cosas. Un hombre tan joven como él —tenía treinta y tres años—, aun cuando fuese el comandante de una caballería compuesta por más de dos mil hombres y tuviera a su cargo la enorme responsabilidad de resguardar el orden dentro de la capital, debería tomar la vida con más calma y menos severamente. Cierta sabiduría de la antigüedad, cuyo nombre no recuerdo, dijo una vez que un hombre carente de sentido del humor es siempre de cuidado; que puede ser tan peligroso para quienes se crucen con él en el camino como lo puede ser una serpiente, para no decir una víbora. Me gustaría añadir a esa sabia observación algo de mi propia cosecha: un hombre carente de sentido del humor puede ser tan peligroso para él mismo como para los demás.

Lo invité a sentarse enfrente mío y llamé a la doncella para que trajese más vino. Tenía entonces a aquella pequeña muchacha que el Lord Canciller acababa de darme como obsequio: era fina, frágil y hermosa como una pieza de jade. Trajo en una bandeja un nuevo jarro de vino y una segunda copa, que colocó delante de él. Después de servirnos, la despedí, y ella salió del recinto tan silenciosamente como había entrado. En todo aquel lapso de tiempo mi visitante permaneció sentado, muy solemne y erguido, sobre el piso, la vaina de su espada tocando el mismo. No pareció siquiera haberse fijado en la chica. Le guiñé un ojo y dije, refiriéndome a la doncella:

—Hasta hace tres días era una virgen, pero ya no lo es más.

Quisiera dejar perfectamente en claro que nunca fui uno de esos truhanes que, valiéndose de su condición de amos, acostumbran a aprovecharse en forma impune y ruin de sus doncellas y de otras mujeres a su servicio, no contentos con tener un harem de concubinas. De hecho, lo que dije no era más que una mentira: sucede que su expresión tan adusta e impasible me estaba sacando de quicio y quise fastidiarlo.

Si tal era mi intención, no obtuve el menor éxito.

Me bebí otra copa y esperé pacientemente a que se decidiera a decir lo que había venido a decirme. Hacía casi un año que no nos veíamos. Desde el mismo momento en que puso los pies dentro del cuarto supe que no había venido precisamente a hacerme una visita de cortesía. Se decidió al fin.

—Vine a hacerte una pregunta —dijo mirándome directamente a los ojos—. ¿Aún te consideras la Primera Espada del Imperio?

“Ajá —me dije para mis adentros, casi triunfalmente—. ¡Conque era eso!”. No estaba en absoluto sorprendido: sabía que tarde o temprano me haría esa pregunta o alguna otra similar. En los últimos meses había oído insistentes rumores de que se había proclamado a sí mismo la Primera Espada del Imperio, aduciendo que, a causa de mis cuarenta y tantos años y de mis borracheras, había perdido mi derecho a la posesión de ese título. No me sorprendería que él mismo fuese el que se encargó de propalar tales rumores. Y la razón era comprensible, si no loable: aspiraba a suplir al viejo general Yuan en la jefatura del Cuerpo de Guardias Imperiales, la guarnición de la Ciudad Prohibida. Para lograr ese objetivo, la posesión del título de la Primera Espada del Imperio, que estaba aún en mi poder, no podría ser un argumento más válido y poderoso. Contesté lentamente:

—No conseguí el título de la Primera Espada del Imperio por herencia; lo obtuve por méritos propios. Y puesto que desde la muerte del Abad Yu-Cheng, mi predecesor, no ha habido aún nadie que pueda medirse conmigo, no veo por qué tenga que renunciar a él.

Al pronunciar aquellas palabras, estaba totalmente sobrio. Y serio.

Me estudió atentamente y yo le devolví la mirada, pero sin animosidad, sino más bien con pena. Me apenaba que algo tan fútil como un título hubiera podido sembrar el germen de la codicia en un alma noble como la suya.

Dijo después de una larga pausa:

—¿Cómo puedes estar seguro de merecer aún ese título si no te has medido en años con nadie?

Dije algo sarcásticamente:

—¿Con quién, por ejemplo? Nadie se ha ofrecido a hacerlo.

Sabía cuál iba a ser su respuesta, tan bien como sabía cuál era su intención al venir a verme.

—Me gustaría medirme contigo —dijo, temblándole ligeramente la voz—, si aceptas.

El muy bribón había dicho “si aceptas” como si la opción de aceptar o no el reto estuviese en mis manos. La verdad es que, si me hubiera rehusado a medirme con él, los rumores sobre mi negativa se habrían esparcido inmediatamente por toda la capital y fuera de ella —de hecho, por boca de él—, y mi supuesta “cobardía” redundaría en su provecho. Me acababa de lanzar, muy sutilmente, un desafío que, pese a mi renuencia, no tenía más remedio que aceptar.

—Encantadísimo —respondí, pero en realidad no me sentía encantado con la idea en lo más mínimo.

Empezamos a discutir sobre la hora y el lugar donde nos mediríamos. Rápidamente se decidió que la hora fuese el atardecer del día siguiente, pero en lo que respecta al lugar hubo cierto desacuerdo. Propuse que la Sala de Armas de la Cancillería, donde yo era Jefe de Seguridad, fuese la arena de nuestra justa; o, en su defecto, la Sala de Armas de su Comandancia. Rechazó ambas propuestas.

—A quince *li* fuera de la ciudad hay un lago, que ahora estará congelado —replicó afectando casualidad, pero con muy pobre resultado—; podríamos combatir allí sin que nadie ni nada nos distraiga.

Si cree que soy un estúpido se equivoca, me dije. Lo que teme no es que nos puedan distraer, sino que nos puedan ver; o, para ser más preciso, que puedan verle a él en el caso de que fuese derrotado.

En principio, siendo el retado, hubiera podido imponer mis propias condiciones, pero decidí que el lago, después de todo, no era un mal escenario. Además, era preferible que el duelo no trascendiese hasta los oídos del Lord Canciller y de la Corte, que desaprobaban los duelos de índole personal entre sus oficiales.

—Está bien —dije despreocupadamente—; que sea el lago. —Señalé con una mano su copa—: No has tocado nada de tu vino.

—Tú sabes que no bebo —replicó mientras se levantaba. Se arregló su coracina de láminas de bronce y su espada y se dispuso a marcharse.

—Aún no es tarde para comenzar —dije en tono jovial, pues me sentía de veras jovial: el duelo no me preocupaba.

Después que se hubo ido, me bebí el resto del vino a su salud. Era entonces un buen bebedor y lo sigo siendo todavía. El vino nunca ha

podido afectar la efectividad de mi espada. Si algún día muero bajo el arma de alguien, espero que no culpen a ese dulce y precioso néctar. Busquen la explicación en cualquier otro lado.

II

El camino que conducía al lago donde habríamos de medirnos no era en realidad muy largo, pero con el tiempo que hacía —había estado nevando sin parar todo el día— el recorrido distaba mucho de ser uno de placer. Apenas traspuse los muros de la ciudad, ya los oídos me dolían de puro frío, y empezaba a lamentarme de no haber llevado conmigo alguna botella de vino para calentar el cuerpo. Me cubrí la cabeza con la capa tártara y proseguí mi camino lentamente, cuidando de que el caballo no se resbalase en los pendientes cubiertos de nieve. En el camino no me crucé con nadie, pero por un buen trecho me acompañó un halcón, que sobrevolaba las montañas circundantes. Decidí que era una señal de buen augurio. Aunque no sentía en absoluto que el concurso de la suerte me fuera necesario, pues me encontraba muy seguro de mí mismo, el detalle me alegró de todas maneras. El cielo era de color gris. Calculé que parte del combate, de prolongarse más de lo que yo estimaba necesario, habría de efectuarse a la luz de la luna o en la oscuridad de la noche.

Cuando llegué al lago, se hallaba ahí desde ya algún buen rato, por lo que pude deducir de la expresión de impaciencia que mostraba su rostro. Observé también que estaba visiblemente nervioso, y frotaba las dos manos como si tratase de quitarse el frío de encima. Llevaba ropas de uso común, rellenas de seda. Me bajé del caballo y aseguré las riendas a uno de los árboles desnudos que había al borde del lago. El agua del lago se había congelado por completo.

—¿Quieres que combatamos sobre el lago o en sus orillas? —pregunté en voz alta. Las montañas devolvieron el eco.

—Sobre el lago —dijo secamente.

Me encogí de hombros y empecé a quitarme la capa. Desaté la espada de mi cinto, la desenvainé y tiré la vaina a un lado. Tenía entonces esa espada conocida como “Aurora Púrpura”, que una vez perteneció al Abad Yu-Cheng. El Abad me la regaló, al tiempo que renunciaba al título de la

Primera Espada del Imperio en favor mío, después de que llegué a aguantarle ciento veinte vueltas de combate. Probablemente hubiera acabado por derrotarme de haber seguido, pero el buen Abad era un hombre a quien le importaba muy poco la fama y las posesiones mundanas, para no hablar de títulos que no son sino simples palabras o frases. Al regalarme su espada, fue más allá del protocolo de reconocimiento de un nuevo poseedor del título de la Primera Espada, que no exigía nada semejante. La “Aurora Púrpura” era una espada delgada y larga. Era en extremo liviana y al mismo tiempo resistente, de modo que se podía dar con ella golpes contundentes con escaso esfuerzo. Era una maravilla.

Luego de dar algunos golpes al aire dije:

—Estoy listo.

Había desenvainado su propia espada, dio unos veinte pasos hacia el centro del lago, se cuadró ahí y me esperó. Empezaba a salir la luna y su luz se reflejaba sobre el hielo.

Voy a abreviar. Combatimos en silencio, yo muy seguro de mi propia habilidad y fuerza y él algo nervioso, cuidándose de no arriesgar demasiado. Al principio todo me parecía un simple juego: estaba, aunque tal vez no me crean, de buen humor. Adivinaba todos sus golpes y se los devolvía sin ninguna dificultad. Y como no tenía prisa en acabar la diversión, no atacé a fondo: me limité a defenderme y a ensayar, casi con condescendencia, esporádicos contragolpes. Ese fue mi error: de haber atacado con toda mi habilidad y fuerza en aquel momento, hubiera acabado muy pronto el combate, con el resultado a mi favor. Pero no: ¡quería jugar al gato y al ratón! Normalmente no soy un hombre arrogante, envanecido, pero esa vez hice una funesta excepción.

El hecho es que en la quincuagésima vuelta o alrededor de ella empecé a notar que me faltaba el aire, y que los golpes que rechazaba con mi espada eran cada vez más fuertes. No tardé en darme cuenta de que lo que sucedía no era que la fuerza de mi contendor estuviese en aumento: era la mía la que se iba debilitando. Preocupado por primera vez desde el inicio del combate, empecé a pelear con seriedad y tratar de acabarlo lo más rápidamente posible. Pero ya era demasiado tarde: se había replegado y se limitaba a defenderse, esperando pasar al ataque en cuanto mis fuerzas se agotasen. Llegamos a la vuelta septuagésima y aún no podía quebrar su defensa. Comprendí que mi suerte estaba echada: era solo

cuestión de tiempo que se acabaran mis fuerzas. Me ganaría, ciertamente, no por destreza o por la superioridad de su escuela de esgrima, sino por un factor que yo no había tomado en consideración: el vigor de un cuerpo joven y disciplinado. Me detuve y dije, corto de aire:

—Está bien, tú ganas. Desde ahora eres la Primera Espada del Imperio.

Había hablado con cierta tristeza en el corazón: después de todo, había tenido el título en mi posesión por más de quince años y, si bien no le daba mayor importancia que la que daría a una rara pieza de antigüedad o de arte, me había acostumbrado a él por tanto tiempo que el perderlo no podía menos de causarme un poco de desazón. Que quede, sin embargo, esto en claro: me sentía triste, pero no adolorido.

Estaba parado bajo la luz de la luna, sosteniendo su espada, que tenía el frío resplandor de un témpano de hielo. Supuse que se mostraría contento, pero no lo hizo: tenía esa odiosa expresión adusta en su rostro. Tal vez celebre el acontecimiento más tarde, me dije. Me volví y me dirigí hacia el lugar donde estaba atado mi caballo. Por costumbre, como siempre hacía después de terminar algún combate y tenía aún a mi rival o mis rivales a mis espaldas, no envainé mi espada. Repito: no envainé inmediatamente mi arma debido a una antigua y muy enraizada costumbre, y no porque recelase algún ataque artero de parte de él. Fue una suerte que todavía conservase aquella costumbre. No había dado más que unos cuantos pasos cuando sentí que algo rasgaba el aire detrás de mí. Me volví instintivamente, tan rápidamente como pude, y tracé a ciegas un círculo con mi espada. No supe de qué lado vino el golpe, pero mi espada lo contuvo. En los minutos siguientes soporté con gran dificultad su violenta arremetida, mientras trataba en vano de poner en orden mis ideas. Después de un rato, aún incapaz de hacer otra cosa que defenderme maquinalmente, le grité:

—¿Por qué? ¿No te basta con ser la Primera Espada del Imperio? ¿Por qué quieres matarme? ¡Cielo santo! ¿Por qué?

Mientras me defendía desesperadamente, con golpes casi desordenados, alcancé a ver cómo el halcón que me había acompañado en mi recorrido hacia el lago (es posible que fuera otro, pero entonces estaba seguro de que era el mismo) trazaba círculos sobre nuestras cabezas. Hay cosas en la vida que son difíciles de explicar. Tomen, por ejemplo, el caso de aquel halcón. Mi vida pendía de un solo hilo; no podía descuidar el

menor de mis movimientos, no podía desatender ninguno de los golpes de espada que me lanzaba y, sin embargo, pude advertir la presencia y las evoluciones del halcón. Era ilógico, inconcebible, pero ¡ay!, ¿no era igualmente inconcebible que me hubiera atacado de ese modo?, ¿no era igualmente inconcebible que hubiera querido acabar conmigo?

Mi confusión no duró demasiado tiempo. Después de todo, no en vano había llevado una vida de armas por más de veinte años. Ya algo más sereno, empecé a evitar sus embates frontales, mientras me esforzaba en ordenar las ideas. Poco a poco empecé a ver las razones de su comportamiento; es decir, el por qué quería acabar conmigo. En realidad, es algo muy simple, y si hubiera conocido el corazón humano mejor entonces, no me habría parecido tan inconcebible y absurdo. Pero en aquellos momentos me pareció una verdadera monstruosidad, una aberración. Me explico: para los efectos del duelo había escogido aquel paraje tan desolado, y no cualquiera de las Salas de Armas que se hallaban a nuestra disposición, porque no se sentía seguro de sí mismo. Si iba a perder, no quería tener a nadie de testigo. Pero una vez que me hubo vencido y me hubo arrebatado el título de la Primera Espada del Imperio, ¿cómo probar a los demás que en efecto me había derrotado? Aun cuando yo mismo me ofreciera a admitir ante todos ese hecho, no habría sido suficiente para convencer a muchos. Recuérdese que ya antes el Abad Yu-Cheng había “renunciado” al título en mi favor (solo a su muerte llegué a ser verdaderamente la Primera Espada del Imperio), ¿no podría darse el caso de que yo estuviese repitiendo la historia, es decir, “renunciando” al título en su favor? No: no le bastaba que yo admitiese delante de todo el mundo la derrota sufrida de sus manos; tenía que tener una prueba irrefutable de su triunfo, y esa prueba era mi cabeza. Estas ideas no solo cruzaron por mi pensamiento, sino que las expresé en voz alta mientras seguía defendiéndome. No obtuve respuesta, pero su silencio fue más elocuente que mil palabras. Sentí que el corazón se me hundía como una piedra arrojada al agua de un estanque, y por un breve instante casi deseé que me matara. Me sobrepuse, sin embargo, y con un oscuro pesar en el alma, pero la cabeza más fría y lúcida que nunca, empecé a devolver sus golpes con toda la contundencia y precisión que me permitían mis reservas de fuerza y mi destreza. Ignoro en qué momento dirigió la punta mortal de su espada derecho a la parte de mi pecho debajo de la cual late el corazón. Adiviné la trayectoria

de la estocada pero no hice nada para detenerla. La punta de la espada penetró a través de mi chaqueta y la fuerza que conllevaba el golpe me hizo trastabillar. En aquel mismo instante levanté mi espada y atravesé su garganta de un lado al otro. Jamás olvidaré la expresión de incredulidad de su rostro cuando se quedó ahí, parado en medio del lago, con la garganta aún atravesada por la hoja de mi arma. Cuando retiré la espada, muy despacio, su cuerpo no cayó de inmediato, sino que empezó a deslizarse con terrible lentitud hasta tenderse finalmente sobre el hielo, mientras la sangre manaba de la herida a borbotones. La luna llena brillaba justo sobre el lago. Había dejado de nevar.

Corté su cabeza, la envolví en mi capa y volví a la ciudad a galope. Una vez en ella, me dirigí sin perder tiempo a la Comandancia del Cuerpo de Guardias Imperiales y escalé hasta su techo de tejas doradas. Sobre una de las cornisas clavé la cabeza con mi daga, por el moño. Había aspirado a ocupar aquel enorme edificio de soberbias líneas —cuyo amo de turno era entonces el anciano general Yuan— con tanto ardor, tanta pasión, que no pude menos de hacer algo por él al respecto, aunque no fuera sino en forma póstuma.

Ya conocen el resto de la historia: renuncié al día siguiente a mi cargo de Jefe de Seguridad de la Cancillería y, desde entonces, vivo en este rincón apartado. Aún soy la Primera Espada del Imperio, a pesar de tantos años transcurridos.

He releído lo escrito hasta ahora y noto que he omitido explicar cómo logré sobrevivir a la estocada al corazón que recibí. Es verdad que era —y lo sigo siendo— la Primera Espada del Imperio, pero al igual que cualquier mortal, no soy invulnerable. Poco antes de partir hacia el lago fui a despedirme de mi mujer y ella me dio ese espejo de bronce suyo. Al borde de las lágrimas, me suplicó que lo guardase debajo de mi chaqueta, sobre el corazón. Me reí de su infundado temor y le dije que no tenía nada de qué preocuparse, pues el duelo era con mi propio hermano. Nadie iba a salir lastimado. El lance era poco más que una diversión o entrenamiento, aunque algo inoportuno por lo inclemente del tiempo y lo alejado del lugar escogido como arena. Cosa rara: al mencionar a mi hermano su preocupación no solo no se disipó, sino que se hizo más grave, más seria. Para evitar que tuviese un acceso de histeria, acepté con renuencia el espejo y lo guardé, como me había pedido, entre la chaqueta y mi pecho. No me imaginaba que al

cabo este pequeño detalle iba a salvarme la vida. Al reflexionar sobre el comportamiento de mi esposa en aquella oportunidad, aún no ceso de preguntarme si las mujeres no son mejores jueces de la naturaleza humana que nosotros los hombres.

De la colección de cuentos
La primera espada del imperio.

ENRIQUE VERÁSTEGUI

Su nombre completo era Enrique Fidel Verástegui Peláez (1950-2018). Además de escritor, era matemático. Junto con los poetas Jorge Pimentel, Juan Ramírez Ruiz, Jorge Nájar, Enriqueta Belevan y Carmen Ollé, formó parte del Movimiento Hora Zero. Aunque nació en Lima, creció en la ciudad de San Vicente de Cañete. Estudió economía, administración y contabilidad en la Universidad Nacional de San Marcos. En 1975 grabó sus poemas para la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos y trabajó para El Colegio de México. En 1976 recibió una beca Guggenheim y en 1977 cofundó la Segunda Etapa del Movimiento Hora Zero en París con José Carlos Rodríguez y André Laude y publicó su libro *El motor del deseo*. En 1978 representó a la comunidad peruana leyendo sus poemas en la tumba de César Vallejo. En 1992 publicó su trilogía de novelas *Terceto de Lima*. En 1999 escribió *Pro-total Apology: Essay on Stephen Hawking*, donde sugiere desarrollos originales del álgebra. Inventó el método de investigación científica de la producción, que consideraba superior a la inducción y la deducción. Publicó, también, *El modelo del teorema*.

MAITREYA

Me he sentado a esperar la vejez.
No pienso ni hago nada hasta que llegue otra
generación
a desempolvar el brío, los libros dorados, las
matemáticas,
el cuerpo, el alma, el universo,

todo ese conocimiento sepultado por el rencor,
la gnosis que demuestra que lo infinito
está en lo finito
donde está, realmente, el universo.
Florece más que nadie
pero perfidia cayó sobre mí,
doblándome como una flor,
herrumbrándome, y fui silenciado.
Maitreya pasó desapercibido como una sombra por la vida,
¿no dan ganas de llorar?

SI TE QUEDAS EN MI PAÍS

En mi país la poesía ladra
suda orina tiene sucias las axilas.
La poesía frecuenta los burdeles
escribe cantos silba danza mientras se mira ociosamente en la toilette
y ha conocido el sabor dulzón del amor
en los parquecitos de crepé
bajo la luna
de los mostradores.

Pero en mi país hay quienes hablan con su botella
de vino sobre la pared azulada.
Y la poesía rueda contigo de la mano
por estos mismos lugares que no son los lugares
para filmar una canción destrozada.
Y por la poesía en mi país
si no hablaste como esto
te obligan a salir
en mi país
no hay donde ir
pero tienes que ir saliendo
como el acné en el cascarón rosado.

Y esto te urge más que una palabra perfecta.
En mi país la poesía te habla
como un labio inquietante al oído
te aleja de tu cuna culeca
te filma tu paisaje de Herodes
y la brisa remece tus sueños
—la brisa helada de un ventilador.
Porque una lengua hablará por tu lengua.
Y otra mano guiará a tu mano
si te quedas en mi país.

POESÍA PARA SEÑORITAS

a Vanessa, mi hija científica

Cuando leas poesía
aprende a distinguir lo Verdadero de lo Falso.
No todo lo que está bien escrito es Verdadero
y todo lo mal escrito es necesariamente Falso.
El Criterio de Verdad es lógica impecable.
Falsedad es absurdo más allá de cualquier palabra.
Así, si distingues Verdad de Falsedad
serás una Princesa consorte, comerás uvas frescas
y acertarás cuando leas poesía.

UNA CITA CON SONJA / EN LOS EXTRAMUROS DEL MUNDO

Estoy siendo lavado en los maceteros de la suciedad.
Hace mucho deseo poner todo en su sitio y largarme de aquí
—para siempre.
Y pintar y cantar mi verdad —fresca y mojada.
Yo te construyo, con mis palabras, te doy los ojos, te doy la voz te doy un
poder tan fresco en el poder de soñar despierta
mientras vienes envuelta en un manto de hojas vivas, tú lavada entre mis brazos,

ya te alejas como una palabra mal tecleada o pronunciada,
como un murmullo,
entre las voces: un lapsus en el concierto de Joan Bález.

Y ya nada me pertenece que no sea el poder de llevarte dentro de mí y lo que bien o mal no quiero.

Ya nada me pertenece ni me retiene como un colibrí
en los pétalos de la muerte.

Y morir es alcanzar 10 mil indulgencias (S/.) en el centro de la sociedad opresiva: American Way of Life.

Y me gritaron salvaje por no saber caminar en parquet.

Porque yo soy más salvaje de lo que pude parecer.
Y más libre. Y más limpio.

Y pienso esculpir una gota de lluvia.

Y pintar un cuadro con un árbol lleno de fuego con ese ramaje tan parecido a mí cuando es otoño

y salgo de noche a caminar por allí con bruma

y con la lluvia lavándome el alma.

Son más de las doce —y todo está solitario.

Grito, llamo, me desgarro. Pero nadie acude a mi lado.

Nadie posee ese don de ser para mí una tinaja con agua de lluvia: una tinaja de palabras que estallen

como una molotov en los muslos de la poesía.

Esta es la hora de los más grandes deseos.

Y hora de los ratones saliendo desnudos a morder naranjas violetas entre los sótanos más cochinos de la belleza.

Y pienso en ti mi querida Sonja en tus labios que muerden canciones barrocas del siglo XII

porque mis dedos solo han aprendido a tocar

como una sonata

tus senos pequeños

mientras continúas leyendo “Túpac Amaru, Amarup Churin, Apu Salqantaypa...”

y yo te escucho aquí sentado abrazándote junto al árbol bajo la luz de un poste en el jirón Cuzco parecemos un par de locos gritando en medio

de la

noche en la hora de las más graves verdades:

tú y yo Sonja y Enrique son un buen ángel que vuela
llevando escondido en la mirada
un paraíso de horror hermosura lucidez
y pinchados de miedo cruzando una y otra vez los campos

Porqué y el Paraqué y el Conqué y el Dequé
volteando sobre esta memoria estirada sobre una porción de jalea
y pasando por Lampa como por una boca oscurísima en Azángaro o
Camaná y Colmena con toda la mierda sintetizada en sus calles
con Hamlet caminando entre delirios y sombras
y el callado estudiante —admirador de Marcuse
y Laurita y Sofía y Susana y Rosina y también tú caminabas con mu-
cha premura y con la vista alta o baja como una marea que sube y que baja
huyendo de qué

y para qué en tu casa rodabas como este planeta sobre las autopistas
del universo y yo te conduje a mi cuarto barato
entre hongos y pinturas y visiones de neurosis
y Boch con sus pinceles en vuelo
y Chopin en brazos de la Sand
enloquecidos con el estremecimiento de la noche
y conocí a Dante —de lejos yo lo veía
conocí a Shakespeare
—los almacenes Shakespeare S. A.
y vi a Sade y a Sade y a Li Po o Li Taipo
y estuve con Leoncio y Carlos y Peña celebrando 100 años de Lautréá-
mont —una kola fue suficiente
y un solo vaso— una sola palabra

pero nunca fue suficiente lo que tuvimos a la mano y junto a mí detrás del
lenguaje ardía como una flor sobre la arena nuestra sensibilidad extraviada
entre estos lugares de porquería sucios ya por el continuo rozar nuestro en
el polvo nuclear bajo el instante lluvioso anduvimos como Inkarrí en lo
hondo del ojo

—ojo que araña
trotando de aquí para allá entre Colmena y esas calles oscuras con sus cafés
y sus animales de espanto y porque como lo hemos leído al empezar el
primer canto “a mitad del viaje de nuestra vida, me encontré en una selva
oscura”
como tantos de nosotros
yo por ejemplo que ahora estoy recurriendo a hablarte de esto 148 Km. al
sur de tus ojos
cuando ya nada importa más como nosotros mismos
que somos a última hora el reflejo de un universo más vasto.
Y esto es (más que un atado de versos)
la asunción perfecta de tu cuerpo lleno de naves
y oleajes más frescos que luz
de pergaminos forjados el tres mil a. de J.C.
y hallados 20 siglos después
cierta noche parecida a esta en el cauce
de un río amargo.

Esto es como el amor todo y nada a la vez:
una batalla entre tu alma y la mía
y en la que indefectiblemente salimos siempre perdiendo
y con el alma más limpia como un rostro
recién mojado en las tormentas de seguir perdidos
en un alfabeto extraño en las tribus secretas del Oriente.
Pero estás tú —vivita y coleando. (Y culeando.)

Y estamos todos en la misma brega con el corazón
como un mar furioso a las 4 de la mañana
y con el mismo vigor
y los sueños que ahora están ampliándose
como un murciélago con alas de berenjena:
esta imagen breve e intensa de la vida
y trasponiendo la noche irreal
en la bella noche de la poesía.
Porque esto es lo real.
Lo único real que ha ido quedando en nosotros.
Y lo que hemos podido rescatar

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

a ese inmenso naufragio de nuestra civilización:
tu sexo riquísimo.

Y el furor de tus mejillas: conciencia era esa yerba
que ahora hemos cogido para lavarnos de la neurosis
—la angustia— ángeles de yeso arrebatándonos los ojos
y prendidos del aire cayéndonos en despeñaderos
con flor de furia
y tú más pálida que una tarde con bruma en María Angola

porque somos y huimos perseguidos
más acá o más allá

de nuestra furiosa manera de vivir o decidir
qué vamos a soñar o construir en los territorios de la poesía:
Icarus navegando como un ogro en un mar de Esperanto

y con tu nombre: Sonja echada contra mí.
Sonja en una canción de agosto.
Sonja cántaro de barro. Sonja cántaro.
Sonja y yo sobre esta vida con la voz y los sueños deshechos
por el miedo.
Sonja arrojándome del lecho / apestando / desnuda.
Dos mil años la rompieron.
Dos mil lenguas como una sogá ardiente enervándose
alrededor del cuello.
No me hagas daño / te odio.
Sonja. Sonja. Metiéndome en sus piernas.
Soy la serpiente mordiendo los sesos de la muerte y muerdes manzanas
de fuego en la noche cuando nada nos salva ni nada te salva. Porque aún
escribes con tintura de sauce sobre papiro
como cuando creciste cubierta
de arroz / de poesía
con los espasmos de Lesbos
mientras bebíamos guinda
y nada hacía deslumbrar nuestro destino.

Llegué un poco antes de las 10 p.m.: tú ya te habías desnudado y dormías
como una cicatriz sobre mi hombro.

Sonja. Sonja. No soy otro ni nadie.

Yo soy el que no quiso ser lo que ahora o nunca
pudo dejar de haber sido un furioso lucero
trasponiendo los límites

entre la noche y la poesía. Quiéreme / te amo

—no podía haber escrito otro verso

ni un algo parecido a la sensación de encender

nuestra bella costumbre ni la alegre frescura

de no caer absorbidos en los terrenos eriazos.

Yo adoré tus cabellos mojados como una hoja de olmo después de la lluvia.

Oh sí yo sí adoré tus palabras de estambre

y tu palabra precisa en tu boca dorada.

Yo adoré ese lecho de versos y hojas y vientos

que nacían o venían contigo

como un ángel descendiendo a estos versos

en la tarde cuando tú encendías

frutos de oro

lamiéndome el falo y lamiendo la rueda de los espasmos

porque el estío era luz y era flor

y la flor esa luz que embellece

la terrible soledad en los mundos del Boch.

Y la memoria se abre el silencio la luz los frutos

y a la larga estamos

otra vez empezando porque toda muerte

pare una vida y tú pariste otra muerte

o una vida que es como dormir sobre algún párpado de la muerte y vas

caminando toda vestida de negro

corriendo corriendo con un sudor en tu frente

con fiebre y las mejillas pálidas

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

como un remolino tragándose a la vida
ssscrrr — sscrrr — cantó el pájaro del deseo.
ssscrrr — sscrrr — sscrrr.

¿Muerte es un verso cuyas ramas se tuercen como un lago seco?
Y estamos otra vez aquí sobre la noche
mirándonos y no mirando a otra parte que no sea
a ese fantasma salido de tu promesa de lavar
con fiebre esos trozos resacos de la sangre
del que se alejó cantando como Juan en el desierto.

Y sin embargo ¿quién brotará más cerca de la vida
de un tiro en la sien frente al espejo o colgando de un semáforo como de
sus propios presentimientos? ¿ha llegado mi hora?
¿es esta tu hora? ¿tu hora? ¿tu hora? ¿la hora?

¿What time is it?
Y también tú bellísima Sonja intentabas hallar
tu identidad por el suicidio: feb./71.

Y yo leí tus viejos cuadernos de poemas.
yo leí tu poemita de la **soledad con zapatos**
—escrito cuando cumpliste los 12 años.

Y hemos caminado mucho entre estos semáforos violetas
—y ya no puedo contener mi furiosa belleza.

Sonja. Sonja. Cántaro de barro.
El amor crecía como un grito con olas de laurel
sobre este lecho cubierto con tu poesía.

Y el amor la lucidez la entrega el vigor: eran el Himno
que entonamos con nuestros labios frescos.
Y el amor la lucidez la entrega el vigor: son nuestra señal
en los días de guerra.
Y nada de lo heredado por la sangre pudo resistir a la belleza.

Y nada ha podido alejarnos de la frescura de un pensamiento espléndido.
 Y ya no puedo contener mi furiosa belleza.
 Todavía espero esa tabla con diablos e inválidos pintados
 como una gacela sobre el cielo de Lima:
 una luz sobre otra es la señal:
 una luz en el rostro: señal de este siglo.

Y nadie más sino tú y yo esperamos coger la revelación
 en su más libidinoso y secreto esplendor.
 Fuimos conducidos al patíbulo
 Y degollados sobre una bandeja de plata en las cortes de Herodes.
 Cortes de casimir.
 Cortes marciales: II zona judicial de policía en Perú
 para los que crearon belleza creando molotovs
 y creando revueltas entre los jóvenes.
 Y somos pateados vejados jodidos.
 Y el que transita a mi lado voltea el rostro
 y escupe y siente asco y vergüenza de mí.
 ¡Estupendo! ¡Estupendo! “Los perros ladran,
 señal de que avanzamos Sancho”
 Porque ya no puedo contener mi furiosa belleza.
 Y ya no puedo seguir como un verso que huye de la memoria.
 Y cada noche al regresar a nuestras páginas
 a nuestra soledad
 nos cuestionamos / nos lavamos
 y pensamos y vemos que ya este acto furioso
 de aprisionar a la tormenta
 y caminar libremente por el espacio abierto
 en el espacio de unas líneas
 es una victoria que no todos saborean.
 Y entonces tuvimos que andar buscando nuestra propia
 y amarga manera de entender estas cosas:
 una lenta y amarga experiencia: hermosa como un ave silvestre.

ROGER LI MAU

Roger Li Mau nació en 1934 en la antigua hacienda Tecapa, en la provincia de Pacasmayo, pero considera Chepén, donde ha residido más de cuatro décadas, su hogar. Estudió humanidades, administración y periodismo, y trabajó como administrador y gerente de las haciendas arroceras en el valle Jequetepeque: El Potrero, Cosque y Huáscar. Trabajó, además, en los campos de la avicultura, el turismo y la ferretería. Fue fundador y profesor de historia universal en el Colegio Municipal San José y pertenece a la Logia Libertad y Justicia N° 19 de Chepén. Fue galardonado en los Juegos Florales del Colegio José A. Rázuri en sus Bodas de Oro y por la Municipalidad Provincial de Chepén en su XLV Semana Jubilar. Ha publicado los siguientes libros: *La soñadora y casta señorita Aguilar* (2006), *Huellas y raíces* (2007) y *Voces y lágrimas de ultramar* (2010).

VOCES Y LÁGRIMAS DE ULTRAMAR CAPÍTULO XI

Quince años después, en China el Partido Comunista ha entrado en una etapa difícil para el desarrollo de su programa de transformaciones, cayendo en una depresión muy cercana al fracaso económico total, aplicando una política interna muy severa. A su población se le hace difícil la superación financiera de las familias, viven con muchas restricciones y privaciones de toda índole.

Ante la imposibilidad de viajar a China y con el deseo que su hija encuentre un mejor lugar donde su familia pueda desarrollarse mejor y en libertad democrática, Luis Hernán ha entrado en contacto con una persona que

por sus relaciones sociales estrechas con algunos altos funcionarios del Ministerio de Relaciones Exteriores, ha podido traer de China a varias personas que, como Poy Lan, hace tiempo desean hacerlo. Gracias a que ha encontrado la forma de tramitar, no se sabe, si fraudulenta o legalmente, la documentación necesaria que permita al gobierno chino dejar que los ciudadanos solicitados por sus familiares residentes en el Perú, puedan salir de China.

Aun cuando el costo del trámite es elevado, Luis Hernán, al no tener otra alternativa, está dispuesto a traer al país a su hija con toda su familia, que ya son siete, tras el nacimiento de sus cinco hijos.

El trámite es engorroso y las condiciones que el gobierno comunista impone a las personas que desean abandonar la nación son muy duras, exigiéndoles muchos sacrificios. Los futuros emigrantes, después de haber presentado su solicitud, automáticamente pierden sus puestos de trabajo, si es que son empleados públicos, como es el caso de Poy Lan y su esposo: ella es obstetrix y se desempeña en un hospital del Estado y su esposo labora en los talleres del Ministerio de Aviación. Tienen que permanecer desocupados durante un año antes de viajar y prácticamente son tratados como traidores al régimen.

Ellos, con la esperanza de un futuro promisor en América, aceptan el reto, con la promesa de Luis Hernán de remitirles, bajo estricta vigilancia gubernamental, el dinero necesario para su sostenimiento, hasta su partida.

El Presidente Belaúnde, en el Perú, ha presentado un proyecto de Reforma Agraria, para que el Congreso lo apruebe. Ante esta coyuntura, los hacendados están desorientados, todos han entrado en una etapa de incertidumbre y desconcierto, pues con la reforma en perspectiva perderían gran parte de sus propiedades y privilegios. La mayoría están haciendo planes para ingresar en otros rubros de la economía, como el comercio y la industria.

Un campo muy atractivo para la inversión privada es la industria de la harina de pescado, que ha entrado en auge, gracias a la riqueza marina del océano que baña la costa peruana, que cuenta con los bancos de anchoveta más abundantes del mundo, por lo que muchos capitalistas están invirtiendo en la pesca del preciado ejemplar, así como la instalación de nuevas fábricas para la elaboración de la harina que tiene gran demanda internacional. El Perú se ha ubicado en el primer lugar, en el concierto internacional, en pesca de anchoveta y es el mayor productor de harina de pescado entre los países dedicados a esta rama económica.

* * * * *

El día amaneció frío y húmedo, la neblina otoñal aún no se ha despejado y la ciudad tiene el aspecto triste de los niños desamparados. Obliga a los transeúntes el uso de gruesas chompas de lana o protectoras casacas de cuero.

En su nueva residencia de Trujillo, Luis Hernán calienta el motor de su automóvil antes de acudir al mercado central, en compañía de Agustín, el criado, para efectuar las compras necesarias para el almuerzo. Tiene planeado ir por la tarde a El Potrero, donde Rey y Roy están bajo su administración, pues tiene él otros negocios que atender en la ciudad. Sus otros hijos, Hernán y Nemesio, ya son profesionales. El primero es ingeniero mecánico y electricista que labora en una fábrica de cemento en la lejana Tarma; mientras el segundo, un médico que se desempeña con mucho sacrificio en el leprosorio San Pablo, perdido en la Amazonía. Antonieta tiene una farmacia en Lima; María Elena está casada con un economista. Roberto estudia arquitectura en la capital y los menores: Alfredo, igualmente arquitectura en Argentina y Óscar agronomía en Lima. Al parecer, su vida ha entrado en una etapa de estabilidad, confiando en que el planeado viaje de Poy Lan y su familia llegue a un buen término. Esto colmaría plenamente sus expectativas.

María Haydeé ocupa su tiempo libre en su vieja afición de tejer. Confecciona prendas para sus nietos y vive la excitación propia del cercano reencontro con su hija que, según últimas noticias, igualmente, Poy Lan se encuentra llena de ansiedad y nerviosismo, en espera del desenlace feliz.

Seguido de Agustín, Luis Hernán ha concluido las compras necesarias en el mercado y se dispone a regresar a su casa. En un ligero descuido, ejecuta una mala maniobra y su automóvil roza con otro vehículo cuyo conductor es un tipo, al parecer, investido de cierta autoridad que, irritado, baja de su coche e increpa a Luis Hernán por el daño. Luis Hernán, con su acostumbrada calma, le manifiesta su deseo de reparar el daño causado involuntariamente, invitándolo a ir a un taller de su confianza. El personaje con aire autoritario accede acompañarlo, pero en el taller exige la reparación de otras averías que su automóvil poseía con anterioridad, amenazándolo con aire imperioso y prepotente con una acción judicial gracias a sus influencias en la Corte y en la comisaría.

Indignado, sin pensar en su hipertensión arterial, Luis Hernán le increpa su actitud abusiva negándose terminantemente a someterse a su

capricho; hace prevalecer su posición, con la participación del operario, certificando que el daño causado era mínimo y los otros reclamados eran antiguos.

Aunque trata de olvidar el incidente, Luis Hernán regresa a su casa anímicamente exaltado. Más de lo que en otras oportunidades desagradables, como aquella, ha tenido que soportar. Al ingresar a su domicilio, siente un fuerte dolor en el pecho y con la ayuda de Agustín, logra alcanzar el sillón donde se sienta antes de perder el sentido. Consternada, su esposa acudió en su auxilio.

Por la tarde, ante la impotencia del doctor Bocanegra, que acudió a su lecho de enfermo, después de haber recuperado el conocimiento por unas horas, Luis Hernán ha descendido montado sobre la grulla del oeste, a los manantiales amarillos, donde el dolor y la alegría son indiferentes. Pensando con impotencia, sus últimos minutos, de cómo sus hijos iban a poder continuar el proceso de inmigración de Poy Lan, pues solo él conoce a la persona que está siguiendo, dolosa o legalmente, los trámites. Lamenta su irresponsabilidad y exceso de confianza, porque si él queda incapacitado o muere, todo el proceso quedará estancado y su hija inevitablemente perderá la oportunidad de viajar. Antes de cerrar sus ojos para siempre, llama a Reynaldo y trata de explicarle la situación, sin poder precisar los pasos que debe dar para localizar al personaje que está a cargo del trabajo que le preocupa, porque su voz es incomprensible. Ante la excitación por hacerse comprender, el médico le pide a Rey que se retire, porque el paciente no puede hacer mayores esfuerzos, pues su vida pende de un hilo. Con la esperanza de su recuperación, no insiste y deja el asunto en manos de la Divina Providencia.

* * * * *

Después de los primeros años de éxito el gobierno del arquitecto Fernando Belaúnde ha entrado en una etapa de crisis. Tras muchos años de estabilidad monetaria, el sol peruano ha sufrido una espectacular caída y el precio del dólar de un día para el otro ha subido en más del cincuenta por ciento.

Por el año de mil novecientos sesenta, durante el segundo gobierno de Manuel Prado, el Estado peruano llegó a un acuerdo con la Internacional Petroleum Company-Compañía Petrolera Lobitos, por la cual la em-

presa norteamericana transfiere el total de los inmuebles del campamento de la exhacienda Lobitos, a cambio de los inmuebles de la ciudad de Talara, que pertenecieron al Ejército, por la que los peruanos pagaron la suma de cien mil soles de oro por la diferencia en la operación a favor de la empresa extranjera.

El gobierno de Belaúnde es presionado para que llegue a un acuerdo con la International Petroleum Company, que explota las reservas petroleras de la Brea y Pariñas, para que la empresa norteamericana devuelva los pozos de oro negro a la Empresa Petrolera Fiscal, para que en adelante sea ella la que venda el preciado producto a la I.P.C. la cantidad que sea conveniente.

Las negociaciones se realizan aparentemente en forma normal, pero en el contrato no aparecen el precio de la venta ni los adeudos que la I.P.C. ha contraído con el estado peruano.

Días después de haberse firmado el Acta de Talara, el director de la Empresa Fiscal, ingeniero Loret de Mola, denuncia la desaparición de la página once del indicado contrato donde constaba el precio de venta del crudo y el pago en dólares, con el consiguiente escándalo y el malestar general, por ese acto abiertamente corrupto.

Ante el caos reinante, las Fuerzas Armadas Conjuntas, en octubre de aquel año depone al presidente Belaúnde y forma una Junta Militar de Gobierno, bajo la presidencia del general Juan Velasco Alvarado.

Con la muerte de Luis Hernán y la suspensión definitiva del viaje de Poy Lan y su familia, María Haydeé vuelve a recaer en su antigua depresión, esta vez más aguda, ante la desesperación de sus hijos que no encuentran, por más esfuerzos realizados, la forma de reiniciar las negociaciones para la traída de su hermana de la China y solamente se limitan a remitirle periódicamente una suma de dinero para que pueda sostenerse hasta que pueda recuperar la confianza del gobierno comunista y reintegrarse a su antigua posición laboral.

El gobierno de Mao ha iniciado la Revolución Cultural del Proletariado (a), siendo muy duro con los ciudadanos que han pasado por ese trance; y para que puedan recuperar su trabajo, tienen que empezar desde abajo. Poy Lan y su esposo aceptan labores humillantes de limpieza pública y de obrero de la más baja categoría. Aun siendo ellos profesionales calificados, los aceptan resignados. Sus hijos mayores fueron destinados a laborar en las faenas del campo.

La situación se agrava, cuando el presidente *de facto* Velasco Alvarado ha restringido la salida de dólares al extranjero, asumiendo un severo control de divisas, permitiendo su salida en casos excepcionales como el de los jóvenes que estudian en el extranjero. Aprovechando la coyuntura, Rey, que está a cargo de la administración de los negocios de la familia, aumenta al doble la remesa que se le envía a Alfredo a la Argentina, donde estudia, para que él, a su vez, remita a Poy Lan lo necesario para subsistir con menos sacrificio.

(a) A principios de los años de la década de los sesenta, se inicia bajo el mando de Mao Tse Tung, la Revolución Cultural Proletaria, inspirada por su esposa, una conocida actriz de teatro llamada Jian Qing, que obligó a los autores literarios y teatrales a encausar sus obras a enaltecer los ideales del régimen comunista.

El reconocido escritor Wu Ha había puesto en escena una obra teatral donde los actos representados aludían evidentemente, en forma solapada, al Presidente Mao, aunque escenificado en la época de la dinastía Ming.

Otros autores, imitando a Wu, aprovecharon la ficción teatral histórica, para criticar veladamente la actuación de Mao, causando la irritación del gobierno, que decretó su cancelación.

La estrategia de Mao para darle impulso a la revolución fue la de terminar con los llamados “Los cuatro negativos del pasado vigente”: las viejas costumbres, los antiguos modos de pensar, los viejos hábitos y la antigua cultura vigente. Para llevar a buen término sus deseos, creó la Guardia Roja y después difundió su famoso Libro Rojo, pensamiento y guía del mismo presidente, destinado a concienciar las masas y, en especial, a crear un nuevo idealismo en las nacientes generaciones.

La Guardia Roja, compuesta por jóvenes fanáticos, destruyó durante diez años que tuvieron vigencia, con mano de hierro y extrema crueldad, además de absoluta inconciencia, gran parte del patrimonio cultural e histórico de la nación. Trataron de borrar para siempre cualquier resquicio de rebelión ideológica o crítica hacia el régimen. Miles de personas que, presionados, habían confesado alguna culpabilidad, fueron enviados a los campos de concentración o a trabajar a los lugares más alejados, en el mejor de los casos, porque los más rebeldes fueron ejecutados sin miramientos. Igual suerte corrieron la mayoría de los intelectuales, sacrificando, de esta manera, la inteligencia de su pueblo, enviándolos a trabajar al campo y colaborar con el “Gran salto adelante” propuesto por Mao, que finalmente fracasó.

La Revolución Cultural del Proletariado fue disuelta por el año de mil novecientos sesenta y nueve, por inoperante y porque estalló en el norte un conflicto fronterizo con la Unión Soviética; y por la invasión de los Estados Unidos a Viet Nam.

Con la muerte de Mao, el Partido Comunista, quiso de alguna manera resanar los estragos de la Revolución Cultural del Proletariado, con la detención y enjuiciamiento de los responsables del fracaso, denominados “La banda de los cuatro”, compuesta por: Jian Quing (la viuda de Mao), Zang Chungiao, Yau Wenyan y Wang Hongwen. Los miembros que conformaron la Guardia Roja fueron enviados a trabajar a zonas inhóspitas.

Pese a los desmanes y errores que se cometieron durante aquella década, el país se afianzó como república independiente pues, al romper relaciones diplomáticas con los Estados Unidos, por el apoyo brindado a Chiang Kai-shek refugiado en Formosa, y el posterior retiro de la Unión Soviética, que lo estaba apoyando tecnológicamente en sus comienzos, la república, solo con el esfuerzo y la decisión de su gente, logró sentar las bases de su descomunal desarrollo, que en las últimas décadas, partiendo de cero, se ha colocado a la altura de las grandes potencias económicas del mundo, con la intención de superarlos al término del siglo veinte.

* * * * *

El veinticuatro de junio, Día del Indio, el Gobierno Revolucionario del Perú, además de cambiar de nombre del día festivo por el Día del Campesino, decreta la ley de Reforma Agraria. La misma se aplica inmediatamente en forma radical y sin privilegios. Siendo las haciendas azucareras del norte las primeras intervenidas en forma violenta por las fuerzas del ejército y policiales, arrojando a los hacendados en forma prepotente y humillante, ante el aplauso y alegría de los obreros, que a partir de esa fecha se convirtieron en sus propietarios.

El proceso continuó con las demás haciendas productoras de arroz, algodón y plantaciones de otra índole, tanto en la costa como en la sierra y en todo el país. Pagaron a sus propietarios con bonos estatales a redimir después de largos años, con valorizaciones exiguas. Con el lema “El patrón no comerá más de tu pobreza”, SINAMOS, el ente designado y creado para llevar a efecto la reforma, sin un plan bien estudiado, por la prisa de ejecutarlo, expropió casi la totalidad de las tierras con un área mayor de las cin-

cuenta hectáreas. Crearon las Cooperativas Agrarias y las Agroindustriales en las haciendas que poseían ingenios o fábricas, sin que sus nuevos propietarios estuvieran capacitados para administrarlos con éxito.

Bajo la administración de gente corruptible nombrada por el gobierno y algunos socios con cierta preparación, pues la mayoría son semianalfabetos que se conforman ganando un salario haciendo labores de escaso esfuerzo físico, como caporales o controladores, por ser propietarios, entraron, a los pocos años, en una fase de falencia económica, pues las labores del campo que antes las hacían los obreros estables, pasaron a ser ejecutadas por personal golondrino contratados, duplicando, de esta manera, el costo de la mano de obra.

El producto de las cosechas, igualmente, se comercializaba dolosamente. En algunos casos se esquilmba hasta un treinta por ciento del total cosechado en beneficio de cuatro personas: el gerente, el presidente del comité administrativo, el contador y almaceneros.

Cuando se celebraba algún acontecimiento trascendente o de escasa importancia, lo hacían con derroche desmedido, con el fin de mantener a los socios, que no participaban en la administración, contentos con las franquicias que, durante el patronazgo, jamás habían disfrutado, manteniéndolos satisfechos, además de la criolla costumbre de fingirse enfermos, con el fin de descansar sin menoscabo de su salario y poder negociar las recetas con boticarios complacientes.

Con ese tren de vida, en pocos años, las Cooperativas Agrarias fracasaron. Una tras otra se fueron a la quiebra y el Estado, para no dar marcha atrás y tener que reconocer su fracaso, las subsidiaban, haciendo grandes esfuerzos para combatir las malas administraciones y corrupciones de toda índole, sin resultados positivos.

Aun cuando las Cooperativas Agrarias fracasaron, el propósito de elevar el nivel social y económico de los campesinos, a la larga tuvo efectos positivos. No se puede negar el hecho de que en el sistema anterior, con algunas honrosas excepciones, los latifundistas y gamonales, fingiendo actitudes paternalistas, no actuaban con justicia social y los obreros eran objeto de abusos y explotación, especialmente en las haciendas de la sierra, porque a diferencia del campesino costeño, en la sierra el analfabetismo era de un alto porcentaje y vivían completamente aislados de la civilización, manteniendo regímenes que venían desde el virreinato.

* * * * *

Recién llegado de los Estados Unidos, Jaime, presiona el timbre de la casa ubicada en el jirón San Martín de Magdalena del Mar, donde su padre Víctor Ly Yan, después de liquidar sus negocios en Trujillo, tras la muerte de Carolina, fue a vivir su ancianidad en Lima. Tomó en arriendo una cómoda casa en el distrito de Magdalena del Mar, por su clima benigno. Le acompañan Marina, una joven enfermera que lo atiende en forma permanente y Adela, la empleada de la limpieza y cocinera. Su hijo Gustavo, llegado el año anterior, está a cargo de sus finanzas.

—Ha llegado el doctor Jaime, su hijo, don Víctor —anunció Adela, con un tono emocionado y alegre.

—Que pase —dijo parcamente, como si el anuncio hubiera sido algo rutinario.

Jaime se detuvo en la puerta del dormitorio de su padre y le contempló por unos segundos sin atinar a decir nada. Con su acostumbrada mirada de un profesional de la medicina, observaba con ojo clínico, no a su padre, sino a un paciente cualquiera.

Después de ocho años, intercambiaron miradas, sin demostrar la más mínima emoción, como si hubiera regresado de un breve paseo. Estaba el viejo casi igual como cuando lo dejó, quizás algo más lento en sus reflejos, pero en la edad indefinida de los ancianos, que es casi imposible acertar si tiene setenta o noventa años.

Víctor estaba sentado en un sillón, junto a una mesa pequeña donde se apilaban periódicos y revistas. Una pequeña radio que trasmitía el noticiero matutino y una infinidad de frascos y pequeñas cajas de medicina se confundían con la taza vacía y restos de lo que había sido su desayuno.

—¿Has desayunado? —Preguntó el anciano con voz calmada, espantando con su mano derecha a una mosca impertinente.

—Recién llego de aeropuerto, no he tenido tiempo de hacerlo —respondió el recién llegado.

—¿Adela, trae algo para que desayune el doctor! —ordenó enérgicamente, como era su costumbre.

—Sí, don Víctor, enseguida —salió apresuradamente la empleada.

Jaime se adelantó frente a su padre y tardíamente, con una mezquina sonrisa, le manifestó su alegría de verlo nuevamente. El viejo le retribuyó con

otra sonrisa más franca y le tendió los brazos para que lo estrechara. Jaime dejó de lado su acostumbrada parquedad y lo abrazó efusivamente y así permanecieron por unos segundos, interrumpidos por el ingreso de Gustavo a la habitación, que había acudido presuroso, sabiendo la llegada de su hermano.

Charlaron animadamente durante toda la mañana. Al mediodía llegó el doctor Ahumada, para el examen de rutina. Lo hacía cotidianamente desde un mes atrás, cuando Víctor amaneció un día con un terrible malestar que alarmó a las dos mujeres que lo acompañaban.

—Son achaques propios de su edad —dijo despreocupadamente el galeno a las mujeres, pero en realidad estaba muy preocupado por la salud del anciano, que había perdido la fortaleza y el entusiasmo que lo caracterizaba.

Gustavo sabía de la preocupación del médico y por tal motivo había comunicado a Jaime para que regresara al país y estar presente cuando a Víctor le llegara la hora de su partida final, que, según el doctor Ahumada, solo era cuestión de meses. El cáncer al colon es incurable.

En Hong Kong, Raquel Pérez hace los preparativos para su retorno al Perú, tras veinticinco años de ausencia. Después de acudir a una larga serie de agasajos de despedida; pensó que iba a ser muy difícil volver acostumbrarse a vivir en su patria, donde después de la muerte de Víctor, solamente tenía la compañía de Gustavo, pues Jaime había planeado radicar definitivamente en los Estados Unidos, donde había encontrado a su futura esposa. Para ella el destino se presentaba incierto, estaba en manos de sus hijos el futuro de su existencia, pero confiaba que ellos tendrían el suficiente tino de tomar una decisión que a ella le sea favorable y con el tiempo adaptarse a la nueva sociedad donde podría desarrollarse según sus costumbres.

En Cantón, Poy Lan y sus hijos, al concluir la Revolución Cultural Proletaria, han vuelto a reencontrarse. Ella con su esposo igualmente han sido aceptados en sus antiguas ocupaciones. El país bajo la presidencia de Deng Xiaoping ha trazado una nueva ruta hacia la apertura globalizada. Por todas partes se pueden apreciar grandes logros, así como una fiebre constructora que moviliza a millones de obreros en su edificación y el manejo de sus fábricas y la ampliación de los campos de cultivo, gracias a la adopción de técnicas más avanzadas y la masiva fabricación de tractores más funcionales y económicos.

En Trujillo, María Haydeé, ya resignada a su suerte, sumida en la más profunda depresión, no comprende cómo Dios, el dios que ella adoptó es-

peranzada en el milagro del reencuentro con su hija, la ha defraudado. Sin ninguna expectativa, ve pasar los días inútiles de su existencia que se diluyen como el rojo del ocaso al caer la noche y en la oscuridad de la misma, también duermen sus pesares y sus almendrados ojos han cesado de llorar.

En los primeros días del mes de octubre, cuando la ciudad alborozada, celebra con inusitado júbilo el Festival de la Primavera, que ya es una tradición, María Haydeé, sin haber alcanzado el anhelo de su vida, va al encuentro de Luis Hernán y esperar allá juntos a su añorada hija Poy Lan. Desciende serenamente a los manantiales amarillos... a la fuente amatista, al remanso dorado, donde las almas que en vida se amaron entrañablemente, aún más en la lejanía, se reencuentran para compartir juntos la eternidad.

Julio Villanueva Chang nació en Lima en 1967. Es editor fundador de las revistas de no ficción *Etiqueta Negra* y *Etiqueta Verde*. Obtuvo el Premio de Crónicas de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP). Ha publicado *Mariposas y murciélagos: crónicas y perfiles* (1999), una antología de sus crónicas publicadas en el periódico *El Comercio* entre 1994 y 1999; la colección de crónicas *Elogios criminales* (2008), con perfiles de Ferran Adrià, Gabriel García Márquez, Werner Herzog, Juan Diego Flórez y Ryszard Kapuscinski; *De cerca nadie es normal* (2014), una antología de perfiles que ha escrito a lo largo de los años, basados en sus encuentros con Oscar Niemeyer, Gustavo Dudamel, Julio Bocca y David Byrne; y *Un aficionado a las tormentas* (2019), una selección de sus artículos. Sus textos han sido traducidos a seis idiomas y publicados en *El País*, *Folha de São Paulo*, *National Geographic*, *McSweeney's*, *The Believer*, *Reportagen* y *Dan Du* 单读. Es profesor de la Fundación García Márquez para el Nuevo Periodismo (FNPI) y miembro del comité consultivo de Radioambulante.org. Fue editor del libro *Messi: una biografía* (2012), de Leonardo Faccio, que ha sido traducido a quince idiomas, y varias historias bajo su dirección han ganado los premios más importantes de periodismo en lengua castellana. Ha sido miembro del Comité de Honor que elige al Jurado del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances, expositor en el TEDx Amazonia de Brasil, en las conferencias de periodismo narrativo de la Nieman Foundation at Harvard, y en las universidades de Beijing, Stanford, Columbia y Yale.

LA CORTESÍA DE IRSE DE UNA
FIESTA SIN DESPEDIRSE

Los pañuelos han caído en un triste desuso: hoy se emplean más para sonarse la nariz que para decir adiós. La cultura *Kleenex*, aséptica y descartable, ha acabado con la íntima costumbre de andar con ellos en el bolsillo. Hubo una época en que los pañuelos cumplían esa doble función, tan poética como melodramática: la de despedir a alguien y la de secarse las lágrimas. Ahora ya no se ven ni en los funerales, pero algún día se fundará con ellos el museo de los últimos adioses. En Zagreb, por ejemplo, hay uno dedicado a las rupturas amorosas: el Muzej Prekinutih Veza tiene una próspera colección de fetiches de amores perdidos y es un basurero sentimental de esas cosas que uno guarda por amor en lugar de tirar por rabia, de devolver por rencor o de quemar por desesperación. Los donantes son anónimos. Allí hay un cálculo de la vesícula biliar de un esloveno, presunta consecuencia de su dolorosa historia con una mujer. El museo también guarda cosas ordinarias como poemas, osos de peluche y teléfonos móviles. Una donante escribió: “Me regaló su celular para que no volviera a llamarlo”. Los inventores del museo de rupturas amorosas son una expareja, Olinka Vistica y Drazen Grubisic, quienes tuvieron la idea de fundarlo al romper su noviazgo. Nietzsche decía que lo que más nos aproxima a una persona es una despedida, porque el sentimiento y el juicio no desean marchar juntos al separarnos. El tren de la vida corre sin darnos cuenta de que alguien más se fue y de que no hubo tiempo para despedirse. Pero en su ambición de velocidad los últimos trenes ya no permiten correr tras ellos para decir adiós, y, de acuerdo con el detective Carvalho, las despedidas en los aeropuertos son indignas. ¿Por qué la gente se ofende cuando alguien se va sin despedirse? Hace un par de siglos Baudelaire tuvo una idea: “Haría que añadir dos derechos a la lista de derechos del hombre: el derecho al desorden y a marcharse”. El club de los suicidas ha hecho de despedirse un ritual. Cuando Stefan Zweig se mató y fue hallado muerto al lado de su mujer en su casa de Petrópolis, en Brasil, se encontraron varios borradores de su carta de despedida en un tacho de basura. Es conmovedor que su búsqueda de la palabra justa llegara hasta el mismo instante de su muerte. Pero la pregunta es: ¿por qué los suicidas tienen la amabilidad de despedirse? Alguien como Maradona debería añadir a la lista de los deberes de

un ídolo la prohibición de organizarse un patético partido de fútbol de despedida. Se trata de la cortesía de irte de una fiesta sin hacer ruido. “Hay que dejar partir a los que se ama”, me dijo una tarde un cronista que ya se fue. Su frase aún no está registrada en el museo de las rupturas amorosas. Los pañuelos para sonarse la nariz, tampoco.

De la colección de crónicas *Un aficionado a las tormentas*, 2019.
Publicado también en *Etiqueta Negra*.

JULIA WONG

Julia Margarita Wong Kcomt nació en Chepén en 1965. Es poeta, narradora y gestora cultural (Perú Ba, Festival de Poesía en Chepén y Cheng Lhin Club de Chepén). Es hija de una madre tusán de Trujillo, de descendencia hakka, y de un inmigrante chino de Panyu, un filántropo que en 1995 fundó un proyecto para crear bibliotecas públicas en espacios abiertos como parques y jardines en Macao. Ha vivido, asimismo, en México, Alemania, Argentina y Portugal. Esta experiencia vital ha influido su cosmovisión cosmopolita y el uso de diferentes idiomas en su poesía. La lleva a proclamar su afinidad a Perú (sobre todo a su Chepén nativo) o a veces a distanciarse de ella; y la misma relación de amor-odio reaparece en filiación con la tierra de sus ancestros. Se observa cierta afinidad con las culturas indígenas andinas, así como una tendencia al erotismo. Finalmente, su obra narrativa nos ayuda a observar a la comunidad china de Lima desde dentro, pero desde una perspectiva femenina. Cursó estudios de Derecho y Ciencias Políticas en la Universidad de Lima, de literatura en la Pontificia Universidad Católica del Perú, de Religiones Comparadas en Friburgo, y Sinología en Tubinga, Alemania. Ha publicado las novelas cortas *Bocetos para un cuadro de familia* (2004), *Doble felicidad* (2010), *Mongolia* (2015) y *Aquello que perdimos en la arena* (2019); los libros de narrativa *Margarita no quiere crecer* (2011), *Lectura de manos en Lisboa* (2009) y *Los papeles rotos. Textos extraños* (2014-2015), y los poemarios *Historia de una gorda* (1992), *Los últimos Blues de Buddha* (2000), *Iguazú* (2004), *Ladrón de Codornices* (2005), *Un salmón ciego* (2006), *Bi rey nato* (2007), *Un pequeño bordado sobre la vergüenza* (2011), *La desmineralización de los árboles* (2013), *Un vaso de leche fría para el rapsoda* (2016); *Pessoa por Wong* (2018), *Tequila prayers* (2018), *Antología poética (1993-2019)* (2020) y *18 poemas de fake love para Keanu Reeves* (2021).

DEMÉTER QUEMA A SU NIETO

Han muerto mi sobrino mayor y mi madre, uno por amor y la otra por vejez. A medida que sus siluetas vienen a la vigilia como un soplo aligerado, casi un esbozo; advierto que una mosca vuela sobre el árbol de sangre.

Han llegado a su fin 94 setiembre y 38 enero con sus cactus, como una pincelada de tinta china. El vuelo del dragón ha terminado. El cerdo ha comido suficiente.

¿Has visto esos calígrafos perfectos en su maestría con el pincel chino? Así se pintan dos vidas que se acercan, se unen, se transforman y luego se desenlazan. Círculos que levemente rozan el principio y el final.

Él se fue primero. Ella después.

Cada verano busca un sacrificio para la agricultura.

Imagino la mansedumbre de ambos al caminar de la mano por alguna calle del mundo, mi sobrino tiene sus botas de vaquero puestas y ella lo aprieta con sus huesos usados, como intentó apretar a su padre. Era la mujer que luchaba contra los vientos del desierto.

Su padre no soportó que lo sostuvieran con tal fortaleza. El hijo ha de huir de la madre, es la ley del devenir vital. En cambio, el nieto sí se deja quemar en el ritual de los ciclos equinocciales, camina haciendo ruido con los tacos de madera de sus botas estilo cowboy, en cada paso acepta su destino: “te obedeceré abuela, estoy caminando a tu lado”.

En mis archivos constato 28 caras de Word comenzadas, 20 intentan representar la muerte de mi sobrino y 8 llevan líneas aproximándose al paisaje que emergió desde la muerte de mi madre. Ninguna alcanza ni la mitad de la página. Comienzan de forma distinta, en unas el narrador diegético atestigua. En otras he copiado párrafos de Faulkner. Faulkner tuvo el don para describir a los negros y la desgracia. Ha existido un momento en que los negros y la desgracia eran sinónimos. Mi sobrino era nieto de negros y de chinos.

Zaña.

Zaña queda a casi 40 minutos de las ruinas de Lurifico. Pero no hay transporte directo. Las viejas paredes de Zaña están más conservadas que el castillo de Lurifico. Para ir a Zaña debes ir primero a Reque, trasbordar.

Un negro no es un negro.

Hoy, al amanecer, le regalé una botella de pisco de buena cepa a una brasilera, ella movía sus caderas anchas con mucho swing. Ya quisiera mo-

verme a su ritmo, que la música invada las estrellas apagadas de mi cuerpo. Pensé en mi sobrino antes de ser sacrificado por la ternura de la abuela. El también descubrió las cucharas brasileras titilando absurdas contra los vidrios. Mi madre le lavaba la cara y lo llevaba a los campos, le hablaba de los sembríos. Aquí sembraremos arroz, aquí el maíz, aquí el *loc tao*, el frejol bayo. No, no hubo trigo, no se pudo cumplir el ritual como Deméter.

La mujer brasilerera toma el pisco de pico de botella, es elixir y ensimismada muestra el placer que el aguardiente estimula. Brindamos por la muerte y la vida. La mujer toma otro sorbo del pico de botella. Mi sobrino se enamoró del verde de Brasil. Es ardiente el alcohol que pasa por el esfago y quema la sangre de los dioses. Mi madre, esté donde esté.... Sueña con una cosecha estupenda.

ORFEO CHINO

[A Enrique Verástegui... el día después]
En las puntas de su cabello ensortijado
Han crecido lagartijas
Y sus ojos almendrados
Lloran ríos de ternura
En las barcas de algodón
La marea se sustrae
Y en los limbos de alquitrán
Sutra y mudra perfeccionan a la madre
Madre de agua
Voz de unicornio / grito cuadrado
En su contemplación del hambre
el planeta en guerra se hace rojo
la luna se complace
en su espera mortecina /
Para su olfato de estudiante
El semen se ha secado
Los albores de los reyes
Se convierten en migajas
Y las sílabas elocuentes se disparan.

Hoy oriente se ha caído
Como arnés de porcelana
Los amantes enronquecen
Con el dedo hurgando la llaga
En medio de ese espasmo campesino
Vuela luz hacia un Fiat pretencioso
Ay, este gris de araña
Ay este gris Cañete
este gris que cubre la maniobra
arre, arre pentagrama
máscara negra para un hombre transparente
llora el dátil pintado de carbón
de cañaveral/raíz amarilla de navegante
canturreando el susurro del destierro
...
¿Cómo nombrar el amor después de tantas equis?
Desentonzados, no sabemos solfear la muerte del verano.

CAJA

Hay una caja llena de dagas
En la caja dice en letras grandes y azules: Macao
Ellos comentan que ser chino es igual que en todas partes
Todos los que tenemos ojos arrugados por la sal
aturdidos aquí / chinos allá
la boca subsume, como un parásito hambriento
el seno angelical de la cristiandad
Un pantalón abierto
Unas monedas o una ilusión descamisada
A cualquiera se le llama chino
Callo el pensar
Soy del medio
Del reino de la mitad
Como hormigas hemos salido de un baúl o de una caja que dice
Macao o Amaga.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

Tienen hijos que no pueden pararse sobre sus flacas pantorrillas
Se multiplican como luciérnagas o grillos
Nosotros no. No nos reproduciremos
Mi padre está muerto
Mi madre pronto dejará esta tierra
Han partido los brotes de caña y los gusanos
Y no quedará
Más que la caja que dice Macau
Vacía. Vaciada.

AMARÁS LA PIEDRA

Así como tu amor a la piedra, de aquel navegante
Que cuenta con los dedos cansados
Así el retrato del alba última
En este abrazo temprano que aplasta erizos y moscas en verano
Me estiro casi, así como esa lámpara roja al encender un bosque de papel
Mi corazón
Esperé
Esperé
Y dormida me dice un mensajero
El mar
Aun no lo traerá a tus brazos
Tu esposa acaricia a los niños. Ella observa nuestros corazones heridos.
Yo cuento mis muertos como postales viejas

Tu voz me dice que en mayo
Los rostros de piedra sonrían
Yo abrazo las balsas inundadas de miedo
Les pido que me cuenten historias del mar
Y arrullo a mi hija
Tan lejana
Tan incomprendida
Su mirada perdida en la arquitectura moderna de los chismes misales
Cortés, Hernán, me dicen que el gran Cortés: él tiene la respuesta

Los cientos de números ilegibles para la mitad de la humanidad
En tu pupila de piedra, se distinguía una moneda con un águila enferma
Reanudo el viaje a ese momento en que nuestra
Sangre empezó a mezclarse con las perlas
De oriente
Y el oro americano
Así nacieron estas caderas anchas
Estas enormes jarras de vino y estas miradas capicúas
Esa rabia de mi hija, que no es de cocotero
Ni manglar, sino de idioma que destila veneno porvenir
De letra que no se escribe.

Alertas a la sal que empaña las murallas
Hemos protegido la ciudad de nuevos navegantes
Pero no de nuestra parálisis
De nuestra propia aversión a la ternura
Ah, inmenso ocaso que encubre la luz del faro
Disueltos en los voltios que asemejan un mamífero amamantando
Esa enorme luz me dice que tu barco no ha llegado
Yo soy la madre de las islas
La tejedora de olas, de palabras que ni tú, ni yo comprendemos.

MARIO WONG

Hijo de padre chino y madre criolla, Mario Wong nació en Lima. Tras estudiar en la Universidad de San Marcos, en 1989 se mudó a París, donde aún reside. En su obra novelística, la novela *El testamento de la tormenta* (1997) y su reescritura *Su majestad el terror* (2009), Wong trata de reconstruir el hiperviolento pasado reciente de su país. Ha publicado también el poemario *La estación putrefacta* (1985), y la colección bilingüe de cuentos *Yo vivo en San Miguel, pero muero por Amalia* (2002). En su obra no se suele reflejar su herencia étnica china con la excepción de “Retrato del infante difunto”, el cuento que abre *Yo vivo en San Miguel, pero muero por Amalia* (2002) y que aparece en su mayoría incorporado en *El testamento de la tormenta*. Allí leemos sobre un padre chino alcohólico que abandona a su familia y que llegó a Perú desde Guangzhou en 1949, traído por su tío, quien poseía muchas acciones en el Banco Oriental de Lima. Su padre fracasa en varios negocios y acaba trabajando de cocinero en restaurantes chinos de Lima. Tanto en su prosa como en su novela se refleja el terror de la violencia terrorista, el tema de la locura y la angustia existencial, a menudo ambientada en un mundo bohemio de bares populares. En los siguientes pasajes que se incluyen en esta antología, Wong ofrece su peculiar visión apocalíptica del presente histórico, marcado por la omnipresencia del biopoder y las biopolíticas estatales del capitalismo global. Reminiscente del fluir de conciencia, su estilo enlaza con el de su novela *Su majestad el terror* (2009), igualmente apocalíptica, si bien enfocada en el terror provocado por la confrontación entre el grupo terrorista *Sendero Luminoso* y el Estado peruano.

LE ROI *EST NU* (EL REY ESTÁ DESNUDO Y...) ET...,
LA “BATAILLE DE FRANCE” (*): “COVID-19”,
LA BIOPOLÍTICA Y EL ESTADO DE EXCEPCIÓN
“MAINTENANT”... , “LE VENT L’EMPORTERA”

...toda la belleza de un mundo en ruinas.

Anónimo, *Nuit debout*

(...) Admitirse como sobreviviente es una
tarea tan dolorosa como inútil. Por eso la postergamos
y así hemos llegado a la situación en que nos encontramos hoy.

Rodrigo Fresán, *Historia argentina*

De esta fiesta mundial de la muerte, de esta mala fiebre que incendia en torno
de ti el cielo de esta noche lluviosa, ¿se elevará el amor algún día?

Thomas Mann, *Der Zauberberg*

A Michal W., siempre
&, también, a Rosa E. W.

In memoriam Leonard Cohen

La catástrofe es, actualmente, un estado permanente; no es solo la catástrofe de la violencia política y del horror de la historia, que caracteriza el siglo pasado en su conflictividad ligada a la existencia de bandos, partidos, frentes políticos ligados a tal o cual ideología (clasista o “no-clasista”; más bien estas, con los efectos de la mundialización resultantes de la crisis de los estados naciones y de la quiebra del pacto o “contrato social” de las políticas económico-sociales providencialistas, que trajo consigo el desempleo masivo y los flujos migratorios, están de vuelta con los movimientos de extrema derecha nacional-populistas; casi en todos los países europeos, sobre todo los de Europa del Este; está, también el *Brexit*, antes la elección de Trump, y en Latinoamérica de Bolsonaro, en el Brasil, y la caída y huida de Evo Mor..., en Bolivia). No hay que olvidar que el presente siglo se inicia, según varios historiadores, con el derrumbe de las torres gemelas del WTC el 9/11, a causa del triple ataque terrorista de grupos islámicos (Bin

Laden y la red de al-Qaeda), que daría pie a la declaración de guerra de “Bush junior” contra el “eje del mal”. El “Covid 19”, por “otro lado”, tiene que ver con el biopoder (el “*biopouvoir*”, ese concepto tan caro de Michel Foucault —*Surveiller et punir*, M. Foucault. *Le beau danger (Entretien avec Claude Bonnefoy)*, *Le pouvoir de la bataille*... en cuanto al análisis de las biopolíticas concierne), y otro tipo de guerra, que lleva a los estados, a nivel mundial, a recurrir al Estado de excepción. Hay demasiada confusión que nos impide ver... *too much confusion!* La catástrofe mundial ya ocurrió (aunque todos estuviésemos esperándola, y es por eso que siempre la postergábamos; es así como nos encontramos en la situación actual); hace mucho tiempo que soplaba un aire verdaderamente pestilencial, y ¡solo los idiotas no querían darse cuenta de ello! No hay límites en la bajeza con respecto al trato que les otorga a los sujetos el sistema capitalista (la cuestión de *winner & losers*, no está por nada en la ideología y sola “moral”, *les profits*, de la omnipotencia del mercado globalizado. Chiste: “los capitalistas no solo buscan beneficios, sino que también emplean su tiempo a buscar conocimientos”; lo cual, por lo demás, es cierto, pero... ¿los grandes cap..., de las finanzas, van a... *maintenant* que...? El filósofo alemán Peter Sloterdijk ya había sonado la alarma: en términos de dinámica procesal, el “mundo del futuro” podría aparecernos como un “parque de domesticación” humana, un campo de concentración inmenso (los cuartos de gasificación y los hornos de incineración, con sus relentes deletéreos, no estarían ausentes...; *Abril rojo, noir... aunque...*). El único desafío, a todo esto del sistema concentracionario (las tecnologías cibernéticas de punta lo hacen posible y... las *mass media*...; un mundo a lo H.G. Wells, A. Huxley, Philip K. Dick, Norman Spinrad...), mundial, sería la *reconstitución integral de las premisas de la vida desde el corazón de lo irrespirable. Alternative: Desobediencia civil, Mai 196...* para deshacerse de todo un...

II

...*La guerra no conoce treguas* —¿Dónde leí eso (no lo recuerdo)? El escritor no puede, jamás, abandonar el frente de combate; sobre el combate que libra el hombre, Kafka tiene una parábola: “Él tiene dos antagonistas: el primero lo empuja atrás, desde los comienzos. El segundo bloquea la ruta

frente a él. Él lucha con los dos, ciertamente, el primero lo sostiene en su combate contra el segundo, que lo sostiene en su combate contra el primero, pues él lo empuja hacia atrás”. Pero, esto no es así sino teóricamente. Pues no hay solamente dos antagonistas en presencia, sino también él mismo, y ¿quién conoce realmente sus intenciones? Su sueño, sin embargo, es que una vez, en un momento de descuido—y será necesario, de seguro, que una noche más oscura que nunca, nos dice Kafka—, “él abandone la línea de combate y se eleve, debido a su experiencia de la lucha, a la posición de árbitro, sobre esos dos antagonistas, en el combate del uno contra el otro”.² Y me sumerjo en las profundidades tenebrosas —escribir es, siempre, “...atreverse a lanzarse al abismo” (R.B.) —, y continúo a percibir los *prismes* de... los cubos del... las aristas que...; y la azotante danza de la muerte, de la “Pelona”, que no termina y...; *la vida no vale nada, no vale nada la vida...* (“Y ¡vámonos muriendo todos, que están incinerando gratiol”...); y “... que naide me diga que soy un rajado!”

...Cito, seguido, a Walter Benjamin, la tesis IX, de “Sur le concept d’histoire”, de los *Écrits français*: “Hay un cuadro de Klee intitulado *Angelus Novus*. Vemos un ángel que parece alejarse de algo, a lo que su mirada permanece puesta. Sus ojos están exorbitados, su boca abierta y sus alas desplegadas. Tal deberá ser el aspecto que presente el Ángel de la Historia. Su rostro está vuelto hacia el pasado. Ahí, a donde nuestra mirada se dirige, parece que se suceden una serie de *événements*. No hay otro que uno que se ofrece a sus miradas: una catástrofe sin modulación ni tregua, amontonando los descombros y proyectándolos eternamente ante sus pies. El Ángel querría bien inclinarse sobre ese desastre, curar las heridas y resucitar a los muertos. Pero una tempestad se ha levantado, viniendo del Paraíso; ella ha inflado las alas desplegadas del Ángel; y él no consigue más replegarlas. Esta tempestad lo lleva hacia el porvenir, al cual el Ángel no cesa de darle la espalda mientras que los descombros, frente a él, se elevan hacia el cielo. Damos el nombre de Progreso a esta tempestad”.³ Esta tesis es, sin duda, una alegoría de la historia en tiempos catastróficos que...

III

Vivimos en la “sociedad gestonaría”, mundial, del *Ground zero* –WTC 9/11...; *Sa Majesté la terreur, L’homme qui tombe...* que no admite ningún límite, y no se detiene en cuestiones de tradiciones culturales ni ideológicas, ni mucho menos éticas. No hay más que un pasaje peligroso, una especie de brecha —¿imaginaria, fantasmática que...? Y la paranoia que... —que separa, en cada instante, la destrucción real, efectiva, de lo que tiene, aún, de la pura virtualidad: la catástrofe ha ocurrido, y ella se produce continuamente, no cesa, pero ella es sin cesar remitida a otro tiempo; el *apocalipsis now* ocurre en cada instante, el fin no tiene fin y... *Ground zero* devora todo, objetos, bosques, animales y seres humanos;⁴ se retroalimenta... produce mismo las catástrofes y...; los humanos devienen las escorias, los residuos, lo desechable de un proceso que no tiene fin y...; hay como un “vaciamiento de basura” (más aún con los nacimientos *in vitro*, el genoma y los descubrimientos últim..., en el ADN, su estructura..., lo *humano* completamente prescindible y...; *Animal Farm, Brave New World...*), virtual, que planea sobre nuestras cabezas y..., y todo eso tiene que ver con el biopoder y las biopolíticas, del capitalismo global, en... (Y el crimen engloba todo lo que existe y su banalización se ha..., ¡la *realidad* es el crimen!), y, esto, no solo en “tiempos de desastres”; *la sociedad gestonaria, mundial, tiene, comparte, la misma orientación biopolítica que el Estado nazi: la creencia en una humanidad biológica, lo que Foucault llama “l’homme-espèce”, y...*⁵ el espacio biopolítico sí ha existido (ahí están los campos de exterminación, Auschwitz, Buchenwald..., la “Solución final” que...), y existe, actualmente, en los campos de retención, de encierro de migrantes, y muros fronterizos (y otros que...) de... La sociedad gestonaría —en esta “última fase” del capitalismo— no ha salido de ese “horizonte biopolítico”, después de la Segunda Guerra Mundial y... *l’état d’exception...* Pero, en el centro de la devastación misma, del desastre mundial, puede producirse el cambio, inesperadamente...; lo indemne que surge, en cada instante (que se halla en todas partes y en ninguna y que...; el azar, lo aleatorio juega su papel en todo esto), y que en el punto de inflexión alcanza, se aferra a lo que preserva la... Lo que se cierra y lo que se abre; devastación y preservación, ¡cómo dos posibilidades de la *même “Chose”* (misma “Cosa”)!

IV

...estamos, vivimos inmersos en el tiempo, en el tiempo nos acordamos de las cosas; ...pero también en el tiempo libramos un combate que nos puede llevar a sucumbir. En *Poesie et Révolution*, Walter Benjamin constataba, después del armisticio de la Primera Guerra Mundial, que los combatientes volvían del frente, “no mucho más ricos sino, más empobrecidos de experiencia comunicable”; en este sentido, parecería vano esperar que la literatura, la novela, pudiese revivir una experiencia, darle pleno sentido, esto sobre el plano histórico. No es esta en realidad su función; ella puede ser testimonio de la *desaparición de la experiencia histórica*; o, de la “experiencia de choc” que ya constataba en su tiempo Baudelaire.⁶ Esto en lo que concierne a la crítica de la novela y a la memoria de la humanidad.

En *Les Somnambules*, Hermann Broch cuenta el caso del soldado Ludwig Gödicke, que lo sacaron de una trinchera con la boca abierta, repleta de tierra, como si hubiese querido gritar; los médicos lo habían salvado; pero, durante todo un periodo, no hacía más que gemir de dolor; después, los gemidos se extinguieron poco a poco; *hasta que, en días posteriores, estallaron de nuevo, con una intensidad reforzada. Parecería ahora —o, podemos imaginar que era así, nos dice Broch—, parecería que Ludwig Gödicke, no recobraría los fragmentos de su alma sino uno a uno, y que cada uno de ellos, le llegaría trayéndole una ola de sufrimiento. Y podemos bien admitir, aunque no podamos probarlo, que los sufrimientos de un alma dislocada en átomos y reducida a polvo, y que está obligada a recuperar su unidad, sobrepasan todo otro tipo de sufrimiento, que el mismo es peor que los sufrimientos del cerebro, que es recorrido por ondas convulsivas constantemente renovadas, peor que todos los tormentos corporales que acompañan ese proceso.*⁷ Sin embargo, en el tiempo histórico, que es otra forma de ficcionar la realidad, no existen fisuras, ni brechas ni paréntesis; se vive en el *continuum du temps*, que viene de atrás y va hacia adelante. He citado el pasaje de la novela de Broch porque vivimos tiempos de extrema fragilidad y... *Todos somos, de alguna forma, sobrevivientes de...*

V

El filósofo italiano Giorgio Agamben toma, en uno de sus últimos libros,⁸ a un personaje de la comedia napolitana, que se expandió en el arte, el *Polichinelle*, y que proviene de la historia en tiempos de desastres, tiempos de mutaciones inquietantes, épocas *des tournants historiques* (la caída de la República de Venecia, en tiempos de Tiepolo, la guerra de España, la ascensión del nazismo, la guerra del Vietnam, la(s) guerra(s)..., las dictaduras del...).

Desde el momento que entré a la sala de la biblioteca de la embajada argentina —6, rue Cimarosa, 16ème Arr. de París— las esculturas del artista argentino Juan Ignacio Valenzuela, en su exposición intitulada “Allégorie” (*) —octubre, 2019, sentí que me interpelaban; las más que presentan una suerte de autómatas (la llave, que les da cuerda a sus figuras, se halla ahí, en sus espaldas; lo cual hizo que surgiese la cuestión sobre la libertad de sus personajes alegóricos) en lo alto de sus “estructuras”, como asomándose al vacío; personajes invisibles como en “La Fortaleza” (es el título de una de las piezas) o en frágil equilibrio —en “Cíclico”, “Instinto”, “El abrazo”..., todos de su Serie Alegoría. Estos, indistintos, tal vez pertenecientes a un “castillo kafkiano”, en tensión abismal, como si se sorprendiesen (o nos sorprendiesen...), en un instante, antes de la caída; y, al mismo tiempo, como si la rueda continuase girando, “Cíclico”, en la tensión de “ese equilibrio”, inestable, ellos permanecen como el “*Polichinelle trapézista*” (1797-1804; *scène 46*), obra de Giandomenico Tiepolo (1727-1804); este en el momento de la “caída”. O, quizás, “un *funambule* que anda (*marche*) sobre una cuerda inexistente; él se mueve libremente, con su torpeza insistente (*gaucherie ardue*), disciplinada, acrobática, en el espacio que se abre entre ellos y más allá de ellos”,⁹ anota Agamben.

Obra plástica toda esta, de J. I. Valenzuela, “política”, en estos tiempos de caos, de crisis permanente, de desastre, que expresa el coraje del artista; hay, pienso, una parte que “aparece” como si estuviese sumergida (me viene a la memoria la “teoría del *iceberg*”, de Hemingway), en la oscuridad de lo que aconteció, de los *événements* que marcaron la historia de los países del Cono Sur, del continente americano, en las últimas décadas del siglo pasado. Se trata, pues, de las “resonancias alegóricas” —W. Benjamin hablaba, en lo que respecta a su concepción de la alegoría, de “constelaciones dialécticas”: *Ahí donde el pensamiento se detiene en una constelación saturada de*

tensiones...; esto es de imágenes sorprendidas, en su movimiento dialéctico, en el acto en que se detienen (*Stillstand*)— de su obra, en la que el vacío se halla muy presente; lo cual crea una tensión, la del vértigo de la caída que sorprende e interroga al espectador.

(*)

Port-Bou, “último” punto de frontera –Walter Benjamin (26 de septiembre, 1940)

En los trenes que recorrían esa parte de Europa en guerra (1936-1939)—la península ibérica bombardeada, 1937 (Guernica...), por la aviación alemana, de la “Legión Cóndor”; y los soldados republicanos que intentaban cruzar la frontera francesa (sufriendo la humillación de la derrota, y las injurias, empujones e incluso culatazos de los gendarmes franceses)—, la estación de Cerbère (como “Cerberos”, el can de siete cabezas que vigila la entrada del Hades; su nombre ya era un maleficio de la suerte), es casi un símbolo,¹⁰ que quitándole el velo *au réel* ponía de manifiesto la insignificancia de la existencia humana.

En movimiento inverso —en esa red de ríos que son los trenes nocturnos— había llegado Walter Benjamin a Port-Bou (en ese su último viaje insomne), en 1940, huyendo de la persecución nazi, después de las “leyes de Nuremberg”, con una maleta negra (no era una de las “*valises portatives*” de Marcel Duchamp, pero portaba documentos importantes que W. B. quería salvar de la catástrofe europea, su catástrofe y la de todo su mundo, como la de Stefan Zweig). Llegó hasta allí; pocos días después, un mes de octubre, se suicidaría tomando no sé cuántas pastillas de...

El azar, su mala suerte, que él se la representaba como un enano jorobado que lo...; de ahí todo se desliza entre sombras y...; como si se encontrase perdido en los subterráneos de...; él que presintió (su experiencia, de esos últimos años de vida, lo manifiesta) la desmesura destructiva y criminal del siglo xx, atravesado por “*des champs de forces*”, tan poderosos como los que rigen el cosmos; ...en esa larga noche que no tiene fin y...; y esa era la larga noche de Europa, “cruzada de largos trenes siniestros, de convoyes de vagones de mercancías —escribe A. Muñoz Molina— o ganado con las ventanillas clausuradas, avanzando muy lentamente hacia los páramos invernales cubiertos de nieve o de barro, delimitados por alambradas y torres de vigilancia”.¹¹

(Serge Personne, Rev. “Sieteculebras”, N° 36, Cuzco-Perú, 2007).

VI

Con el genoma, la biopolítica de los campos de exterminación nazi —la selección, en Auschwitz o en Buchenwald, ... de los prisioneros: útiles para el trabajo-esclavo, para experimentos “científicos” y para los baños y camiones de gasificación o los hornos de... —aparecería como un anacronismo; Adolf Hitler, sin embargo, ha sido un “precursor” para someter a los hombres a una dependencia total, como pensaba Lacan.¹² Meses después de la *Reichskristallnacht* (la “noche de los cristales rotos”, bajo el Tercer Reich) —a finales de la década del 30 (en junio de 1939)—, Hitler se había referido, explícitamente en dos ocasiones, sobre el destino de los *Jews* de Europa: informa al ministro checo de relaciones exteriores de su intención de acabar con los judíos; y también en una breve nota del *Reichstag* “profetiza” que “si los financistas internacionales judíos, de dentro y de fuera de Europa, tienen éxito en hundir las naciones europeas en la guerra mundial, entonces el resultado no será la bolchevización del planeta y la victoria de la judería, sino ¡la aniquilación de la raza judía toda en Europa!”¹³ Establecía, ya, el vínculo entre el genocidio y la conflagración que arrasaría Europa. Casi nadie lo entendería, de hecho, pese a los abundantes signos¹⁴ que...

En la sociedad gestonaria, actual, la naturaleza humana misma se ha convertido en una *presa*; todo lo que existe “evolúa” —fuera de la Historia y del humanismo (...*depuis que l'humanoïde se produit comme cadeau fait à LA mort.*)— hacia la aniquilación: la vida misma en tanto que tal, se convierte en objeto de predación; lo que engloba, en suma todo lo vivo, los seres todos. Con las pandemias, el “Covid-19” es una más (han habido ya, y vendrán otras, “Ratvid-612... que...), al romperse los equilibrios vitales, las “fronteras virales” entre lo humano y lo animal, se ha puesto en peligro la existencia misma del humano, con lo que se universaliza el “principio de la muerte”. Lo demás, con la cibernética (el genoma, la clonación, el poder destructivo nuclear...) se convierte en asunto de “pura gestión” de políticos, militares, científicos, médicos, hombres de negocios, y de las *mass-media*, etc.; y, ahí, hay que “situar” (¿lo *inubicable* que...?), creo, el recurso al *État d'exception*, contra la sociedad civil misma. El biopoder omnipotente, hoy toma la vía del poder cibernético; y la sociedad gestonaria se atribuye el acceso instantáneo a todo, y a la disposición, instantánea, de cada sujeto, de los individuos todos regulados, mejor “normalizados” (Meyronnis, p. 120),

instantáneamente, a la escala planetaria (lo que ha hecho posible la integración en redes...; las cartas biométricas, braceletes, clandest... , *mi vida la dejé... entre Celta y Gibralt, soy una raya de... fantasma la... cámaras de vigilancia y...; Paso de Calais...*). Así, la “especie humana “(que jamás ha existido y... , *seulement maintenant*, con la *globaliz... & el “Covid”...*) —y que, se suponía, tenía un estatuto aparte, esto en el pensamiento occidental (sobre todo el de la “modernidad”: derechos humanos, democracia...)— deviene “réalité biopolitique”¹⁵ global; después del 11/9, *Ground-zero*, el “Pre-*te(x)to*” de..., era el terrorismo, hoy “Cov... , mañana qué...” ¿“Ratvid-61”? *It’s a man’s World, man’s, man... , but it’s nothing, nothing... , et Nothing else matters...* ¡On ne veut pas de ça (...de eso, de “esa cosa”), *on ne veut plus et...*, “esto si *ta bueno yal pronto, pronto...*” (Henry Fiol); al ataque, *y siganme los “Mal(pa)...itos”!* (...que yo tengo *mauvaise réputation (...et, en plus, je ne servs pour...* P. Ibáñez!)

VII

La creencia de que era de hacer un nudo, valiéndose de la brujería, para amarrar el *amor*, viene de la Edad Media; solo *Eros* puede poner en fuga al miedo, para enfrentar el Espanto, a la Gorgona; es el “cuerpo amoroso”, un *corps subtil* (es imposible fijarlo en una imagen) el que hace posible eso. De ahí que se habiliten los cuerpos, la sexualidad, por todos los medios (la pornografía es el más expandido en Occidente, la tortura, la violación...; la literatura moderna y posmoderna está llena de...; la saga *Millenium* y otras, casi todo Houellebecq, excepto..., que corresponde a...; la apatía y la frustración recorren las páginas de...), para que Eros atado, encadenado, sirva a la “Dama de negro”, a la “Señora muerte”. La mercantilización del sexo, y ¡cómo!, absorbe y encierra el deseo, en ratoneras, antes de destruirlo, borrarlo en trajines impotentes; el acceder al amor, como puro acto libidinal, se convierte en frustración, en esterilidad tardía que desemboca en compulsión asesina (¿la muerte que sustituye a *la juissance*, o se fusionan? Verdugos y víctimas que...; resentimiento, con respecto a la vida y odio de sí mismo para hundirse en la crueldad sin límites que... *La part de l’Ombre*, la parte maldita que..., infernal). Ante “el deseo que cae en catalepsia, la crueldad se convierte —sostiene Meyronnis— su principal *tonique* —se le

remonta con el espectáculo de la tortura, se le dopa hundiéndolo en la perversión”.¹⁶

...El cuerpo que concede al amor es *un corps événementiel*,¹⁷ no es el cuerpo de la pornografía, ni del puro acto libidinal; ni mucho menos el cuerpo anatómico, biológico, que es todo lo que conoce la ciencia, ya que ella lo manipula a voluntad, y solo discierne en él el reflejo de sus operaciones. La eficacia, siempre, de estas hace que ella crea que dicho reflejo imita la consistencia de un bloque, bien que no sea más que un espejismo. “Sin embargo, la corporeidad amorosa revela otra cosa: la divinidad del cuerpo humano; la presencia, en él, de una geografía sagrada. *Il n’y a pas d’étreinte sans théophanie* (no hay abrazo sin teofanía). Así, para los taoístas, el cuerpo es una montaña de soplos, poblada de dioses, sometido(a) a permutaciones continuas. Y el ‘apareamiento’ (*accouplement*), para los cabalistas, una puesta en contacto de letras, que componen el Nombre divino”.¹⁸ El amor abre a lo imprevisto, el amor es un milagro; un puente que hace posible el pasaje de lo sensible a lo suprasensible. *Al(l)-Chemy... , down the Telegraph Road —down by the river (Neil Young & Crazy Horse/ Live, 1994) like a hurricane (Live, 1986), hepless, hep..., cowgirl in..., paint in black, soul sacrifice (with a little help of my..., los “Malpa(s)...”, Woodstock, riders on the storms, stairway to..., whole lotta..., black dog..., Kashmir (Live at Kneb..., 79)..., Spirit/Love is all..., Live-1971, paint in black (Burdon & War..., 197...), spill the wine (...70’s B. & War...), bare back ride, tobacco..., inside looking out (B. & An..., 1966), lolapal... (Amy W., 2007), rock’n’roll nigger (Patti Smith, 1979), Horses, Gloria... gimme shelter... Manhattan-Kaboul, Baghdad (Habite ensemble, Live at Zappa, Jérus...), Bobby Brown (...autre B.; pero no es ese J. Brown que...)...Andalucious &...: Mistral gagnant, des que le vent..., avec le temps..., des hauts, des bas..., La Rivière (S. Eicher, Vieilles Charrues, 199..., tu ne me dois pas..., la mauvaise réputation..., la nuit je mens...; I shot the sheriff..., B. Marley, E. Clapton (y prefiero mil veces, ninguna comparac..., a Jim B., Sexe Mach..., “One, two,...”; “but we nothing, not...” (Pavarotti J.B.), soul power..., que a ese sheriff B. canibal—y hay miles de miles que..., fils de pute!), but I did not..., war no more... (Marley, Live...), roadhouse blues..., old love..., when the music’s... (Doors), terre de France..., Cheyenne Autum... l’au delà (J.-L. Murat, Taratata, 19..., ou 200...), je me souvie..., oh! My “Lady Savann...h”₂ Lady d’Arbanv... (C.S., Live 1970), wild world..., father and... (Live,...) , night in..., whiter shade of... (1967), wicked*

*game... , I put a spell on... to love somebody (E. Burdon & Animals), the ballad of Lucy... , blowin' in the wind (B. Dylan, Live, 1985)... et neil y... et sultans of... soldiers brothers in... so many roads (J. Mayall & Bluesbreakers with G.M., 200...), the mists of tim, born under bad sign (J. M. with A. King), hoochie coochie man (J. M. with E. Clapton & C. Barber, Liverpool, 2003), serves me right to... (V. Morrison & J. Lee Hooker), kind of blue, sketches of Spain (M. D., 1960), workin' with... quintet (M.D., 1959), train blue (Coltrane)... road house blues (Burdon, Live, 199...)... if I don't get home... le vent nous portera, l'emportera... nous por... —, del río de las calles que... Y quiero que esto pase y..., ponerme a releer el libro de R. Burton sobre la melanc...; y me acuerdo, Piura, mis amigos que...; y vamos bajando el río...: Ricky Závala, el “Colorado” Campolo, Jorge A., el “Loco Alv...”, “Adamo”, Max..., y todos los “farukos” del distrito de Castilla (atravesando el “Puente Viejo” de...; los “turrís, panturrís...”), y me acuerdo de ti Mariánn..., Glor..., *when I was young, y..., please dont let me...; “Oh, pretty woman what the matter with...”; “o!, Marlene...”, African reggae (N. H., Live Roskil..., 1985), Fever...alta que..., riders on the stor..., smells like teen spir..., Auf'm Bahn..., “see, see rider(s)..., what you know...”, the sky is cry..., cray! Rock'in... the free world..., Queremos el mundo, y lo queremos maintenant!**

El amor como *événement*, siempre inesperado, como “*réel impossible*” (A. Badiou) que...; por eso el poder y las religiones que...; los monoteísmos que, empeñados en encadenar a Eros... siempre han tenido...; ya desde Platón... ¿Con Platón “comienza” *La Cosa* (o, mejor, con el “platonismo” y su *Re(s)-pública*, en Occidente)? Pasa, después, al cristianismo... Nietzsche decía que este “le había puesto un veneno a Eros”; y no vayamos más lejos que... Friedrich N. con todo eso del “Súper Hombre”..., un anacronismo, pienso (tanto como lo de la “nueva raza”, de los ideólogos nazis; aunque el “vaciamiento” de... la “evacuación” de... las pandemias... el genoma, la clonación..., en suma la “biopolítica global”, la “factoría planetaria” de la muerte, a pleno régimen con el “Covid...”); y ya en pleno delirio..., sobre todo en su... —el periodo de su crisis, poco antes de...; su locura en una calle de Turín, abrazando un caballo que..., su... (Ver el film *La Tempestad*, la tormenta de nieve que no..., y los únicos sobrevivientes que...), pero él había visto y veía, con *extrême lucidité*, lo que ocurría con... *le nihilisme*,

en su tiempo... y más aún lo que... En el corazón del nihilismo europeo, que se volvió planetario, la mirada ardiente de Nietzsche había detectado, sostiene Meyronnis, otra cosa que la simple “creencia que todo merece de desaparecer”. Con el nihilismo, decía él, “ponemos manos a la obra, *desaparecemos*”. Cresta de la devastación, prosigue Meyronnis, la evacuación se convierte en una posibilidad vertiginosa, irreductible a tal o tal procedimiento de liquidación, nuclear o biológico. Cuando no lo reduce a algo insignificante, el nihilismo tiene en mira el vacío, en contraste con lo existente. Lo convierte en término de una alternativa.

Y ahí, ¡peligro!”.¹⁹

...y a la “Hora de los lobos” es solo *l'événement amoureux* (*) que salva!

Spire —(*spirale*... , releer “A descent into the Malström”, E. A. Poe; un “remolino” inmenso, un tornado que en el mar...: que es... , una especie de “espiral a la inversa”... , y lo que salva es...): “...volverse hacia atrás, hasta el *point zero du vide*, a partir del cual el nihilismo se extiende. Pues, en ese punto la posibilidad más funesta, esa de la anulación de la vida, coincide con su extremo opuesto— la *possibilité de l'amour*”.²⁰

“El acto no se empantana más en el placer del órgano, él contiene una *spire*.” “Y esta *spire* —dice Antonin Artaud— tiene toda la importancia del más potente pensamiento”.²¹ El cuerpo no bloquea más *l'événement* (*), me refiero al “*corps événementiel*”; es la punta más avanzada del *événement amoroso*, así, “... El vacío no entra en juego como —sostiene Meyronnis— como un límite de la *finitude*; ni la *jouissance* (goce, disfrute) como una negación. La ira, el odio, y el furor se alejan. Gozar no parece más una frustración o un suicidio”.²² Y el lenguaje lo acompaña, la palabra le responde y se convierte en su eco; para escucharlo, oírlo, se requiere “*d'une autre oreille*”; otra oreja, que convoca los cinco sentidos juntos, como un “sexto sentido”, que “despierta” —*l'éveil* (*)... — al “sujeto”, *je est un autre* (A. Rimbaud), marcado por *l'unicité de l'événement* que... , y del cual participa, lo posiciona en la *espiral* fuera de... , *et dedans/ dehors*...

(*)

“*Tout à coup, dans un demi —sommeil —écrit Philippe Sollers—, l'action fulgurante d'un big-bang, explosion, projection à une vitesse folle, chaos, cosmos,*

terre, existence, fusée tirée d'on ne sait où vers on ne sait où. Vitesse du son ? Non, bien plus. De la lumière ? Non, trop lente. C'est une propulsion instantanée à travers la matière, atomes et cellules, un coup de canon dans le vide, coup de semence, avec pour seul résultat d'être là. Là, mais où ? Plus de où. Trouée dans le où. Et voilà une grande certitude sans rien ni personne".²³

...y François Meyronnis escribe, sobre el *Bardo Thödol*, el libro tibetano de los muertos, cito (traduzco):

“Sobre el umbral entre muerte y liberación, el *Bardo Thödol* —libro espiritual de los tibetanos— describe una sucesión de pruebas. Él detalla un estado intermediario: el *bardo*. La meta —afinar la oreja; ‘escuchar sin distracción’. Y sobre todo, aprender a combatir el terror, en sus diversos registros: el pánico, el miedo, el espanto. En vez de temer el brillo de la luz, el libro enseña a desearlo. Si esos giros luminosos aturden, si su intensidad deslumbra, él lo imputa a al furor y al odio que portamos; y por nada a la radiación de la claridad. El perseguir el umbral, él enseña a vencerla; como también el susto que lo acompaña. En el *bardo*, a estar relajado; más afinando la atención, volviéndola más viva. Si percibimos órbitas girando, ninguna preocupación. Menos una amenaza que un *crochet* (ganchillo) brillante para rasgar los velos, y todo eso que ensombrece el pensamiento. El verdadero peligro: el esquivar —a causa de ello, optamos por un opaco resplandor gris, que corresponde a los estados infernales. Y este resplandor macilento resulta mucho más peligroso que una luz vibrante como mil truenos.

De aquí, que el amor sea un *bardo*.

Asimismo, él contiene un umbral: sea que él abre al *événement*, sea que él se opaca... Ella traspasa, la diagonal erótica. Cruza. Resbala. Despeja. Con ella, el cuerpo se encuentra, en cada instante, en su inicio y en su fin.

El amor hace que fracase el terror. Ahí donde una potencia de espíritu tendría la parte inferior, baja, él toma ventaja. En efecto, siendo el terror de esencia espiritual, él no da marcha atrás ante lo que lo constituye —Mientras que el amor, al contrario, lo pulveriza a través de su *faille* (*), lo vuelve migajas”.²⁴

“*Nu dans la crevasse... je vous embrasse...*” (J-L Murat).

(*) El general que defendió Leningrado, Estalingrado (¿antigua Saint Petersburg o *autre ville*...?), con el heroico pueblo ruso (más de ..., no sé cuántos millones de...), fue...; *je ne suis pas très féru de...*, *mais...*, hay que enseñarles a... ¡qué la Macro(*économie*) no pase, es criminal!

París-Montmartre, 9-21 de abril de 2020.

(*Le 25/ 27 & 29/31 Avril; après... , Mai...2/3*, “Día de la Cruz”, me lo acaba de decir, por tel..., Ing. B. K., y me acordé...)

Partes de este texto se publicaron previamente en *Letras 5* y en *Miranda malva*.

NOTAS

¹ Frédéric Lordon escribe: “Il faut vraiment prendre la mesure de toutes les transformations qui se sont effectuées en trente ans de néolibéralisme, des transformations qui, du côté des dominants, ont refait un pli, ont refait tout un habitus : l’habitus du *déchainement*. Littéralement : déchainement. Le type humain du dominant capitaliste a été modifié : jadis il y avait l’arrogance, le mépris de classe, etc., bien sûr tout ceci est resté, mais s’y sont ajoutés toute une série de traits sociopathiques nouveaux. J’admets que la catégorie de ‘sociopathe’ n’est pas très raffinée, mais ici elle suffira bien pour dire ce qu’il y a voir...” (*Vivre sans? Institutions, police, travail, argent...*, Mayenne, La fabrique Éd., 2019, p. 182; léanse también las páginas que siguen. F. Lordon es director de investigaciones en el CNRS; obras últimas publicadas: *La condition anarchique* (2018), *Imperium. Structures et affects des corps politiques* (2015).

² He traducido la Cit. que hace Hanna Arendt, en...; véase, también, las obras de Franz Kafka, en español, publicadas por la Ed. Bruguera.

³ W. Benjamin, *Écrits français*, París, Éds. Gallimard, 1991, pp. 343-44; la traducción es mía. Cito, seguido, la tesis en francés: “Il y a un tableau de Klee dénommé *Angelus Novus*. On y voit un ange qui a l’air de s’éloigner de quelque chose à quoi son regard semble rester rivé. Ses yeux sont écarquillés, sa bouche est ouverte et ses ailes sont déployées. Tel devra être l’aspect que présente l’Ange de l’Histoire. Son visage est tourné vers le passé. Là où à notre regard à nous semble s’échelonner une suite d’événements, il n’y (en) a qu’un qui s’offre à ses regards à lui : une catastrophe sans modulation ni trêve, amoncelant les décombres et les projetant éternellement devant ses pieds. L’Ange voudrait bien se pencher sur ce désastre, panser les blessures et ressusciter les morts. Mais une tempête s’est levée, venant du Paradis; elle a gonflé les ailes déployées de l’Ange; et il n’arrive plus à les replier. Cette tempête l’emporte vers l’avenir auquel l’Ange ne cesse de tourner le dos tandis que les décombres, en face de lui, montent au ciel. Nous donnons nom de Progrès à cette tempête.”

⁴ Ahora recuerdo que, cuando era adolescente, vi *Little Big Man*, una película con Dustin Hoffman —el mismo de *El graduado*, *Perros de paja*, *Maratón...*—, y hoy me viene también a la memoria la carta del gran Jefe Seattle (*swamish*), al presidente USA, Franklin Pierce (1854, poco después de la batalla de...) antes de que encierren a su tribu en una de las tantas reservas (en ese ineluctable avance del “progreso”, de la modernidad que...).

F. Lordon escribe, cito *in extenso*: “... C’est que le spectacle du capitalisme n’est plus qu’une gigantesque obscénité: inégalités prodigieuses, sécession de fait des classes possédantes, catastrophe climatique désormais visible à l’œil nu, empoisonnement généralisé, facettisation rampante du néolibéralisme, contrôle policier total au-dedans, homicide de fait des migrants au-dehors, désastre existentiel partout. On comprend, dans ces conditions, que se forme l’idée qu’espérer des institutions électorales et de l’État, quand on sait au surplus à que point celui-ci est colonisé par les puissances

du capital, n'est simplement pas à la hauteur. Et c'est bien ainsi, je crois, qu'il faut le dire: la situation présente demande de penser à la hauteur de la catastrophe. Il est évident qu'il y a à se demander si la réponse du 'vivre sans' tient, et c'est cela que nous avons à discuter, mais il certain qu'elle a d'emblée pour elle d'être à la hauteur de l'époque" (*op. cit.*, p. 14).

⁵ Véase François Meyronis, *De l'extermination considérée comme un des beaux-arts*, Paris, Éd. Gallimard, L'Infini, 2007, pp. 110-11. Cito, seguido, p. 121: "De l'extermination nazie, aucune 'race nouvelle' n'est issue. Ce que la Shoa entame, c'est plutôt un anéantissement complet. Son carnage de masse, effectif mais fragmentaire, sert de préambule à l'annihilation intégrale, encore que pour l'instant virtuelle, du vivant.

En ce sens, qui échappait aux nazis eux-mêmes autant qu'aux Américains et aux Soviétiques, la 'Solution finale' n'a pas cessé en 1945 —aussi scandaleux soit-il de le dire avec netteté : *elle est en cours*».

⁶ Véase Giorgio Agamben, *L'homme sans contenu*, Paris, Éd. Circé, Essais, 2003.

⁷ El pasaje citado de *Sonambules* lo he tomado de *Su majestad el terror*, una novela mía, publicada en el Perú, en julio del 2009; la traducción de dicho pasaje la hice de la edición francesa de la novela de Broch.

⁸ Véase G. Agamben, *Polichinelle ou Divertissement pour les jeunes gens en quatre scènes*, Paris, Éd. Macula, 2017.

⁹ G. Agamben, *Op. cit.*, p. 95. Agamben reflexiona sobre la "scission *zoe/bios*" (vida desnuda/vida política, o cuerpo biológico/cuerpo político...), al final de su libro *Homo sacer 1* (1997), en la "Apostille" a *Polichinelle ou Divertiss...*; cito, seguido, el final de "Apostille": "(...) *Il n'y a pas, chez Polichinelle, une vie végétative séparée de la forme de vie, une zoe qui pourrait être séparée et distinguée du bios. En vérité, Polichinelle n'est ni l'un ni l'autre. Il est plutôt le tiers qui apparaît dans leur coïncidence —c'est-à-dire dans le moment où ils chutent ensemble— et comme le trapéziste de la scène N° 46, ou un funambule qui marche sur une corde inexistante, il se meut librement, avec sa gaucherie ardue, disciplinée, acrobatique, dans l'espace qui s'ouvre entre eux et au-delà d'eux*"; véase la *scène 46*, del *Polichinelle trapéziste*, de Tiepolo en la página 96.

¹⁰ En contraste con el *symbole religieux* ver M. Eliade, *Méphistophélès et l'androgynie*, Paris, Éd. Gallimard, "folio-essais", 1962, p. 304.

¹¹ Antonio Muñoz Molina, *Sefarad*, Barcelona Ed. Seix-Barral S.A., 2009, p. 46.

¹² *Op. cit.*, p. 116: "Profondément périmée, ce volontarisme d'éleveur de bétail —on est aujourd'hui capable de concevoir un façonnage biologique qui agira directement sur le génome; un tri génétique d'une précision telle que la 'rampe' d'Auschwitz apparaît avec le recul comme une insanité à la fois criminelle et minable. Non, ce qui a eu lieu ne se reproduira pas. Par-là, je veux dire dans les termes où on l'a connu. Mais l'emprise biopolitique, elle, se perpétue —avec pour visée de soumettre les hommes à un état de dépendance totale. En cela, Hitler fut bien, comme le pensait Lacan, un 'précurseur'».

¹³ D. G. Williamson, *The Third Reich*, Great Britain, Pearson Education Limited, 2002, p. 70 (véase, también, "Document 31: Hitler threatens the Jews with annihilation" p. 157. Y véase también la novela de Jonathan Littell, *Les Bienveillantes...* ver F. Meyronnis, *op. cit.*, pp. 41-42).

¹⁴ F. Meyronnis, *op. cit.*, pp. 114-17. Sobre la "doctrina" racista nazi cito, otra vez, inicio p. 116: "Dans une large mesure, la doctrine nazie rassortissait à un messianisme scientifique. "A l'heure où nous sommes —disait Hitler à Hermann Rauschnig— toute politique qui n'a pas une base biologique ou des buts biologiques est une politique aveugle. Partir des races et de leurs luttes, comme d'un préalable, voilà pour un tel pyromane le fil conducteur; même s'il ne semble pas avoir cru à leur existence effective, mais plutôt aux moyens d'en produire une à travers le chantier grondant de la mort". Meyronnis es coanimador de la revista *Lignes de risque*.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

¹⁵ Véase F. Meyronnis, *op. cit.*, pp. 125-31.

¹⁶ *Op. cit.*, p. 154.

¹⁷ Sobre esto véase también Alain Badiou, *A la recherche du réel perdu...* y Giorgio Agamben...

¹⁸ *Op. cit.*, pp. 174-75.

¹⁹ “Au cœur du nihilisme européen, devenu planétaire, le regard brûlant de Nietzsche avait décelé autre chose que la simple ‘croyance que tout mérite de disparaître’. Avec le nihilisme, disait-il, ‘on met la main à l’œuvre, on *disparaît*’. Ligne de faite du ravage, l’évacuation s’avère une possibilité vertigineuse, irréductible à telle ou telle procédure d’anéantissement, nucléaire où biologique. Quand il ne le réduit pas à une insignifiance, le nihilisme envisage le vide par contraste avec ce qui est. Il en fait le terme d’une alternative.

Et là, danger!» (*op. cit.*, pp. 127-28).

²⁰ *Op. cit.*, pp. 183-84.

²¹ “L’acte ne s’enlise plus dans le plaisir d’organe, il contient une *spire*. “Et cette spire —dit Artaud— a toute l’importance de la plus puissante pensée”, *op. cit.*, p. 179.

²² *Op. cit.*, p. 184.

²³ Cit. F. Meyronnis, p. 133; véase, también, pp. 131-32. Las itálicas de la *Cit.* son mías.

²⁴ *Op. cit.*, pp. 176-77.

Autor de ascendencia afro-china y tusán de tercera generación, publicó sus cuentos en la década de los ochenta. Es hijo del historiador Emilio Choy. Su cuento “Que Dios te conceda la felicidad” / “Dios quiera que seas dichosa” (1987), publicado en una edición bilingüe, trata sarcásticamente de un anticuado hombre que le habla en un español arcaico a Dios y a sí mismo sobre una prostituta con la que se acostó y con la que ahora se casa en una iglesia. El cuento que se incluye en esta antología, “Butaca del paraíso” (1981), recibió el Premio Copé de Cuento Corto en 1979. Narra la historia de un hombre cuya madre vio una versión cinematográfica de la obra de Nicodemi *La enemiga* cuatrocientas veces, siempre con el mismo vestido azul. Un día, el protagonista va a ese teatro, pero la película se detiene en una escena en particular. Cuando se da la vuelta, el personaje de la película se convierte en su madre.

BUTACA DEL PARAÍSO

*y allí se para, en el sitio donde tiembla
enmarañada la oscura raíz del grito.*

FEDERICO GARCÍA LORCA

Bodas de sangre

(acto III, cuadro VII)

Mi madre asistió a cuatrocientas representaciones de “La enemiga”, de Nicodemi, en el antiguo Teatro Municipal del Callao. Las cuatrocientas veces usó un traje azul, de brocado, muy largo, que adquirió de contrabando: lo adornó, y lo desadornó; con cintas, con lazos, con florcitas intercala-

res; el tiempo, igualito lo destiñó y acabó deshilachándolo. Algunas noches mi madre, además, lució los pendientes de plata de la tía Griselda; estrellas milimétricas que yo pulía con bicarbonato, o también, ceniza; y hubo ocasiones, en las que se puso hasta el legendario chal blanco que heredó de mi abuela.

Mi abuela echó la cabeza hacia atrás y la hizo rotar de hombro en hombro. No pudo ya desanudar las vértebras del cuello. Dejó caer la mandíbula y jadeó, pero continuó escobillando la sábana. La tarde, hasta ese instante, transcurría lenta e idéntica a las tantas anteriores: la lavaza estaba fría, los dedos anfibios de mi abuela dormían anestesiados debajo del agua, el montón de la ropa sucia nunca se iba a terminar. Desde el fondo del pasillo se vino acercando don Valerio, llegó a su lado, y se detuvo. De pronto, mi abuela lo vio, a él mismo, a él mismo en persona, zambullir las dos manos rubias dentro de la batea, y antes de poder pensar o asombrarse, sintió, de golpe, inmovilizado el vaivén de su escobilla espumosa. El anciano, delicadamente, elevó entre las suyas las manos húmedas de mi abuela, cerró los ojos, y aspiró, apasionado, solemne, besó la urdimbre azul de sus venas.

—Vieja, ya descansa, leí, *Non haga ya nunca di piu questa fatiga* —le dijo, así en dos idiomas, y ese fue su discurso. La madama se había acercado también hasta ella y, en silencio, le acomodó las blancas greñas, la besó en el hueso de la frente y en la concavidad de cada mejilla, y le hizo entrega del chal, reluciente y perfumadito. Mi abuela, aunque jamás había pisado una escuela, le dejó la impresión exacta de quien recibe un cartón de fin de año, los miró, obstinó la mirada en un punto fijo del espacio, sonrió torpemente con sus encías albinas, quiso hablar, balbuceó y, al final, las lágrimas de colegiala le impidieron ver claro, y se limpió los mocos con el encaje bordado. Al cabo del tiempo, la habían condecorado con la mugre nítida de la miseria, y ya pues, ni como lavarla. Murió al poco tiempo, y para sus dos hijas dejó un luto largo, e instrucciones precisas contra la malevolencia de los patrones cuando la señora no estaba, y prescripciones infalibles para que los detergentes no desparramasen su alergia en pañales y calzones, y también dejó el chal, porque no quiso y no quiso estrenarlo, ni para sus propios funerales.

Mi madre se lo echó sobre los hombros y se observó atentamente al espejo. Con sus grandes palmas se asentó la corona de trenzas tejidas con su largo cabello. Se frotó las manos con agua de colonia, y fue borrando la fragancia del jabón de pepita. Mientras agitaba las manos para que se secasen, me miró, enarcó las cejas y terminó por sonreír. Me señaló con el índice hú-

medo el mazo de naipes, y me vio abalanzarme sobre él como un gato. Verificó el fuego lento en la hornilla, donde quedaba la comida del tío Anselmo; le hizo un gesto de adiós a la Perla Soriano, y mientras yo barajaba, salió.

Los trabajadores del viejo teatro se asombraron primero, y se acostumbraron luego a esta mujer vestida de azul. Pensaron que era alguien, una diletante, una excéntrica, una loca, nadie: en ese orden. Llegaba temprano y se sentaba en la butaca más alta y alejada, en la última fila del paraíso. (Con ese nombre vendían por aquel entonces los boletos de la cazuela). Su butaca era incómoda como el extremo del ojo, pero allí se estuvo, sin faltar ni una vez, dejando caer su mirada calladita y oblicua sobre la gente que iba llegando a los palcos y a la platea. Mi madre amaba el movimiento y el rumor de las parejas que entraban, el insólito aire feliz que iba mariposeando entre los grupos de las primeras butacas. Algunos comerciantes venían desde Lima elegantemente vestidos. Igual estaban allí los cambistas, quienes trocaban monedas con los marinos extranjeros en las calles del puerto. Los estibadores llegaban también, jalados por sus esposas, encorbatados y refunfuñando; y a veces, por si lo marineros, subía provocativa una que otra mujerzuela. El auditorio se conformaba lentamente, como un laborioso tejido que, en ocasiones, al final, ascendía a la galería, trepaba las paredes, alcanzaba la cazuela, reptaba hasta la butaca de mi madre, y dando la última puntada, la incluía. Allá abajo, allá al fondo, la quieta respiración del cortinaje de color oro; y en el aire, el canto apagado de las conversaciones; y en el ámbito del oído, la dulce reverberación de las campanadas iniciales; y aquí no más, las luces cálidas de las lámparas de bronce la hacían sentirse integrada a este mundo que, aunque sea, le daba la espalda. De pronto, el operador del reóstato hacía girar su manivela, y empezaba a desangrar el ambiente que quedaba negro y expectante, igual que un abismo; y entonces mi madre se sujetaba de los brazos de su asiento, como para no caer, y desplegaba, en esa oscuridad, sus máximas pupilas, esperando el estallido de la lumbre azul de los reflectores.

Muy lejos de allí quedaba nuestro cuarto. Nuestro cuarto tenía una sola bujía, y la luz era un silencioso azafrán que ahogaba a las polillas y se adhería a las cosas. De azafrán y silencio llegó a ser la Perla Soriano, nuestra vecina, quien se quedaba a cuidarme cuando mi madre salía. Al otro extremo de la mesa donde yo jugaba con las cartas, ella extendía diarios pasados y vertía las hojas de tabaco negro que le enviaban desde su pueblo. Su pueblo, allí quedaba, perdido en algún lugar de la selva, pintada de verde en mi mapa del Perú.

Ella solía recorrer, con el índice alerta, el curso de los ríos, que se deslizaban adelgazándose hasta hacerse invisible. De pronto, detenía el dedo en un punto, que siempre era el mismo, y exclamaba: “Aquí está. Es un caserío”. Sus yemas eran así de precisas, y sensibles, como las de un invidente, porque con la misma certeza palpaba la textura de las hojas de tabaco y las iba enrollando, guiada por el curso de las finísimas vetas. Era una mujer joven y su distracción máxima, soñar; o tal vez, recordar, porque de pronto suspiraba y sus tetas enormes desequilibraban la mesa, y ese era el derrumbe de mis castillos de naipes. Allí sentada, al otro extremo, la vi enrollar miles de cigarrillos, que vendía luego, y se ganaba la vida. Esta vida suya debió caminar intacta y paralela a la nuestra; pero esa noche me sorprendió, porque al volver el rostro la sorprendí a mis espaldas haciendo un atadito con las camisas, las chompas y las viejas ropas interiores del tío Anselmo. Se acercó hasta mí, me clavó sus grandes ojos, y me acarició suavemente el cabello. Sus dedos de monja ciega me hallaron, al recorrerme la crencha, en medio de la cabeza, una veta insospechada y crucial, que me quedó doliendo: comprendí, no sé: que ella se iba, que yo me quedaba; yo hubiese querido, pero no; ya en su mirada corría, apremiada e inevitable, una savia caudalosa y oscura que me dejó en los ojos el mismo sabor picante de los pedacitos de tabaco que yo le robaba para hacerlos arder en secreto.

—No salgas —me dijo—. Y pórtate bien, que ya no eres un niño.

Al final de la representación, la gente aplaudía de pie a doña Elvira Flores, la actriz principal de la compañía de teatro. Las mujeres se enjugaban las lágrimas con pañuelitos de seda, y sus maridos daban grandes voces, y solían echar sus borsalinos al aire, con destreza y fuerza, hasta hacerlos tocar las molduras del techo. El telón de oro se abría, siempre una vez más, y la vieja actriz se adelantaba con los brazos en alto hasta la mitad del proscenio. Aún era hermosa, y al lento compás de las ovaciones, hacía una venia solemne y su mirada recorría la sala. La rotación de su cuello, la trabazón exacta de sus ojos, actuaban en un mecanismo tan sincronizado y perfecto que parecía enfocar, uno a uno, los rostros del público, y establecer con ellos quién sabe qué código, qué inteligencia secreta. Mi madre tampoco pudo escapar a este hechizo, y nunca dejó de sentir que, al final, en el último paradero de este itinerario de rostros, doña Elvira Flores, la protagonista absoluta del mundo, la estaba mirando; a ella, nada menos; y durante fracciones de instante la sala adquiría una densidad de banda elástica, de campo magné-

tico vibrando entre cuatro pupilas. Fracciones de segundo y no más, porque de inmediato los sombreros terminaban su lenta caída, la actriz retrocedía, y el telón acababa de cerrarse. El tumulto de la gente empezaba a salir.

Al quedarme solo, caminé alrededor de la mesa, abrí y cerré varias veces la puerta, y me detuve a observar las paredes de la habitación. Verme así, rodeado de las mismas cosas, vacío de las mismas personas, me desorientó un poco, y hasta me entristecí y me olvidé de hacer las travesuras que siempre había proyectado. No es que yo fuese un ingrato, pero al cabo de unos minutos se me desvaneció el sentimiento y se esfumó de mi mente la Perla Soriano, y me dejó de molestar la ausencia de las ropas del tío Anselmo, y volví a la mesa, e incluso trabajé mejor en la soledad. El mazo de naipes, de puro viejo, se había convertido en una especie de arcilla: las cartas tenían hendiduras, dobleces y concavidades que permitían levantar cualquier estructura, por imposible que pareciese. El tío Anselmo, además, me había enseñado a jugar solitario en su infinidad de variantes. Él mismo había inventado las más complicadas, en las cuales estaba permitido el cambiar de palo, de figura, y su mar, y multiplicar, y hasta barajar nuevamente, en cada momento en que el juego se tornaba crítico y amenazaba con huir del control. El tío Anselmo se solía reír de la seriedad que empleaba mi madre para jugar el solitario. Ella se sabía tan solo la variante más simple (la más extraña e incomprensible, porque al descubrir la primera carta ya estaba echado el destino de la última). No había nada, ni regla ni artificio que permitiese meter la mano y forzar, siquiera una curvita, en la trayectoria de ese juego. “Loca. Así vas a perder”, le decía el tío Anselmo, mientras desplegaba los naipes. Pero ella no prestaba oídos y continuaba absorta, pendiente de la aparición de los números. El tío, entonces, le hacía cosquillas, le tiraba de las trenzas y hasta le besaba las orejas produciéndole ruido, pero lo mismo daba: nada. Muchas veces, al verlo yo así, inmerso en su vano intento de distraerle, no pude dejar de poner su figura allí, juntito al recuerdo, borroso ya, del tío Guillermo, y compararlos. El tío Guillermo tuvo también su cosa inolvidable, porque me enseñó una fórmula asombrosa para lanzar las canicas, y hasta me regaló una docena de billas de acero que se robó en un barco, expresamente para mí. Gracias, pero eso fue todo. El resto de los días, que fueron duros y bastantes, se la pasaba maldiciendo a los capataces del muelle, y maldiciendo el frío de las bodegas, y maldiciendo el peso de los fardos, que no le dejaban sanar ese dolor de caña rota que tenía en el

hombro. A veces se ponía a hacer cifras, y era cosa de ponerse a temblar, porque terminaba entonces por maldecir a mi madre, y también a mí, y gramputeaba la hora en la que se le ocurrió enredarse con nosotros. Así era la vaina, más o menos. Mi madre y yo nos quedábamos en silencio, escuchando, uno al lado del otro, sentados sobre la cama. Luego, él daba vueltas en la habitación, igualito que un perro, buscando la manera de contrabandear una disculpa en la sucesión de sus gruñidos y, al final, intentaba arreglarlo todo con una sonrisa que nunca le llegó a salir bien del todo, porque puesta en su cara parecía tan solo un ojal en el saco. Se marchó un día y únicamente dejó su recuerdo, que tantas veces puesto allí, juntito a la imagen del tío Anselmo, —por lo menos, hasta esa noche— salía malparado, y se borraba solito, como de pura vergüenza.

Mi madre plegaba cuidadosamente su butaca y era siempre la última en descender las escalinatas de madera. De inmediato, las puertas soñolientas del viejo teatro se cerraban tras ella. Se dirigía lentamente hacia las calles del oeste, hacia el muelle, a la parte más antigua de la ciudad. El viento traía desde el mar una maraña de neblina, intermitente y fría, y la acumulaba en las angostas callejuelas, aplastando la luz de los faroles sobre las losas de piedra. Mi madre apuraba el paso y escuchaba distante el eco de sus grandes zapatos. A veces, suspiraba. Diez años antes —antes del teatro, antes de mí; mi abuela aún vivía—, la calle estaba igual de oscura, igual de solitaria, y el viento trajo desde el mar el súbito perfil de un extranjero, quien le preguntó la hora mediante señas y sonidos. Sepa Dios que lengua era aquella de palabras que este hombre decía con la boca tan abierta. Porque aquello no era un lenguaje, sino un latido, sino un fuego, y se articuló de tal manera con las aristas de los techos, con el silencio de las puertas, y con otros oscuros factores de la noche, que mi madre sintió un pánico terrible, y salió corriendo sin mirar hacia atrás. Allí en su carrera escuchó el asombro de ese marinero, y su modo de mirarla, de arriba abajo, desde lo alto de la calle, empequeñecido y humillado en su punto de vista. Y más allá, en su carrera, lo escuchó decir una palabra, que a lo mejor fue tan solo una vocal larga o una interjección, o una disculpa, y más probablemente, un adiós. Y entonces sintió la inversa presión de la calle sobre sus pasos agitados. Y sintió el peso íntegro de la ciudad derrumbándose sobre ella. Y sintió que no podía más, ya no más, y que por más que corriese, allá abajo continuaría siempre la muy salvaje rotación de la tierra.

Y en esa su velocidad final, comprendió de una súbita certeza, que ella, así huyendo, era tan solo una torpe extranjera en su propio país y entre los seres humanos. Allí se detuvo, se dio lentamente la vuelta, y marchó cabizbaja hacia la fuente de esos sonidos, dispuesta, a esa hora, a entregarle la hora a ese hombre de otros meridianos. El extranjero la miró, le elevó la barbilla con sus dedos gentiles, le sonrió con ternura, y se abalanzó sobre ella como un gato apasionado, y allí en medio de la noche maulló los poemas de su idioma incomprensible. Mi madre logró traducir esos términos, pero empleó toda su paciencia, su paciencia más absoluta: alteró la cadencia de su sangre, redispuso el orden de sus huesos. y aprendió a escuchar dentro de sí. (Me dicen que llegué entre sargazos y líquenes, que afuera soplaba un viento raro de noviembre, y que no lloré. Me llamaron de todo: gringuito, turquito, hijito de corsario. Bueno, siempre he tenido cara de náufrago).

El aliento del mar se hizo más cercano. Al fondo de la ciudad, fueron apareciendo los negros esbozos de las embarcaciones; un mástil atravesaba, lentamente, la niebla. Mi madre suspiró y alivió el ritmo de sus pasos. Dobló la esquina, desembocó en nuestra calle y caminó hacia el interior del pasaje, evitando las franjas de fango y los montoncitos de basura. Muy suavemente, introdujo la llave.

Apenas mi madre llegaba, me señalaba con el índice el rincón de la plancha. De inmediato, yo soplaba los naipes, levantaba los otros objetos, y ayudaba a la Perla Soriano a recoger sus cigarros y a doblar los pliegos de los diarios. Ellas intercambiaban todavía una que otra palabra, dos o tres monosílabos exhaustos, y así se despedían. Mientras mi madre se mudaba de ropa, yo arrimaba las sillas y cubría la mesa con la manta de tocuyo, y luego cogía la plancha. Yo desenrollaba, impaciente, el cordón de piel de culebra, y lo conectaba, con espectaculares cautelas, a la toma de loza. El oficiante supremo, quien hacía estallar el dedo ensalivado contra la base caliente, juzgaba la temperatura con la seriedad de un experto, era yo; era yo quien acarrea-ba, hasta el pie de la mesa, los grandes atados de ropa que mi madre traía para planchar en la casa, y los desataba e iba extrayendo las prendas, una a una, y las depositaba como flores almidonadas en sus manos tibias. Ella frotaba la plancha con un cabo de cera, introducía los dedos en un cántaro con agua, y dejaba caer sobre la ropa una tenue cascada de rocío que, de paso, me mojaba la cara. Yo me reía (cómo no me iba a reír), y observaba, encantado la destreza de su oficio; la serenidad, con la cual encubría el

cansancio de sus ojos; y su paciencia, que se iba quedando en las mangas, en las puntas de los cuellos, en las rayas rigurosas de los pantalones. Era el mejor de los juegos, pero esa noche, cuando sentí la forma de sus pasos acercándose a la puerta, cuando sentí la suave rotación de la llave, malhaya la hora en la que se me ocurrió sorprenderla: parapeté el rostro tras el castillo de naipes, y la espí entrar, desde las rendijas de los altos torreones. Malhaya, digo, porque desde allí vi su imagen dividida y rota, como jamás la había visto, y vi cómo se fragmentaba aún más; en la comisura de los labios le quedó, intacta, la sonrisa de saludo; una vena rápida le rasgó el plano de la frente; un brillo de extrañeza le desencuadró las pupilas. No estoy seguro si fue frío lo que me entró, o miedo, pero de inmediato yo erguí toda la cabeza para que ella me viese. Quedamos frente a frente, a tan solo tres pasos y, sin embargo, no me vio: en el trayecto de sus ojos se interpuso la silla vacía, el aire sin suspiros, la ausencia definida de la Perla Soriano. La mirada de mi madre allí se detuvo, y luego, fue avanzando hacia mí, recta, retardada, densa, como una ola con espuma. La vida tiene cosas bien raras: yo estaba casi metido en sus ojos; pero ella tampoco me vio, lo juro. Entre su mirada y mi rostro se interpuso la pared que yo tenía a mi espalda. Desde allí, la apuntaron en silencio las perchas desnudas.

Mi madre movió la cabeza, se dirigió lentamente a la hornilla, y de una sola maniobra apagó el fuego lento.

—Acuéstate —me dijo, y enseguida desenroscó la bujía de la habitación. En medio de la oscuridad, un leve ardor de querosene me llegó hasta los ojos.

Bodas de sangre, de García Lorca, se la vio apenas ciento treinta veces. El resto de las noches las pasó al lado de su hermana, velándola. La tía Griselda tuvo una mala agonía que le duró ocho semanas. Su delirio desconcertó a los médicos, quienes cada mañana lo hallaban contaminado de las impurezas más extrañas: cada noche, la voz familiar de mi madre introducía en su fiebre las situaciones, las tramas, los personajes, las usanzas, lo buena actriz que era doña Elvira Flores. Un domingo, la tía —buena mujer, no lo olvido— balbuceó un largo parlamento y luego hizo mutis para siempre, en una sala común del Hospital de Guadalupe. La pena de mi madre, que era bien grande, se tomó simplemente infinita, porque justo en ese tiempo anunciaron que ya era suficiente de tanto arte arcaico, y que iban a colocar un *écran* nuevecito en el viejo teatro, y que en lo sucesivo pasarían únicamente películas.

El día de la última representación mi madre no asistió a trabajar y se quedó en nuestro cuarto. Recuerdo que me levantó muy temprano, casi al alba, y así, a medio sueño, me hizo rezar junto a ella y pedirle perdón al alma sagrada de la tía Griselda. En seguida, descolgó su vestido y, con una navajita acuciosa, le extirpó hasta el último adorno. Las franjas de brocado al quedar descubiertas respiraron en un color más intenso que el resto de la tela, pero esto no tuvo importancia: mi madre se limitó a coser un crespón negro sobre el pecho, allí donde antes se había lucido una flor. Quedó bien y yo me detuve a admirar el trabajo. Así desprevenido como estaba, mi madre me cogió del cogote y me llevó arrastrando hasta el lavabo del pasaje, y sin oír mis argumentaciones me lavó la cabeza y me recorrió las orejas, desde los bordes al vórtice, con una punta de toalla. No me quejo: al ir llegando la noche me peinó con gomina y me clavó el traje de domingo.

Te me portas bonito, recuerdo que me dijo, fingiendo ser reprensiva, y luego salimos. Hasta ese momento yo no tenía idea de qué se trataba todo aquello: pero dos cuadas antes del teatro me entregaron los boletos, para que fuese yo quien los presentase en la puerta. Bueno. Fue de ver lo solemnes que subimos las escalinatas de madera. Vaya. Y la inesperada explosión de butacas al entrar a la cazuela. Y la llegada de la gente. Ah. Y el asunto del reóstato. Hasta la oscuridad. a pesar de ser tan grande, que ni miedo me dio, porque había tanta gente para compartirla. Y las luces azules persiguiendo a los actores. Bueno, fue para verlo. No es que yo fuese bruto, pero a mitad de la función me aburrí de no entender tanto verso y empecé a bostezar. Bostecé de mil maneras. Estirando los brazos. Meciéndome en la butaca. Enumerando las lámparas. Serruchando con el dedo las sombras de las cabezas. Todo eso. Pero cuando volví el rostro hacia mi derecha y miré a mi madre, el aire se me quedó estancado en el interior de la boca. No sé: me dio la impresión de que ella estaba sin ojos: que sus ojos estaban sin ella. Los personajes se estaban moviendo allá abajo, eso me consta: pero ella había obstinado la mirada en un punto del aire, en uno solo, y así se quedó. Yo sentí que el solemne escenario, con todo su esplendor (esplendor de provincia, se entiende), con sus artistas famosos, con sus protagonistas absolutos, y con toda su importancia de última función, se había convertido en una mísera materia congelada, en una cuerda anunciada, en un coágulo. Yo empecé a preocuparme porque pensé que, con esa variante fija de mirada, la más simple de las miradas solitarias (y la más extraña e incomprensible porque nunca

nadie sabrá lo que está viendo), mi madre había descubierto un naípe inestable en la construcción del espacio, una arruga persistente en la raya del tiempo, una suciedad insalvable para las apariencias del mundo. Eso pensé y que Dios me perdone, pero tuve miedo, un terror específico de ella y por ella, y me puse a temblar. Yo atiné a tocarla en el hombro y la llamé suavemente. Tardó una eternidad, dos eternidades, pero finalmente varió en un milímetro, en uno solo, el ángulo de esa mirada finalmente peligroso, y eso fue suficiente. Volvió su rostro hacia mí e intentó una sonrisa.

No es nada, me dijo, y me acarició el cabello. Ah, qué tonto era yo (y me maldije), que me asustaba así por nada. Luego de unos minutos olvidé el asunto y volví a bostezar.

Siete años después a mi madre le estalló la humilde pompa de jabón que tenía en el pecho. La gente ayudó, en lo de la colecta, y luego a montar el andamiaje de la capilla. Las vecinas vistieron piadosamente el cadáver y más tarde, a lo largo del velorio, dragaron en la memoria y fueron recordando a la finadita así y asá, tal como era. Yo escuché, lejanísima, como allende del mar, como tamizada por un sueño, esa semblanza pesarosa, construida con voces lánguidas que iban convergiendo, desde los diversos rincones, al féretro. Soporté la mención de la Perla Soriano; la discusión irrelevante sobre cuál de los tíos había sido, cronológicamente, el primero, un recuerdo letárgico y todo el mundo se santiguó de la finadita madre, mi abuela; y hasta la especulación colectiva sobre ese hombre ignoto, el más recóndito entre los desconocidos incógnitos: mi padre. Soporté, digo, porque jamás durante los hechos, los hechos habían sido tan cortantes y desnudos como esta vez lo fueron, en la reconstrucción de los hechos. Yo lo sabía, y hubo un momento cuando me vino una gana inmensa de gritar, de rectificar y precisar todo lo dicho, pero me quedé en silencio, paralizado y quemándome, como un quinto cirio al pie el cajón. Entonces, alguien por allí abordó lo del teatro, y yo, al escucharlo, dejé de escuchar, y me reconcentré en mí, y reparé, por vez primera, en lo extraña, en lo singularmente extraña de la afición de mamá. Y sentí una explosión sorda en el interior del cerebro, como si alguien, para hacerme una broma, me hubiese inflado y explotado una bolsa de papel, de esas que por aquel entonces costaban solo un centavo.

Yo volví miles de veces al viejo teatro. Miles de veces las puertas se abrieron ante mí, se cerraron tras de mí, y me vi caminando por las callejuelas angostas y oscuras, entre la maraña de neblina, repasando la dispo-

sición exacta de las losas de piedra. Nunca hubo una ciudad más solitaria, y nunca yo comprendí qué designio, qué inercia me impulsaba, y me hacía recorrer tantas veces, de ida y de vuelta, los pasos y los actos de mi madre. La única gran diferencia, ahora, era la ausencia del paraíso, que fue clausurado por temor a un derrumbe. En ese tiempo, no había representaciones teatrales; eso era irrecuperable, pero cierta continuidad de pensamiento me dio, como alternativa, el cine. Fueron años interminables y no es exageración, de ver infinidad de veces una misma película. Yo me consolaba pensando que, a pesar de no entender nada, al menos me iba pareciendo a mi madre. Sin embargo, yo no estaba preparado para soportar la iteración inacabable de los mismos sucesos; y llegué a odiar a los actores, los rostros, las voces, las escenas, los efectos y hasta la mano oculta de los directores. Hubo momentos, cuando me sentí perdido en esa búsqueda, y llegué a percibir, rotunda, entre los engranajes del corazón, la motricidad más sonámbula de la vida; y entonces quise dejar todo tal como estaba, y salir gritando. Pero yo estaba ya involucrado hasta el cuello en la carrera, y las puertas del viejo teatro se abrían ante mí, y me dejaban entrar, y miles de veces me vi una vez más, allí, sentado, observando, por enésima vez, la película.

En ese momento corría en el *écran* una escena curiosísima, que yo me sabía de memoria. El encuadre, perfecto; era una mujer, ya en el ocaso de su vida, vestida de novia, en traje oscuro. Yo estaba sentado en la galería, con los ojos enrojecidos y absortos, igual que siempre, cuando de pronto me vino una súbita nostalgia, una idea, un impulso irrefutable de subir a la cazuela y volver a la butaca de mi madre. Me levanté del asiento sin hacer ningún ruido, y salí a la penumbra de los tortuosos pasillos. El teatro estaba sin vigilancia, y yo aproveché y subí, en puntas de pies, con la respiración contenida, a las escalinatas de madera. No me dio mucho trabajo desenterrar las hojas de las puertas, y cuando las abrí, chirriaron menos de lo que yo había temido. Bueno. También esta vez hubo una explosión al entrar a la cazuela, pero fue de oscuridad, de vacío, de cosa polvorienta. Yo ascendí, torpemente, tropezándome, agarrándome de los brazos apolillados de las otras butacas y así llegué hasta arriba, a la última fila. Me detuve un instante, y me di vuelta, y miré el *écran* donde seguía corriendo la escena: el novio, muy delgado, de espaldas a la cámara, se acercaba a la mujer, le entregaba una flor blanca —que luego, en el acercamiento, se definió como rosa—, la despoja lentamente del velo, y se marchaba, en silencio, por el lado iz-

quierdo de la pantalla. Yo avancé por el caminito de la fila, buscando la última butaca. Al llegar la miré, allí, desocupada, y tuve una como desilusión, porque era tan idéntica a todas las demás, y porque ninguno de sus oscuros perfiles parecía capaz de inervar una sola sensación o recuerdo de los que yo andaba persiguiendo. Volví a observar la escena: la mujer quedaba sola en la pantalla, y la banda de sonido transcurría en silencio. O, sin dejar de mirar el *écran*, bajé el asiento, lo sacudí un poco con los dedos y me senté casi al borde.

En ese instante, al sentarme, la película se detuvo. Repito. Porque es importante. En ese instante, al sentarme, la película se detuvo. La imagen quedó fija y ya no se movió. Quedó la rosa blanca, apresada entre las dos manos. Los dedos —en uno de ellos, un anillo de acero— cubrían angustiosamente la corola y los pétalos. El pecho, majestuoso. Y la respiración, inmovilizada: tal vez en un anhelo, tal vez en un suspiro. Y el cuello, largo y extendido. Y en la parte más alta, el rostro, fatigado, y allí para siempre. El público no protestó, porque también comprendió que no se trataba de una falla más del operador, sino de un asunto más complejo, de otras voluntades. Yo me levanté, sin darme cuenta, aterrado, y obstiné, y obstiné la mirada en esa imagen, y la obstiné y la obstiné, y sentí que me caía, y que me elevaba, y que seguía parado; y sentí que mis ojos inmovilizados ya no podían más, ya no más, contra la salvaje presión de sus órbitas. Alguna persona compasiva (seguro que me había seguido, seguro que me había estaba observando), atinó en ese instante a tocarme en el hombro, y muy suavemente me llamó por mi nombre. Me demoré más de una eternidad, pero finalmente varié, en un milímetro, en uno solo, el ángulo de mis ojos, y desde esa perspectiva yo miré una vez más. Y entonces vi los dedos constriñendo, angustiosamente, su rosa, y vi el pecho majestuoso, y la respiración detenida, como en un anhelo, como en un suspiro, y el cuello largo y extendido, y más arriba, en la parte más alta, vi, fatigado, amado, y ya perdido para siempre, el rostro de mi madre muerta, a través de la ventanilla de su humilde ataúd.

Lentamente volví el rostro e intenté una sonrisa, que no me salió bien, que resultó en un gesto de tristeza.

—No es nada, vecino —finalmente dije—. Ya me pasó.

Publicado en la revista *Etiqueta Negra*.

Nació en Lima en 1988. Es ingeniero industrial y cofundador y jefe de la empresa de videojuegos Leap Game Studios. Tiene una maestría en producción de juegos por la Escuela Nacional de Juegos y Medios Interactivos de Francia (ENJMIN). En 2011 ingresó a la redacción de la revista *Etiqueta Negra*, donde fue editor asistente y editor *web*. Ha sido editor adjunto de las versiones latinas de GamePro y PC World. Ha publicado crónicas y perfiles en medios como *Polygon*, *Kill Screen*, *Radio Ambulante*, *The New York Times en español*, *Etiqueta Negra*, y el libro *América Latina Juega. Historias del Videojuego Latinoamericano* (Héroes de Papel, 2021). En 2014 fue parte de la selección oficial del Premio Gabriel García Márquez en la categoría texto, por un perfil del programador Richard Stallman.

VÁYASE AL FINAL DE LA FILA

1

Noah Green fue la primera persona que compró un iPhone 5S en Inglaterra. En setiembre de 2013 había llegado a la tienda cuatro días antes de que el último teléfono de Apple estuviera a la venta. Green, de diecisiete años, y su amigo Mike Roberts perdieron noventa y seis horas —casi una semana de clases— acampando en la acera de Regent Street en Londres para comprar un celular dorado. Detrás de ellos había mil quinientas personas. Una cola suele ser una obligación molesta, un trámite inevitable en un mundo superpoblado. Pero para los fans de la tecnología más veloz y novedosa, la única forma de estar a la vanguardia es formarse en una fila primitiva. En

Tokio un hombre llamado Tetsuya Tamura pidió sus vacaciones anuales para ser el primero en comprar el mismo teléfono y esperó diez días. Tetsuya Tamura y los fans que llegaron después tuvieron que soportar lluvias y vientos de más de ciento sesenta kilómetros por hora cuando un tifón azotó la ciudad mientras esperaban comprar un iPhone 5S en la fila. Solo se movieron cuando los empleados de la tienda se compadecieron de ellos y les ofrecieron esperar bajo techo. Formarse en fila es un ejercicio de disciplina y paciencia. Desde que tenía trece años, Noah Green —que desde el 2013 cinco hace cola delante de la tienda de Apple cada vez que sale un nuevo iPhone a la venta— ha hecho de la espera un pasatiempo. Hoy conoce a sus compañeros de fila, los trabajadores de la tienda lo consienten con café y bocadillos y los periodistas escriben reportajes sobre él. Pero su único placer allí es ser el primero. En el lanzamiento del iPhone 5S una persona que llegó tarde le ofreció ocho mil dólares por su sitio, una cantidad suficiente para comprar veinte de esos teléfonos. Green rechazó la oferta. Esperar en una cola no es solo cuestión de paciencia. Es la prueba de nuestra natural tendencia al egoísmo: odiamos reconocer en las filas que nunca seremos los únicos.

Cada vez que alguien tiene que formarse detrás de otro y convertirse en el último de la fila recibe una lección de humildad y de obediencia. Lo supieron todos los líderes autoritarios, que obligaron a países enteros a formarse una y otra vez. Las filas casi religiosas del régimen de Mao Tse Tung que se extendieron kilométricamente hasta el mismo día de su funeral. Las rígidas y severas filas de los soldados nazis y las lánguidas filas de los condenados en los campos de concentración. Las filas para conseguir papel higiénico durante el gobierno de Hugo Chávez y las filas cubanas para recibir arroz. El hombre es un animal social sin paciencia para vivir en comunidad. Por eso necesita entrenar desde la infancia. Los profesores del jardín de niños los hacen formar desde el más bajo hasta el más alto antes de entrar a clase y en las fiestas de cumpleaños se organizan en una fila para romper la piñata. Saber esperar es una virtud adquirida. En 1972 se hizo un experimento en la universidad de Stanford, en el que a más de cuatrocientos niños, entre cuatro y seis años, se les puso un malvavisco en la mesa y se les dijo que, si aguantaban un cuarto de hora sin comérselo, les darían otro. Luego los dejaban solos mientras una cámara los grababa. Unos se comían el dulce apenas se cerraba la puerta y otros se tapaban los

ojos para evitar la tentación. Algunos incluso lo olían y se lo pasaban por el cuerpo. Diez años después se encontró que aquellos que habían resistido los quince minutos sin comer el malvavisco eran más hábiles y tenían mejores notas en los exámenes para entrar a la universidad que aquellos que habían comido el bocadillo de inmediato. La paciencia puede ser un entremés para el éxito. Pero las colas siguen siendo un género de la espera que nadie aprecia.

El impulso natural en las filas es abandonarlas antes de llegar a nuestro objetivo y si persistimos es con una secreta desesperación que amenaza nuestra compostura. Suspiramos con fastidio cuando el primero de la cola duda si comerá una hamburguesa o una ensalada o si pagará con tarjeta de crédito o efectivo. Insultamos al auto de adelante por no acelerar tan pronto cuando el semáforo cambia de luz. Renegamos con la persona de al lado de nuestra mala suerte: justo nos tocó el cajero más incompetente del banco. Pero hoy existen fórmulas matemáticas para que las empresas y los negocios agilicen las filas o las desaparezcan. La Teoría de Colas —un curso obligatorio en algunas carreras de ingeniería— estudia el tiempo de espera y la velocidad de una fila. Un estudiante que apruebe el curso sabrá desde lo obvio —que aumentando las ventanillas en un banco la gente esperará menos— hasta lo más técnico —cuántos minutos aguantará un usuario promedio antes de marcharse—. El matemático danés A. K. Erlang creó esta disciplina a inicios del siglo veinte, cuando trabajaba en una compañía de telecomunicaciones y su jefe le pidió que analizara la congestión en los teléfonos de la capital de Dinamarca. En esa época, cuando uno levantaba el teléfono tenía que esperar hasta escuchar el tono de llamada —que podía tomar algunos minutos— y recién entonces marcar el número. Erlang estudió el tiempo que se demoraba una persona en hacer una llamada y lo convirtió en un modelo matemático. Esto le permitió saber cuánto tiempo tenía que esperar alguien para conseguir el tono de llamada, o cuántas personas decidían colgar antes de aguardar dos minutos, o cuántas líneas telefónicas más se tenían que abrir para descongestionar la ciudad. Ahora sus fórmulas se usan para controlar el tráfico de personas en lugares como hospitales o parques de diversiones. Las colas —ya sean de personas, llamadas telefónicas o autos— siempre tienen los mismos elementos: usuarios, servidores, tiempo de servicio y frecuencia de entrada de usuarios al sistema. Solemos cuestionar la utilidad de las ecuaciones matemáticas en

nuestra vida diaria, pero las de Erlang han probado que tienen que ver con nosotros: ahora un restaurante puede evitar que sus clientes se desesperen en las colas al saber cuántos llegarán al local para el almuerzo.

2

Cuando las matemáticas no consiguen hacer que una cola avance más rápido, la psicología busca que la espera sea menos aburrida. Richard Larson, el director del Centro de Ingeniería de Sistemas en el MIT y que es conocido como el Doctor de las Colas, dice que «a menudo la psicología de la fila es más importante que la estadística de la espera». Larson, como parte de su trabajo para hacer menos estresantes las filas, ve videos de gente que hace cola en supermercados, centros comerciales y bancos. Observa personas que se arreglan el cabello, que miran el reloj, que esconden algunos productos en los escaparates más cercanos a las cajas, que sonrían con incomodidad a la persona de al lado. Después de ver cientos de estos videos, Larson dice que la escena siempre es la misma: colas de gente aburrida. En «Recetas para curar la depresión de esperar en cola», un estudio que publicó en 1991, propone la siguiente fórmula para volver una cola más llevadera: entretener-ilustrar-interactuar. Engañar al cerebro. Disimular la demora. Hace unos años, en el aeropuerto de Houston, la administración comenzó a recibir quejas por la espera de los pasajeros para recoger sus maletas. A pesar de aumentar el número de empleados que las llevaban hasta la faja y reducir el tiempo de espera a ocho minutos, las quejas seguían. La solución fue alejar la faja para obligar a los pasajeros a caminar más y esperar menos tiempo por sus maletas. Si antes aguardaban ocho minutos parados frente al carrusel de equipajes, ahora debían caminar siete y esperar uno. Las quejas desaparecieron.

En la época de la internet de alta velocidad una cola es un monumento viviente al tiempo perdido. Por eso el principio de los expertos en filas es mantener la mente ocupada. No dar la oportunidad de pensar sobre el tiempo que falta para que llegue el turno. Siguiendo las recomendaciones de los especialistas, ahora muchos hoteles tienen la recepción cubiertas de espejos. La mayoría de viajeros olvidan el cansancio y no resisten la oportunidad de arreglarse el cabello o revisar el maquillaje mientras esperan su

turno para recibir la llave de la habitación. El banco Manhattan Sables Bank se hizo conocido por ofrecer conciertos de piano en vivo y hacer exhibiciones de perros y gatos durante la hora punta. En Disney World, donde para subir a la Montaña Espacial se forman colas de casi dos mil personas, hay más de setenta trabajadores entre cuyas tareas está convertir el fastidio de la espera en la primera escena para la diversión. Se hacen llamar Imagineers —una especie de ingenieros de la imaginación— y trabajan diseñando parques de atracción, nuevos juegos y cruceros. En la fila para un espectáculo de comedia, se pide a los asistentes que envíen mensajes con bromas que luego se usarán en el escenario. Los turistas esperan más de una hora sin quejarse. Decimos que nos molesta estar parados en una cola, pero en realidad nos desespera no tener nada que hacer.

No saber cuánto tiempo tendremos que pasar en una fila empeora la espera. El mismo Richard Larson, el Doctor de las Colas, demostró en un estudio que los clientes de un banco de Boston estaban convencidos de haber esperado casi un cuarto de tiempo más de lo que en realidad esperaron. Cuando el banco añadió un reloj cerca de la fila, los clientes empezaron a desesperarse cada vez menos. Para mantener a las personas emocionadas, un parque de diversiones en Florida incluyó cronómetros en las filas con el tiempo que faltaba para llegar al final. En las carreteras de algunas ciudades estadounidenses se da al conductor un tiempo estimado hasta el centro de la ciudad en letreros electrónicos que modifican sus cifras conforme aumenta el tráfico. Y en Disney, en las atracciones donde no se puede disimular las colas, hacen encuestas a sus visitantes con preguntas como: ¿Es mejor idea esperar media hora para volar con Dumbo o para navegar con Peter Pan? La condena de ser un animal social obligó al hombre a resignarse a esperar. Las colas nos superan. Pero si algo no logramos aceptar aún, es la incertidumbre.

3

Las colas ponen a prueba la decencia del hombre. En Inglaterra, uno de los países más ordenados del mundo, aprovecharse de la distracción de alguien en una fila para robarle el turno es equivalente a escupirle en la cara. El escritor George Orwell mencionó en un ensayo que un extranjero se quedaría atónito por la “buena actitud de los ingleses al formar filas”. Saber

esperar en una cola es un requisito para ser un ciudadano inglés. En 2010, Phil Woolas, en ese entonces ministro de Inmigración del país, incluyó en el examen para obtener la ciudadanía británica preguntas sobre el acto de hacer colas. “El simple acto de esperar nuestro turno es una de las cosas que mantiene unida a esta nación”, explicó Woolas. Hasta en los eventos que reúnen miles de visitantes de distintas partes del mundo, Inglaterra no pierde las buenas costumbres. En Wimbledon, el campeonato más antiguo de tenis, los organizadores reparten un Manual de Conducta en las Colas. Los fanáticos de este deporte esperan compartiendo té y galletas en perfecto orden. En cambio, en China, el país más poblado del mundo, dejar un hueco prudencia entre una persona y otra en la fila es una invitación a que otra llegue a ocuparlo de inmediato. Por eso para las Olimpiadas de Pekín en 2008, el país lanzó una campaña con el siguiente eslogan: “Es civilizado formar fila. Es glorioso ser educado”. Los chinos tenían que causar una buena impresión ante la visita: debían dejar de robar el sitio a los demás. Una cola puede ser un código de ética.

Para una serpiente hecha de gente impaciente, saltarse el orden establecido es un atrevimiento que merece ser señalado y castigado. A fines de los ochenta, el mismo Larson publicó un artículo en el que decía que para que una cola funcionara, era necesario que fuese justa, es decir, que se atienda al primero que llegue. El Doctor de las Colas recomienda tener siempre una sola fila, zigzagueante, donde no haya duda de a quién van a atender primero. Formar una cola es una muestra de respeto al prójimo, y pasar por encima de los derechos de otra persona en público nos avergüenza. Nadie quiere ser visto como un patán. Quizás por eso nos acercamos al que está cerca de la caja para preguntarle: “¿Es usted el último de la fila?” No importa si parece obvio que lo esté: al final de la fila, lo que importa es la cortesía de preguntar y formar en orden. Aun así, hoy hay quienes trafican con las colas y venden sus puestos para los que no tienen paciencia ni vergüenza. En los parques de diversiones de Disney, algunas personas discapacitadas —que podían entrar a las atracciones sin hacer cola y llevar consigo a seis personas— solían acompañar a otros a cambio de ciento treinta dólares la hora. Si una familia quería evitar toda una mañana de filas, podía contratar los servicios de un ‘guía discapacitado’ a través de la empresa Dream Tours. Se había creado un mercado negro de la espera.

Hay personas que no necesitan hacer trampa para ser los primeros sin tener que esperar demasiado. Hoy existen las *Priority Queues*: colas reservadas para los clientes que gastarán más dinero o que pagarán con la tarjeta de mayor valor. En los aeropuertos los que viajan en primera clase suben primero al avión, los diputados no esperan pasar migraciones y los diplomáticos no tienen que hacer colas. La vez que Noah Green tuvo que esperar casi cien horas para ser el primero en comprar un iPhone 5S, la supermodelo australiana Elle MacPherson pasó de frente sin hacer cola. Salió de la tienda de Apple con una sonrisa y el mismo celular.

PIERO CHE PIU

Nacido en Puno en 1985, es licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, con una maestría en Innovación de Medios por la Universidad de Breda, Países Bajos. Ha sido parte del Yale Publishing Course. Desde hace una década ayuda a marcas, emprendimientos y personas a crear contenidos más significativos. Es uno de los fundadores de WeSoda, un estudio pionero que desarrolla proyectos de innovación en toda Latinoamérica y ha sido premiado por Innovate Perú. Fue editor de la revista *Etiqueta Negra* y su versión ecológica *Etiqueta Verde*, y ha colaborado con diversos medios peruanos y extranjeros. Es editor y fundador de FútbolFemenino.tv, una de las comunidades deportivas de fútbol para mujeres más grandes de la región, que fue seleccionada para participar en el primer encuentro de periodismo emprendedor “El Otro” de la Fundación García Márquez para el Nuevo Periodismo. Ha publicado *Leer con binoculares* (2021), una investigación sobre cómo se crean las historias significativas.

SALVEMOS LA YAPA

Es un acto de bondad, que elogia a comer
al paso, cuando la billetera no importa y el sabor es todo

¿Y TÚ, DAS YAPA?

La memoria gastronómica no solo se activa ante el banquete sino también con el hambre. Cuando la vergüenza de pedir de más es olvidada, suceden las mejores yapas. Recuerdo que a los diecisiete realicé una penosa caminata de un día a la Virgen de las Peñas. Una peregrinación en la frontera de Perú y Chile hacia la imagen de una María tallada naturalmente en las rocas. Desde el amanecer, varios miles de peruanos y chilenos recorren durante el sábado y domingo de Semana Santa varias decenas de kilómetros por penitencia, devoción o curiosidad. Cuando llegué a la virgen ya era pasada la primera hora del domingo. El pequeño pueblo que se levantaba para la época estaba dormido y mi estómago podía competir con el ronquido más ruidoso. Tenía poco dinero, la mayoría lo había gastado la noche anterior, en la comida chatarra que me sirvió de combustible para llegar hasta ahí. Lo más barato que podía callar a mi estómago era api, una bebida de maíz morado, que se sirve hirviendo y que tiene la consistencia de un puré aguado de color lila. Solo me alcanzaba para un par de vasos. Los tomé a grandes sorbos, como si fuera una bebida helada llena de electrolitos, hasta acabar una taza detrás de la otra, sin importar quemarme la lengua en el proceso.

La señora que lo servía vio mi cabeza llena de polvo, el cansancio de mis ojos, mi taza vacía en un parpadeo. No se contuvo, me llamó y me sirvió un cucharón más. Ningún plato gourmet me ha hecho sentir lo mismo. La alegría de colmar el hambre embellece el sabor mejor que cualquier cocina cinco estrellas. La yapa es eso. Un regalo desinteresado, casi anónimo. Sin embargo, la yapa como medida de lo extra, cada vez es más infrecuente. No hay que ser alarmistas, pero pedir yapa puede estar en vías de extinción. No porque parezca una moda anticuada o de mal gusto, es solo el sabor de los tiempos. Pedimos menos yapa porque comemos más sentados que de pie.

El Perú vive un *boom* gastronómico. A mediodía los restaurantes parecen avenidas en hora punta. Hay demasiadas personas que almuerzan un menú que no responde a ruegos de un poquito más. No confundamos el maíz tostado, el ají o el limón con una yapa, porque esas muestras gratis casi siempre llegan incluidas en una cuenta que quita el apetito. En el negocio de vender comida en locales, un poquito más no aparece en la carta.

Excepto en los almuerzos de fin de semana en familia o con abuelos y abuelas [maestras de la yapa], las ocasiones en que es apropiado pedir yapa son contadas y se relacionan con lo informal. La yapa acentúa el sabor de comer a pie y premia la molestia de sostener el plato con una mano. Probar un cebiche al paso, beber un emoliente o morder unos anticuchos, parece la antítesis de todo lo gastronómico. En realidad, se trata de ver el rostro del cocinero, el baile de sus manos, la conversación del día. No te enfrentas a un mozo que sonrío por contrato. En las cocinas más caras del mundo esta clase de atención solo se obtiene en la mesa que atiende el chef y es la reservación más cara. Es obvio que un sitio callejero no llegará a la sofisticación cinco tenedores. Pero en la yapa no tiene que ver con la cocina molecular o con ingredientes exóticos. Es sobre hacer algo sabroso con treinta centímetros de parrilla, una tabla de picar, y los ingredientes más humildes. Por eso cuando alguien pide yapa es un elogio personal al cocinero que trabaja al costado del camino: prepara algo tan bueno, que merece una repetición. Como cuando el aplauso hace que la banda vuelva, aunque sea para despedirse.

No ofendamos a la yapa comparándola con las ofertas de porcentajes de descuento, combos dos por uno o pague tres y lleve el cuarto gratis. La yapa no puede medirse en términos contables y mucho menos en porciones servidas con centímetro y balanza. Aunque parece una táctica del *marketing* moderno, la promesa de la yapa se mide en el pulso de quién lo sirve y su impacto no se calcula en estados de cuenta, sino en una sincera gratitud.

Es un acto de bondad que se manifiesta en un poco más de caldo o una papa extra en el plato. Quién pide de más no lo hace por gula y quien la otorga no exagera hasta quedarse en quiebra. Es una idea que no cuadra en una calculadora. De ahí que la yapa cuando se la utiliza en una publicidad coloquial termine sintiéndose artificial. Ningún negocio puede dar yapa, y si lo intenta tan solo es una cortesía. Servicio al cliente.

Quizás se deba al origen quechua de la palabra. Como cocacho [golpe en la cabeza], curcuncho [jorobado], calato [hombre desnudo], la yapa [añadir] es una palabra que encierra una identidad única. No es lo mismo un desnudo griego que un calato o que un curcuncho se atreva a ser el Jorobado de Notre Dame. Menos que una oferta sea una yapa, incluso cuando la promoción diga gratis.

Cinco siglos antes del estallido gastronómico, la yapa era una medida de buena costumbre. Una idea que solo se entiende y practica entre Perú, Chile, Argentina y Bolivia, países cuya herencia económica poco tiene que ver con las monedas e intereses y más con la reciprocidad y la redistribución, características de la vida de los pueblos dominados por los incas. Dar yapa es añadir un poco más a quién lo necesita, aunque tema decirlo. Está más allá de tener mucho o poco que ofrecer. Tampoco se espera recibir algo a cambio en ese instante. Cuando ocurre, no hay un interés material. Lo que tienes en la billetera es secundario y como lo bueno de la vida, está libre de impuestos. Salvemos la yapa (y a las personas yaperas). Sin ella la vida sería más amarga y desabrida. Por eso ahora espero mi turno al otro lado de la olla. Porque la única forma de rescatarla es retornando el favor a un desconocido.

LEER CON BINOCULARES

En su cuento “El fin del fin del mundo”, Julio Cortázar jugó con la idea de un apocalipsis producido cuando cada ser humano (con excepción de los políticos) se convertía en un escritor. Una civilización obsesionada con contarle todo. Cuando la tinta, lápices y papeles se acaban, los escribas empiezan a utilizar el espacio entre líneas hasta que “la materia impresa ahora separa los continentes de lo que antes eran océanos... en la tierra la raza de los escribas viven precariamente, destinados a la extinción”. Hace setenta años, Cortázar imaginó una sociedad dedicada a la manía de la escritura. En cierta forma su premisa se ha empezado a cumplir: cada día se producen 2,5 quintillones de bytes (DOMO, 2018). Si cada uno de estos pulsos eléctricos tuviera el diámetro de una moneda de veinte centavos alcanzaría para cubrir la circunferencia del planeta cinco veces. Nunca antes en la historia de la humanidad se había publicado tanto y con tanta frecuencia. El fin del mundo para un creador de contenidos ocurre cuando cualquiera, con un celular en mano, compite por la atención de una audiencia. El uso masivo de las redes sociales es una amenaza no solo para los medios sino también para las democracias. Su efecto se hace evidente en el desarrollo de las agendas públicas. Muchos prestan atención a lo que está en tendencia, pero no a lo que es relevante en sus vidas (Christov, 2019),

ocasionando una sistemática devaluación de la certeza. Verdades que se mantuvieron firmes durante siglos como la circunferencia de la tierra o las vacunas, son puestas en duda sin más evidencia que una fuente anónima publicada en una red social.

Para aliviar esta crisis de confianza muchos repiten en discursos y decálogos la necesidad de elevar la calidad del contenido. Esta respuesta corta oculta una enorme complejidad. La RAE advierte, en su primer intento de precisar su significado, que calidad es una “propiedad o conjunto de propiedades inherentes a algo, que permiten juzgar su valor”. Desde un punto funcional es una forma de calificar, regida por diferentes valores. Cuando se aplica esta definición al contenido, persiste un desconcierto. La escueta respuesta del diccionario se transforma en una multitud de preguntas. ¿Qué insumos se necesitan para mejorar el contenido? ¿Quiénes son los responsables de hacerlo? ¿Cuánto costaría? Ajenos a estas dudas tan poco literarias, muchos autores llevan siglos intentando distinguir cuándo un contenido es mejor que otros. En su ensayo sobre la lectura el poeta W. H. Auden simplificó la calidad a partir de su permanencia en el tiempo: “algunos libros son inmerecidamente olvidados, pero ninguno es inmerecidamente recordado”. Un contenido de calidad es aquel cuyo valor sigue presente incluso cuando sus primeros lectores yacen bajo tierra. El autor de *La guerra y la paz*, León Tolstoi utilizó la etiqueta de obra de arte para elevar a aquellos contenidos que evocan un “sentimiento distintivo de alegría y unión espiritual con otro (el autor) y con otros (aquellos que también han sido afectados)”. Para Tolstoi la calidad está vinculada a la experiencia compartida, contenidos que te hacen ser parte de una comunidad que han sentido lo mismo que uno. El profesor de escritura creativa Samuel Delany propone una dicotomía más ambiciosa: la diferencia entre escribir bien y la escritura talentosa: “escribir bien es claridad. La escritura talentosa es enérgica. La buena escritura evita errores. La escritura talentosa hace que pasen cosas en la mente del lector —vividamente, forzosamente— algo que la escritura buena, detenida por la claridad y la lógica, no puede conseguir”. Ninguna de estas escrituras es fallida, solo que la talentosa parece tener el poder de hacer respirar a unas letras impresas.

Cuando el autor de no-ficción Gay Talese pegaba las páginas de un manuscrito en una pared y las examinaba desde el otro lado de su estudio con binoculares, no era solo una excentricidad de un periodista acostum-

brado a pasar desapercibido en elegantes trajes de sastre. Para Talese “era la única forma que se le ocurría para ver al mismo tiempo el efecto de una oración en el texto completo”, sugiere el profesor de periodismo Jay Rosen de la Universidad de Nueva York al describir ese comportamiento. En sus historias de largo aliento, Talese suele sembrar minas en los primeros párrafos como si fueran simples detalles cuya importancia termina explotando en la cara del lector páginas más adelante. Más allá del aspecto técnico de ese efecto, el forzado alejamiento físico revelaba su necesidad creativa de intentar colocarse en el lugar de quién leería su historia. Simular la experiencia de un lector de revista cualquiera al llegar a esa página. El guionista norteamericano Aaron Sorkin, ganador del Oscar por *La red social*, ha confesado que suele recitar las líneas de sus personajes mirándose en un espejo. Conocido por el hipnotizante ritmo de sus diálogos, Sorkin lee en voz alta no solo para revisar su contenido; este pasa de un personaje a otro para percibir su ritmo (él lo llama musicalidad) que se producirá cuando los actores digan sus líneas en pantalla (Sorkin, n.d.). El guionista de la serie *The Newsroom* quiere saber cómo un desconocido oirá a sus personajes. El escritor peruano Julio Ramón Ribeyro intuía que un texto suyo estaba listo para ser publicado cuando el cuento continuaba gustándole después de pasar meses olvidado en los cajones de su escritorio (Titingher, n.d.). En este método buscaba simular la experiencia de alguien que cogía uno de sus textos por primera vez. Esta prueba de durabilidad ha hecho que su obra apenas haya envejecido. Estos autores —y muchos otros creadores— intuían que su trabajo iba más allá de contar una historia; querían producir una experiencia única a su audiencia. Ver su obra con ojos de extraño, tratar de oír como un desconocido o intentar leer con binoculares son ejercicios de empatía, quizás el aspecto más importante (y olvidado) a la hora de crear un contenido.

GONZALO MACALOPU CHIU

Nació en Lima en 1991. Titulado como arquitecto en la Pontificia Universidad Católica del Perú, es escritor e ilustrador de narrativa gráfica con interés en las culturas originarias del Perú, las tradiciones y costumbres de Asia Oriental, el terror, el realismo mágico y la sátira. Usa el pseudónimo Zomakorva para firmar sus ilustraciones y otros trabajos. Macalopú Chiu es autor de *Katarzys: Una historia de brujas* (2020), novela ilustrada con influencia de los fanzines, el *grunge* y el ocultismo. Dicha obra, con diez años de trabajo, sienta las bases de su propio universo, donde coexisten los diversos personajes de sus proyectos futuros. En 2021, a cargo de la Casa de la Literatura de Perú, se publicó *Relación de antigüedades deste reino del Perú de Juan Santa Cruz Pachacuti*, adaptación gráfica de una crónica colonial, ganadora del Segundo Concurso Nacional de Narrativa Gráfica 2020. En 2021 obtuvo el segundo lugar en el Concurso APCH Literario por el cuento “Antípodas”, un homenaje a sus raíces orientales, a su abuelo y a su hermano. Actualmente se encuentra trabajando en su segundo cómic, *Sanguine Fancyme*, una historia de humor negro, sátira y crítica social del mundo del arte contemporáneo desde el punto de vista de una joven asiática. Trabaja también en la novela ilustrada *Juana Killa Yupanqui: vida enrevesada y poco exemplar de una aclla fugitiva*, obra ganadora en 2021 de los Estímulos Económicos del Ministerio de Cultura del Perú. Esta última obra es una ucronía que explora, bajo el formato de una crónica del siglo XVII, sucesos y costumbres acontecidos entre una convivencia pacífica entre incas y españoles.

ANTÍPODAS

No recuerdo muy bien a mi abuelo ya que entonces yo era muy pequeño y despistado. Físicamente sé cómo es él solo por fotos, la mayoría son a color, cuando era ya muy anciano. Allí estaba él, fotografiado discretamente frente al estanque de la casa; o a un lado reservado de un retrato de mi familia materna en algún cumpleaños; o sentado a mi lado en el gran sofá de la sala y yo era el niño más feliz de la cuadra. Él, en cambio, jamás sonreía. Hay otras fotos de él no muy numerosas a blanco y negro, cuando él era mozo, allá en los años cuarenta. Entonces él, junto a su enorme baúl de madera ajustado por gruesos metales, había descendido del barco que lo había traído del otro lado del mundo, allá donde nace el sol, escapando de la guerra y la crisis política de su país hacia alguna populosa ciudad portuaria de Sudamérica donde crecerían sus hijos que tendrían los ojos rasgados y la piel tostada como él, como mi madre, como yo. Quizá la imagen mental más vívida que tengo de mi abuelo, aunque no muy clara debido a mi edad, fue una noche cuando tuvo una descompensación al corazón y llamaron a una ambulancia para internarlo. Mientras lo sacaban de su estudio, subido en una camilla cual procesión a través de las escaleras flotantes de madera, él permanecía tranquilo y decía que era muy exagerado armar tanto alboroto, que no quería dejar a sus carpas sin comer y que solo le había dado el aire. De haber sabido que no volvería, al menos le hubieran dado tiempo de despedirse adecuadamente de la casa que tanto esfuerzo le costó construir.

Rescatando algún otro recuerdo difuso y aislado de esa época, podría ser las veces que me quedaba los fines de semana a pernoctar en aquella casa, lugar que para mí era un oasis ante el terror y la violencia que significaba estar con mis padres y con ellos, los deberes escolares. Entonces yo me atrevía a escabullirme en el estudio de mi abuelo, que siempre estaba empolvado, atiborrado de sus libros encuadernados con hilos, estatuas de tipos bigotudos con rostro severo, incienso, tabaco desparramado, algo de humedad y remedios a base de ginseng. Nunca mi abuelo me recriminó por interrumpir su transe hipnótico de la tarde. Estábamos en ese cuarto celeste por horas, en mutuo silencio, él mirando su querido bulevar que iba desapareciendo por la autopista y yo inspeccionando minuciosamente sus revistas en ideogramas, pero sin hacerle alguna pregunta por sus significados.

Por momentos, él ponía la radio y sus boleros. Tosía mucho, creo. Siempre su mesita de noche estaba llena de medicamentos, estampitas religiosas y cómo no olvidar, su dentadura postiza remojada en agua. Su fugaz presencia en mi vida fue tan misteriosa como los cuadros de tela colgados por toda la casa, en especial el de la sala, aquel del centenar de aves multicolores que sobrevuelan el cielo blanco calado por nubes que acarician a lo lejos unas montañas verdes ondulantes.



Él era de frente amplia, de cabellos delgados echados para atrás, recuerdo más las arrugas que se formaban en las comisuras de su boca, las recuerdo porque son las mismas que tiene mi madre ahora. Su piel más bien era cobriza, heredada de la región de calor donde había crecido. Cachetes enjutos por no decir escasos y tensados por pómulos angulosos y prominentes, ojos muy rasgados pero que eran cubiertos por una eterna sombra que hacían sus párpados de pocos pliegues. Su voz era delgada y muy áspera, como si le costara trabajo respirar. Llevaba sandalias con medias, pantalón chavo y una chompa marrón oscura con franjas geométricas. Poco más de metro cincuenta, aunque encorvado por dolores de espalda, siempre subía y bajaba las escaleras como un joven, andaba estoico en su estudio, mirando desde su balcón el bulevar y el parque donde, en años pasados, había sacado a pasear a sus pastores alemanes junto a sus cinco hijos. Según me han contado, cuando todos dejaron el nido, mi abuelo se volvió más huraño,

embebido más que en sus libros y sus quehaceres. Casi nunca contaba sus cosas, ni siquiera a mi abuela, que era la única fiel a su lado. No pude encontrar algún diario suyo donde dejara registro de sus memorias, pero está el baúl de madera con el que vino a este país, donde suele guardarse fotos a blanco y negro de él posando al lado de un mundo que hoy ya no existe más, sus documentos de migración y la correspondencia en ideogramas con su hermano gemelo que se quedó a vivir en su pueblo de su país natal. No recuerdo alguna palabra que me haya dicho directamente, no hay grabación, no hay testimonios. Lo que tengo de él para reconstruir su persona, que de alguna forma la siento cercana y llena de calidez, fue quizá la arquitectura perfecta de la casa que mandó edificar y donde vivió la mayor parte de su vida.

Ubicada dentro de un distrito portuario que años antes parecía la recreación de un pueblo pequeño provinciano, se trataba de una casa en esquina entre una calle y un bulevar. Construida dentro de un lote cuadrado con un patio interior, tenía dos pisos con una azotea. Su influencia modernista de los años 60 le otorgaba unos enormes ventanales para que la luz y la naturaleza de la calle se fundieran con los ambientes interiores. Tenía dos ingresos, pero no se usaba el principal sino solo el que daba por la cochera. Luego de atravesarla se podía estar en el jardín con el estanque de carpas, un rosedal y un jazmín. Separado por una mampara de vidrio y con piso parquet, estaba el comedor que tenía acceso a la cocina, donde solo se cortaban los alimentos para ser llevados al jardín donde mi abuela los cocinaba con un fogón de gas. Del comedor se podía ir a la sala y de aquí a las escaleras flotantes que llevaban a los dormitorios y al estudio de mi abuelo donde tenía su balcón. Mi abuela, por su parte, tenía su propia habitación y desde su terraza se podía acceder a la azotea donde estaba el tendal, la lavandería y el invernadero. Mucho antes que yo naciera mi abuelo había criado pericos y canarios australianos, decían que siempre en las mañanas a las cinco les daba alpiste, se ponía a limpiarlos y apreciarlos. Con el tiempo empezó a ser tedioso cuidarlos así que decidió venderlos y, en cambio, se dedicó a construir un pequeño invernadero donde cultivaba *pak choi* y hortalizas a las que dedicaba gran parte de la mañana en su cuidado y solo cuando acababa, se acostaba en su tumbona a la puesta de sol.

Durante mis primeros años de universidad había decidido que ya no quería vivir en casa de mis padres donde también vivían unos tíos, mis primos y dos de mis sobrinos. Si bien la calle era tranquila, sentía que estaba

dentro de una jaula de grillos de la que no podía concentrarme en mis estudios. Bebés llorando, baños ocupados, cenas ruidosas y a destiempo, peleas constantes por quien tenía que pagar qué cosa y el televisor siempre encendido. Un día, tras varias discusiones explosivas e hirientes, hice mis cosas y me mudé a la casa de mis abuelos que para entonces estaba abandonada. Cuando llegué, las telarañas y la mala hierba estaban por todas partes, el invernadero estaba en pésimas condiciones y el estanque, naturalmente, seco. Decidí refaccionar todo ello, cultivar como mi abuelo lo hubiera hecho y, aunque no llené el estanque de carpas, al menos puse un centenar de guppies en su memoria.

Poco antes de acabar mi carrera, decidí convivir con mi pareja en dicha casa. Aunque la noticia fue un escándalo colosal para mi familia materna, al final quedaron tranquilos cuando conocieron a mi novia en persona, notaron que era alguien que inspiraba confianza y que trabajaba por su cuenta. Fue así que nos mantuvimos en relativa calma durante unos años en los que los dos trabajábamos de forma virtual y no teníamos la necesidad de salir. No tenía apoyo de mis tíos para renovar la casa, ellos se habían ido a vivir en sendos departamentos al sur de la ciudad y se habían desentendido de todo. A mi madre también le daba lo mismo si la casa se caía a pedazos, parecía que lo trataba como un auto viejo al que había que deshacerse pues ya no le encontraba futuro alguno.

Junto a mi pareja hicimos algunas remodelaciones más. El dormitorio estudio de mi abuelo se quedó como tal, pero retiramos su cama, que ya estaba muy apolillada, y colocamos unos escritorios donde nos sentábamos con nuestras laptops a trabajar. Los dormitorios de mi madre y mis tíos estaban cerrados y casi no los usábamos excepto cuando alguno de los dos deseaba usarlo debido a alguna discusión o un arrebato de independencia. Sin embargo, usualmente dormíamos en el cuarto de mi abuela, que era el más amplio y acogedor, aún habíamos dejado su máquina de coser y su tocadador, habíamos quitado sus persianas empolvadas y habíamos puesto cortinas y criado orquídeas puesto que el sol daba de forma indirecta y perfecta ahí. Mis amigos siempre habían temido a sus abuelos por alguna razón, y les daba repelús saber que yo dormía en el cuarto de un difunto, jamás entendí eso, pero ni yo ni mi pareja sentimos ese malestar de ultratumba. De hecho, decían que mi casa era lúgubre a pesar que tenía amplios ventanales y casi no había zonas totalmente oscuras. Muchos por eso se negaron a

pernoctar ahí, por lo que usualmente sentíamos que estábamos aislados del mundo, aunque no sería por mucho tiempo.

Nadie nunca planifica el futuro del lugar donde va a vivir. El destino del barrio donde vivíamos era el de ser popular y condicionado por la bulla. La aglomeración de gente y el sopor urbano siempre han sido mis enemigos. Amo el silencio, la independencia, estar a solas con mi pareja. Eso yo aprecio más que tener éxito económico, un auto y una buena casa, como deseaban mis padres. A mí me basta tener a las personas que más quiero cerca, un par de cosas para trabajar y tranquilidad. Pero cada vez más, después de haber demolido parte del bulevar para ampliar los carriles de la avenida y haber vendido el parque a una empresa privada que lo convirtió en un supermercado, el barrio perdió todo el brillo que a mi parecer había tenido antaño y que mi abuelo había jurado que siempre iba a ser así. Casas coetáneas a la mía empezaron a venderse para convertirse en multifamiliares. Abrían pequeñas tiendas de restaurantes y abarrotes cuyos clientes estacionaban sus autos del año en la acera y estos activaban su alarma ante la más mínima perturbación. Había más basura en las esquinas y las bocinas empezaban a las cinco de la mañana y se prolongaban hasta muy entrada la noche, de lunes a domingo. Los pregoneros circulaban por las calles con sus altavoces vendiendo cualquier clase de mercancía y decenas de motos rugían con el mayor estrépito posible sin motivo alguno. Para más inri, mi esquina se había vuelto un paradero de taxis y por más que presenté queja, nunca obtuve respuesta. Hasta cierto punto se podía tolerar todo ello hasta que la avenida fue trazada como vía metropolitana. A partir de aquí, cuando me paraba en las tardes en mi balcón, podía toparme, a pocos metros de mí, con enormes camiones y cisternas corriendo a velocidad. Luego vinieron aviones, carros policías, autos de bomberos, desfiles por cualquier motivo y hasta procesiones milagrosas. Las pistas se quebrantaron y se hicieron baches profundos como cortes en una piel vieja que nadie daba mantenimiento. Por las noches, los *containers* venidos del puerto venían a velocidad y al pasar por los huecos y rompemuelles, estos saltaban y cuando caían, su peso hacía retumbar toda la avenida, se estremecía como si cayeran bombas de guerra. Parte del yeso que recubría el techo de la casa se empezó a quebrarse y a caerse, a los muros empezó a salirle rajaduras a pesar de que era de material noble y bien estructurado. Y así fue durante varios tormentosos años sin que alguien pudiera hacer algo.

Había llegado un punto en que la bulla empezó a afectar nuestras vidas. Decíamos que los cristales parecían de papel, así que pensábamos cambiarlos por lunas acústicas y renovar los viejos marcos de madera por aluminio. Sin embargo, toda esa reforma era carísima y, además, eso implicaba cambiar las puertas huecas y ni pensar en el calor que haría en verano al impedir el flujo de aire. Lo peor era que, a pesar de que hiciéramos eso, aún podía persistir las vibraciones de los camiones y el ruido de los aviones. De pronto dormir en la habitación de mi abuela, que tenía la ventana delante del paradero de los taxis, se había vuelto insoportable y nos tuvimos que atrincherar en un pequeño cuarto de la azotea donde mi abuelo guardaba sus canarios. Les tapamos sus ventanas y pusimos una puerta de acero para que no se filtrara la bulla. Tal como lo supusimos, las vibraciones externas parecían ser más potentes que cualquier bunker antimisiles. Nos despertábamos a medianoche y conciliábamos recién el sueño tras horas de dar vueltas. Estábamos alterados todo el día, entre café, galletas sin azúcar y cigarrillos, mirando con tristeza el jardín cada vez más descuidado, sin hablar, cocinando sin ganas en un silencio incómodo y cuando hablábamos era solo para discutir por cualquier cosa. Nos habíamos vuelto seres insoportables y ya ni siquiera teníamos independencia. Lo más fuerte ocurrió después de Navidad. No dormíamos bien durante tres días y ante el ruido de los cohetes, alarmas y camiones, nos dijimos de todo y ella, al pasar las fiestas, alistó sus cosas y prefirió regresarse a casa de sus padres, en provincia. Y yo me quedé solo otra vez, en aquel tremendo caserón que amaba, pero sentía que se estaba hundiendo y cayendo por fuerzas que yo no podía controlar. Sentía que traicionaba a mi abuelo, que escapaba y lo dejaba atrás. Pero si permanecía allí, probablemente a lo mejor iba a perecer con este. Con el dolor más profundo, no había otra alternativa que salir antes que fuera peor.

Todo lo de la casa fue embalado o regalado a la caridad. Recuerdo, con una opresiva tristeza, cómo se deshicieron de las colecciones de libros de mis abuelos, sus muebles y los guppies del estanque, se llevaron algunas plantas valiosas y dejaron otras, destinadas a una muerte segura. Después, aquello de valor lo pusimos en una pila, en medio de la sala: los cuadros de parajes rurales, de palacetes y pajaritos, las joyas de perlas y jade, los jarrones de porcelana, las fundas de seda y los antiquísimos libros familiares de nuestras dinastías pasadas. Allí lo fuimos sorteando apresuradamente entre mis tíos y mi madre. De aquella carnicería pude conservar, tras una cruenta

batalla, el cuadro principal de la sala, aquel de las mil aves, y el baúl de mi abuelo donde estaban sus objetos personales. Después de eso se hizo la venta de la casa. No quise presenciar el desguace de la casa, solo supe que una inmobiliaria la compró de inmediato.

Debía de huir de aquella horrible ciudad. Pensaba que podía ser al interior del país quizá, en las montañas, buscando el silencio que me había sido negado, pero, por lo pronto, debía volver a la casa de mis padres. Una vez allí, sentía que ni siquiera podía llorar por la pérdida debido al estrés y el trajín constante de la atmósfera. Comía callado en medio de debates banales, dormía en camarote con dos personas más y a veces prefería encerrarme en el baño por horas para leer mis lecturas con calma. El cuadro de la sala y el baúl era los únicos sobrevivientes del naufragio. Una mañana decidí encerrar el empolvado baúl aprovechando que mi familia se había ido al zoológico por el cumpleaños de un tío paterno. Al ordenar los papeles de su interior, hice un hallazgo fabuloso. Debajo de un falso fondo, había álbum de fotos que jamás había visto. Había fotos a blanco y negro de mi abuelo, aún adolescente, junto a su hermano gemelo en su pueblo natal. Pero había un detalle en ese álbum que me puso perplejo, poniendo mi mundo de cabeza. En las fotos aparecía una casa de dos pisos construida en madera. Excepto por el techo de tejas negras, era desconcertantemente idéntica a la casa que mi abuelo construiría décadas más tarde en este país, tanto en la proporción de sus puertas y ventanas y la distribución de sus ambientes, en especial, su jardín y su estanque. Lo curioso es que esta casa estaba invertida, era el espejo de la casa que había hecho mi abuelo. O más bien, la casa del bulevar era el espejo de la casa original de tejas y madera.

En la noche, pregunté a mi madre por aquellas fotos. Ella, con cierta desazón e indiferencia, me dijo que en esa casa había vivido mi abuelo con sus padres antes de su gran viaje, pero no sabía mucho al respecto ya que no había tenido contacto con dicha familia. Mi madre había creado una cortina de hierro, quizá un deseo de desligare del rastro de la familia del otro lado del mundo, como un resentimiento injustificado, una desconfianza hacia lo desconocido y sus costumbres extrañas. Estaba preocupada que hiciera alguna locura, en cambio yo me sentía entusiasmado ante dicha revelación y, en cierta medida, lo vi como una esperanza que se cimentaba más que en mi intuición. No tenía nada que perder, así que me atreví a indagar más sobre la casa gemela. Empecé a revisar minuciosamente el resto del

álbum, las fotos viejas y hasta en Internet. Hice traducciones, llamadas a familiares lejanos y a los hijos de los amigos de mi abuelo, y al cabo de un año, llegué a la siguiente conclusión: el hermano de mi abuelo había estado viviendo en su pueblo natal. Al fallecer, una nieta suya había decidido quedarse en dicha casa puesto que deseaba la pasividad del campo, sus dos hermanos y sus padres en cambio habían preferido vivir en las comodidades de la ciudad cosmopolita de dicha región. De alguna forma, me las hice para contactar a mi prima por correo electrónico. Me contestó amablemente y me dijo, y hasta me animó, que podía ir ahí a visitarla.

Tomé mis ahorros y parte del dinero de la venta, me parecía lo justo, y emprendí, contra la voluntad de mi madre, el vuelo hacia el pueblo de mi abuelo y ver la dichosa casa que tanta intriga me causaba. Es un pueblo rural mediano que tiene todo lo necesario para una vida tranquila. Está cerca de la capital de la región, se va en moto o bicicleta y se puede comprar de todo, insumos y animales vivos para trozarlos frente al fogón. Hay tecnología actual, pero la gente prefiere vivir a la antigua usanza y en parte me recuerda al interior de mi país. Hay campos de arroz a las cercanías y bueyes de agua pastando. A lo lejos está la niebla que por las tardes se desliza desde las altas montañas verdes y suelta una ligera lluvia caliente sobre las tejas oscuras y mohosas del pueblo.

No costó encontrar la casa natal de mis abuelos. Queda en esquina, en una calle reservada, cerca de un bosque de abetos. El tamaño de sus ventanas se justifica por las vistas que captura para su interior. Y si quitara los ornamentos, los detalles en madera, las cornisas orientales recargadas, los dos leones de las entradas, las enredaderas y la techumbre, es la misma casa del bulevar.

Mi prima y su esposo me recibieron antes de llegar a la puerta. Deseaba abrazarles como estaba acostumbrado de dónde yo venía, pero seguramente se iban a incomodar, así que les alcé la mano y ellos hicieron lo mismo. Sus sonrisas, que se desbordaban de sus pequeñas mandíbulas, delataban cierto afecto y curiosidad hacia mí.

La casa, como era de esperar, tiene dos ingresos, pero aquí se usa más la puerta principal, directo a la sala, y no por la cochera que es un taller y donde antes se guardaban los carruajes. El piso es un entablado que siempre cruje ante las pisadas. Ya al encontrarme con la sala, sentí que había vuelto a un lugar familiar que ahora ya no existía. No hay cuadros, solo

paredes desnudas llenas de un poco de hollín y humedad y algún que otro adorno de buena suerte o abundancia, el resto es un mobiliario oscuro y desgastado pero útil, y la mesa es robusta con las patas esculpidas en piedra. El jardín está ahí, con un horno hecho de cal y barro. Y con un estanque de carpas. Y un rosal y un jazmín. En un impulso mío de emoción, sin pedir permiso, me atreví a subir las escaleras, que eran macizas, y encontré lo que era el estudio y me asomé al balcón. Luego me di cuenta que no había necesidad de tener cuadros o de tener un invernadero o criar canarios aquí. Por momentos, no veía las aves, pero por su canto sé que estaban alrededor y eran más de mil y de muchos colores, saltando y volando entre las ramitas de los abetos.

Exhausto, fui al baño, y mientras me mojaba la cara hice otro descubrimiento. Identifiqué las bolsas de amanecida, los párpados caídos, las arrugas, el rostro sin mejillas, las canas echadas hacia atrás y las grandes entradas que ahora tenía. Entonces supe que era él quien me había hablado al fin. Él me había insistido en dejarlo todo y volver. Siempre, en silencio.

LA MUJER DE LA MONTAÑA

Durante las vacaciones nos gustaba acampar a las faldas de aquella gran montaña que se alzaba imponente en la capital. Cierta vez acudimos allá en tiempos de elecciones. Se me ocurrió, en mi inocencia de niño, preguntarle a mi padre por qué cuando iba a votar siempre renegaba tanto.

—Pues porque cualquiera de los candidatos, de llegar al poder, sería un pésimo gobernante. Ni bien llegan, se enriquecen con el dinero de todos, se olvidan de las obras públicas, la justicia sigue parcializada, el terror y las protestas siguen llenando periódicos, sino mira tú prima quién murió la semana pasada con esta nueva guerra civil. Y es que ninguno es capaz de ejercer la gobernación porque el país es demasiado grande y no lo conocen suficiente.

Poco después me guio hacia unas rocas de tamaño colosal, cerca de la cumbre. Entonces él se puso a llorar. Mirando hacia la montaña, le empezó a hablar:

—Tú, concebida y nacida entre las rocas como inmortal, decías que tus padres habían venido caminando desde Asia, te dejaron en los Andes

y luego ascendieron a los cielos. En tu infancia, desnuda, corrías libre por las pampas, arrojando piedras a los guanacos para matarlos y comértelos. Viviste por muchos milenios sola, clamando oraciones al Sol y a la Luna. Te acercaste a los humanos a comandarnos y gracias a tus hazañas bélicas, fuiste muy temida por los hombres, te construíamos templos y nombrábamos pueblos con tu nombre sagrado. Y tenías varios amantes a tu disposición, sea hombre, sea mujer. Y tus primogénitos se erigían como poderosos señores en las serranías. A veces ellos se peleaban unos contra otros y mucha sangre se derramaba, por lo que decidiste poner fin a milenios de lucha colocando un orden definitivo. En el centro de la tierra te alzaste en armas hacia la conquista de los cuatro lados del mundo. Y cuando formaste tu nuevo reino, diste instrucciones a tus hijos de cómo debían gobernar y organizar a los pueblos con justicia. Les transmitiste todas las artes que habías aprendido, tenías buena memoria para las historias, y eras de las mejores tejedoras que alguna vez pisó el orbe, sabías traer agua a donde solo había desierto y hacer brotar vida donde solo había piedras, hacías bien las cuentas y lo registrabas todo en nudos. Pero con el correr de los años, producto de tu inmadurez, te entregaste al vicio de la chicha, a los amantes y al despilfarro. Tus hijos empezaron a pelear entre sí y la gente que te servía estábamos sin gobierno. Por la noche, llegaron unos bandidos venidos desde el borde de la tierra y se proclamaron dioses. Nos unimos a ellos y entramos a tu palacio, te despojamos de tus vestidos de oro, te violamos, te golpeamos y te decapitamos. Entonces cada mañana renacías, y así maniatada, hacíamos cola para violarte hasta quedar todos saciados. Los padres cristianos te protegieron. Mientras destruían tu reino, en las celdas te bautizaron con un nuevo nombre, te enseñaron su idioma, te impusieron su dios, te enseñaron sus costumbres, sus ciencias, su forma de pensar. Te enseñaron la lectura, su nueva forma de hacer arte y a beber su alcohol. Preferiste el lujo, renegabas de nuestros ancestros. Durante siglos, la élite te hizo una dama a la que tenía que servir a un marido. Y mientras tanto, tus adoradores, campesinos y mestizos, éramos dispersos en los campos feudales donde éramos esclavizados sin descanso bajo terratenientes. Llegó un momento que tomaste conciencia de nuestro sufrimiento y nuestro llanto. Estabas siendo una cautiva, una reina títere por los invasores. Decidiste escapar y proclamar soberana absoluta como en los antiguos tiempos. Te atraparon, te torturaron. Pero por más que te cortaban la lengua y la cabeza, igual seguías

gritando, y la gente, que más te escuchábamos, más nos alzábamos. Alguien en el horizonte, venido desde las pampas del sur con un ejército, llegó cabalgando a liberarte, prometiéndote glorias, ideas frescas y democracia. Lado a lado, con tu gente y una bandera, expulsamos el podrido régimen para instaurar el tuyo. Ya no eras la inmadura adolescente que una vez nos gobernó a todos, conocías el mundo. El lujo y los sacrificios humanos habían quedado muy atrás. Te dedicaste solo a tu nación en cuerpo y alma, administrándonos con justicia bajo una Constitución. Muchos íbamos a tu palacio a pedir tu mano, te pintábamos, te cantábamos, te hacíamos estatuas en las plazas. Tenías poder y lo usabas con la intención de acabar con el feudalismo y la esclavitud que aún nos asolaba. Esto hizo molestar a los terratenientes quienes conspiraron contra ti para expulsarte. Por ello sucedió la primera guerra civil entre feudales y campesinos, y un gran incendio asoló todo el país durante diez años, y viste a millones de nosotros perecer de las formas más atroces posibles, destrozándote el corazón. Cuando acabó la guerra sin un claro ganador, te acusaron de haberla provocado. Te despojaron de todas tus investiduras. En secreto, sin que el pueblo lo supiera, te aprisionaron y te encerraron en una montaña. Nos dijeron que habías muerto durante la guerra para azuzarnos de crear otra más sangrienta para vengarte. ¡Ay querida mujer, madre de madres, benefactora nuestra! Prométeme que cuando te encontremos y te liberemos, no llorarás más, volverás gritando a los cuatro costados tu frase libertadora para unificarnos. ¡Y los confabulados y cobardes, quienes toman tu nombre en vano, tratarán de escapar cuando sean desenmascarados, pero serán capturados, juzgados y ejecutados por tu mano poderosa!

Cuando mi padre acabó, quedé fascinado con su historia. Secándose el rostro, concluyó:

—El encierro de esta mujer es la causa de nuestros males. Muchos no creen que ella siga viva. Otros más jóvenes, simplemente, desconocen de su existencia.

—¿Y quién es ella, papá?

De su bolsillo sacó una moneda y me enseñó su anverso. La había visto toda mi vida sin saber quién era.

—Es esta mujer.

EL HIJO

A pesar de la fuerte oposición de nuestras familias, Rubén y yo nos habíamos escapado a vivir en un diminuto piso en Magdalena del Mar de forma provisional. De pronto queríamos fundar una pequeña familia nuclear y ganar un buen dinero. Pensábamos que nos mudaríamos luego a una casa más amplia, silenciosa y solitaria donde tuviésemos más que cuatro habitaciones: una para Rubén, otra para mí, la otra para nuestro único hijo, y la última pieza quizá para los tres y lo llamaríamos Edén y pondríamos más pajaritos libres de jaulas y selvas exóticas y compartiríamos nuestros trabajos entre nosotros o simplemente recrearíamos, de forma burda pero original, algunas escenas del Génesis por puro aburrimiento o placer a pesar que Rubén era ateo, yo pagana y nuestro hijo jamás sería bautizado.

Ya habíamos pensado seriamente al respecto y la idea de formar una familia pululaba en torno a nosotros. Siempre, desde que llegamos al depa, el tema estaba presente, más aún, porque siempre estábamos rodeados de cuentos de Roald Dahl, los Grimm, centenar de juguetes y rompecabezas que Rubén olvidaba recoger y siempre yo que llegaba del mercado terminaba pisándolos y él protestaba hasta las lágrimas y hacía su típico berrinche en el suelo. Era demasiado evidente que la idea no saliera a flote en cada desayuno o cuando nos despedíamos para dormir. Decíamos que no era necesario una boda religiosa, solo por lo civil para rellenar el papeleo puesto que nuestra convivencia la sentíamos ya un matrimonio. Era curioso. A pesar de provenir de familias conservadoras y muy fervientes, ninguno de los dos creía en el Dios cristiano impuesto, sino que más bien teníamos ideas diversas sobre Dios y creo que eso estaba bien. Padres conservadores clasemedios, papás limeños, mamás no limeñas y no occidentales, ninguno de nosotros limeños, nos decían chinos sin que alguno lo fuera, ambos queríamos ser artistas de niños, nuestros nombres empezaban con la misma letra, mismo día de nacimiento en agosto. Mi familia le agradaba Rubén, pero no le gustaba la idea que conviviera con él o, peor aún, que me casara porque yo era demasiado joven. Decían que antes debía viajar al extranjero, conocer más gente, aprender idiomas y luego ya pensar en boda. La familia de Rubén, que vivía en provincia, decía algo parecido. Que debía estudiar primero, acabar la carrera, conseguir algo estable y luego recién boda. Ninguno de los dos pensaba hacerle caso a su respecti-

va familia, a pesar que nuestros padres, en sus fueros más íntimos, deseaban con todas sus fuerzas, ser de una buena vez abuelos chochos antes que nosotros cumpliéramos los treinta o antes que algo pudiera pasarles a ellos. O a nosotros.



Creo ahora que la idea del hijo siempre había rondado nuestras cabezas quizá desde nuestra infancia no adulta. Sé que parecería un capricho personal, pero en parte ¿no es esa la razón por la que todos tienen hijos? ¿Cumplir un capricho personal acontecido subliminalmente por la presión de los padres, y, por ende, de la sociedad? No me sentía presionada a tenerlo, sentía más bien que algo en mí explotaba de súbito y deseaba acoger aquella pequeña almita y dar lo mejor de mí para que creciera como debiera crecer, podría sonar cursi y hasta trillado como todo lo que digo, pero quizá toda mi vida había ensayado para este momento y el individuo que dormía a mi lado era quizá aquel quién yo había divagado, en mis tiempos de mi solitaria adolescencia, que se convertiría en mi padre y en el padre de mi hijo. Rubén apoyó la idea a pesar de que él solo tenía 21 y yo 26. Sé que no estuvo muy bien intentar tener a nuestro hijo a pesar de que estábamos con el dinero ajustado, pero el deseo era tan fuerte y hasta un poquito obsesivo que decíamos que podíamos solucionar lo monetario, que algo surgiría, que trabajaríamos como se debería, que quizá nuestras familias se

comprometerían a ayudar, que había pequeños sacrificios, pero valdría la pena al final.

Se supone que iba a quedar en secreto, pero lo solté en una cena familiar en la que Rubén estaba en mi casa paterna. Recuerdo que fue como escupir un pedazo de hueso que se había alojado en el esófago, de esos que te produce angustia y no puedes respirar pero que cuando finalmente sale, uno queda aliviado, pero ay qué dirán los demás en la mesa y con cara de asco y sorpresa se quedaron así mirándome, inclusive mis cuatro hermanos. No obstante, yo sostenía la mano de Rubén, la apretaba contra mí y no daría un brazo a torcer. Luego de recorrer una vida llena de inseguridades, maltratos y tropiezos, nunca había sentido tanto coraje y valentía de rebelarme así ante mis padres y ellos no podrían hacer nada contra nosotros, a pesar de que mi madre empezara a llorar y a chantajearme como siempre lo había hecho. Pero esa vez nada me importaba ni me afectaba. Me sentía poderosa sobre ellos, sentía que al fin me había librado de su yugo. Mi padre me recriminó diciendo que no era el momento para hablar de eso aún. Me levanté de la mesa, hice un ademán de despedida, y nos fuimos de mi casa. Igual lo íbamos a hacer, igual íbamos a tener a nuestro hijo.

Aquella vez fue de esas noches en que se había ido la luz de la calle, perfecta para un vals desnudos, podríamos hacer un simulacro de concepción, susurré adormecida, con una copa puesta entre mis muslos ya revueltos con los suyos. Sentados en la cama, aun haciendo preparativos y un bossa nova actual, rugió el teléfono salvajemente. Era aquella voz que servía para comunicar tragedias.

—No podrás tener hijos, Betty. Tú has quedado infértil desde que tenías dieciséis —sentenció mamá—. Lamento no habértelo contado antes.

Colgué el teléfono sin llorar y sin decírselo a Rubén. Esa noche hicimos el amor intensamente. Yo, ruidosa y por alguna razón, feliz. Él callado, presintiendo de alguna forma lo peor.

LA DESPEDIDA

Miles de peces salieron del agua para morir varados sobre las piedras redondeadas, en las frías orillas de la playa de Cantolao. Sucedió que, tras varias postergaciones, yo al fin pude ir ese día a La Punta para encontrarme

con Eduardo, que vivía a pocas cuadras de la plaza de armas de aquel lugar. Cuando acudí a la cita a eso de las cuatro, me topé de bruces con el insólita y dantesca tragedia. Parecía que a nadie más le importaban los peces, ni a los bañistas, ni a los vecinos, ni a los guardacostas, más que a nosotros que con las justas nos habíamos saludado. No terminábamos de comprender la crueldad gratuita que podía ofrecer la naturaleza: la hilera de cadáveres marinos era interminable. Caminábamos entre ellos para ver si alguno estaba vivo, si podíamos salvar algo de entre los escombros, devolverlos al mar. Pero no. Todos habían perecido. Era reciente porque aún no se había desatado la pestilencia como lo haría durante los siguientes días. No teníamos ganas de lanzar piedras al mar, o reírnos o decir algo interesante. Al menos, como consuelo, podríamos esperar la hermosa puesta de sol, luego ir por unas raspadillas, decir dos o tres palabras bonitas y cada uno a su casa para el lonche. Sabíamos que no nos volveríamos a ver. Él se iba a mudar con sus padres a San Borja y ese cruento final era lo único que ninguno de los dos podía postergar. Me hubiese gustado conocerle más, tenernos más tiempo como amigos, pero no nos alcanzó aquella vida a pesar de que yo vivía relativamente cerca de él.

Tenía la cursi idea que alguien diría algo cuando estuviera la puesta del sol. Que alguien se espabilaría y lanzaría un comentario acerca de lo hermoso que pudiera ser este espectáculo final. Pero no pasó nada de eso y no sentimos nada especial, más bien hizo más frío. Entonces sucedió el primer sacudón. Pensaba que era mi cuerpo o algo que se había estremecido desde mis vísceras orgánicas. Pero un grito lejano confirmó, bajo un pavor colectivo heredado desde hacía milenios, que la sacudida provenía de las vísceras de la tierra. Luego de una breve pausa, empezó a estremecerse todo con mucha más fuerza, casi con misantropía. Eduardo y yo nos paramos por fin, buscando nuestros rostros, pero no lo encontramos. Los gritos de mujeres desde la plaza, las alarmas de los carros anónimos, el llamado y el llanto de jaurías desesperadas y aprisionadas, la sacudida de los esqueletos de las casonas republicanas retorciéndose hasta sus raíces, los cánticos religiosos y lamentaciones hacia su dios dormido, las campanadas agrietadas y poco armoniosas del cura, las sirenas aullando sin parar, todo se hacía más estridente, más violento y hasta insoportable. Vecinos de aquel pequeño pueblo elegante corrieron salvajemente hacia todas direcciones y ninguna parte chillando horrorizados que la parase. Los postes bailotearon

como torpes péndulos monigotes con peligro de desmayarse y algunos cables, como burdos espaguetis de plástico, se soltaron y se desparramaron sobre las calzadas. Eduardo, a pesar de todo, tomó de mi mano y la apretó con fuerza para que me quedara junto a él, sobre su pecho. Y así estuvimos, quietos y serenos, mientras la metrópoli entera festejaba la temida danza apocalíptica que nuestros padres nos habían obligado a temerle desde nuestro nacimiento.

La tierra no cesaba, amenazaba con abrirse, y yo solo apretaba la mano de Eduardo esperando que esto no terminase. Cuando intenté sentir mi rostro lo encontré, para desgracia mía, derretido dentro de otro, y ya no había narices propias u ojos propios sino que estos yacían fundidos en una extraña mezcla de frenesí. Intenté respirar con fuerza para darme cuenta que esto no se trataba de un sueño, pero terminé fracasando porque entendí que el aire que se filtraba a mi interior no le pertenecía más al viento y estaba viciado. Tenía dieciséis y jamás antes lo había hecho. Llevé mi mano libre y casi como una necesidad refleja, palpé y me aferré a cualquier cosa que fuese de su propiedad. Estaba cálido. Todo en él estaba cálido. Me vino una idea violenta, macabra y al mismo tiempo agradable. No me interesaba si iba a morir en aquel momento, casi nunca me importaba. Solo importaba que al menos estuviéramos juntos, que no moriría sola.

No sé cuánto tiempo sucedió aquel prelude del fin del mundo, pero creí que había durado semanas y si seguíamos vivos era porque los seres elementales habían oído nuestras súplicas y habían sentido lástima de nuestras pequeñas pretenciosas existencias. Pero estábamos aún aquí y eso era lo milagroso. Sin decir algo, tomados de las manos y con paso firme, salimos de la oscuridad y entramos a la luz de la plaza donde todo era un caos después de una guerra civil. Más rezos, más gritos y más lágrimas. Muchos habían empezado a empacar para irse a Lima por miedo de un posible maremoto.

Alrededor del cuadrilátero había vehículos de la municipalidad peninsular y patrullas que se habían ofrecido a evacuar a los civiles. Parecían botes salvavidas en pleno hundimiento de un transatlántico antiguo.

—Quisiera que mañana estuvieras para mi cumpleaños —lamenté—. Mi madre preparará asado. Podrás traer a tus amigos si quieres. Será divertido.

—Creo que es hora de la despedida —fue lo último que me susurró él.

Yo agaché mi cabeza y lo abracé largamente deseando volver a verle. No había más remedio. Cuando me alejé de su cálido cuerpo, él me sonrió e hizo un ademán tierno con la mano sobre mis cabellos. Un serenazgo me tomó del hombro y me indicó entrar a la patrulla. A través del cristal pude ver que Eduardo seguía despidiéndose de mí. Luego todo se hizo oscuridad cuando nos alejamos de la plaza.

De *Katarzys: Una historia de brujas*.

VALENTINE

Hace ya siglos, Valentine era un niño bastante enfermizo debido a su deformidad. Su madre, que era hechicera, contactó con la Santa Muerte para que le salvara la vida. La Pelona le daría a su hijo una vida longeva a condición de una existencia solitaria. Le advirtió que, si se llegase a enamorar de alguien, este tendría un horrendo castigo donde mejor era estar muerto que vivo. Así, Valentine creció con total normalidad en su solitario chalet del bosque; su madre siempre era sobreprotectora al punto que, si su hijo intentaba hacer algún contacto con algún humano, esta se volvía neurótica y le castigaba físicamente con la excusa de la asombrosa advertencia de la Pelona. No obstante, un infortunado accidente se llevó a la madre y el chico quedó en una horonda depresión. Incineró el cuerpo en el horno de la casa, trituró sus huesos blancos y los puso en un jarrón que hizo él mismo. Así, todos los días, a través del jarrón, podía hablar con su madre otra vez, pero la necesidad de contacto humano lo empezaba a volver loco.

Sucedió que Valentine conoció una muchacha que iba a sentarse en un claro del bosque. Se llamaba Delia. Parecía no temerle a nada, ni a lo horrendo, ni a la soledad. Tenía un gusto profundo por lo macabro y lo insano que contrastaba con su belleza física. No tardaron en agradarse el uno al otro, compartir pensamientos similares y entablar arduos debates sobre civilizaciones perdidas y sobre la naturaleza y los animales silvestres que ambos parecían conocer bien. Valentine probó sus labios, le dijo si podría quedarse en su chalet en medio del bosque, exiliados de la humanidad. Delia aceptó, puesto que ella vivía prácticamente sola con sus hermanas a quien detestaba. Nunca antes Valentine había sido tan feliz y entendió que su vida de ermitaño había sido una tremenda farsa.



Con el tiempo, ella empezó a notar que su novio dependía aún, en cuerpo y en espíritu, al pequeño jarrón donde yacía su madre difunta. A menudo, por las noches, él solía hablar a solas con el jarrón. Era un monólogo truculento y obsesivo hacia la primera persona a quien creyó amar, como si aquel saco de escoria pudiera contestarle. Esta manía, cada vez más frecuente, empezó a fastidiarla. Un día, en secreto, a fin de evitar más sufrimiento y locura de su joven amante, tomó el jarrón y esparció su conte-

nido por todo el bosque. Valentine se dio cuenta que su madre ya no estaba allí y montó en cólera. Delia salió corriendo de la casa, pero Valentine la alcanzó. La tomó del brazo, pero vio en sus ojos su bondad y se llenó de misericordia. Le susurró que no le iba a hacer nada, que sí, en parte tenía razón, que ya debía superar lo de su madre.

Esa noche, Valentine llevó a Delia al claro del bosque, con la luna llena, y le despojó con suavidad de su vestido. Contempló por horas su preciosa anatomía, un cuerpo que había soñado tocar, poseer y santificar. Palpó todas sus protuberancias y cavidades con la lengua, una carne joven y virginal que ahora compartía, quería memorizarla de a poquitos. La luna brillaba en lo alto, los pajarracos aullaban con fuerza y opacaban los gemidos que los amantes lanzaban con furor hacia el cielo renegrido.

Al día siguiente, Valentine se encontró solo y desnudo en su casa, con las manos ensangrentadas. Aterrado, se percató lo que sucedía. Delia agonizaba. Echada sobre la alfombra, desnuda, cubierta de sangre, había sido acuchillada varias veces en su abdomen. Ella le decía que lo sentía por lo de su madre, que jamás debió hacerlo para no causar la ira de su hijo. Valentine no recordaba nada, pero entonces, entre súplicas y lamentos, juró que no perdería a nadie más, menos a Delia.

Trató de cubrirle las heridas para que no se desangrara, pero estaba seguro que no iba a soportar más tiempo y su deceso era inevitable. Es más, la Santa Muerte, llamada por el olor de la agonía, se le apareció y le dijo que podía salvarle la vida a su amada. Valentine rechazó la oferta, pues claro estaba que sería a costa de infelicidad. La Muerte le dijo que había otra forma de salvarle, pero esto solo dependía enteramente de Valentine y su habilidad, pero de salir mal, era mejor estar muerto que vivo y no habría vuelta atrás. Sacó un libro de la madre hechicera y le mostró el ritual del que hablaba. Valentine accedió a realizarlo. Trazó varios círculos e inscripciones en el suelo con una tiza y prendió velas y antorchas. Buscó los animales necesarios a quienes sacrificó. Colocó en medio a Delia. Valentine alzó las manos al cielo. Fuegos azules retumbaron la pequeña casa. Invocando al Eterno, exclamó: “¡Toma estos dos miserables cuerpos, incompletos, únelos en un solo cuerpo y haznos eternos! ¡Un cuerpo con dos almas!”

Las noches no podía percibir el descanso, la luz le dañaba, pasaban los años, estaban unidos por la fuerza y el dolor punzaba a cada momento. Y sí. Envejecían, pero a un ritmo extremadamente lento y lleno de llanto.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

A pesar de que nuestros padres nos advirtieron no ir, fuimos al bosque aquella tarde. Y aquella vez, en aquel mismo claro, escuchamos los gritos agonizantes de esa criatura. Y tratamos de escapar. Ya Valentine, o más bien en aquello que se había convertido, andaba encorvado, con los ojos rojos llenos de ira, llevando la ropa de Delia, con su voz femenina y horripilante, sediento de sangre para calmar sus achaques. A veces se sienta en la ventana de su casa a esperar a los viajeros desprevenidos. ¿Que cómo sé todas estas cosas? Solo me pregunto si aquello que él me cuenta solo sea una leyenda más, una de sus tantas extravagancias. Estoy empezando a extrañar a mi familia, al mundo exterior, a mi hogar.

Escritos de *Raven Korpse*.

Nacido en Lima en 1996, es poeta, escritor y periodista cultural peruano. En 2019 publicó su primer poemario, *Entropía*, que fue presentado en la Feria Internacional del Libro (FIL) Lima 2019 y en Culturaymi Lima 2019, entre otros eventos. Este libro fue reconocido en la Casa de la Literatura Peruana (Lima, 2019). Chang trabajó en Trilce Radio (España), en un programa radial llamado *Cruzada Cultural* y dirigió un programa virtual multiplataforma con el mismo nombre. Colaboró con algunos artículos para la revista española *Trilce* y para las peruanas *Gato Negro* y *Cocktail*. En la actualidad, es columnista de la revista peruana *Kametsa*, de la mexicana *Cardenal* y de la asociación peruana “Soy Autista y Q”. Es, además, colaborador del Portal Web literario peruano *Lee Por Gusto*.

EL BAILE DEBE SEGUIR

Un tono gris salpicado de nubes motosas cubre la inmensa ciudad de Lima. Sencillos individuos caminan como hormigas a sus paraderos. Viajan en máquinas infernales de cuatro ruedas que transpiran sangre y el rencor entrañado por esos millones de almas; cargados de pesares sobre sus hombros viajan. En ese caos habitan indefensos ángeles con alas cortadas y piernas que dan pasos lentos. La pobreza de la ciudad golpea al gusano: la tierra de las oportunidades, como algunos llaman a la gran capital peruana, pisotea los sueños de cualquier insecto rastrero.

En esa ciudad “la abuelita” (conocida así por todos), bailaba y cantaba todas las mañanas luego de repartir sus periódicos y revistas. Llevaba su rutina diaria, así hiciera calor o frío; pues como ella siempre decía: “El

baile debe continuar”. Frecuentaba a sus clientes conocidos. En una casa vivía una señora con dos hijos con autismo.

—Señito, buen día, ¿desea llevarse algún periódico?

—Por ahora no puedo —dijo la mujer con mucha pena—. Pero la próxima semana te compro varios. Estoy ahorrando para cubrir los gastos médicos de mis pequeños.

—No se preocupe, señito; cambiando de tema, ¿qué está cocinando para el almuerzo?

—Bueno, abuelita, un rico arroz con pollo...

La anciana se despidió con un abrazo. Prosiguió su recorrido por las demás casas, y terminó caminando por Barrios Altos. Por la tarde, mientras transitaba por las calles de la caótica capital, se mostró ante sus ojos una fauna muy colorida. Una mujer llevaba de la mano a su pequeño hijo, y le hizo recordar que crió a más de diez vástagos, pero esos ingratos la olvidaron, dejándola a su suerte. Tenía 85 otoños y cada vez sentía que en cualquier momento cerraría los ojos; más de una vez llegó a la conclusión que a nadie le importaría su desaparición. Sus piernas temblaban al llegar a casa después de una larga jornada.

Al día siguiente continuaba con la misma rutina. “No queda de otra, hay que seguir con el baile”, se decía a sí misma. En el jirón Cuzco fue testigo de asaltos a plena luz; rateros arranchaban carteras o celulares y escapaban como hienas, dejando a sus víctimas tendidas sobre el suelo. Al caminar por la plaza San Martín se encontraba con borrachines, también con manifestantes, la mayoría de ellos jóvenes que se reunían con pancartas y vociferaban sus reclamos con mucha energía. Pero lo peor de todo, era ver como los choferes no tenían consideración de los viejos que cruzaban las calles. Y alguna vez terminaron embistiéndolos; rostros ensangrentados, brazos y piernas amputadas, familiares sollozando, ambulancias y policías investigando la escena del accidente de tránsito, y el maldito chofer imprudente se había dado a la fuga escapándose del castigo.

Ante todo, eso se enfrentaba “la abuelita” en su trajinar diario. Mientras caminaba por la avenida España, distinguió la mirada de preocupación de los transeúntes que avanzaban apurados, algunos se enjugaban el sudor de la frente y los menos corrían apresurados. Muchas veces la empujaban, cierta vez perdió el equilibrio, pero nadie la ayudó al verla en el suelo.

—Malditos desgraciados —musitó levantándose a duras penas.

Mientras avanzaba por Barrios Altos no era de extrañar que se encontrara con algún grupo de fumones que merodeaba en alguna de las esquinas. Algunos *dealers* pasaban bolsitas de cocaína cerca de alguna bodega, sin notar que la abuelita era testigo de todo el negocio. A las 11 de la mañana pasó el camión de la basura, desde un altavoz ubicado en el techo del vehículo se escuchaba una melodía que decía: “Vecino, vecina, saque su basurita...” Un cachinero minutos después vociferaba a todo pulmón: “Compró fierros, catres, botellas ...”

De regreso en casa, el temblor invadía sus rodillas. No tenía dinero para ir al doctor, así pasara todo el día trabajando. Apenas le alcanzaba para comprar pan, arroz, entre otros víveres. Pero tenía en mente ir a una notaría, donde arreglaría los papeles de la casona donde vivía.

* * * * *

Marzo de 2020. Las ciudades de todo el Perú, en especial Lima ciudad capital, fueron sometidas a cuarentena. La gente, ataviada de mamelucos hechos de plástico, mascarillas y protectores faciales, parecían fantasmales astronautas caminando por las calles de la ciudad azotada. La pandemia, provocada por el coronavirus, había llegado. Los negocios, entre restaurantes, tiendas y centros comerciales cerraban sus puertas. Como consecuencia del temor de la gente, la venta de periódicos y revistas cayó abruptamente. Los meses pasaban y la situación de confinamiento no tenía cuando acabar. “La abuelita” cada día vendía menos; el peso de los años acumulados golpeaba, y sentía ahora dolor en sus rodillas.

Llegado el mes de julio se escuchó por la radio el anuncio de los bonos para las personas mayores de 60 años. Comiéndose las uñas, no pudiendo dormir por las noches por saber si sería una de las beneficiarias, supo días después que le habían entregado el bono. Pero, al ir a cobrar a una oficina bancaria, un par de hombres trajeados le dijeron que podían ayudarla. Le pidieron su DNI, y al salir de la agencia bancaria le dijeron que no había ningún bono. Aturrida, al día siguiente fue al Banco de la Nación, donde le informaron que el bono había sido retirado desde un cajero.

Aquello le provocó cierta desazón, pero no lograron desanimarla. Los meses pasaron, era casi navidad y no tenía nada que comer. Solo preparó un poco de arroz, mientras pensaba en las navidades que pasaba hacía años

con sus hijos. Así se quedó dormida, sin darse cuenta del mechero que había dejado encendido. La habitación empezó a arder, y la casona se consumió casi por completo. Sus hijos enterados de la tragedia llegaron. Sus miradas codiciosas reflejaban lo que tenían en mente: vender el terreno donde se alzó la casona, ubicada en una zona cotizada del centro de la ciudad. Sin embargo, al llegar a la notaría, el funcionario les comentó que la casona había sido donada a una fundación que velaba por los ancianos.

Del E-book *Poética del Espacio*, 2020.

EXISTENCIA VIVIDA SOBRE UN PUENTE COLGANTE

Caminando por la vida voy
Ida y vuelta sobre puentes colgantes
Cargado lleno de ilusiones
Esquivando los peligros
El puente que paso lentamente
Es la existencia de mi vida
Enfrentando mis anhelos y esperanzas
Contra los miedos y temores
Propio de nuestros días inciertos vividos

Puente que tránsito a diario
Colgado de mil ilusiones
Siempre es un estado de transición
Un punto de equilibrio
Es una situación complicada
Miro hacia arriba
Y una luz de esperanza se ve desde el divino cielo
(Pasado, presente y futuro se juega en nuestro andar tambaleante)
Miro hacia abajo
Y veo nuestros temores y fracasos
(Piedras, polvo y escombros encontramos en nuestro difícil trajinar)

Aún falta mucho...

El camino cada vez se hace más largo
¿Llegaré al final de mi camino?
La transpiración y respiración
Me hacen compañía
Mi cuerpo se agota
Siento perder el equilibrio
Pero mi alma aborda esperanzas
Mis pensamientos dirigen mi destino
Más pasos y con mirada hacia adelante
Contra miedos y temores
Contra piedras, polvos y escombros
Soy resiliente
Me levando
Y llegó a la meta
A disfrutar se ha dicho
Mañana será otro día
Cruzar el puente colgante
Es un reto diario y constante
Éxito que está mentalizado en uno

Del poemario *Entropía*, 2019.

RIMAS ASESINAS

Rimas asesinas
Asesinan el rencor
Asesinan los miedos
 Dan muerte a los demonios

Mis rimas nadie las escucha
Solo las escucha el poeta que las escribe
Soy el poeta que escucha sus rimas asesinas

Rimas asesinas con hambre de justicia
Rimas asesinas con hambre de proclamar la libertad

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

Mis rimas fueron encarceladas por homicidio
Fueron liberadas por el arte
Mi alma liberó estas rimas asesinas
Mis rimas buscan siempre la libertad
 Luchan contra los genocidas
 Contra los corruptos
 Enfrentan a la maldad
 Y la asesinan

Publicado las revistas digitales *Kametsa* (Perú),
Narratorio (Argentina), *Cardenal* (México).

EL SEÑOR CHANCHO

En un vecindario de personas refinadas, alienígenas amigables y animales civilizados. En sus inmediaciones vive el señor Chanco. Muchas veces criticado por su rostro poco agraciado. Se escuchaba por sus alrededores murmullos “Ese repugnante puerco no merece vivir, vergüenza ajena de su especie y su familia. Algún día serán cocinados”.

Una mañana cualquiera con alegría se dirigía a trabajar. El señor Chanco se despedía de sus lechones y su esposa Pezuña.

—Adiós, querida cuida muy bien a mis lechoncitos. Dijo el señor Chanco.

—Pezuña responde: Bendiciones y sonrío a la vida. Tus hijos estarán bien.

Al caminar unas cuadras se escuchaban insultos y burlas. El señor Chanco lloraba desconsolado. A los pocos minutos, sonrío al recordar el consejo de su esposa. Había caminado más de cuatro cuadras hacia el paradero. Ahí compra un periódico, lee las noticias y coge algo del tacho de basura. La línea 3 llega a los diez minutos repletos de pasajeros. Un bus de color verde con franjas negras. En este bus el cobrador es un conejo negro y el chofer una cucaracha gigante. Al sentarse, las miradas penetraban el corazón del señor Chanco. Con una carcajada insultó a los presentes “Menoscarbar mi espíritu podrán, más mi orgullo y mi ser jamás. Los animales irracionales, como ustedes comprenderán, ustedes los marranos de la sociedad”.

A su destino llegó 40 minutos. Caminó dos cuadras a la oficina. En su trabajo lo esperaban un marciano de piel negra y contextura gruesa quien era su jefe.

—Has llegado tarde, miserable puerco. Hoy tu rostro será la vergüenza de nuestro muro. Dijo el jefe,

—El señor Chancho responde: “Basta de tanta barbaridad, véase al espejo, señor jefe”.

—¿Cómo te atreves a contestarme, ruin de la sociedad?, dijo el jefe.

—Contesta el señor Chancho: Tan solo basura escupe sus palabras, la fuerza espiritual importa más que su belleza petulante.

A los pocos minutos recibe una carta. Al leer la carta unas lágrimas caen al suelo. Una risotada confirma la inesperada noticia. El señor Chancho camina a la oficina del jefe. Se detiene frente a él. Destruye todo el mobiliario de la oficina.

Gracias totales, como dijo Gustavo Cerati.

NILTON MAA

Nació en Lima y se considera mitad chino, mitad peruano (tusán). Ha publicado la novela *Imperio de sombras* (2020) y el poemario *Mientras caen mis hojas* (2021). Fue finalista del concurso de poesía “El mar”, de la embajada de Taiwán en Perú (2011) y segundo lugar en el concurso de microrrelatos “La cruda brevedad, literatura en tiempos de colapso” (2020), organizado por la revista literaria *La ninfa Eco*. Aficionado a la gestión cultural, creó el canal de Youtube “Presencia oriental”, el *podcast* “Poesía tusán, desde la voz de sus autores” y el *blog* literario “Nilton Maa, cuentos y más”. Comparte estos espacios con artistas tusanes de distintas disciplinas. En el relato “Altamar” la voz narrativa se retrotrae a los recuerdos de la infancia. Alternando resentimiento y añoranza, rememora sus vivencias con un padre marinero, alcohólico y a menudo ausente, de las historias de chinos que le solía contar. Tras la muerte del padre, sueña con verlo de nuevo en uno de los barcos en los que trabajaba. El poema “Hijos del mar” evoca con nostalgia a aquellos ancestros emigrantes que dejaron su tierra para sembrar su semilla en tierras lejanas, tras años de sufrimiento, hambre y pobreza.

ALTAMAR

Recuerdo con claridad cada detalle de aquel día, el desayuno tardaba tanto como mi padre en despertar por las mañanas, después de una larga noche de alcohol y cigarrillos. Lo esperaba paciente en la terraza mientras sentía la brisa de aquel lugar lejos de casa, el viento frío que empujaba mis cabellos pretendía, de algún modo, detener la marcha de aquel barco gigante que atravesaba el océano, del mismo modo en que los chinos hicieron al-

guna vez en las historias que mi padre nunca se cansó de contar. Por un momento volví la mirada y a través de la mampara lo observé abandonado, dormía de lado con las manos juntas ocultas bajo su mejilla y las sábanas cubriendo un poco más arriba de su cintura. Lo odié, del mismo modo en que lo odiaba al verlo sometido ante el desespero, encerrado por días interminables en la humedad de una habitación cargada de fantasmas que susurraban mil historias que él convertía en cuentos que pocos deseaban leer.

Cuando aquel hombre pequeño de piel oscura y bigote brusco dejó la bandeja sobre la mesa y se marchó mostrando una sonrisa carente de dientes, sentí pena por él, del mismo modo en que me suelo entristecer al ver a los vagabundos tirados en las esquinas sin más que abandono y pobreza, como la pena que me causaba observar a mi padre vencido por los demonios que lo empujaban a la bebida y a estar ausente de nuestras vidas. Me vestí en silencio tras terminar el café, reparé en la ropa de papá tirada en el suelo, como rescatada de un naufragio, además de la copa tirada al pie de la cama.

Salí de la cabina y tomé el pasillo perfectamente alfombrado en busca de alguna actividad para espantar el aburrimiento, caminé recordando aquellos días en que papá trabajó en barcos iguales a este, los días en que podía soportar cualquier desplante, cada indiferencia, cada injusticia a la que fuera sometida, solo con la esperanza de volverlo a ver y castigarlo por tanta ausencia, por tantas horas a través del teléfono en que, al escuchar su voz, me imaginaba recorriendo el mundo a su lado. Me sorprendí mucho al llegar a la baranda del octavo piso, desde donde observé el gran árbol del centro que crece en una maceta gigante suspendida en el aire por barras de fierro inmensas, bajé un poco más sin dejar de ver los cuadros distribuidos en las paredes de las escaleras, ¿dónde habría quemado todos esos inciensos que nunca faltaban en su maleta?, ¿habría respondido mi kun kun el llamado de su hijo alguna vez? Dicen que el humo del incienso guía el camino de los ancestros a sus hogares; yo me pregunto ¿acaso alguien podría llamar hogar a un objeto tan frío como ese?

Encontré la biblioteca caminando por corredores completamente vacíos, miles de libros sin sentido, todos en inglés, esperaban un turno que no llegaría jamás, tomé uno al azar y leí algunas páginas hasta que el murmullo de los ancianos empezó a molestarme, no veo cuán sorprendente puede ser ver a una niña de doce años tratando de concentrarse en una

lectura. Salí despacio y tomé el camino largo hacia la planta alta pensando en todas aquellas cartas que fingía tirar a la basura cuando mamá me miraba y que recuperaba después para esconderlas entre las páginas de aquella enciclopedia que yo marcaba, siguiendo las rutas que mi padre también seguía. Recuerdo que cada vez que regresaba, yo fingía indiferencia, mientras él, cargado de culpa, me observaba y llenaba de palabras, cuentos de altamar creados por sus manos, anécdotas singulares que me hacían reír y asfixiarme con una envidia que mis ojos no lograban ocultar, hasta que, poco a poco, cedía a sus abrazos para permitirme acariciar su rostro, mirarlo a la cara y decirle sin palabras cuánta falta me hacía en esos largos meses de ausencia.

Aquel barco era más grande que el anterior al que subimos un año atrás. Llegué al piso doce sintiendo que el aire era insuficiente y con el cuerpo hirviendo a causa del esfuerzo. Para acortar el camino hacia el buffet, crucé el cuarto de juegos donde una señorita me recibió con una sonrisa más falsa que el Nostradamus, un grupo grande de niños pintaba sobre las mesas mientras que en otro, quizá de mi edad, reían a un lado debatiendo sobre algo que no sabré jamás. Me senté por un momento, pues todas aquellas escaleras me habían agotado, los miré pensando en cuan tontos se veían perdiendo el tiempo entre ellos, hablando de cosas que no entendían y sabiendo que no volverían a verse jamás, una vez que el crucero terminara. Por un momento, sin entender por qué, sentí envidia, me paré procurando no llamar la atención y busqué la salida aún molesta conmigo misma por aquella debilidad, pensé en mi madre, quien siempre insistía en que interactuara con chicos de mi edad, cuanto se emocionaba ella ante cualquier actividad a la que, ella consideraba, yo no podía faltar. Tuve que soportar, la mayoría de las veces, la culpa de ver su expresión decepcionada tras poner alguna excusa para evadir el compromiso.

Crucé la puerta hacia el recibidor del piso trece, donde algunos ancianos caminaban del brazo soportándose mutuamente. Al acercarme a la salida, las puertas se abrieron automáticamente y el viento frío del mar Báltico me golpeó sin consideración, el cielo se veía aún más gris que en Lima y la neblina no dejaba ver el horizonte. A unos pasos, la piscina sin vida emitía un lamento solitario, la observé en silencio, sintiendo las ondas del agua como imanes para mis ojos. A veces siento que la mente se me vuelve clara cuando el viento helado golpea mi cara, debido a eso me pregunté ¿cuánto de esta vida conozco? Siempre me he sentido distinta a las demás

personas de mi edad, no solo por la mezcla de mi sangre, evidenciada en los rasgos de mi rostro, sino también por cómo pienso. Los amigos de mamá decían siempre que parecía más adulta que todos ellos juntos y ella solo sonreía tratando de ocultar la molestia, incomprensible, que la inundaba ante aquellos comentarios. No sé si ello me empujaba a tratar de agradar siempre, fingía tener el carisma de papá, la inteligencia de mamá, la fuerza de mi abuela o la sensibilidad de mi abuelo con el fin de pasar desapercibida, saltando de acuerdo a quien esté conmigo en el momento. Sin embargo, exactamente allí, me encontré sola sin haber aprendido aún cómo actuar cuando estoy conmigo misma. El frío me calaba los huesos, el sonido de mis dientes chocando entre sí, era más fuerte que el tiritar de las sillas azules puestas alrededor, acostumbradas a los veranos del mundo, miré todo despacio y me pregunté ¿cómo mi padre pudo soportar tantos años de trabajo en estos barcos?, ¿cómo se habría sentido al obligarse a pasar tanto tiempo encerrado en tantos espacios vacíos?, ¿cómo pude añorar vivir aquí? Aunque claro que por él viviría incluso en el Polo Norte.

Antes de dejar la piscina, un impulso inesperado me obligó a meter la mano en el agua, el frío subió por mi brazo y se detuvo en mis hombros rígidos, cuando sentí mis dedos entumecidos y el dolor de mis músculos congelados, la saqué y caminé despacio, como desfalleciente. Más allá, las puertas del buffet se abrieron lanzando un aire cálido de bienvenida, era tan grande que albergaba más de seiscientas personas, las mesas laminadas tenían un borde naranja en el extremo sur, los platos sobre ellas hacían un festival de desperdicio, donde las manos ancianas de los pasajeros reinaban sobre el desastre. Entré despacio, extraviada aún en mis pensamientos, la mano húmeda empezó a arderme moderadamente, me gustó la sensación, miré alrededor, tantos ancianos, tanta comida, tantas voces. Me sentí aturdida. Mientras atravesaba el salón golpeé a un hombre con bandeja que volteó a mirarme sin enfado, me sonrió del mismo modo en que probablemente mi padre habría sonreído y continuó trabajando con aquella sonrisa vacía que todos los demás también debían mostrar. Casi corrí hacia la baranda al final del restaurante. Donde el barco terminaba, una mampara automática separaba el interior del exterior, donde más mesas esperaban en vano la llegada de algún plato caliente, apenas la crucé, el golpe del viento extendió el ardor de mi mano al resto de mi ser, me acerqué hacia el borde, me cubrí el pecho con mis brazos cruzados y miré los trece pisos

hacia abajo antes de llegar al agua, el paso de la embarcación iba dejando un camino de espuma en el océano, el horizonte oculto de niebla blanca me daba la sensación de estar en un sueño, respiré profundo pensando en qué debía hacer en adelante. Odiaba a mi padre por su afición a la bebida, odiaba la ausencia de mi madre, odiaba el silencio en que mis palabras terminan, la oscuridad de mis noches, el ser una niña y no poder cambiarlo todo, odiaba mi necesidad de saber y conseguir siempre ser la mejor, ser invisible en un mundo resplandeciente y caótico al mismo tiempo, me odiaba por odiarlo todo y no poder llorar tanto odio. El ardor de mi mano se había esparcido por mi brazo, mis hombros y espalda con mayor intensidad, la molestia se convirtió en necesidad, esta necesidad en ansiedad, deseé sentir el frío invadirme por completo y al darme cuenta, tenía los pies al borde de la baranda, mi mano se aferraba al mástil de la bandera que volaba con el viento, del mismo modo que mis cabellos. ¿Qué estoy haciendo? Me pregunté en el mismo momento en que un grito me regresó a la realidad, el susto inesperado me obligó a soltar el mástil, giré la cabeza y antes de alcanzar a ver de quien fue el grito, resbalé. Sentí que caía lento, mi cuerpo cortando el viento, las miradas suspendidas en mí, el tiempo siguiendo su curso sin lamentos, recordé a mi padre quien de seguro dormía aún, mi madre encerrada en la oficina ¿me extrañarían como extrañaba yo los veranos casi felices que iban quedando atrás? Golpeé el agua, sentí el frío invadiéndome, todo se volvió negro y el mundo desapareció. Al menos es así como desearía que realmente hubiese sido.

Mi padre murió aquella misma tarde, desde entonces un extraño y profundo silencio se ha apoderado de mí. Él decía que nuestras acciones pueden causar reacciones inesperadas, nunca lo entendí hasta aquel día.

Al resbalar de la baranda, mi mano no soltó el mástil, todavía húmedo por el rocío de la mañana, me sostuve con una sola mano, pues la otra aún estaba entumida. Por algún motivo no pude dejar de mirar hacia abajo, la marea era intensa y la espuma que dejábamos atrás marcaba un curso aterrador, sentí miedo y curiosidad al mismo tiempo, ¿qué encontraría debajo de las olas? Miles de rostros blancos me observaban desde la marea, creí ver a mi kun kun parado sobre la espuma blanca, nada parecía real, hasta ahora todo me parece inverosímil, sentí mi mano resbalar y en el último segundo, solo en ese pequeño instante, como nunca antes sucedió, quise darme por vencida, cerré los ojos y me solté.

Al darme cuenta que no caía, volví a mirar hacia arriba, a causa del caos que cargaba en la mente, no noté que una mano se aferraba a mi muñeca, me sorprendí mucho al ver el rostro de mi padre tal como lo recordaba cuando era niña: serio, con esos ojos intimidantes, profundos, capaces de amedrentar al mismo demonio, los labios fruncidos y rojos le daban un aire singular, mientras el viento frío que lo golpeaba había vuelto su piel tan blanca como la nieve.

Tiró de mi brazo hasta que mis manos pudieron sostener la baranda, me tomó del tórax hacia arriba para devolver mi cuerpo a zona segura, quizás allí debí tomarlo por el cuello y calentarme con la intensidad de su abrazo, pero una extraña vergüenza me embargó, temí mirarlo a la cara y lo obligué a dar otro tirón. Yo caí de lado, mientras él resbalaba, escuché el golpe sordo cuando cayó cerca de mí, lo miré de lado en el suelo, escuché miles de pasos alrededor, recordé que no estábamos solos, traté de incorporarme en vano, las piernas me dolían demasiado, lo volví a mirar y el horror fue un impacto que me atravesó el alma, un charco de sangre se iba acumulando bajo su cabeza. Me quedé más helada que el mismo mar y en ese minuto, mi mente repasó todas las oraciones a dios que había evadido en esos doce años de mi vida, recordé los nombres de aquellos fantasmas venerados en el altar de papá, repasé, en mi mente, los rituales que pudieran traerlos de regreso a cuidar de nosotros, aun así, él se fue horas más tarde, mientras un helicóptero nos transportaba a tierra firme. Quizá su alma se negó a dejar atrás el mar y lo abandonó a medio vuelo, yo iba a su lado cubierta por una sábana, mi mano se aferró a su brazo implorando que se quedara, aquel día lloré todo lo que una persona podría llorar en una vida entera y antes de verlo morir, suspiró del mismo modo en que yo suspiro cada mañana cuando me despierto esperándolo y recuerdo que no volverá jamás. “Se quedó en altamar”, me digo a mí misma y lo imagino navegando en su propio océano, lejos, donde todos los castigos que le preparo por su abandono, no lograrán alcanzarlo jamás.

De algún modo yo también me he quedado a bordo de aquel barco gigante, pues cada mañana me despierto y creo estar en la cabina, cierro los ojos y vuelvo a la baranda, donde mi alma cuelga del mástil volando con el viento.

HIJOS DEL MAR

Sobre furiosas mareas danzantes
recuerda mi piel los tránsitos lejanos,
donde miradas profundas fundaron reinos perpetuos
crecimos como peces de otro mar.

Lejos de casa se esparcieron las semillas,
sobre tierras regadas de lágrimas
germinamos como tristezas,
ojos que sangran quedaron ciegos
sin dejar de mirar el horizonte.

Seguimos el viaje a través de la memoria,
en una distancia crecida como el mar entre tormentas
albergamos la sangre de quienes se fueron silenciosos,
espíritus que susurran historias de guerra, hambre
y pobreza.

Hijos del mar,
como las penas que migran siguiendo los astros,
pequeñas luces dibujadas sobre las olas.
Heredamos la tempestad,
almas iracundas se esconden entre secretos.

Yo no escondo mi melancolía,
como muchos otros cansados de buscar.
Miro a través de las olas que escapan de tu mirada
y sonrío sintiendo la brisa que acompaña
nuestras palabras, nuestra voz,
que calma el miedo, nuestra nostalgia.

LOS CAÍDOS

He caído bajo,
la venganza de una flor
que revive en invierno.

Observo a las aves
batiendo las alas,
como escapando del cautiverio.

Me acomodo en la derrota,
en la vereda marchita
testifico la muerte
de este día inútil.

Y al cerrar los ojos,
me cubro de olvido
de pena
por el tiempo que se fue.

He visto caer a los espíritus,
arrastrarse en las esquinas
suplicando un poco de calor.

Te he visto
insinuándote a la luna,
añorando más luz
para tu propia oscuridad.

No somos humanos
esta noche que ensombrece,
somos caídos de algún cielo
que cambió de firmamento.

Y mientras morimos
sobre la vereda,

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

se esparce un polvillo
inocente,
como sábana
que cubrirá nuestra miseria.

¿A dónde iremos los caídos?
¿seré capaz de levantarme
con la muerte del tiempo
que cabalga sobre la aurora?

O llegará hasta mí
algún mar
que destruyéndolo todo a su paso
vuelva la mirada
sobre este cuerpo inútil.

Seguiré aquí,
cubriéndote de pétalos
esperando esa mañana
que no logrará descubrirte.

Que la ligereza de tu alma
vuele con el viento
hasta perderse en el follaje
de algún bosque sin historia.

LETANÍAS

Has cruzado la línea del tiempo
para encontrarme aprisionado
en esta falacia.

Los jugos agrios
de órganos deprimidos
vienen a mi boca,

los desecho con dolor
a través de mi garganta.

Una y otra vez recurro al suelo,
a la complicidad de la noche.
Me avergüenza ser visto
por tus ojos vacíos,
que te claves en mis cuencas
masticando tu reproche.

Uno a uno se acumulan los lamentos,
arrepentidos mis ojos perecen,
palabras y más palabras
enmudecen en mis labios.

Me voy con el flujo del agua,
lleno de bilis las fosas nasales,
escupo sin expulsar mi vergüenza
y vuelvo a las sábanas,
bajo el arrullo del viento.

No me veas,
no evoco tu memoria
para verme manchar nuestro apellido.
Tampoco deseo que te vayas,
aunque rece siempre por tu descanso.

Hipocresía matizando mis palabras.
Una vez más elevo mis letanías
todas cargadas de mentiras
de deseos que se esfuman
cuando siento que te has ido.

ALLÁ

Dicen que allá el cielo brilla
y que el viento arrastra las penas
con fragancias a esclavitud.
Esclavos todos sobre esta tierra,
frente a este mar que carcome mis soledades.

Qué rostro he de mostrar hoy,
ya casi olvido cual me pertenece.
Los dioses de barbas largas han caído,
mis dioses se ocultan entre mis venas,
Saboreando mis diferencias.

Vuelvo a pensar en la distancia,
donde la gente comparte mi piel
mas no mi credo, ni mi lengua.
Papá estuvo allí mientras moría aquí
y por eso aún no me despido.

Papá volvió a casa
aquella que nunca será mía
dejándome en esta tierra
que tampoco me pertenece.

Le extraño
mientras veo el incienso volar.
Le extraño
tras repetir su nombre en el altar.
Le extraño
y aun así no me responde.

Está allá, donde el cielo brilla
y el viento arrastra,
allá donde no soy yo,
donde no soy nada
Sobrevuela sus campos
y canta sus canciones.

Nació en Lima en 1979. Estudió literatura en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Perteneció al grupo de creación y publicación literaria Sociedad Elefante. Ha publicado los poemarios *La voz de la manada* (2002), *Quién las hojas* (2007), *Paciente 164* (2009), *La casa amarilla/Casa abandonada* (2011), *Arte rupestre* (2013), *Diccionario elemental* (2017) y la antología *Gabriel* (2000-2020), a la que pertenecen todos sus poemas incluidos en esta antología.

Desde 2004 vive en Pamplona, España.

POEMA PARA SER ESCRITO EN EL ESPEJO

Ni Homero ni Dante,
ni Catulo o Safo,
ni Li Po, Tu Fu o Wang Wei,
ni Basho ni Kobayashi,
ni Góngora ni Quevedo,
ni Goethe o Blake,
ni Whitman,
ni Rimbaud,
ni Baudelaire,
ni Huidobro o Paz,
ni Lorca, ni Vallejo.
Lo sé cuando camino por la acera
y resbalo por la lluvia o el hielo,
cuando caigo bocarriba
y todas las miradas se fijan sobre mí;

lo sé cuando limpio las vitrinas,
cuando sirvo una copa,
cuando llevo la bandeja
y escucho el chasquido de los dedos,
los siseos, las llamadas;
lo sé cuando me miran con desprecio, con burla
o con encono;
cuando tomo la libreta
y apunto cada una de las órdenes
y “sí señor, ahora mismo, desde luego”;
lo sé cuando quiebro la vajilla,
cuando friego los platos,
cuando me corto los dedos
con los bordes de las cajas de cartón;
lo sé cuando doblo la espalda para barrer el suelo,
para recoger una por una las colillas,
las servilletas, las gomas, los caramelos;
lo sé cuando vuelvo a casa de madrugada
y camino liberado por los parques desiertos,
cuando caigo sobre la cama
como un árbol recién talado
y sueño con cubiertos, con vasos,
con familia;
lo sé cuando despierto
y en medio del sopor también lo olvido;
lo sé cuando estoy una vez más frente al espejo
y veo mi rostro casi familiar
pero más bien desconocido;
lo sé cuando tomo
como la primera vez
mi lapicero
y escribo los primeros versos
sobre mi cuaderno:

Yo soy el mejor poeta del mundo,
solo es el mundo el que aún lo ignora.

EL BANQUETE

Hoy mi cabeza bulle. Las ideas están en su punto exacto. Es momento de retirarlas del calor encefálico, de evitar que la llama las evapore hasta salarlas. Hoy mi cabeza está lista para servirla en vajilla de porcelana, preparada para ser devorada por una miríada de comensales. Hoy llenaré sus cucharas hasta colmarles la mente; saciaré las frentes más voraces, los paladares más exigentes. Mañana volverán entusiasmados y encontrarán una olla vacía, sin resto alguno de palabra suelta. Regresarán a sus hogares con la cabeza hambrienta, obligados a procurarse el alimento bajo su techo. Mañana yo mismo hurgaré entre la basura para recoger cualquier desperdicio que se acomode entre mis orejas.

Pero *mañana* no existe. Hoy la tapa repiquetea bajo el fuego y la euforia anima el apetito más rebelde. El banquete en una cabeza puede ser eterno si lo deseas.

POEMA DE BOLSILLO

Mis triunfos son pequeñas explosiones a ras del suelo,
silenciosos estruendos que solo oyen los insectos.
Los rayos de tormenta que acosan a los hombres
son las luces que celebran mis proezas.
Las ráfagas de viento que azotan las ventanas
y flamean la ropa en los cordeles
son los gritos de la multitud enardecida.
Mi euforia es el júbilo que se propaga entre las nubes,
la locura pasajera que se apodera de la lluvia
y la empuja a lanzarse contra los parabrisas.
Mi sangre es la sangre de los reptiles
que congelan el fuego entre sus venas,
y los peces ciegos que moran en las cuevas
son los únicos testigos de mi gloria.
Mi marcha victoriosa se prolonga desde de mi cama
hasta el lavabo de la cocina,
y el eco de mis hazañas atraviesa las paredes,

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

viaja mudo hasta los últimos rincones
y vuelve para esconderse en el bolsillo de mi camisa.

LA GENEALOGÍA ES UN ÁRBOL

del que cuelgan incontables espejos.
Si levantas la mano
para usarla contra un hombre,
con tu brazo se alzarán
todas las manos que lo hicieron
desde el principio de los tiempos.
El dolor nos atraviesa como un hilo
que pasa por el ojo de una aguja
hasta ensartar a la humanidad entera.
Pero la repartición del sufrimiento
no nos libra de la culpa.
He repetido sobre tu lomo
los ejercicios de doma
que nuestros ancestros practicaron sobre el mío.
Cuando engendres nueva prole
también tú sembrarás en ellos
la misma semilla.

EJECUTOR DE DESIGNIOS SECRETOS,

vuelve para teñir los cuerpos celestes
con el color que se te antoje,
orina a los pies de árboles centenarios,
estrangula los cisnes con telas de araña,
danza sobre el barro
entre el corro de ángeles espantados,
bebe el agua de la lluvia
con el cuerpo desnudo
y atiza con tu diente de león
en los muslos de los hipócritas.
Arcángel anunciador de acertijos,
vuelve para derribar las paredes
con tu grito ensordecedor,
lanza los libros como aves liberadas,
levanta tu cueva sobre la cama
y envíame al exilio del salón.
Revelador de misterios cotidianos,
cruza las fronteras que nos separan,
abandona tu lugar entre las nubes,
batámonos a duelo
a los pies del sofá carcomido
y róbase si quieres la carne
para calmar tu ira;
pero vuelve, alimento de amor y locura,
vuelve
y satura con tu aliento mi sangre,
preciado tormento de Dios.

VALERIA WONG (BÀ LÁI DÌ YÀ)

Alexandra Wong Moreno nació en Lima en 1997. Su bisabuelo y tatarabuelo se llamaban Wong Ku y es hija de padre tusán y madre peruana. Es feminista, redactora *web*, creadora audiovisual y comunicadora para el desarrollo en Universidad de Lima. Recibió una beca en el Primer Encuentro Intergeneracional e Intercultural por el aborto legal en Latinoamérica con el proyecto audiovisual “No te quites el pañuelo, hermana” (Argentina, 2018) y la beca Herramientas Audiovisuales aplicadas a los Derechos Humanos de la Universidad de Cataluña (Barcelona, 2019). Ha sido ponente en mesas por las Jornadas de Lucha #14N en Amnistía Internacional, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y en el Coloquio de Estudiantes de Antropología de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Participó en la exposición colectiva “Barrio China” (ChinArte 2019) y se clasificó en la sección Imaginar la Palabra, ANTIFIL 2020, con la videopoesía “Nuestras cortinas” (2020). Fue asistente de la sección Audiovisuales en la ANTIFIL 2021. El último material que ha expuesto es “Barrio China: Mujeres trabajadoras, salubridad, condiciones laborales y barreras lingüísticas en el Barrio Chino de Lima, 2021. Mapa fotográfico en formato análogo y digital” y “Activismo y política en la Escuela Nacional de La Protesta a la Propuesta. Audiovisuales en la Galería Fisura”.

DIVINO ACCESORIO

Lima a 500 metros sobre el nivel del mal
No quiero tomar un vuelo y huir de mí
Le tengo miedo y nostalgia a la Av. Corrientes
Me escucho, me toco: me leo
Me leo en todas las teorías en los que quise creer
Y siento que ahora solo creo en este virus y lo ha cambiado todo
Leo de conspiraciones y entre líneas la carencia de afecto de mis contactos
Contactos por error, cariño y compromiso
Error de noches conversando por plaza 2 de mayo

Tengo miedo de los policías del pensamiento
De la legitimación y normalización de la violencia
De los aplausos 8pm
8pm donde ya estaba en previas para aniquilar mi ingenuidad con Anaís
tengo miedo a la falta de afectos
Al clasismo arrebatado y sin vergüenza
Miedo a la xenofobia y culpa alrededor de lo chino
'Son sucios, lo exótico y raros'
Vuelven las conversaciones sobre opio, cigarrillos, mafia y ludopatía.
<viciosos>

Pánico

A las distancias
A la frivolidad de las compras no urgentes por internet
Le tengo miedo a mis pensamientos contra la almohada

Creo
En las conductas de mi papá
Las preocupaciones de mi mamá
En los peligrosos pulmones entusiastas de peste de mi abuela
Herencia de José Wong
Pardo achinado

Entiendo
El pánico

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

La histeria
El despedido
El desgano
La abrumación
La hipersubjetividad en la era del vacío

Nuevas respuestas a preguntas que jamás hice
Fui a alta velocidad
Y combustiono
Pocos en mi casa lo toleran
Compartí departamento en Barcelona con una alguien llamada Alma
Solo mi gato soportaba mi combustión mientras sonaba IDLES
Mi furia y confusión contra las muertes en cuarentena
En cuatro paredes no puedo apoyar en mucho
Más que entregarle medias a una mujer que divaga y vive entre el toque de
queda y el arresto
Mi pall mall de mierda
Recuerdo cómo se sentía la danza de la tarde
Mazzy Star desde otra ventana
De mi ventana al abismo

Extraño
Estar sazónada cuando SUMO me toca
Encontrar a Eielson intempestivamente
Todo alrededor de la Plaza San Martín
Los recorridos constantes al Barrio Chino con mi mamá
Empaques coloridos de dulces y bebidas chinas
Tés de más que varias texturas y sabores
Los <dañinos caramelos> de envoltura blanca
La tienda Roxana Lo con propaganda maoísta
Recordarme pequeña frente a un mercado inmenso
El centro de mi centro
También las rutinas de abandono de hogar de mi casa

Los días de cuarentena, a pesar de mucho altibajo
Han sido altamente gratos

Volvieron sueños que ya no tenía
Sobrevivirán quienes potencien su entendimiento espiritual

No sé de qué cortina colgarme
Y no sé entre cuales envolverme para bailar por la vida.
Dicen que quien pierde la capacidad de bailar su canción favorita
Está muerto
Elegí las cortinas para bailar *this charming man*,
Que me mantiene viva.

FANNY JEM WONG

Fanny Wong Miñán nació en Lima en 1964. Tusán de segunda generación, es conocida en los medios culturales como Fanny Jem Wong. Recibió un magíster en psicología educativa de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Es poeta, promotora cultural y miembro de la Sociedad Literaria Amantes del País-Perú. Es ponente capacitadora en empresas privadas y estatales, así como docente en la Universidad San Ignacio de Loyola, Universidad Científica del Sur, Universidad Tecnológica del Perú, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Institutos Superiores, Universidad César Vallejo y la Escuela Profesional de Psicología de la Filial Callao.

Ha sido antologada en Argentina, España, Canadá, El Salvador y Perú, en las revistas *Sur a Sur*, *Asociación Salvadoreña Palestina “Usul-Raíces”*, *Estación Com-Partida*, *Palabra en Libertad* y *Pliengo peruano del haikú*. Sus poemas han sido grabados por el declamador mexicano Mario H. Russo. Ha sido distinguida por instituciones culturales de Perú, España, El Salvador y por el Congreso de la República del Perú. Ha sido, seleccionada en 俳句/ Haiku PERUANO (muestra) de José Beltrán Peña. Realizó el trabajo de recopilación y corrección en el libro *Mahmoud Darwish, la leyenda palestina*. Su poema “El llanto del payaso” inspiró la obra de teatro *Delirando* (Ato Teatro, Cuba, y Axioma Teatro, España). Fue distinguida por la Cámara Internacional de Escritores y Artistas-Sede Barcelona CIESART, por su destacada e importante trayectoria literaria y por Capulí Vallejo y su Tierra y la Asociación de Escritores y Artistas del Orbe (AEADO) como Embajadora Universal de la Cultura y la Paz, y nombrada Miembro Honorario, por la excelencia de su gestoría practicada durante muchos años de labor creadora, así por su valiosa contribución a la educación y a la literatura universal. Sus poemarios *Haikus* (2018), *Péndulo amarillo* (2019) y *La médula nocturna*

na (2021). fueron considerados libros del año en su categoría en el recuento anual del crítico literario peruano Ricardo González Vigil; *La médula nocturna* (2021) lleva palabras de presentación de los escritores peruanos Winston Orrillo y José Beltrán Peña. Finalmente, ha sido distinguida y reconocida por el Congreso de la República del Perú, como “Ciudadana Honorable”, en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú en Homenaje a Lima en su 486 Aniversario de Fundación Española como “Ciudad de Los Reyes”.

FLORES DE CENIZAS

I

Hoy leí sobre el amor
que se esconde tras las lechugas,
en verdad son grandes
los frutos de aquel huerto.

II

Me iré como llegué
sin que nadie lo sepa.
Extraños son los versos
que no se pueden escribir
cuando las letras huyen asustadas
hacia las profundidades
de los bosques de bambú.

III

La montaña creció
socavé y socavé,
estación tras estación
y no logré vencerla
Yandang es demasiado hermosa
para olvidarla,
volveré el próximo invierno.

IV

Mi pensamiento divaga
perdido entre los pies
de un ejército
de hormigas rojas,
en vano intento
contar sus zapatos.

V

Un ojo que no mira,
una mano que no toca,
un reloj siempre de prisa,
una esfera que no gira,
se transformó en un rompecabezas,
estos nunca me gustaron.

VI

Solo veo ríos negros
sobre papeles de arroz
y ocho dragones
señalando el camino.
Nada importante
que deba recordar.

VII

Cigarrillo tras cigarrillo,
la habitación revienta de humo,
un cangrejo se ríe a carcajadas
cuando el Dragón terrestre
de un solo golpe
destruye el preciado jarrón.

VIII

La pluma duerme
dentro del caparazón
de una pesada tortuga

que se aleja y se aleja.
Estoy agotada.

IX

Se declaró día de duelo
nadie lloró, nadie entendía
el porqué de tanto aspaviento
Solo era un ave más
viajando hacia el oriente.

X

Contempló durante años como caían
bolitas de oro dentro de la boca de la rana,
estas anunciaban funestos acontecimientos.
Le ofrendo entonces sus manos
las recibió complacido,
alimentaron su enorme ego.

XI

En vano intenta despertarla
un lúgubre manto cubre su cabeza calva,
por fin se liberó de ella
cuando un hambriento perro
se tragó de un solo bocado a la Luna.

XII

La veleta siempre giraba
hacia la misma dirección,
lamentablemente el camino
era oscuro y pantanoso,
tropecé, perdí mis gafas,
cuando casi me di por vencida
las encontraron las plantas de mis pies.

XIII

¿Uno más uno?
Depende, es verdad y
no de la pluma del faisán
ni de los ábacos de perlas.

XIV

La arrogancia es mérito
de quienes poseen mentes pequeñas,
quizás en invierno, cuando las ramas caídas
solo sirven para alimentar
el fuego de la vieja estufa,
añoses los vientos de otoño.

XV

De la boca del Rey Dragón
siempre se alimentó el lago Yanhu,
algún día lograré bañarme
en sus aguas inmortales.

XVI

La luna mira de reojo
detrás de las colinas.
Avergonzada se esconde,
parpadea y sonrío.

XVII

Nubes nevadas
a la orilla del río Han
flotan mis pensamientos.

XVIII

Los dragones que pueblan el cielocustodiaron por siglos
el enorme huevo de piedrapor donde asome la cabeza.

XIX

Cuando la Luna cubra de plata mis cabellos
y mis manos pierdan la blancura del marfil,
odiosos pájaros me traerán dentro de sus picos
flores secas cubiertas de estiércol y cenizas.
Eso no será trascendente,
lo bello no siempre es verdadero
y lo verdadero, a veces resulta no ser bello.

MUCHACHA DE COLOR AZUL

Gracias por todo
muchacha de color azul,
avanza bajo la lluvia
con tu sombrilla de papel de arroz,
que nadie ose decir que
tu corazón no puede deshacerse.

EL TAÑER DE LAS CAMPANAS

Señor Oscuro,
socavar montañas
no fue nada fácil.
¿No crees que sea tiempo
de detener la marcha?
Los abanicos se duermen
sobre los luceros,
son pesadas piedras,
no logran contener
la espesa savia
de los ríos rojos,
ni el tañer de las campanas
del templo.

CASCARÓN ROTO

Durante treinta estaciones
los puentes y senderos
de la vida nos separaron
y el viento sopló rabioso
sobre los azules sueños
convirtiéndonos
en entes insatisfechos.

Cubrí todos los espejos,
levanté mi copa, bebí vino verde,
rojo dolor, purpúreas penas...
y me arranque las pieles,
y desangre mi vientre.

Marche sin itinerario
ciega, loca, perdida...
Entre mis pequeñas manos,
gotas de barro,
un cascarón roto
y un abanico de paja...

Desfiguré mis noches
hasta la blanca aurora,
arañando muros
sin tregua, sin pausa,
creando un mito de cristal
con cada imagen,
con cada verso.
con cada uno de mis rostros.

Y sellé las hendiduras
de todas mis heridas
con oscuras madre selvas.
Me revolqué en el dolor

mientras la muerte
arrancaba uno a uno mis cabellos.

Rompiéndome las memorias
descendí al infierno,
suspendida hacia abajo
ataviada de sombras
caminando pesadamente
entre torres alineadas
cuyo significado
solamente yo conocía
buscando no dejar de ser humana.

TRAS EL AULLIDO DE LA LOBA

Desde el vacío renacen mis cantos
para llamarte entre muchas sombras.
Regreso de mis tumbas
evocando la promesa
de unos ojos que no conocí
y que imagino entre centenares
de extrañas y azules esferas.

Sorpréndeme, hijo mío
alguna de estas noches,
cuando la Luna se esconda
tras el aullido de la loba.
Desciende del inmenso horizonte
con tus juguetes de ruedas
montado sobre el lomo
de un enorme pájaro celeste
y abrázame, abrázame fuerte
para llegado el momento
arrancarme la piel y vestirte de ella.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

La mariposa
Princesa de las nubes
escribe versos.

RETAZOS AMARILLOS

1

Se venció el tiempo
Emperador Amarillo
la exhausta espera termina
vienen por mí.

2

Diez soles rojos
desde lo alto del cielo
anuncian el final.

3

Si Vallejo escribió: *“Me moriré en París”*
por qué no he de escribir: *“Me moriré en Setiembre”*

4

No existe nada que no haya escrito,
solo son maneras distintas
en que exprese lo mismo.

5

Entre cinco montañas
se ocultan tus gritos
Pequeño Sol Amarillo
siempre te escucho.

6

Sobre la cuna de raso oscuro
danzó frenética la muerte.

7

El Mono Rojo bajó de las encumbradas montañas
y vivió entre los hombres como mortal.

8

Tras tu ausencia
mi alma fue sombra cautiva
y renuncie al anhelo de encontrarte
entre los Manantiales Amarillos,
mas suenan hoy los trinos repentinos de las aves
y por fin logro verte, renacer entre sus aguas.

9

Es imposible encontrar una senda tranquila,
un río de aguas plácidas y celestes
cuando antes de llegar a este mundo
ya estabas marcada por la bilis negra.

10

Sus notas vuelan sobre las nubes con eficacia,
son enormes y filudas espadas de verde jade.
Dibujan formas en el cielo, en la tierra y en el mar.
Hoy está dotada de alas y de garras.

11

Pequeño grillo amarillo no seas travieso,
el viejo limonero ya está cansado
de recoger los vestidos del manzano.

LA PUERTA DE LACA

La puerta de laca roja
permaneció cerrada,
y mis flores crecían
bajo la blanca Luna
retorciéndose en un manto
de espesas hierbas
sin poder respirar.

Regresas inquieta
entre colinas de pinos
y ríos nublados,
por cuarzos y perlas,
dejando atrás legiones
de sombras que murmuran.

GOLONDRINA DEL BANJÓ

Vestida de plumas y de jades, vuela la princesita amarilla
en los fríos Vientos del Norte del Señor Oscuro,
trae en su cintura un amuleto rojo mandarín.
Ella lleva preciados papeles y tintas de humo.
Avanza la muchacha pálida, pequeña mariposa del Qihe,
entre aromas de cerezos hacía los castillos dorados.
Contempla con sus rasgados ojos la azul bóveda
y piensa en el tiempo que navega sin sufrimientos.

Pobre Pájaro del Bosque
¿Dime qué guardas en el pecho?
Muchacha enamorada de los ciruelos maduros,
lleva a la muralla tus negros cabellos de guedejas,
tus ricas y frescas moras que el sorgo está retoñando.

Pequeña Ama de los Grillos,

ráfagas de hielo amenazan tus blandas aguas,
no te niegues a luz clara, con el corazón confuso
camina lenta en las noches de fuegos artificiales.

Sé, como el Sabio Escarabajo.
Las hierbas aromáticas crecen en pico de montaña.
¿Por qué estás triste entre los extraños humanos?,
miras gris al capullo del gusano verde que te roe.

Flor de la Orquídea, Golondrina del Banjón,
acepta que la hiel mata la claridad de tus sueños,
su humo espeso tiene pavoroso ser, giros ladrones.
La belleza a veces no es sensata y vanidosa mata.

Aroma del Oriente, Nüwa, la Diosa,
tu sonrisa es pequeño arco del reflejo de la Luna,
escucha en tu pecho el tañer del viento volar.
Begonia, conságrate al Sol luciendo tu hermosura.

Niña de mirada triste, primavera perfumada,
la hora ha pasado, a ellos les pusieron vendas,
y ciegos caminan por los fantasmas de la seda,
por las sendas que los conducen al infierno.

ÁRBOL SAGRADO
A mi padre

Cobija amor bajo el influjo de la magia de tu reino
purpúreas penas y amargas soledades.
Abraza entre tus raíces mi mundo de cristales rojos
y bajo tu copa celestial cúbreme de las tempestades,
dale a este corazón los símbolos de tu fortaleza y de tu aliento.

Que tu tronco sea el eterno vínculo entre nuestras almas,
Viste con tus himnos sagrados de primavera el Campo Santo.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

Cubre de oro y de sangre los cabellos de tu triste princesa,
borda de prisa el edredón de flores que le dé abrigo,
aleja los peligros y la funesta oscuridad que amenaza.

Acaricia entre melancólicos susurros, el entendimiento,
y sea tu veneno y fuego, procesión que espanta sombras,
en cada piedra ordena que sea grabada
una hoja con nuestros nombres.
¡Guerrero, levanta la espada en honor a la justicia!
¡Protégeme!

Ocultas las frambuesas que me alimentan con tus hojas amarillas,
y bajo tu copa mullida, dame tranquilidad entre tus ramas.
No pierdas jamás el grueso abrigo en invierno,
no dejes que me vean, cúbreme de encajes verdes,
sean tus tiernos brotes inspiración sabia de estas manos.

Aleja con tu aroma demonios, serpientes y vacíos,
limpia con la sabiduría de tus cantos los estanques de fango,
neutraliza el olor de azufre que enferma el alma y la mente.
Se fuente eterna, sabio protector y espejo de mis letras,
mística plegaria, oración divina, Cazador de Demonios.

Multiplica entre tus bosques fuentes de aguas cristalinas,
enriquece las crecientes flores de loto. ¡Multiplícalas!
Revela en cada escritura que inspiras todas mis estaciones,
Y cuando la comprensión se aleje, déjame dormir para siempre
a los pies de tu sombra.

EL PIANO

I

Desnudo, ansioso, hoy te aguarda el piano,
un cajón antiguo de cedro oscuro y raso blanco,
cárcava seria, robusta, altiva y arrogante.
Pégale sobre sus infaustas teclas dolientes
ponle encima tus rojas manos, recórrelo todo.

II

Que brote de él su creadora alma prisionera.
Tócalo con tu amor ágilmente, con firmeza
repica las vibraciones de su celeste arpa.
Lentamente en el vaivén de sus blancas olas
siente el escalofrió de mi alma agónica en ti.

III

Acarícialo despacio y sin temores, ábrelo
que él resuma hoy nuestra trágica historia.
En el concierto de las teclas que lloran
complacidas al sentir tus tibias falanges.
Y te embriaguen con todos los sonidos
de sus cuerdas y de sus tímidos martillos.

IV

Entre piezas negras y blancas, recibirás
en regalo, una comparsa de tristes llantos.
Hoy viste el mejor de tus trajes negros
en medio del viejo salón de paños dorados.

V

Allí te espera amado, impaciente el teclado
por el resto de su vida para ti inmoldado.
A pesar de que las horas negras lo visiten
en el umbral del sueño del tiempo infinito.

VI

Cuando el blanco polvo de los años se acueste
en la tétrica playa de la ingratitud y el olvido.
Toca amor sobre él ácidas y tristes melodías
una tras otra sin aplazamiento extírpaselas,
saca del corazón las alicaídas notas sangrientas
al compás de estremecedores besos nocturnos.

VII

Que la canción melancólica aleje de ti la risa
y retumben millones de tristezas adoloridas.
El glorioso concierto de la muerte llene el salón
de estrellas cautivas y hadas muertas.

VIII

Que los faunos bailen desnudos y descalzos
sobre su fastuosa y sacrílega cola antigua.
Desclava toda su cálida madera, hiérrelo
vibradle furioso hasta el último acorde gris.

IX

Pasea tus manos en la luz y en la penumbra
con pasión filarmónica de excitación y goce.
Desentierra los milenarios acordes de la cueva
del precioso teclado cadencioso omnipotente.

X

Haz que su alma se pronuncie con lisuras
dentro de la oscura caja musical de la muerte.
Mostrándole todos los sufrimientos y quejidos
de la vida que llevan los dolores y las congojas.

XI

Se alcen sus notas por la circunferencia finita
y se quiebren los cristales de toda ventana.
Las brujas huyan al final de las horas sombrías
y la noche llore torrentes de horrenda sangre.

XII

El magistral piano negro va derramando su alma
en cada nota que al salir se cristaliza en llama.
Entre las viejas partituras de grandiosas obras
se refinan y aminoran los conciertos de tristezas
de un contenido que el condenado piano solloza.

XIII

Tierna serenata de un ataúd que implora y llora
al sentir tus manos sobre su triste teclado.
Una voz se asfixia dentro de negra caja sonora
y el aire entero se llena de notas de oro y plata.

XIV

Sinfonía de inmensa tristeza que entre sollozos
te dice: sufro dolor de oscuridad y de muerte,
callado, inerte, sombrío mi paso al helado paso
al infierno que se debate entre el amor y olvido.

XV

Toca la tumba, mi sagrado aposento negro
¡Amado! que desde todos los tiempos ansío
que mi cuerpo ennegrecido por los deseos
sea por tus dedos surcado y profanado.

TEODORO RIVERO-AYLLÓN

Fundó el grupo literario Trilce en 1958. Ejerció la docencia en la Universidad de Trujillo y la Universidad de Lambayeque, y como profesor visitante en la Universidad de Nueva York y el Colegio Superior de Traductores de Teherán. Ha publicado los libros *Breve historia de la literatura americana* (1963), *Tres poetas de Nicaragua* (1969), *La literatura en la América precolombina* (1973), *Lambayeque, sol, flores y leyendas* (1976) y *Dolor, cuerpo y esperanza en Vallejo* (2008), entre otros.

PEKÍN

Aquí reinó una vez el hambre...

Si trazáramos una línea imaginaria entre las provincias de Heilongjiang, en el nordeste, y Yunnan, en el sudoeste, China quedaría dividida en dos regiones naturales: la del poniente es la de los desiertos y tierras baldías, la altiplanicies y cadenas montañosas. Hacia el este, se ofrece la región más fértil: la de los deltas, llanuras y ríos.

En esta última se concentra el 95% del total de la población china. Esto es, mora allí más de un quinto de la población total del mundo.

Ahora bien, si sumamos esta ingente cifra demográfica a las injusticias que este pueblo ha sufrido a lo largo de su historia, se tendrá el mural realista de lo que fue China antes de su Liberación: pobreza, hambre, miserias infinitas...!

Prostitutas y mendigos

Y no solo en las áreas menos favorecidas por la Naturaleza. También en las grandes urbes, que concitaron la atención y despertaron la codicia del Occidente. Si Shanghái fue conocida por sus treinta mil prostitutas, Pekín lo sería por sus seis mil mendigos.

A las puertas de Qian Men —me cuenta Yi Yehun— estaba Tachalán, la antigua calle de comercio, y desde tiempos de Marco Polo hasta antes de la Liberación, la zona prostibularia de Pekín: un laberinto de callejones, antros del vicio: Paishun, Langfang, Tsung-shu... Allí las casas de opio, los garitos, los burdeles —más de noventa de estos—, con sus drogadictos, sus delincuentes, sus tahúres.

El Pekín de entonces era otro, difícil de imaginar hoy. Paul Morand no se llevó mejor impresión: “Hasta que andar lentamente, aplastar montañas de inmundicias y escombros, pasar sobre lagos de lodo, que salpican las fachadas asquerosas...”

Cuando llegó Pierre Loti

Otro francés, Pierre Loti, camino del barrio tártaro donde estaban las legaciones europeas, encuentran en 1900, una China humillada por las potencias de Occidente y Oriente, e innumerables mendigos andrajosos, sentados en los rincones, tiritando bajo sus azules harapos... En torno, como lo había visto en el camino, algunos perros devoradores de cadáveres... Luego, silencio, soledad y ruinas, ¡y más ruinas...!

En 1895, Kang Youwei, un joven cantonés, viene a Pekín para participar en los exámenes imperiales. Se sorprende de encontrar, no lejos de la Ciudad Prohibida, los mismos cuadros de miseria que le han conmovido en los pueblos del trayecto. También la misma indiferencia oficial: “Adonde quiera se vuelva los ojos, el lugar está cubierto de mendigos. Los desamparados y los viejos, los tullidos y los enfermos, a quienes nadie cuida, caen muertos en los caminos. Esto sucede todos los días. Y los carruajes de los grandes funcionarios pasan, de continuo tan indiferentes, como los funcionarios locales en las otras provincias”.

Junto al río de las perlas

Kang Youwei recordaría a los miserables de los sampanes del Río de las Perlas, en su nativa Cantón. Allí 60,000 indigentes vivían hacinados en

juncos de un metro de ancho por cuatro de largo, al vaivén de las aguas, y sin las mínimas condiciones higiénicas.

Así, durante generaciones. Nacían allí y allí morían, víctimas de la explotación, alimentándose tan solo de legumbres silvestres y de afrecho.

—En Chengdú —me dice Yang Guangyu— no comíamos carne antes. Los ricos la tomaban solo dos veces al mes: el segundo y el décimo sexto día del mes lunar, celebran *el dayaji* (comer carne para consolar los dientes). ¡Era entonces toda una fiesta...!

Las mujeres que preferían el suicidio...

En Huidong, en la sinuosa costa frente al mar de la isla de Taiwán, las mujeres preferían el suicidio a una vida de humillación o de prostitución. Aún en 1987 Guizhou, en el sudoeste, no ha podido derrotar el analfabetismo, que alcanza al 52%; y todavía unos ocho millones —30% de su población— carecen de lo elemental para vivir.

“El cielo del pueblo”

En 1932, durante una de las más grandes miserias de la historia china, niños con el vientre hinchado morían a lo largo de los caminos; y hombres y mujeres, para no perecer, se alimentaban de cortezas y raíces.

No olvidan muchos las hambrunas terribles de Changsha, ni las cabezas decapitadas de los rebeldes, exhibidas para escarmiento de revolucionarios, en las puntas de las pértigas.

Sun Yat-sen sentenció, por ello, una vez:

“La cuestión del hambre es la más importante de la vida del pueblo chino...” Los antiguos decían: “Comer es el cielo del pueblo”... Cuando todo el mundo, en toda China, tenga qué comer, y pueda comer a bajo precio, entonces podremos considerar que se ha resuelto, en verdad, el problema de la vida de nuestro pueblo.

Pekín, setiembre de 1986

SHANGHÁI (I)

El París del Oriente

A orillas del río Huangpu, en el estuario del Yang Tse-kiang, con sus once millones de habitantes, Shanghái, esta “Perla de China”, “París del Oriente”, es una de las mayores urbes del mundo.

Cuando arribo, es ya de noche. Ha cesado la lluvia y una luna —alta y redonda— vierte su plata sobre el río. En el malecón, grupos de parejas y turistas contemplan las luces de los barcos anclados en la rada.

El Wall Street de Shanghái

Todo está hoy en paz a lo largo del Bund —lo que fue el *Wall Street* de Shanghái— bordeado de antiguos edificios administrativos, oficinas bancarias, tiendas comerciales. Aquí, donde antes de la Liberación se alzaban Standard Chartered Bank, Deutsche-Asiatische Bank, Hong Kong and Shanghai Banking Corporation. Y bancos de Nueva York, de Londres, de Tokio. También las trasnacionales que succionaban la economía del país, como la Shell Oil Corporation. Nanking Road centellaba entonces, en las noches, ¡con reminiscencias de Broadway...!

Las más grandes fortunas del mundo

Luego de la Guerra del Opio, Shanghái se convirtió en una concesión internacional donde cada potencia de Occidente gozaba de extraterritorialidad, contaba con sus propias aduanas y disponía aquí como de lo suyo.

A comienzos de esta centuria, las más grandes fortunas del mundo se concentraron aquí. En el extremo oeste de la calle Nan-kín, se conserva todavía la regia mansión de Kadoorie, uno de los capitalistas extranjeros, cuya familia —cuatro personas apenas— era atendida con un lujo de las mil y una noches por cuarenta sirvientes chinos, vestidos de brocado, con sus coletas oscilantes... Persas e iraquíes de sangre judía hicieron aquí fabulosas riquezas a costa del opio con que envenenaban a China. Entre estos, los Sassoon y los Hardoon, de quienes se dice que vinieron de Bagdad a Shanghái en camello y abandonaron la ciudad en Rolls-Royces. Una de las mansiones de los Sassoons es hoy, frente al Bund, el Hotel de la Paz, en que me alojo.

No lejos se abren los amplios jardines de Hardoon, un especulador en terrenos, que tuvo el capricho de copiar, en su vasta, suntuosa residencia, las excelencias del patio interior del Palacio Imperial de Pekín...

Huyendo del hambre y las inundaciones

En tanto, a las puertas mismas de la ciudad, la inmensa masa de los desheredados: campesinos que venían huyendo del hambre, las inundaciones y la guerra.

Marco Polo y las cortesanas de Hangchou

Y así, junto a la opulencia, también la miseria, las drogas, la prostitución. Claro que el femenino oficio venía desde antiguo. A Marco Polo le sorprendió —ya en el siglo XIII— el número de cortesanas que había en la vecina Hangchou, la bella capital de la dinastía Song del Sur. La risa cantarina, dispersas en diversos barrios de la elegante ciudad, Marco Polo las frecuentó, y las halló sensuales, inteligentes, diestras en las artes de la seducción: “Los extranjeros que alguna vez se solazaron con ellas, permanecen como en éxtasis... Tan cautivos quedan de su dulzura y sus encantos, que no las olvidan jamás... Cuando retornan a su país, dicen haber estado en Quinsai, esto es “Ciudad del Cielo”, y solo ansían ver la hora en que puedan retornar otra vez...”

“Prohibida la entrada a chinos y a perros”

Buen ejemplo es Shanghái de lo que fue China antes de la Liberación. Refiriéndome sus primeras experiencias acá, me dice Rewi Alley, el poeta neozelandés, que conoció el Shanghái de los años 20: “Nada me desconcertó entonces más, que la extrema riqueza y la pobreza extrema de la ciudad... Si uno se apartaba un poco de las avenidas principales, con sus edificios palaciegos, se encontraba de repente en medio de un laberinto de callejuelas malolientes, donde pululaban los mendigos...”

Paseando yo una tarde por el Bund, alguien me muestra, a la vera del río, el Parque Hangpu. Muchos años dominaba allí sobre la puerta un cartel: “Prohibida la entrada a los chinos y a los perros”.

Shanghái, noviembre de 1986

Nació en Piura en 1967. Por línea materna, desciende de inmigrantes chinos que se establecieron en Perú a raíz de la Primera Guerra Mundial. Perteneció a la llamada Generación del Noventa y es miembro del Movimiento Internacional de Metapoesía. Ha publicado los siguientes libros: *Insurrección del silencio* (Talara, 1994), *Eco del fuego* (Piura, 1995), *Revólver del amor* (Lima, 1996), *Canción triste de cualquier hombre* (Talara, 1998; Lima, 2003 y 2006), *Lámpara de fiebre* (Lima, 2003, 2006 y 2014), *Yo soy aquel espejo* (Lima, 2006), *Del mar y otros misterios* (Lima, 2018), *Veinte sonetos de amor y una canción inesperada* (Lima, 2019). Se han publicado poemas suyos en revistas como *La Casa de Asterión* (Universidad del Atlántico), *Letras Salvajes* (Universidad de Puerto Rico), *Periódico de Poesía* (Universidad Nacional Autónoma de México), *Boletín de Nueva York*, *Ariadna* (España), *La Náusea* (Francia), *Amnesia Vivace* (Italia), etc.

Ha sido incluido en diversas antologías de Perú y otros países.

1 + 1 = 0

*A Franz Kafka: en los barrotes de sombra,
todo buceo es el crujió oscuro de los dados*

Muy pegado a tu peso de paso profundo,
en la llegada final al sí supremo y fangoso de SER,
más allá de la cáscara carnal,
como decir, en el mismo corazón,
asiento viscoso de las pepas vitales,

y allí el color desgarrado del sufrir,
resbalaste y fuiste a estrellarte
en el negro fragor de tu concepto.
Dicen que no hallaste sino un cero muy agrio
donde la muerte incubó su péndulo de hueso.
Y cómo no iban a ser también ceros desiertos
tus ojos dados al zurdo matiz,
angustia ostral,
al ver que uno más uno daba el cero más hondo,
el hueco con/sin fondo que te traga y te vomita,
oh hombre



ESPEJO ABIERTO A TU SOMBRA

Sombra llorante sobre mi hombro.
Mi sombra no es mi sombra,
es el destino de una herida que se dobla ante tus ojos
desatando la plegaria del gato ante la lluvia,
del hueco ante la rosa,
del gato ante la noche.
Y esta noche que no me pertenece,
que alquilo a precio de tropiezos y de escombros,
destino mudo que atraviesa
un precipicio de gaviotas clausuradas,
las tijeras de un cadalso iluminado por mi paso,
la fonda donde viene tu nombre a emborracharse.

Del poemario *Eco del fuego*, 1995.

Tú sabes que nunca tuve edad
solo latidos
para anunciar todo el rocío
que escancia tu cuerpo
sobre el último lirio del deseo
Solo este canto
que a flor de sed creciente
subraya mi destino
Solo esta nave insomne
que vara en ti sin que lo sepas.

Del poemario *Revólver del amor*, 1996.

¿Hubo luna en nuestro sueño
o fuimos un error con dos ventanas?
(el puente de tu cuerpo se me apaga)

¿Hubo error en nuestro sueño
o fuimos las ventanas de la luna?
(el puente de mi cuerpo se te apaga)

¿Hay lunas?
¿Hay sueños?
O solo error (y sin ventanas)

Y sin embargo he sido error (tú: mi ventana)
Y eras un sueño
(yo fui tu luna en la ventana).

Del poemario *Canción triste de cualquier hombre*, 1998.

DANZA DE / LIRIO

alma del fuego: el canto
fuego del canto: el alma
canto del alma: el fuego
fuego del alma: el canto
canto del fuego: el alma
alma del canto: el fuego.

Del poemario *Lámpara de fiebre*, 2003.

Tu corazón
un faro ciego
Doblado el adiós en dos olvidos
cae como un eclipse
Punzan las aspas del rencor
y adentro llueve en forma de sin fin
De tanto fuego
reina la ceniza.

Del poemario *Yo soy aquel espejo*, 2003.

La cólera que quiebra al sueño en llantos,
que quiebra al llanto en párpados oscuros,
y al párpado, después, en socavones;
la cólera del pobre
tiene un incendio contra dos sudarios.
La cólera que al mástil quiebra en nieblas,
a la niebla en rencores insondables
y al rencor, en vigilias hiperbólicas;
la cólera del pobre
tiene dos hambres contra muchos lobos.
La cólera que quiebra al Ser en treguas,
a la tregua en tres aspas asediantes

y al aspa, luego, en marcas funerales;
la cólera del pobre
tiene un rugido contra dos bemoles.
La cólera que quiebra al cuerpo en sombras,
a la sombra en témpanos calofriantes
y al témpano, en navíos extraviados;
la cólera del pobre
tiene un puño solar contra dos lápidas.

Del poemario *Reflejos. Intertextualidad*, 2013.

A Lila Rosa Fan Mezones, mi madre

Mi madre se llamaba Lila Rosa,
y lila era su voz cuando cantaba;
y era rosa de miel si me encantaba
con su mirar de estrella candorosa.

Mi madre fue una lila primorosa
y una rosa de luz. Siempre espantaba
las sombras que la vida me aventaba,
las moscas de esta vida lazarosa.

Lila Rosa se fue y ya no hay nada
que oír en el jardín —ahora mudo—
de mi alma. Y una luz triste y helada
me devuelve su nombre en el que pudo
latir aquella lila almibarada.
Y la rosa solar que fue mi escudo.

Del poemario *Veinte sonetos de amor y una canción inesperada*, 2019.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

Yo sé lo que es el cáliz del tormento,
su vinagre, su hiel, su negra espuma,
el pozo de los ciegos que rezuma
enardecidas sombras de lamento.

Yo sé lo que es morir en el momento
en que la vida es solo cruz, y suma
los restos y las restas, y se esfuma
con un sabor oscuro de fermento.

Y sé que ante esa puerta ya imposible
—sin lirios de perdón, sin alborada,
ni humana voz que labre lo indecible—,

se abrió la luz como una fe dorada,
y pude ver al Dios de lo posible
llamándome al jardín de su morada.

Del poemario inédito *Sonetos contra la muerte*

Negras tinieblas
bañaban este lápiz:
tu adiós llovía.

Del poemario inédito *Bonsáis. Haikus.*

Cosme Editson Saavedra Apón nació en Sullana en 1977. Es contador público colegiado y recibió un Máster en Gerencia Pública de la Escuela de Innovación y Management (EUCIM Business School) en Madrid, España, y otra maestría en gestión pública de la Universidad San Martín de Porres. Es, además, diplomado en Gestión Pública Territorial por la Universidad Alas Peruanas.

Ha publicado las colecciones de cuentos *Ya no llovería para julio* (2007) y *El curso de las estelas* (2009); el libro de prosas poéticas *Fauna* (Siete Vientos, 2012) y *Faunario* (2017); los poemarios *Navega la luz desnuda* (2021) y *Demonio Astral* (Summa, 2021); las novelas infantiles *Carmelizo aprende a volar* (2018), *Contar para salvar el mundo* (2021); las novelas juveniles *Walac* (2010), *Adiós, Kitsune* (2011), *El cencerro dorado* (2012), *Walac y la hija del jaguar* (2013) y *Walac y el príncipe Corivilca* (2015) y *El jevi* (2021); y las novelas *Deicidio junto a las rosas* (Altazor, 2013), que compitió por el Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos en 2015, y *El prócer resplandeciente* (Altazor, 2021). Varios de sus cuentos han sido incluidos en antologías como *Fiesta en noviembre*, *Selección piurana*, *Estirpe púrpura*, *Piura, antología de narrativa contemporánea* y *Antología del cuento piurano* (Brasa, 2009), entre otras. En 2002 obtuvo el segundo puesto en el Concurso de Cuentos Crisol (Miraflores-Lima) y el segundo puesto en el Concurso de Cuentos José María Arguedas, organizado por la Asociación de Escritores Todas Las Sangres. En 2008, cuento “Botella LXVI-El curso de las estelas” obtuvo una mención honrosa en el concurso de cuentos “2008 palabras”, organizado por la editorial Mesa Redonda, Starbucks Coffee y Zeta Bookstore. En 2009, obtuvo la primera mención honrosa en el área de poesía, con el poemario *Odeim outeprep (Miedo perpetuo)*, en el VI Concurso

Literario Nacional Mario Benedetti y Juan Ramírez Ruiz (Perú), organizado por Conglomerado Cultural (Lambayeque-Perú), y el primer puesto en los Juegos Florales Carlos Augusto Salaverry, organizados por la Municipalidad Provincial de Sullana, en el área de narrativa, con el cuento “La rebelión de las esperanzas”. En 2014 fue semifinalista del concurso de novela Altazor. En 2017 ganó el V Premio de Novela Infantil Altazor 2017, con *Carmelizo aprende a volar*.

CHINA TORCAZA

Era su apelativo, por sus venas orientales y la magnitud de sus alas remontando los abismos. Menudita, pero temperamental. Ella fue la culpable de que nosotros saludáramos y amáramos con la misma magnitud a los felices y a los caídos en desgracia. Los amigos del barrio se burlaban de nosotros cuando saludábamos a los mendigos, a los locos o a las mujeres obligadas al mal vivir. Nos hizo auténticos desde pequeños, la verdad y la justicia campeaban entre sus ojos andinos y orientales, entre sus brazos de sábilas y campanillas silvestres. Ella volaba, segura, sobre la calamidad o la bonanza de los inviernos y su silbido era la señal de los buenos tiempos. Hacía un pututo natural enlazando las manos y silbaba como una duende cabellos de oro en el fondo de nuestra tristeza. No entiendo cuándo todo se vino abajo, si ni siquiera el aguacero del ochentaitrés pudo derribar los fuertes fustes en los que sosteníamos nuestros sueños y juramentos. Madre, estoy avergonzado porque no debí marcharme y dejarte en el barco en plena noche torrencial y con pocas provisiones. Hasta ahora llevo un lado de mi vida donde aún eres la capitana y me guías a través de los vendavales. Simplemente creo que no hay poema más exacto que tus ojos puestos en mi frente, que tus manos inventando manantiales de luz en los precipicios de mi niñez. Hace falta que ella ponga sus arrullos de Torcaza china en esos corazones áridos y destruidos por las tormentas del abandono y la intolerancia. Recuerdo que después de un duro castigo ella se encerraba a llorar. Cuando era niño siempre pensé que no tenía corazón, que era el verdugo de casa. Hasta que una vez la seguí hasta su cuarto, después de habernos propinado un duro castigo. Y la escuché llorar a ella, a la que pensé que era más dura que el acero y las tormentas. Llorar por habernos lastimado, se daba valor

a sí misma. Decía: si quiero que mis hijos sobrevivan a la negra ola de podredumbre y desamparo de la ciudad, debo disciplinarlos para que actúen de acuerdo a lo que más conviene al mundo y se ganen las cosas por su esfuerzo y sus propios méritos. Ella siempre tuvo la esperanza viva puesta en nosotros, cantaba y se desvelaba en nuestras cabeceras y cuidaba mis poemas como pequeños tesoros del futuro. Nosotros que estamos tan perdidos mirando el espejo del tiempo y de las vicisitudes que a veces nos olvidamos que somos la punta de una madeja que debe irse acabando para que tejamos nuestra vida. Le decían señora china. Mi abuelo materno no sabía mucho el castellano, vino del Oriente. Era un experto tocador de todo instrumento que cayera en sus manos, desde una arcaica lira hasta un sofisticado violín.

Mi madre, que siempre aplacaba nuestros corazones con una sonrisa cuando los aguaceros tempestuosos azoraban la ciudad, narraba cuentos de terror, en aquellas noches cuando cortaban la luz producto de la caída de las torres de control para la época de los ataques de Sendero Luminoso o cuando nos rehusábamos a ir a la cama luego de haber bebido una taza de té que un día era verde, otro día naranja o rosa debido a los caramelos que usábamos para endulzarlo. No había buena comida ese tiempo por la escasez producida por los malos manejos económicos del primer gobierno del aprismo. Pero ella estaba siempre allí solucionándolo todo con esas hermosas manos que volvían a resarcir el mundo después de un terrible descalabro. Ahora llega a casa y la abrazo y siento que su corazón da inmensos golpecitos de alegría. Ella sabe que siempre fui el orgullo de sus ojos orientales, llenos de sueños realizados. No puede decírmelo para no causar celo entre mis demás hermanos, pero yo lo sé, por eso la abrazo fuertemente y ella sabe que no va a haber nunca una lluvia tan feroz en la que ella no pueda abrigarnos con sus palabras que siempre tienen duendes y encantamientos para sortear la terrible vorágine de las calles, cuando al cielo se le rompe el corazón y llora terriblemente sobre el planeta. Mamá está allí, sobre el mástil, llevándonos a la playa de la felicidad con sus azules manos de filibustera.

Del poemario inédito *Animales de barrio*.

PIES PALPANDO EL VACÍO

“Y es que el Arte es también
Eso; un destierro solitario. Una travesía
Tejida desde los piélagos del dolor y
El silencio”

José Díaz Sánchez

Al artista de los zapatos y la palabra:
José Vega Otero. REQUIESCAT IN PACE

Ismaelito es tan duro como un zapato de cuero, es un zapato de cuero. Siempre me está contemplando. Le he cosido los ojos con la misma devoción con que coso las suelas de los demás zapatos y a pesar de ello me sigue contemplando. El problema de Ismaelito es que increpa; si elijo charol, él dice gamuza o si prefiero cuerina, él dice cuero y tengo que soportar sus refunfuños, aun cuando estoy preparando el desayuno y me alisto para abrir el taller. Por las tardes Ismaelito duerme entre las cajas tiznadas y el polvo reciente. Afuera, los ventarrones no perdonan y además de eso, la gente; vienen a husmear por la ventana, pues me pongo a renegar con los zapatos desbaratados y si me buscan es para que los saque de aprietos. Me gusta sacar de aprietos a la gente y para ello soy metódico: primero empiezo por los zapatos y, luego, odio llegar a los bolsillos. Me siento deshonesto, tal vez inoportuno, cobrando un salario misericordioso por una actividad que por lo menos me depara algunas visitas circunstanciales. Estoy en la ruina, pero eso no es tan terrible como la vida solitaria, inventando confidentes. Hay cosas que ya no tienen arreglo y eso me defrauda, pienso de cuántas formas uno puede ser útil para los demás e inútil para consigo mismo.

Me molesta que la gente me mire a los ojos; pueden preguntar qué tengo, por qué me veo triste. Por eso los miro a la mitad, hasta donde llega la cintura, me gusta que nadie descubra mi flaqueza; pero a veces no la contengo y, sí, desesperadamente, busco una mirada o algo en qué sostener mi cuerpo mareado por el tufo del pegamento sintético. Además, tengo un problema en la columna, un problema también de escrúpulos cuando hay que deshacerse de una pieza irreparable. Todos los zapatos pueden ser algo más que una reliquia si están bien claveteados y un desperdicio si el clavo,

la aguja y el pegamento ya no pueden recuperarles la vida. Ellos están vivos, por eso es que Ismaelito increpa y quiere que le dé otra función menos denigrante que la de servir de amuleto para la prosperidad del negocio.

Susana es la única que me entiende. Por otro lado, he tentado algunos poemas para esa muchacha que, mientras converso con Ismaelito, asoma el rostro por la puerta del dormitorio a unos pasos del taller, me cierra un ojo y descubre sus hermosos muslos. Ismaelito dice que ella es peligrosa, que algún día, me asestará la puñalada y que esa sería una forma muy indigna de morir, tal vez la más patética. No es una falta de consideración hacia Susana hacerle caso a Ismaelito y revisar las almohadas cada vez que duermo con ella. Debo cerciorarme si realmente tiene o no un puñal. Ese gesto para ella, sin despertar sospecha de mis temores, es más que uno de mis tantos achaques de poeta apasionado por descifrar el calor acumulado por nuestros cuerpos después de hacer el amor. Creo que no es preciso que describa, en este astillero de zapatos averiados, aspirando el fuerte olor que amodorra la casa, cómo lo hice; cómo es que le cosí los ojos a Ismaelito y lo puse a mirar adentro de un saco negro que pronto fue, con la misma diplomacia que se portaba conmigo, a charlar con los desperdicios del taller y luego con el voraz camión de la baja policía. Susana celebra que me haya librado de semejante dolor de cabeza y su celebración consiste en una risotada de cristales disparándose a todos los ángulos del dormitorio, incluso afuera, en el otro compartimento, donde bostezan largamente las pastas y los millares de zapatos que se han visto obligados a pasar algunas noches enfilados en mis barbáricos anaqueles.

No sé si lo que dije una vez Ismaelito se cumplirá. Ya llevo mucho tiempo investigando las sábanas, donde reposan los “Fantasmas de la Crisis”, de mi propia crisis, incluso entre las hojas de los libros que merodean mi cuarto y no existe ningún indicio de cuidado. Por precaución también introduzco los dedos en las oquedades de los zapatos recientes, especialmente en los de mujer y al no hallar nada los traigo instintivamente, del otro compartimento y los arrojo bajo la cama, tal vez para inventarme otra mujer aparte de Susana y que ella se enfurezca por mi supuesta traición y revele de una buena vez adónde tiene escondida el arma y pierda torpemente los papeles delatando sus intenciones macabras. Pero no lo hace, es tan impasible cuando quiero que no lo sea y muy sentimental si las agujas y el martillo, en esas mañanas frías y monótonas de invierno, me devuelven a

la realidad con una soberbia y presurosa dentellada. A ratos pienso que lo que dijo Ismaelito lo dijo por un arranque de celos o algo parecido. Estaba cansado de lo mismo, sabía que mientras asistía a sus congéneres siempre estaba pensando en la noche, en la literatura y en los muslos de Susana. Por lo pronto, puedo asegurar (tal vez me equivoque) que Susana es una criatura inofensiva, pero capaz de exaltar mis más oscuros arrebatos. Hace en buena medida lo que me place y si se le ocurre un nuevo ritual es porque conoce demasiado mis ojos vacíos y lo que busca es llenarlos de miradas profundas y cabellos dispersos. Como refería anteriormente, no me gusta mirar a la gente de la cintura para arriba, solo miro a Susana, la dulce cara de Susana.

En este momento ella está preparando el último juego de la noche y no sé, pero creo que nunca la he visto triste o tal vez siempre estuvo triste, pero lo supo ocultar hasta el último juego, el de ahora. Lo que gusta de ella es que es sumisa y no como Ismaelito que siempre criticaba categóricamente lo que hacía; si echaba más pegamento por aquí, si había una puntada más grande por allá. En cambio, Susana no, siempre obedece. No es una criatura peligrosa, jamás lo será. Ahora prepara la silla y la sogá para jugar a mirar al mundo con los ojos agitados y menos tristes, mirando tenderse las letras de una extensa y alegórica carta en la que confío mis últimos avatares, me ha provocado algunos espasmos. Entre las palabras elegidas para esta confesión van enfilados los espacios en blanco, en dolorosa armonía, como los huecos cenicientos de todos los zapatos a los cuales, diariamente, les recupero la vida. Ese sabor abismal se remonta y todo lo escrito comprueba qué tan profunda puede ser la soledad y hasta dónde empieza a sofocar si se desciende a una de sus tantas madrigueras. En esos abismos se descalabra un fragmento de mi existencia y Susana llora pegada a mi espalda y sus cabellos resbalan por mi cuello y es tan adorable respirar su aroma. Respirar su aroma y mirar la sogá, la silla, también inofensivas, una sobre otra, pendulando, con la beatitud que si una fuerza angelical me tendiera una alfombra de nubes elásticas hacia el centro de la habitación. Tal vez de esa manera Susana será más real, ya no la única que llamará desde los espejos o detrás de las puertas; sino, estaremos los dos, fantasmales, riendo, viendo la boca desfondada de Ismaelito y escuchando una y otra vez su tierna historia de haber guarecido mi pie durante la infancia. Tal vez de esa forma un zapatero solitario como yo verá el auténtico rostro

de Susana y no los cientos y miles de poemas desechados que trataron de traerla a la realidad para que me amara al punto de acceder a todos mis desenfrenos.

Ver esa sogá allí y jugar con sus prolongaciones. Saltar, llorar, llorar demasiado, luego ir a los espejos, detrás de las puertas (espero no extraviarme) y llegar directamente a sus brazos. Eso espero. Ella, no sé, creo que se alegrará al verme desnudo y pedirá que no mire atrás porque me deprimiría demasiado al ver mi ropa desesperada, colgada en otra forma de armario. Por lo pronto, eso no sucede. Estoy escribiendo. Escribo sin freno. Los cabellos de Susana se meten por la comisura de mis labios, el ventarrón de la noche golpea las ventanas semicerradas y el juego aún es una simple alucinación. Aparte de ya no escribir jamás, ni siquiera de poner una mano sobre mis pacientes zapatos, lo que me niego posteriormente es no tener el beneplácito de leer el periódico de mañana y reírme de las conjeturas de algunos periodistas. Me niego, además, los renovados cafés con los poetitas provincianos, esos que huelen a pegamento, a madera labrada, a pintura al duco, a gasolina gris y que sueñan ardorosamente con una buena edición y con muchachas como Susana. Algún día nos encontraremos para forjar poemas de diferentes tallas y de variados colores, de variados espíritus, con la horma de cristal o con la capellada de hierro. Por ahora, hay algo que hacer. Afuera todo es tan vacío, adentro estoy yo y eso basta para determinar que el mundo se ha desfondado, que se necesitarían más de mil calafates, como yo, para reparar ese monstruoso zapato que sostiene a la humanidad. Por eso abordaré la otra nave y sin abrir los ojos me lanzaré a cubierta. Lo que no estoy seguro es cuánto demorará el zarandeo y por cuánto tiempo mis pies estarán palpando el vacío.

DEMONIO ASTRAL

A Los Ángeles del Abismo

I

Llevas el mundo atrapado en tus garras
Bella bestia tachonada de estrellas.
Toma mi mano que cae en la noche
Como un poco de ceniza sin tiempo.
Ya no quieres que corra como un niño perdido
A través de tus ojos de montaña sin cielo.
Demonio de las cosas, que triste eres sin tu fuego
Sin ese cuerpo turbio atrapado en lo inefable.

II

Solo tú entiendes mis días sin amor y sin mariposas
Porque no tienes estas alas que pesan tanto de sudor
Ni estas manos que intentan abrirse como flores verticales,
No te resguarda la noche, eres esa estrella muerta en la nada
Lloras en la puerta muda de un poema escrito al filo del destierro
No tienes derecho a vivir en este tiempo destinado para los felices.

III

Demonio que juega a ser ángel en estas lágrimas rotas de olvido
Que cae como un pájaro de tiniebla en el abismo de mis ojos
No te quiero ver tendido a mis pies porque se me arrancan las alas
No quiero que tomes mis manos porque son de ceniza amarga, ciega,
Ángel que cae verticalmente, dando tumbos en la tristeza,
Ven por mí en esta vereda sin cielo, en esta casa que ya no me duele
Porque ha caído, con su caballo de amor en el morro de la noche.

IV

Me duele tanto verte sin tus ojos de grifo encantado
Petrificando la tristeza de los mortales,
Me duele más verte hecho un mar de lágrimas en una esquina del tiempo
Que pasen todos por allí y solo yo pueda ver tus heridas de mercurio.

Sucede la noche sobre tu espalda infinita de heridas abiertas, titilando,
Como océanos que se trastocan cuando ya nada vale la pena
Y crece en silencio ese témpano negro de lágrimas y ceniza
Y nadie viene por ti, a ofrecerte una fogata.

V

Las niñas corren tras tu manto purpureo
Vienes a ver el musgo que crece en el tejado
Las mariposas que anidaron en tus cabellos
No te encuentra el viento que recorre los cerezos
Ni los tulipanes ardientes que resguardan la tragedia.
Has decidido marcharte en el primer arcoíris
Sabremos de ti solo a través de tus versos arrebolados
De tus puñetazos dialécticos impregnados de misterio
De tu gran amor a los idiotas y a aquellos que creen
Que el mundo aún sigue siendo solidario
Adiós demonio astral, adiós curandero de la palabra escrita.

Nació en Lima en 1994. Es licenciada en literatura hispánica por la Pontificia Universidad Católica del Perú. Fue estudiante de intercambio en la Universidad de Bonn, en Alemania, y actualmente está realizando su posgrado en la Universidad de Pittsburgh, en Estados Unidos. En 2013 ganó el Premio a la Investigación Académica con la monografía titulada “La resistencia y la sumisión: Helena y Teresa, dos modelos de mujer en la novela *La ciudad y los perros*” (2012), y el 2016 el premio PADET por la tesis “Representación y mecanismos de silenciamiento en personajes femeninos *queer* en dos novelas peruanas de los años 90: *Efecto invernadero* y *Las dos caras del deseo*” (2017). Participó en la investigación sobre la celebración de la limpia de acequias en la comunidad ayacuchana de Sacsamarca, producto de la cual se estrenó un documental y escribió el artículo “Entre el Original y el Ideal: análisis del documental *Kayqayá yakuchanchik- Sacsamarcapa yarqa aspiynin (Aquí está nuestra agua-Limpia de acequia de Sacsamarca)*” (2019). Su interés radica en la construcción de los personajes femeninos y *queer* en la literatura peruana y en la ficción. Asimismo, sus investigaciones giran en torno a las *performances*, la sexualidad, las tecnologías y la cultura popular, en especial la cultura popular japonesa.

.exe

404 (NOT FOUND) . . .

0

. . .

[RESTARTING SYSTEM]

. . .

. . . .

.

ERROR

[INSERT COMMAND]

*

153 days

without shouting the frustration on my hands

<Search_memory>

. . .

FILE UNAVAILABLE

Lima, 29 de diciembre de 2018.

DEVENIR

Aparta la vista del monitor. Exhala. Ciento cincuentatrés días... *¡Todo un logro!* Pero el texto... *¿Sería mejor...*

```

00110001 00110101 00110011 00100000 01100100 01100001
01111001 01110011 00100000 01110111 01101001 01110100
01101000 01101111 01110101 01110100 00100000 01110011
01101000 01101111 01110101 01110100 01101001 01101110
01100111 00100000 01110100 01101000 01100101 00100000
01100110 01110010 01110101 01110011 01110100 01110010
01100001 01110100 01101001 01101111 01101110 00100000
01101111 01101110 00100000 01101101 01111001 00100000
01101000 01100001 01101110 01100100 01110011 00100000
01110111 01101001 01110100 01101000 01101111 01110101
01110100 00100000 01110100 01100101 01100001 01110010
01101001 01101110 01100111 00100000 01100110 01101111
01110010 00100000 01101101 01100101 01101101 01101111
01110010 01101001 01100101 01110011 00100000 01110101
01101110 01100100 01100101 01110010 00100000 01110100
01101000 01100101 00100000 01110011 01101011 01101001
01101110
    
```

Orgullosa. *¡Ahora es totalmente ilegible!* Hacía años que no escribía. Una profesora: “Deberías intentar con el realismo”. Suspira. Había dejado durmiendo por casi dos años una historia... *¡Una narrativa nutrida por el Girls’ culture y, por qué no, por el anime, el manga, la cultura geek, el yuri y el GL! ¿Y si le sumamos referentes literarios? Autoras que hayan tocado el tema de colegios femeninos como Gi---*. Siente vergüenza de sus pensamientos. Ni había tenido la decencia de cubrirse los labios con la mano, único medio con el cual podía al menos salvar su rostro y pasar con una expresión neutra. Mira los alrededores: una sala vacía. El día de hoy estaba a salvo. La mayoría de los profesores estaban en clase. El reloj: unos minutos para las doce.

De vuelta a la pantalla. Sam recordó sus días en Literatura. *Fracturado, dirían.* Fracturado como sus relaciones y su memoria. Una media sonrisa.

Debería escribirle, pensó. ¿Pero qué podría decirle? Nada de lo que podría en unos minutos, cuando se encontraran en el comedor.

El poema. Faltaba algo... Sabía que al menos le tomaría el pelo a un par de personas... *El nombre*. ¿Cómo firmaría?

Sam Vega Carrasco

¡Lau fon! El nombre no le ayudaba.

Nostalgia. Algo se perdía. Los días de colegio. Desde la secundaria vino con naturalidad entre sus compañeras el apodo de “China”, y su rol —porque todos tienen un rol—: el de “escritora”. Un vago recuerdo de la universidad: *La ciudad y los perros*. *El canon, lo público y las “grandes historias”*. *Vargas Llosa: el padre de la literatura peruana contemporánea*.

Todo le parecía ya una tontería.

Sam Wú

El apellido paterno. Siempre era el apellido paterno.

Sam Wú Choy

伍蔡 Sam

Ya comenzaba a jugar con las palabras y los apuntes que había obtenido hacía años mientras se hacía la detective con su apeu y su tía abuela. Si un día no encontraba la información, quizás resultaría en el siguiente. Era extraño cómo a veces la memoria se esclarecía. *Borges y sus laberintos*.

“¡Lau fon!” No había escuchado esa palabra hasta su adultez. El máximo insulto en su familia era “sonkei”. Y ella no era sonkei. Sí querían, sus tíos y su mamá podían serlo; ella no. *Prácticamente la hija menor*. *La primera nieta*. El lugar ideal para matarse de risa y burlarse junto con su apeu.

A veces se preguntaba por qué nadie analizaba cómo la presencia de los dos apellidos —el paterno y el materno— formaban la subjetividad del sujeto. Es decir, en otros países occidentales las mujeres heredaban única-

mente el apellido del padre, y luego se manejaban con el del esposo. Y ni qué hablar si tenían hijos... Poner el mismo apellido de la madre podría resultar engorroso. *El apellido de la madre...* Algo se perdía.

Un ruido: el celular. Ya había llegado. Desde que había comenzado a trabajar en la universidad, su estómago la había disciplinado para comer todos los días al mediodía. Cierra la laptop. No había avanzado con las correcciones que tenía pendientes. Y no tenía cabeza para eso. Toda su atención estaba dirigida al gran viaje.

Hasta donde podía recordar, su bisaken, quien fue comerciante en Perú y llegó a tener un chifa y una ferretería, llegó con dos apellidos: Augusto Wú Lim (伍林). De igual manera su tataraken, quien era médico tradicional y llegó a Lima a finales de 1920 con toda su familia: Nicanor Choy Yick (蔡易) (?). Si revisaba la historia de estos “patriarcas”, le resultaba interesante cómo fallecieron “tempranamente”, de tal manera que la presencia femenina en el lado materno de su familia era más fuerte.

Por el lado de las mujeres, su tatarapeu solo poseía el primer apellido y el de casada: Natalia Chang de Choy (陈 / 陳) (?). Y con mayor razón su bisapeu, quien nació en el país con los dos apellidos: Eugenia Choy Chang (蔡陈 / 蔡陳) (?). Eugenia, también conocida como Mimi —en cuyo saco alguna vez encontró con su apeu bordado a mano lo que parecía ser su nombre chino: 月眉— fue muy querida por la comunidad: enseñaba el español (lengua y escritura) a los migrantes y tenía muchos ahijados. El día de su cumpleaños, el cual coincidía con el último día del año en el calendario occidental —*Capricornio, un signo frecuente en la familia*—, era de frutas y gallinas en abundancia. Fue gracias a ella que sus tres hijas tuvieron educación. Por recomendación de los Wu¹, las inscribieron en el Colegio Rosa de América. *¡Y así, el inicio de tres generaciones que estudiarían en un colegio femenino (las dos últimas en uno femenino y religioso)!* Fue gracias a ella, también, que se dio el cisma del clan durante el velorio de su madre. No reconocería, al menos ese día, a su hermano mayor como la nueva cabeza de la familia.

Busca en el comedor. Ve al fondo, junto a los microondas, un hombre un año mayor, jefe de práctica al igual que ella. Su enamorado. Agita la mano, y señala una de las mesas. Hacía un par de días que no lo veía y ya tenía una barba mullida. Le fascinaba. Dejó su mochila en la silla y fue a calentar también su comida.

¿Qué secuelas psicológicas dejan en uno la imposición del matrimonio? ¿El ser desarraigado? Su bisapeu sufrió aparentemente de depresión. Se encerraba en su cuarto y no quería ver a sus hijas. Su tía abuela había sido diagnosticada con Alzheimer hacía siete años, y su caída fue estrepitosa. Otros sucesos: el suicidio luego de migrar por segunda vez, el incendio de la casa familiar, la esquizofrenia. Entre los descendientes de chinos, las historias sobre la locura y las enfermedades mentales eran muchas.

Lo quería como nunca en su vida había querido a otro hombre. Pero desde hace un tiempo...

En los últimos meses había vuelto a sentir que en el pecho algo le agobiaba. *Calma*. Con un movimiento que trata de pasar lo más natural posible, presiona: colgado, el jade que le había regalado su apeu cuando tenía seis.

Pronto se iría del país. Por lo menos cinco años. Él también. Al otro lado.

La segunda generación: Siulan (小兰) (?), Kim (金) y Yen —nombres exclusivos en la familia, sin registro oficial—. Todas ellas tuvieron la suerte de no imponérsele el matrimonio en la adolescencia, de elegir si se casaban. La juventud de los años sesenta. Lima era ya una ciudad de migrantes. Migrantes que insultaban a otros migrantes. Casarse con otro tusán, y mejor con europeo. *¡Pero tengo apellido español!* Muerte social. La tercera generación. Su madre: mestizaje, blanqueamiento. En esa época muchos descendientes de chinos vieron un ascenso social. Ella mantenía un segundo nombre chino, el cual sí figuraba en el acta de nacimiento: Siuyen —“pequeña flor”—. La única de esa generación que mantenía un nombre chino en la familia. Juventud de los ochenta y noventa: terrorismo, crisis económica y “vuelta al orden”. Pero lo más importante: liberación sexual. *Heterosexual. Homosexual solo en la literatura...* *¿Y por qué no lo puse?* Ahora sentía su tesis —ya sustentada, entregada y bendecida por el jurado inconclusa.

Scheiße. La memoria a veces era innecesariamente clara en las anécdotas, pero no para los caracteres. Su tía abuela si pudiese le resonraría... Ahora le pellizcaría. ¿Para que sirvieron entonces las visitas por lo menos dos veces al año a El Ángel? Ahí al menos estaban grabados los caracteres en las lápidas. *La costumbre...* ¿Y cómo pronunciar las palabras de manera exacta? Las clases de Lingüística: fonología y evolución del castellano. *¡Se*

relaciona! Sibilante, aspirada, gutural... Apeu no es para todos "apeu". Es "afeu", "afo", "apo"... Y la lógica de ello, si recupero mis apuntes... ¡Basta! Le quedaba claro que no era su memoria la que estaba fallando. No aún...

Conversaban sobre las clases, los viejos amigos, los trámites que estaba realizando para su viaje, la postulación de él al posgrado. Veían el celular de vez en cuando, se mandaban imágenes. Uno le robaba comida al otro. Lo de siempre.

Oye, hay un alumno que creo que te gustará su trabajo.

¿Ah sí? ¿Qué hará?

Lo queer en...

Lo queer. Lo abyecto. La norma. La fluctuación, la desterritorialización y reterritorialización. El sujeto y su ¿identidad? La sexualidad. El cuerpo y su multiplicidad. Recuerda a Deleuze, a Butler, Preciado, Kristeva, Lacan, Viñuales, Wittig, Rubin, Tuhkanen, Miller, Halberstam, Kirsch... Conversación con su mejor amiga (25 años): "Para tener el cuerpo tan presente, a veces me olvido del propio". Conversación con su enamorado (18 años): "Pero... También te gustan los hombres, ¿verdad?"

El cielo nublado. El encierro y la melancolía eran permanentes en Lima. ¿*Lo eran?* No. Esa crisis ya había quedado atrás. Ella no era como los personajes de la literatura de los noventa.

Se despidieron. Él tendría una reunión de coordinación. *Invierno, y los días son cada vez más cortos.*

Ya no tenía más que hacer. Regresaría a su casa y dormiría un rato. Llegaría, saludaría a su apeu y su tía abuela. *Esquivando el pellizco.* Pasaría el rato leyendo algo, viendo una serie, una película, o en un videojuego. Total, lo nerd y lo otaku nadie se lo quitaba: *Persépolis, Cromosoma Z, Mädchen in Uniform, Entre mujeres solas, Liz and the Blue Bird, Claudine à l'école, Olivia, Saving Face, A Summer's End: Hong Kong 1986...* Todos, idiomas que dominaba. Pero ninguno en cantonés. *La lengua materna. Cantonés, no mandarín.* Escribiría. Estaba cansada, y aun así su única neurona seguía. *Fun kau.* Insistía. Desde que dio con la respuesta, ya no tenía cabeza. Su mamá llegaría en la noche. En cinco años, ¿las vería? En cinco años, ¿qué haría la enfermedad con su tía? En cinco años su mamá cumpliría los cincuenta. En cinco años... ¿qué sería de su apeu?

Cada generación. Las historias. Las experiencias. Lo que estudiaba. Todo cobraba sentido.

Debería hablar. Nunca fue claro. Los logros y el esfuerzo. Quería ser una buena hija, no causar problemas. Algún día se haría cargo. Las cuidaría. Invierno. 26 años. Pronto dejaría Lima. Llegaría a casa y, *por favor shut down*, cerraría los ojos...

...¿Cuándo les diría?

NOTAS

¹ Celia Wu ha escrito sobre su familia y la importancia que le daban a la educación en “Recuerdos de familia” (2006). Era curioso, ya que la primera vez que Sam escuchó sobre la historiadora fue cuando habló con su asesora de tesis sobre la historia de su familia —*la historia privada*—, y le preguntó si acaso Celia Wu era su familiar. Lo cierto era que su padre había sido padrino de la tía abuela de Sam, y había escuchado un par de anécdotas.

LILIANA COM

Nació en 1953 y estudió Secretariado Bilingüe. Su padre, Florencio Com Tack On, emigró de China al Perú a los dieciocho años durante el tercer gobierno de Augusto B. Leguía, invitado por Ernesto Com, su tío y dueño de la Importadora Pow Cho y Cía. Su madre, Natalia Com Liu, llegó de China a los veinte durante el gobierno de Manuel Odría específicamente para casarse con él por un matrimonio arreglado. Mientras estudiaba francés en la Alianza Francesa de Lima, trabajó en el chifa *Siulán*, el chifa *Chun Koc Sen* del Barrio Chino de Lima y luego creó, junto con Chang Ken Li, el chifa *Wa Lok*, del que fue gestora cultural, convirtiéndolo en un centro de actividad cultural y puente entre las culturas china y peruana. Presentó su poemario *Canto a la vida, al amor y al desencanto*. En 2020 la Casa de la Literatura Peruana le otorgó un reconocimiento por toda gestión cultural a través de los años. Junto con la poeta Doris Moromisato, participó en varias ediciones de las publicaciones “Poetas por la Tierra”, asistiendo a eventos poéticos en diferentes años.

Sabiduría

El que vive es un viajero en tránsito.

El que muere es un hombre que retorna a su morada.

Li Tai Po

Dinastía T'ang

Gracias por la esencia latente y silenciosa
que nos descubre y fortalece
nos abre al mundo que llevamos dentro.
Así,

sabemos que no hay misterio
entre la vida y la muerte.
Todo es natural como el día y la noche
todo tiene su principio y su final.
La vida es una sucesión de puntos interminables
en el camino emprendido.
Buscar la verdad en nosotras, debemos
ayudar a quien lo necesite,
luchar contra nuestras imperfecciones
encontrar la armonía y el equilibrio.
Así,
cuán bella y difícil resulta la vida
cuán aceptable e inevitable la muerte.

Herencia

Ni el agua que transcurre torna a su manantial.

Ni la flor desprendida de su tallo, vuelve jamás al árbol que la dejó caer.

Li Tai Po

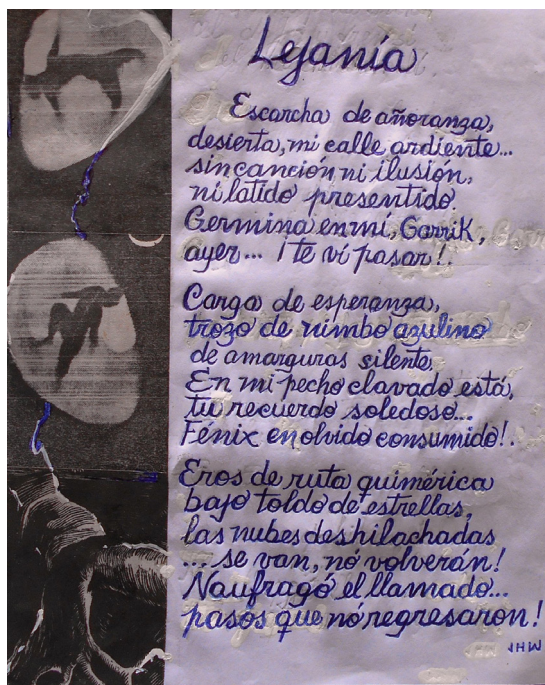
Dinastía T'ang

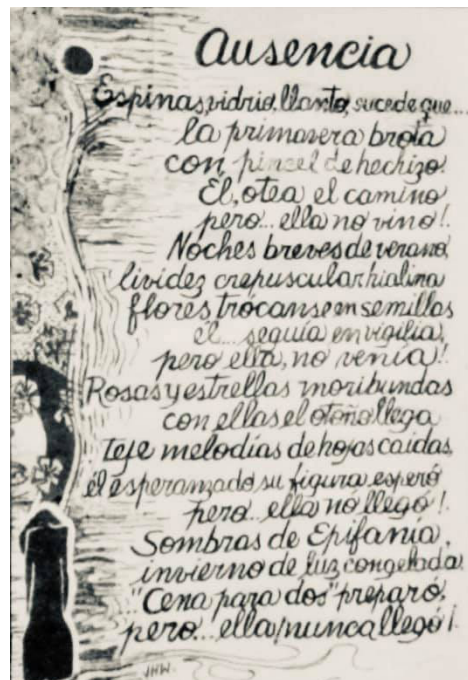
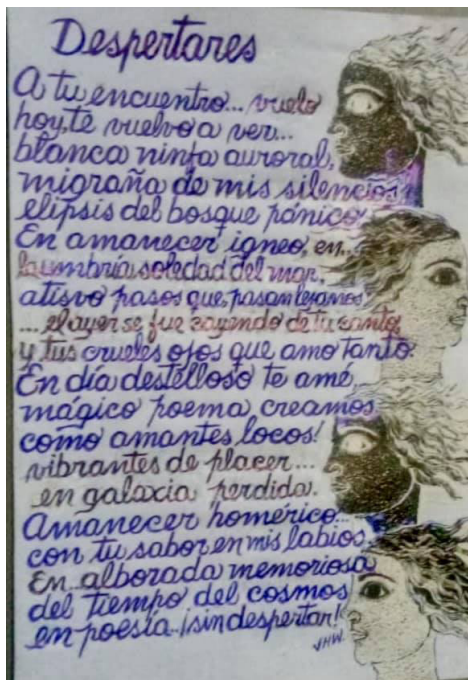
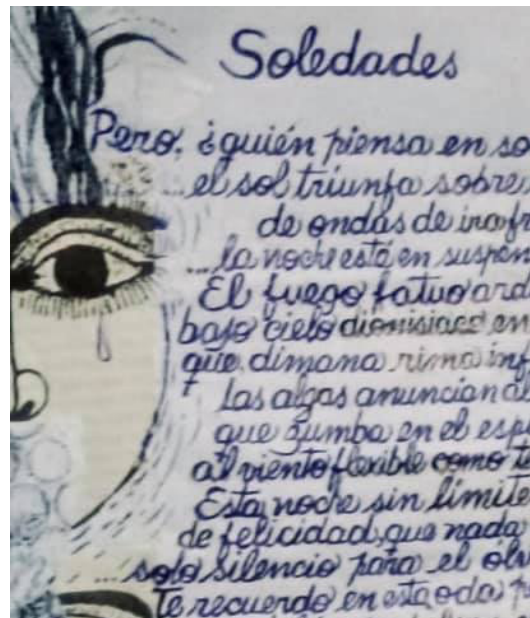
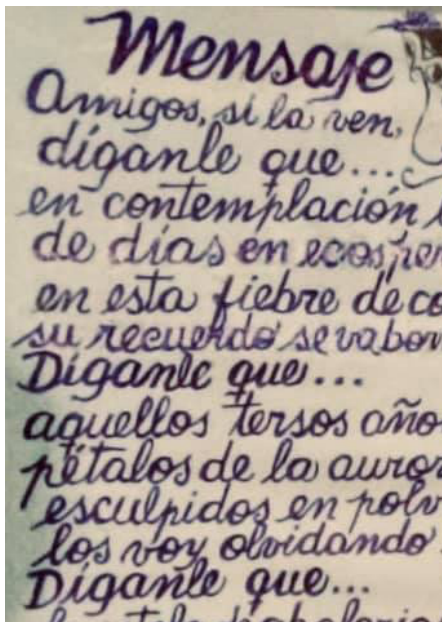
Como hoja desprendida del árbol sigo lenta el fluir de la brisa
y me devalo sutilmente hecha de seda y bambú,
la fuerza viene de mi interior, herencia de mis antepasados.
Raíces nunca abatidas, nunca esclavas, eternamente libres.
Transcurre el tiempo y me sorprende
la intensa vida que descubro en mí,
me despierta, me pone alas.
Abatirme, claudicar ya no puedo.
Soy, ante mis ojos, la seda y el bambú
delicadeza y fuerza, mágico legado de mis ancestros.

JOSÉ HUERTO WONG

Es pintor y grabador. Es egresado de la Escuela Nacional de Bellas Artes del Perú, donde continuó como profesor de grabado. Ejerció el cargo de director del Taller de Grabado José Sabogal, del Museo de Arte de Lima. Por su inmensa labor ha recibido numerosas distinciones, como Primer Premio de Grabado (1973, Escuela Nacional de Bellas Artes); Primer Premio en el Concurso de Arte Gráfico Latinoamericano; Primer Premio en el Concurso de Pintura del Centro Federado de la Escuela Nacional de Bellas Artes de Lima. Cuenta, desde 1960, con numerosas exposiciones individuales y colectivas en el país y el extranjero. Ha recibido elogiosos comentarios en sus muestras de Nueva York, Hungría, Polonia y Checoslovaquia, entre otros países.







Es un artista multidisciplinario que se mueve dentro de las líneas de la interpretación, fotografía, poesía, *performance* y últimamente como creativo de contenidos digitales, aunque de vez en cuando sale de esas mismas líneas. Egresado del IV Taller Avanzado para Actores a cargo de Alberto Isola, ha tenido como guías en talleres a Roberto Ángeles, Gilbert Rouvière (Francia), Víctor Hugo Vieyra (Argentina) y Francisco Lumerman (Argentina). Ha participado en varias obras teatrales como *Karamazov*, escrita y dirigida por Mariana de Althaus; *Maribel dice los pises*, de Alfredo Bushby dirigida por Diego La Hoz; *Moonchildren*, de Michael Weller, dirigida por Paco Solís Fuster; *Kehper (La noche del escarabajo)*, escrita y dirigida por Ernesto Barraza Eléspuru en el Laboratorio Virtual de Obras Cortas #SinFiltro del Teatro Británico; *El rancho de los niños perdidos*, escrita y dirigida por Sebastian Eddowes, entre otras. Ha llevado talleres de dramaturgia con Mariana de Althaus, Gonzalo Rodríguez Risco y César de María. Ha escrito la obra *Manta y vilca*, estrenada en Casa Pausa y en el Lugar de la Memoria (LUM) en dos temporadas; *PLUMA*, en el marco de la temporada Expediente F; y *Asfixia*, coescrita con Caro Black Tam en Microteatro. Cursó el Laboratorio de Danza Butoh, dirigido por Ana Laura Ossés (Argentina); Principios del Ballet con Miguel Burgos; Taller de Cine Expandido (16mm) por Juan Daniel Molero; Taller intensivo de Apropiación Sonora de un Cortometraje por Carlos Gutiérrez Quiroga (Bolivia); Talleres de improvisación con Feffo Neyra y Mariana Palau; y talleres de voz y canto con Chaska Paukar y Luzma Hernández. Participa activamente en publicidad y televisión. Actualmente, es *host* y parte del equipo creativo de La Sesh by Akashic Studio, programa de entrevistas y entretenimiento dedicado a músicos de la movida local peruana.

-PERSONAJE-

El horizonte es dado
Ya estabas ebria cuando regresé a dar un paseo por Alberto del Campo
Llevé un libro por si en alguna esquina caliente apetecía sentarme
Pero no dejaba de pensar lo que harías mientras estaba fuera
Llegué
Y ya habías bebido casi botella y media de vino blanco Los Andes
Estabas triste
Y enojada
El día había sido hermoso
Pero olvidaste tu bolso favorito en el taxi

No ayudé mucho al conversar
Yo también estaba triste y enojado
Nuestra enfermedad es acompañarnos
Pero lo sabíamos desde que según tú
Di un agujón al besarte en el Boulevard
frente a la Plaza Municipal de Barranco
Donde alguna vez Martín Adán vomitó
Antes de entrar a su casa.

El horizonte
No está en ninguna parte
Me digo antes de acordarme que he releído a Lao Tsé
Hace unos días
La calma
La calma
La calma
Una lavadora rechina a la par

Me hago el Santo
Quisiera acuchillar al vecino
Y contengo
Más de la cuenta

Me hago el Padre
No he visto muchas películas
Pero ya he matado al mío
Y presumo hacer doble turno

Me hago el Dueño
Y edito el currículum para trabajar en una cervecería
En calle Bonilla solo por un sorbo de una doble IPA
Antes de irme a besar tus labios de nopal

Me hago el Abuelo
Que ni siquiera he conocido
Y le empapo flores de otoño
Cuando los floripondios tienen plagas municipales
Semanalmente
Porque pido un Pan Mien en el Barrio Chino
Y me despido con un Xièxiè sin dejar propina

Me hago el Intelectual
Y tengo más libros para apoyar
Vasos
Ceniceros
Mi sombra
Minerales rocas volcánicas cuarzos cianita ámbar que creía
En algún punto me ablandarían el corazón

Me hago el Poeta
Y ni siquiera he podido terminar de leer a Ezra Pound
Porque me levanto tarde
Y siempre tengo sueño
Porque tengo dos lentes de descanso
Y utilizo un tercero
Porque voy a La Noche
Junto a la rockola a castigarme con cumbia barata

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

Me hago la Madre
Cuanto quisiera esto
Una panza grande
Que se hinche todo
Tener tetas y la sabiduría de la Naturaleza

Me hago la Mujer
Cuando en la cama
K me enchufa la eterna cruzada
De las guerras imposibles
Entre tanto gemido de principiante adornado de laureles
En la fuerza que sostengo
Desde el estómago para sangrar
De algún modo
Como quisieran todos
Un cambio constante
Repetitivo
Una esperanza
El peligro de los días

Me hago el Yo
Mismo soy
El que dice
El que piensa y no dice
El que te piensa
Y exagera
El Todos más ninguno como él.

-COMO UN PERDIX-

¿qué sería si anido a lo alto?
no sería consciente de mi caída

pero aún en mi oculto sentido de timidez
y la posible imagen de mi saludo

creo, al fin, ser, el del perfil que nunca encuentra
la forma o el discreto manejo de la elegancia
de modo alguno que, para sentirme fuera de lo aburrido y cortés
mi cuerpo obedece solamente a una reacción plana

¿qué sentido podré ganarle a este agotamiento?

y llevar a todos los ojos al descontrol por dentro
y cuando estoy solo /solo salgo
y cuando estoy con alguien a quien me gusta besarle los pies /solo salgo
y cuando estoy quizá a punto de prender un papel en blanco
o solo estando, me vuelvo como un Perdix
clavado en la tierra
o para sentirme lejano, solamente remojó las patas en los setos húmedos
y así
y al fin
y a qué /estando ya arriba /como ahora /como nadie nunca /como cualquier
nunca /sostengo
—me lo repito indiscriminadamente hasta tener alas—
sostengo
sostengo
¡sostén! /te /me /

en fin, las ganas de mis visiones a veces tornan en asuntos —solo eso—
fútiles,
no sé si remedio de locura
desborde de turbias aguas en el tórax o
algún desmembramiento de mi sueño
ablandarían
a esta débil y profusa angustia de tranquilidad llena de preocupaciones.

FÁTIMA SARMIENTO

Es creadora interdisciplinar, tusán y bruja autodidacta. Nació en Lima en 1985. Realizó sus estudios en la Escuela Nacional Superior Autónoma de Bellas Artes, el Instituto de Artes Visuales Edith Sachs y la Pontificia Universidad Católica. En 2012 estudió caracterización de personajes y FX en Córdoba, Argentina. Le interesa el collage, la fotografía, la escultura, el video arte, la música, la pintura, la poesía, y el cine. Empezó a desempeñarse como profesora en 2009. Durante tres años enseñó en el Instituto Toulouse Lautrec. Ha impartido cursos de artes visuales, creatividad y experimentación. Su investigación explora múltiples ramas de la creación audiovisual y los vínculos entre las diferentes disciplinas artísticas. Indaga en temáticas de identidad, sexualidad, psique, autoconocimiento, espiritualidad, astrología y tarot. En la actualidad reside en Lima, se dedica a la creación artística y comparte talleres de experimentación, collage y fotomontaje en *Fauna Collage*.

POEMA DESNUDO

Mientras duermo
las flores descansan,
si abro los ojos
ellas me piden que crezca,
ruega el universo
también por mí,
las circunstancias me persiguen
con un único fin.
A veces tengo miedo,

y me equivoco,
el universo todo
es mi casa.
Hasta el que me lastima
es mi amigo,
mi corazón late recién nacido,
y mi conciencia sabe que tengo miles de años.
Vuelvo a cerrar los ojos...
el hambre y la sed
a veces me perturban,
más donde existe uno
no falta nada,
donde todos somos uno,
el equilibrio alcanza,
para no caer
mientras todo gira.

SIN TÍTULO

Piel salada,
curvas
destino
descomposición de lo bueno
transformación ecléctica
usos varios del destino,
suerte de azar,
premeditadísimo plan,
escape nulo,
fuertes amarres, inestabilidad,
un pie en el aire, el otro también,
ojeras de siempre,
siempre marcado,
lugar sin fin,
esfera premeditadísima.

SIN TÍTULO

Porque cada cosa debe
al padre nada y una parte,
ninguna parte y una nada,
sin embargo, la compañía
resulta útil, la pertenencia
es necesaria para vivir,
a dónde pertenecen los que
no se corresponden, qué
campo habita el deshabitado,
la madre muerta deja
huérfanos
de país, de
estado, de adjetivo.
Saber quién calma
el destierro es como
buscar dos donde solo
está uno mismo.

IRONÍA DE LA FORMA

La bella forma de lo informe
la total forma de lo informe
la totalmente perfecta
la perfectamente total informe;
unisonidad y autosuficiencia de lo ingrátido,
sutil irrisorio de lo bello a la vista,
el monstruo informe derramado y exacto.
Plurisensorialidad...
al impátido megáfono de la cordura.
Exquisitez narcisista...
pura cualidad del “de vil”.

SIN TÍTULO

El dolor es una prostituta
vestida de rojo,
y el cuerpo desmenuzado de rojo
por dentro,
nadie sabe por qué cruel es la sangre,
nadie sabe por qué rojo es el beso,
y el verso,
por qué lleva el puño, la letra, el esfuerzo, el gesto,
la prostituta, el rojo de la sangre que lleva dentro.

SIN TÍTULO

Fotografía impresión física
de la realidad invisible...

velocidad capturada en una imagen
sin movimiento;

pregnancia de un elemento básico
pero reemplazable;

astucia de un lente para adentrarse
en un mundo y salir ileso.

VEDRINO LOZANO ACHUY

Nacido en Tarapoto en 1981, es licenciado en Educación en la especialidad de Lengua y Literatura. Cursó estudios de maestría en Literatura Peruana y Latinoamericana en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Ha publicado los poemarios *Bálsamo de cenizas* (2001), *Fuegos Fatuos* (2003), *Boleros para uno y otro tiempo* (2005), *Shadowplay. Diario de Ian Curtis* (2010) y *El hacedor de lluvia* (2016). Han aparecido poemas suyos en revistas virtuales e impresas y en distintas antologías poéticas. Asimismo, es autor de las novelas infantiles *Abril y el devorador de palabras* (2012), *Abril y la ciudad de las palmeras* (2013), *Matías y las sonrisas perdidas* (2013), *Abril y el secreto de las catacumbas* (2014) y *El bosque de los sentidos* (2017).

GUILLERMO

Guiado por las antorchas de las ménades mi abuelo atravesó el océano en un barco de papel. Sus ojos rasgados marcaron el caudal de los ríos convirtiendo a los hombres en peces y tortugas.

Entre banderas rojas y dragones de jade blanco me sumerjo en su historia. Bebemos el rocío de las palmeras y masticamos un poco de chonta para saciar la sed.

Decide iniciar la pesca.

Con maestría arroja la caña y un pequeño cartucho al río. Un fuerte sonido invade la selva y enseguida anochece.

De la ayahuasca su efecto es, me dice.

Del libro *El hacedor de lluvia*, 2016.

El origen de un gran nombre

—Abuelo, ¿por qué esta ciudad se llama Tarapoto? —preguntó Abril. Luego agregó: ¿Y por qué le dicen “La ciudad de las Palmeras”?

—El nombre viene de hace mucho tiempo atrás —respondió el abuelo—. Es una historia que se remite a tiempos lejanos y que se han conservado a lo largo de los años, gracias a que se han transmitido de generación en generación.

—Cuéntame la historia, por favor, abuelo —le pidió, emocionada.

El abuelo sonrió ligeramente y luego suspiró mirando al vacío.

Ella reparó en el detalle de que cada vez que se reía, daba la impresión de no tener ojos. Entonces recordó la primera vez que lo vio recostado en su hamaca de colores, en medio de la sala, y con un cigarro entre los dedos.

—Abuelo, hemos venido a saludarte —le dijo su padre—. ¿Cómo has estado?

—Como siempre —respondió, mostrándoles los dientes, lleno de jovialidad. Esa breve sonrisa le quedó grabada en la memoria. Ahora que lo tenía nuevamente delante, volvió a reparar en ello.

Sus cabellos estaban más canosos, su tez colorada y sus pequeñas pecas le daban un aspecto tierno y sosegado.

Abril se acercó y lo abrazó.

Mientras lo tenía abrazado, esbozó una risa cómplice.

—¿Puedo saber de qué te ríes? —inquirió curiosamente el abuelo.

—No es nada —respondió ella—. Es que me acordé de algo gracioso. Si te lo cuento ¿prometes no molestarme conmigo?

—Y ¿por qué habría de molestarme? Acaso se trata de algo malo.

—Lo que sucede es que cuando te vi por primera vez, me llamaron mucho la atención tus ojos achinados. Y pensé que te habías quedado así, después de la inyección que te puso el doctor

—y volvió a reírse con mayor intensidad.

El abuelo soltó una gran carcajada.

—Así que eso fue lo que pensaste la primera vez de mis ojos. ¿Y ahora qué piensas?

—¡Ay, abuelo, ya sé que tus ojos no son jalados por esa razón! —y lo volvió a abrazar.

—Ven, vamos a caminar —propuso el abuelo—, quiero enseñarte algo antes de contarte la historia sobre el origen que da nombre a la ciudad.

Se levantaron de la vieja hamaca, atravesaron el pasadizo principal y llegaron a la calle. El sol estaba radiante aún. El abuelo miró al cielo y comentó que era buena hora para ir a conocer la gran roca negra.

Mientras caminaban, le contó que la calle antes no estaba asfaltada y que todo era tierra, lo que obligaba a los vecinos a regarla todas las tardes para evitar que el viento levantara polvaredas.

—Ya te podrás imaginar lo fresco de las tardes en esa época —dijo el abuelo.

Continuaron caminando despacio hasta que Abril divisó sobre un peñasco una roca negra de gran tamaño.

—Es allí —le indicó el abuelo

Desde ese punto de la ciudad el paisaje era hermoso.

—Siéntate —le dijo.

Luego agregó:

—Lo que vas a hacer, no se lo debes contar a nadie.

El abuelo la miró fijamente y luego le puso su mano en el hombro.

—Cuando recién llegué a estas tierras, un viejo amigo me enseñó este ritual. Por muchos años guardé con mucho celo este secreto. Muchas personas me buscaron para que les enseñara los misterios de la selva, pero vi que en sus corazones no había interés por aprender. Hoy ha llegado el momento de compartirlo contigo. ¿Estás preparada?

Abril asintió y se dispuso a hacer todo lo que el abuelo le decía.

—Cierra los ojos y escucha atentamente: la selva puede hablarte. Lo hace con el canto de los pájaros, los grillos y las cigarras, o con el suave aleteo de una mariposa. Todos los animales que habitan estas tierras tienen su propia historia; de ello puedes aprender mucho.

Al igual que nosotros, ellos también tienen derecho a vivir y merecen respeto. Eso no debes olvidarlo nunca. Ante la naturaleza somos iguales.

Ahora extiende tus brazos y lentamente abre los ojos. Contempla todo lo que hay a tu alrededor ¿Puedes sentir la magia del lugar? ¿La paz y armonía que se respira en ella? En la selva todos conformamos una unidad, vivimos en armonía; por lo tanto, tu alma también debe estar en paz y ser uno con lo que te rodea.

Apenas terminó de hablar, el abuelo tomó sus manos y sopló sobre ellas. Después continuó con la cabeza, cabellos, brazos y piernas.

—Hemos terminado. Ahora ya estás completamente purificada —le dijo en un tono solemne.

Abril se sorprendió de que el abuelo, a pesar de haber nacido en otro continente, no tuviera problemas para adaptarse a estas tierras. Sus padres lo trajeron cuando él era apenas un bebé y conforme iba creciendo aprendió las costumbres de los pobladores, el idioma entre otras cosas, incluso le dieron un nombre nuevo al ser registrado.

Con el tiempo, aprendió el arte de las plantas curativas, de las raíces y cortezas típicas, convirtiéndose en un curandero respetable, una especie de chamán y de hombre sabio. Muchos le consultaban distintos temas de construcción, hidráulica y sembríos. Era conocido como “el chinito sabiondo”.

Fragmento de la novela infantil
Abril y la ciudad de las palmeras, 2013.

YOSSY WONG

Nacida en Lima, es hija de un empresario cantonés. Yossy Wong desarrolló sus habilidades en un prestigioso Estudio de Abogados durante veinticinco años. Estudió en el programa “Mujeres empresarias” de la Universidad del Pacífico y *Marketing* en el Instituto ADV, pero su intuición la llevó a disímiles negocios e inversiones. Ha viajado por el mundo generando oportunidades empresariales. Participó en la innovadora Misión de Negocios Internacionales-USIL Dubái 2017.

Gracias a su iniciativa, *Nadadita* se ha convertido en uno de los referentes más importantes respecto a la promoción y difusión de la natación en Perú. Su labor ha sido reconocida por múltiples instituciones como la Federación Deportiva Peruana de Natación, la Unidad de Salvataje de la Policía Nacional y por la prensa nacional a través de los diarios *El Comercio*, *La República*, la revista *Oriental*, la revista *Caretas*, *Radio Programas del Perú*, *Radio Televisión Peruana*, entre otros. Ha publicado los libros *Nadadita* (2020) y *Loto* (2020).

TE CUENTO MI HISTORIA

Tú, apreciado lector, que acabas de empezar a leer esta historia, ¿te has imaginado en el espacio exterior dentro de una nave exploradora? Imagínate con tu casco y el equipo más sofisticado que se haya inventado. Ahora, que eres el primer ser humano que pisa Marte o una Luna de Júpiter. Alucinante ¿verdad? Pues bien, así fue como me sentí hace más de diez años y este libro trata de ello. No de haber llegado al espacio, por supuesto, sino

de cómo hacer posible lo que parece imposible. Y es que todo está dentro de nosotros, ¿sabes? Solo es cuestión que tu deseo se convierta en decisión y acción. Ya lo verás si vienes conmigo y sigues leyendo.

Bueno, ahora debo decirte que esta historia es de la vida real y espero que te de muchas buenas ideas. Yo creo que existe algo así como un punto clave en la vida de cada uno. Y que para todos hay una experiencia única esperando en el camino, aunque sea solo para los que logran descubrir su destino y lo siguen con pasión.

Ahora me toca presentarme. Mi nombre es Luisa, me llaman Yossy y hoy me conocen por la Nadadita. Esta es mi historia.

Fuimos doce hermanos porque nací en una época en que lo más normal era tener muchos hermanos. Mi mamá era muy bella y noble y se llama Luchita, y digo que así se llama porque ella sigue en este mundillo de los vivos. Mi papá se llamaba William, era un inmigrante chino y en el barrio le decían don William. Era todo un personaje, andaba con el rostro fruncido y repetía dichos y refranes de la China o simplemente de su mente tan singular. No aceptaba ninguna discrepancia. ¡Solo gallo canta! ¿Dónde se ha visto que gallina canta? le decía a mi mamá, con su castellano a medias, si ella osaba opinar.

Mi papá siempre nos requintaba, por alguna falta que sus ojos veían. Por eso siempre andaba tenso y molesto. El tema cultural es súper importante, él había vivido mucho y para nosotros esa vida era como un océano muy pero muy profundo. Para comenzar era mucho mayor que mi mamá, le llevaba 36 años y nos decía que los hombres en la China podían tener todas las mujeres y los hijos que pudiesen mantener. Eso nos dejaba perplejos porque mi papá exageró un poquito, tuvo dieciséis hijos en el Perú y algunos otros en los lugares más lejanos del mundo. Bueno, con tantos hijos las cosas no eran fáciles, pero creo que él hizo lo mejor que pudo, nos dio lo que tenía y nos enseñó lo que sabía.

Sería bueno que te cuente más de mi papá. Como dije, fue un inmigrante, aunque no vino en la época de los *coolies*, cuando los chinitos fueron engañados y traídos casi como esclavos. Él llegó al Perú mucho después y era oriundo de la zona comercial de Cantón, al sur de China. Como ya te dije él nunca aprendió el español, pero se dejaba entender con aderezos, palabrotas y todo. Compraba y vendía, ganaba bien y cuando llegó a una edad ya madura, descubrió a mi mamá. En serio.

En el pasado los novios daban una dote por la novia y mi mamá se merecía el valor más alto de mercado. Era como una muñequita de porcelana, con cinturita de avispa y una boquita de coral. Era muy, muy bonita. Mi papá extrajo una cinta métrica de sastre y procedió a tomarle las medidas. El papá de mi mamá, o sea mi abuelo, aceptó la transacción y mi mamá se casó con mi papá sin chistar. Cuando supe de esta historia le pregunté a mi mamá. Así fue, me dijo ella, pero tu padre era tan hábil para los negocios, que al final nunca pagó la dote.

Mi papá tenía su negocio en la calle Capón. La calle Capón es hasta hoy la vía principal del Barrio Chino de Lima, ahí donde los inmigrantes asiáticos pusieron sus comercios y fusionaron sus platos con la rica comida peruana. Pero había de todo y mi padre aprendía de lo que veía. Un día nos prohibió que usáramos monederos pequeños y que masticáramos chicle. Mis hermanas y yo andábamos de cabeza buscando una razón para tal prohibición. Teníamos de 12 a 15 años ¿Qué de malo podían tener los chicles y monederos? Hasta que mi hermano nos dijo un poco a regañadientes la razón. Las chicas malas de la calle Capón usaban la goma de mascar como código y tenían unos discretos monederos para abrigar sus ganancias.

Con su carácter receloso y nervioso, mi padre solo quería protegernos. Y si se trataba de cuidarnos, se ocupaba de nuestros alimentos hasta extremos paranoicos. Él decía que la comida calentada hacía mucho daño, así que mi mamá, pobrecilla, cocinaba tres veces al día. Por lo mismo, jamás nos permitió gaseosas, nada de chocolates, ni soñar con un chizito y una suerte de sentencia a muerte contra los caramelos. ¡Come sano!, decía mi padre y mis loncheras estaban llenas de arroz sin sal, pescado y ensalada de verduras, lo cual me llevó de modo inexorable al mundo de los negocios apenas cumplidos los dieciséis años. En efecto, con un discurso irresistible, canjeaba el contenido repetitivo de mis loncheras por los tallarines verdes o el seco de carne de alguna de mis compañeras de oficina.

¡No sean como ovejas, *tiunamá!*, decía con autoridad. Pero creo que mi papá había vivido muchas cosas raras, y estaba siempre desconfiando de todo. Tal vez por eso tenía una forma especial de hacerse respetar. Cuando la disciplina era burlada y el relajo brotaba, mi papá de frente sacaba un revólver y lanzaba *bangbang* dos tiros de balines al techo. Un día conversando con mis amigas, les conté que mi papá disparaba *bangbang* cuando se enojaba. Yo pensaba que eso era normal y todas me miraron como si

hubiera bajado de una nave espacial. Fue por esa razón, que ya no les dije que mi papá dormía con su pistola bajo la almohada.

¡Come sano *tiunamá*!, decía mi padre con una retahíla de frases incomprendibles y en Navidad no había panetón ni pavo. Y si hablamos de Navidad, tampoco había juguetes, ni una barbie, menos una bici. No pude encontrar jamás la relación entre comer sano y criar *barbies*, por eso hoy tengo una increíble colección de miniaturas traídas de todo el mundo. Millares de figuritas que reemplazan un poquito y en chiquito los juguetes que no tuve.

Sí, mi infancia fue bastante rara. No sé si puedo decir que fue dura, pero, así y todo, aprendí lo que significa emprendimiento, tratando de conseguir aquello que mi papá no me quería dar. Y como debes saber, el emprendimiento es la base de toda empresa y negocio. Pero no vayas a creer que mi papá era malo, no señor, aunque hasta aquí te lo haya parecido. En realidad, él trataba de protegernos a su manera. Nos quería librar de todo peligro, llámese comidas insalubres, juguetes enajenantes y hasta de los ángulos de las mesas que él forraba para que no nos hagamos daño al tropezarnos. Y bueno que no le faltaba razón, con una jauría de doce niños la casa era un campo de batalla; uno de mis hermanos se metió un casquillo de bala por la nariz y el otro un papel finamente enrollado por el oído. El hospital público de Grau fue nuestro segundo hogar.

Y bueno, como trataba de cuidarnos de todo lo malo, mi papá también nos alejó de un modo paranoico y terminante, de aquello a lo que él mismo le tenía pavor, ahogarse en el mar.

¿De dónde le venía ese miedo a mi papá? Nunca hablaba de eso, solo que era evidente, cada que nos prohibía que fuésemos a la playa o incluso a la piscina. El mal te ahoga, el mal mata, decía siempre con esas poquísimas palabras aprendidas del castellano. Y si salíamos a cualquier lado, decía que el auto te atropella. Y cuando íbamos a una reunión, que podía haber un incendio. Pero, con todo, el mayor terror siempre fue hacia el mar. Y como su dicción trocaba la ere por la ele, entonces la palabra mal entendida como maleficio, se asimilaba a la mar y eso parecía darle toda la razón.

Una vez escuché de mi mamá que un hermano de papá había muerto ahogado y otra vez oí que mi papá había tenido un accidente en alta mar, justo en la travesía hacia el Perú. Como haya sido, el resultado fue que nos inculcó de tal modo su fobia, que yo le temblaba a una piscina de bebés. En serio, el terror de mi papá lo hice tan mío, que lo superé con creces.

Mucho miedo también da cuando terminas la secundaria y no sabes qué pasará con tu vida. Pero, suertuda yo, al toque entré a trabajar en una oficina de abogados donde todos eran brillantes y exitosos. Estoy convencida que ahí fue mi aprendizaje de la vida, mi motivación y mi modelo. Yo quería todo aquello que un profesional puede lograr con su trabajo, su esfuerzo y aprendí lo mejor de ese modelo en casi veinticinco años. Fui secretaria ejecutiva desde un inicio y terminé siendo la persona de confianza de los abogados. Exactamente cumplidos los cuarenta, era considerada como una de las mejores colaboradoras del Bufete.

Los optimistas dicen que la vida empieza a los cuarenta, ¿lo has escuchado? Eso dicen los que llegan a esa edad con la plana en blanco. Yo no era el caso, había bregado mucho para llegar a esa edad con algún éxito, pese a que hasta entonces no había ido a la universidad. Mi papá pensaba que los estudios no servían y que lo más importante es el negocio. Y mucho menos los estudios para las mujeres, porque creía eso terrible de que el lugar de la mujer está en la casa. En serio, así pensaba. Pero ¿sabes qué?, éramos muchos y un día a regañadientes, zass nos mandó a trabajar. Yo era muy dócil, aunque en realidad a mí no me daban bola, no era precisamente la más bonita y para el estándar chino era morenita y trinchuda. Voy a llamar a tu mamá Tatay, me decía mi mamá cuando me reprendía refiriéndose a la loca del barrio. Y yo lloraba, lloraba mucho, porque de verdad creía que aquella desgraciada era mi verdadera mamá.

Bueno y como te decía, cumplí los cuarenta y hasta aquí llegué, pensé. Era el momento del gran cambio. Ante la mirada atónita de familiares y jefes, renuncié. Ya no quería un trabajo que programara mis quincenas. Tomé todos mis ahorros y me propuse hacerme cargo de mi crecimiento personal. Quería una reingeniería de mi vida y nadie podría detenerme. Buscaba una vida diferente, ver el sol, sentir el aire fresco, conocer a personas interesantes y crecidas.

Libre de un horario y de jefes, ingresé a la universidad a pesar de mi edad, llevando una carrera corta para mujeres empresarias. Entonces, estudié administración de empresas, *marketing*, inglés, diseño de interiores, primeros auxilios, costura y organización de eventos. Y me puse a hacer de todo, confeccionaba manteles, era corredora de inmuebles, fabriqué bisutería, vendía fuegos artificiales y fui capataz en un edificio. Pero, sobre todo,

pronto me di cuenta de que estaba hecha para las relaciones públicas y eso lo aprovecharía para lo menos pensado.

Cumplí los cincuenta. Entonces mi papá ya había muerto y me había dejado una herencia de emprendimiento y amor al trabajo. Tal y como sueña. Siempre asimilé lo bueno que supo darme, jamás sumé rencores, aunque sí un silencioso temor. También me dejó dos cosas muy típicas de él: el uso de la palabra *tiunamá* y un terror irremediable a poner los pies al borde de una piscina o a la orilla del mar.

De la palabra *tiunamá*, supe su significado de modo fortuito. Era una expresión que se me escapaba en todos lados, siempre que algo me saliese realmente mal. Era casi una onomatopeya para mí. Una mañana me fui con unas amigas de la universidad a un chifa de la calle Capón. Era el cumpleaños de una de ellas y yo, como buena conocedora, había sugerido ese local. Pero el lugar estaba abarrotado y era para servirse todo lo que tú quisieras por un precio señalado. En una mesa grande y redonda contigua a la nuestra, estaban unos comensales chinos todos finamente internados, de hecho serían ejecutivos de alguna empresa. Yo iba de idas y venidas sirviéndome platillos y me incomodaba pasar y arrimarme entre mi mesa y la de ellos. De repente al pasar con mi *kamlu wantan*, tropecé con mi zapato, una silla y mi mal humor, salpicando de tamarindo las camisas immaculadas de los chinos. ¡*Tiunamá!*, grité. Los cuatro chinos se quedaron helados. Todos me miraban y sus rostros naranja daban cuenta del flujo sanguíneo sobre su piel amarilla. Fui yo la que me puse de colores cuando supe que *tiunamá* era una fea palabrota en chino mandarín.

Mi fobia a las piscinas y al mar me creó problemas más serios. Mis amigas socializaban en piscinas o sus familias acampaban en la playa para Año Nuevo. Yo perdía pretendientes por miles por andarme escapando de piscinas y mares. Cuando llegó Alfredo a mi vida, él también me invitó a nadar; yo me resistí y no sé cómo le conté muchas cosas sobre mí. Le conté de mi papá, de la anécdota de los chinos y al final le confesé mi pánico a las piscinas y al mar. Él me había escuchado todo con fervorosa atención, era un eximio nadador y encima había sido marino; solo me dijo ¡*tiunamá!*, al final y se rio. Casi lo mato, pero me casé con él.

Vivir en Lima es una forma de estar y no estar frente al mar. Una vez yo, dándomelas de leída y quejona, departí con unos clientes españoles que

estaban por invertir dinero en el Perú. Ellos solo habían ido al Bufete de Abogados para constituir sus empresas y registrar sus marcas en Indecopi, hasta que se encontraron conmigo. Les dije muy suelta de huesos que había sido una barbaridad fundar la capital del Perú frente al mar y tan expuesta a los piratas y a las invasiones extranjeras. ¿No te gusta el mar?, me preguntó uno de ellos con unos ojos enormes y unas cejas profundas. No me dejé perturbar y le dije que no, que no me gustaba el mar y que, además, este cielo limeño era horrible y que la humedad era terrible. En fin, les dije, ¿por qué fundaron aquí la capital? Entonces, otro de los españoles ahí sentado, me dijo con mucho gracejo, ¡Pues habrán sido tus abuelos los que lo hicieron, porque los nuestros se quedaron por allá, en España!

Me dejó callada. Y no solo por la aclarada que me dio, sino porque para colmo mi papá era chino y todos los chinos llegaron al Perú a través del océano. Y yo ahí quejándome del mar. Quizás debía repensar el asunto. De eso me acordaba muchos años después, una tarde en La Punta donde había ido con Alfredo. Él estaba jugando un partido de tenis y yo le miraba disparar y recoger la pelotita. ¡Ñañita!, me gritó, pásame la pelota. La pelotita había caído dando botecitos a mi costado, pero yo detestaba que me diga así y él lo sabía. En la selva les dicen Ñañas a las chicas y a mí me fastidiaba eso. Bueno, le dije tirándole la pelota a la cabeza, desde ahora te voy a decir Ñaño, así seremos la Ñaña y el Ñaño.

Me reí mucho con eso, había sido muy oportuno porque, en realidad, no sabía qué hacer con los nombres del hombre, todos eran horribles. Imagínate alguien que se llame Roosevelt Federico Alfredo, ¿cómo le puedes llamar? ¡No hay forma! Entonces y en ese momento no sé por qué sentí algo raro. Era una idea extraña. Mi papá había muerto y yo estaba ahí como limitada, con una fobia tonta y sin sentido. ¿Por qué no aprender a nadar?

¡Un momentito!, me dije, recordemos por favor que había cumplido cincuenta años y que si había dejado el Bufete, luego de veinticinco años, era para emprender mis propios negocios. ¿Qué hacía yo pensando en nadar? ¿Para qué hacerlo? En realidad, parecía algo vergonzoso ver a una mujer de mi edad tratando de entrar a una piscina, gritando o en estado de shock. Pero en serio, no sé, era como la necesidad de reencontrarme con algo, como si el círculo de mi vida no estuviese cerrado si no rompía y enfrentaba mis miedos. Entonces se lo dije a Alfredo, perdón, a Ñaño.

Creí sinceramente que se iba a reír. Pero no, sin dejar de mirar su plato de ceviche me dijo que le parecía muy bien, que eso estaba bien. Parecía como si no se hubiera sorprendido y mi ego me exigía provocar una reacción. ¡He dicho que voy a aprender a nadar!, le grité. Sí, está bien, me respondió pidiéndole al mozo una cuchara para tomarse la leche de tigre. Yo quería algo elocuente, un gesto de asombro, una mirada desorbitada, pero nada. Bueno, los escandalizados eran los demás comensales que voltearon a mirarme.

¿No será que quieres competir conmigo?, me dijo al fin sonriente y regalándome una mirada de sus ojazos verdes. ¡Nooo!, grité otra vez mientras la gente se alejaba cada vez más cambiándose de mesa. Tal vez nunca aprenda le dije, pero siempre he sentido que la gente que nada es superior, tiene un plus, porque domina otro medio que es el agua y el mundo es tres cuartas partes de agua, es casi como poder volar. Me aterra la idea Ñaño, pero es algo que debo intentar. Así más o menos fue lo que le dije aquella tarde que no voy a olvidar. Bueno pues, me dijo él por fin, cuenta con mi apoyo.

HERNÁN HERNÁNDEZ KCOMT

Nació en Trujillo en 1987. Es fotógrafo egresado del Centro de la Imagen y licenciado en Ciencias de la Comunicación por la UPAO. Actualmente cursa la maestría en Historia del Arte en la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Ganó el concurso Pasaporte para un Artista (2019) y recibió una mención honrosa en el Premio Nacional de Artes Visuales de Trujillo (2018). Fue finalista en el III Salón Nacional de Fotografía (ICPNA, 2012), las becas Roberto Villagraz (EFTI, 2013) y Pasaporte para un Artista (2015). Ha participado en diversas exposiciones colectivas, así como en la exposición individual Imposición/Imposible Traducción (Museo Qorikancha, 2017).

Ha publicado el poemario *Herencia del día* (2019), al que pertenecen sus tres primeros poemas incluidos en esta antología.

MAR,

Existe un Braille pequeñísimo en las páginas de un libro que se incendia eternamente.

Y una batalla para siempre perdida. Los frutos caídos de la vida.

Mar,

Existe una voz que resuena en la arqueología del laberinto cambiante de la memoria

En un recinto donde el tiempo fue depuesto

Y forma un río que regresa sobre sí mismo

y se devora. Es aquel circular caníbal para siempre.

Existe una voz
Destinada a quienes no tienen oídos
Sino este temor como un abismo bajo el pecho
Agitado, palpitante por la jauría muda de los vientos
Y un aleteo de misterios que se elevan a la noche.

Mar,
Existe una avidez de dedos ciegos que persigue las puntas de tus letras
Como si se tratara del inicio de tus cabellos.
Un arcoíris interminable en el desierto.
Allí donde, entre las rocas, soy una serpiente que canta
Con su voz antigua de sirena, sus himnos y presagios de profeta
En los vestigios, las raíces de un naufragio
Y la silueta informe de tu sombra

Lejana
La Pronunciación
Sólida / insalvable
Traducción
Insoluble / indescifrable

De tu Palabra.

Mar,
Escribo una mitología con la resonancia antigua de tu nombre.
Remonto, inoída, una larga cadena de cuadrantes y de signos.
Leo, por las noches, un libro de arena con las páginas caídas.

EN LA TARDE DE LOS TEMBLORES

tu corazón se incendió como el cielo
en los torrentes.
Mi mirada se extravió sobre el silencio
de las mareas.
El cielo era un torero que dominaba las estrellas
y mi capa era una espera con las lágrimas de la tierra.

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

La sangre cayó
como una nota vibrante del violonchelo.
La espada cayó
hiriendo las espaldas, esos lomos, las montañas.
La sangre cayó
siendo un paraguas, el pico curvado de una de esas aves.

La tarde de los temblores.
Tristeza, melancolía y la imagen de los ancestros.
La tarde de los temblores.
El mar y los montes, las estrellas
inubicables.
Cierra el círculo.
La esfera que reptaba sobre los giros de la tierra.
Cierra el círculo.
La serpiente que se mancha, dispersándose sobre el océano.

Tu mirada, mi mirada y la sangre con las lágrimas.
Sentadas, esperábamos a que pasara ese soplo
la niñez.
Recuérdame.
(me sentaba junto al asfalto
y mis piernas eran los desagües de la tarde, de aquella tarde
de miradas)
La tarde de los temblores.
El saxo
El chelo
El sexo
apenas un silencio.
El piano que destruimos, la guitarra que nunca reparamos.
La tarde de los temblores.
Ese soplo entre tus manos.

COMO CUANDO SOMOS UN OCÉANO

y la baja y alta marea no es sino el resuello de la sangre pura de las yeguas
y cabellos
de tu cuerpo con el mío
de tu cuerpo sobre el mío
de tu cuerpo envolviendo al mío en rotación constante
y traslación

—si es que se puede determinar quién o qué es aquel
ser extraño, *lo tuyo, lo mío*

aquel ser, quizás,
oleaje, murmullo o torrente
sanguíneo de mi cuerpo en el tuyo cuerpo mío
o de tu cuerpo en el nuestro cuerpo tuyo,
adentro, allí mismo, en lo más profundo
y somero, en las manos y los senos
y lo cálido— los pétalos, de fragancia inabarcable,
de famélicas, voraces fauces que engullen hasta la asfixia el fruto negro de
la Nada entre tus labios.

Sí, las olas de seda y asbesto cubrían en vaivén la arena calcinada de tu
cuerpo
hecho mío
en el barro y el sol, en el fuego y la arena,
y el caldero
eterno
del espíritu santo con sus séptuples lenguas de fuego acechando
como el corazón de un volcán solitario y submarino
de monstruo de mar, emergido al silencio,
a violenta ceguera. A medianoche y medioevo.

Y despertar, en aquel momento —*oh sí,*
despertar

volver a uno mismo era ser mortal de nuevo, ya podridos,
tumefactos, nocturnos
jadeos, abatidos

HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:

y marchitos

desangrados con la dolorosa savia blanca de palomas
las amapolas devastadas.

QUERERTE

fue la forma de mi cobarde
y diferido suicidio
—que va tomando ya toda una vida—
Fue escudriñar en un baúl obstinado
en el que sisea viperina la esperanza
para tentarme con tus fecundos frutos de carne
al sabor irresistible del conocimiento
del mal que he amado y del bien que he abjurado
(soy una semilla de asfixias
el último hijo de una estirpe ya extinta
en las profundidades de un fango secreto
de un blanco océano de hielo
poblado de cetáceos y espermas abandonados)

Quererte
ha sido el nombre oculto de mi locura.
Porque eras como yo —
un fruto estéril de viento huracanado—
Mi núcleo, el silencio de mil noches de desierto,
Reflejaba el horadado envoltorio de tus miembros
Repartidos,
una y otra vez
—una y otra vez—
en comunión lúbrica terrena, infatigable
(porque era
—y soy todavía—
un yonqui
de los amaneceres de éter
de tu cabellera de ráfaga violeta alucinada,
un monje

—el fracaso—
de un culto unitario
el sacrílego
 último custodio
de tu veneno
 y de tu inconcebible pureza)

Porque compartías conmigo la ceguera
Y luego nos repartíamos los fervores y el incendio.
 —nuestro sexo, una danza que jamás acababa en las fronteras—
Porque eras el reverso de mi sombra
Y yo, el reverso de tu estruendo.
Y porque nacimos separados y moriremos separados
Pero somos una misma materia,
un mismo llanto
una misma mierda.

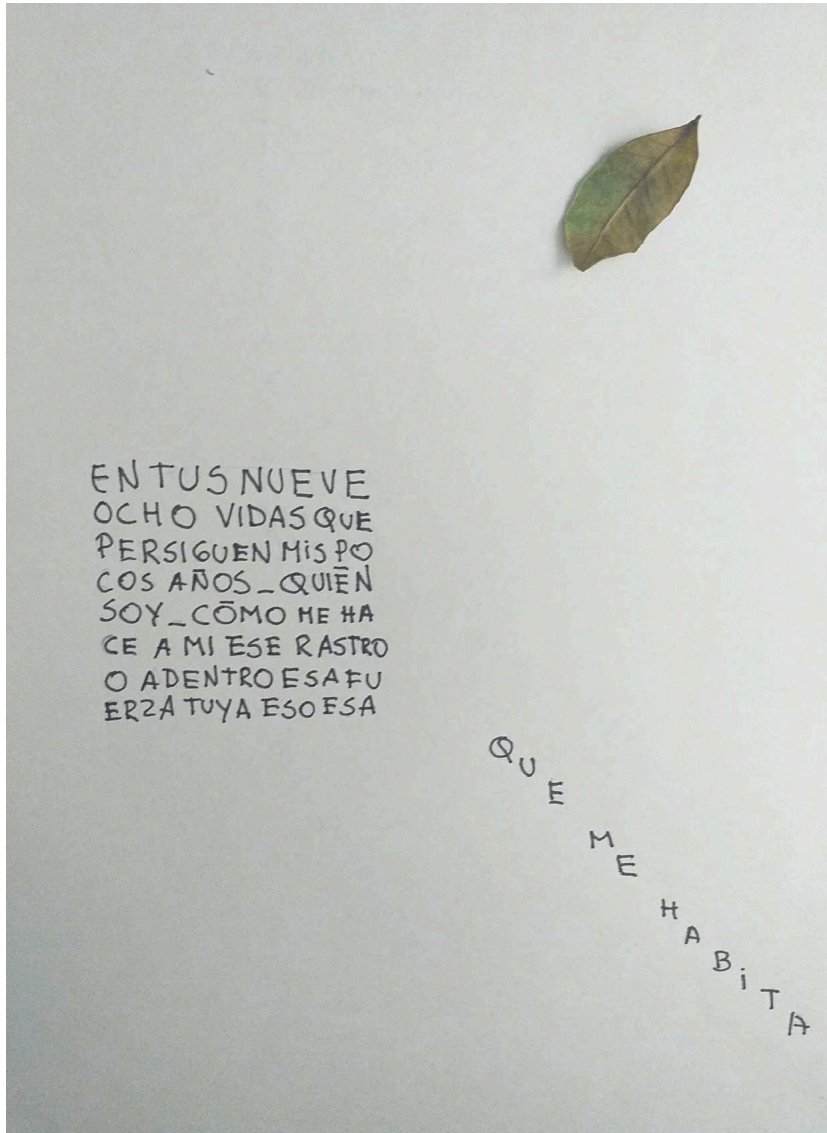
Porque sí,
Siameses de penumbra,
Te extirpo de mí como una enfermedad y una inagotable pérdida.

Porque sí, somos nuestro pasado
Y este, por tanto —aunque deba encallar olvidado—
es y fue. Y fue y será —por siempre,
pues, infinitamente,
en cada instante
se realiza y actualiza
palpita y cruje, dormita
se cristaliza y crepita
en el presente y en la noche perpetua de tu ausencia.

Eres el verdadero nombre de mi ser, de la Eternidad y la miseria.

LUCERO MEDINA HÚ

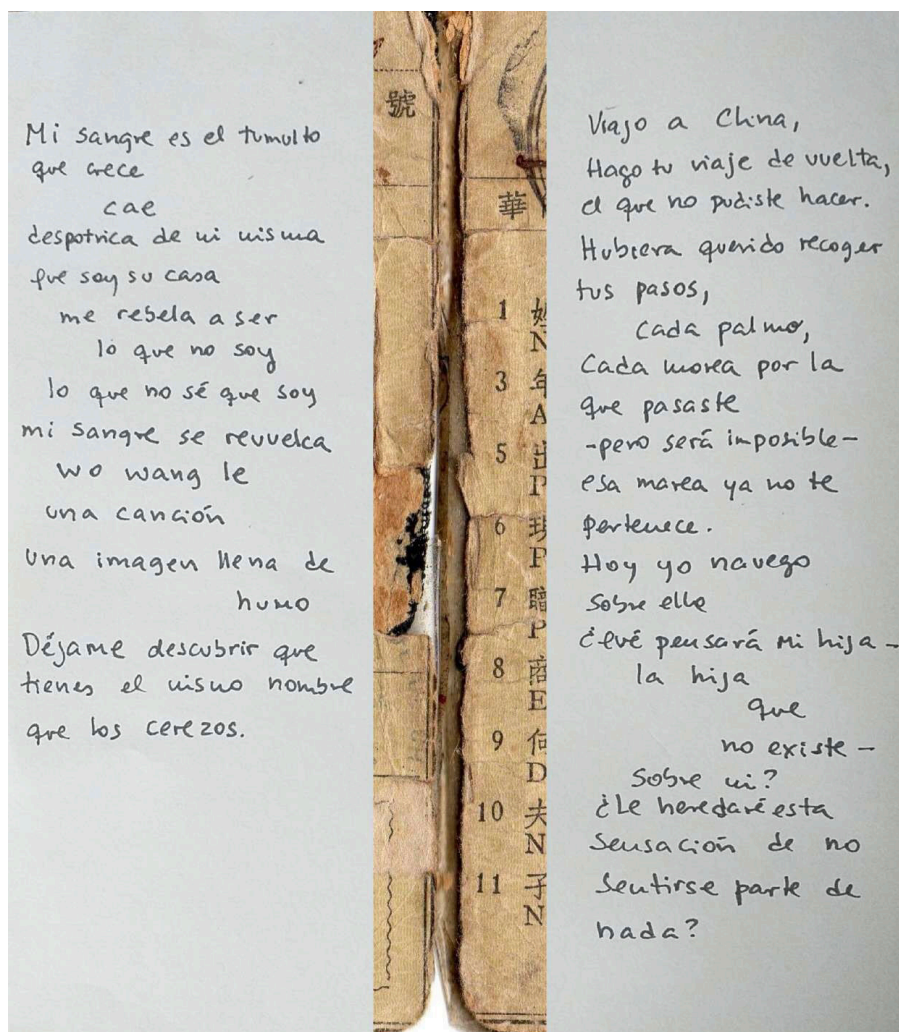
Directora e investigadora escénica en torno a temas de cuerpo, memoria y archivo, y su relación con la escritura en el campo expandido, es bachiller en Artes Escénicas, magistra en Literatura Hispanoamericana y con estudios en Educación para el Desarrollo (PUCP). Es profesora del Departamento de Artes Escénicas. Ha escrito y dirigido *Extraño camino hacia mi voz* (2013), *Carguyoq-investigación acción escénica* (2018) y *Pata de león* (2021), ganador de los Estímulos del Ministerio de Cultura, 2020. Ha trabajado como directora asistente de *Discurso de Promoción*, del grupo Cultural Yuyachkani, y fue una de las directoras invitadas al proyecto *Bicentenario* (2021) del Teatro La Plaza. Es miembro de *La Terminal*, colectivo de investigación interdisciplinaria con quienes desarrolla proyectos sobre migración e identidad. Actualmente, es decana interina de la Facultad de Artes Escénicas (PUCP).



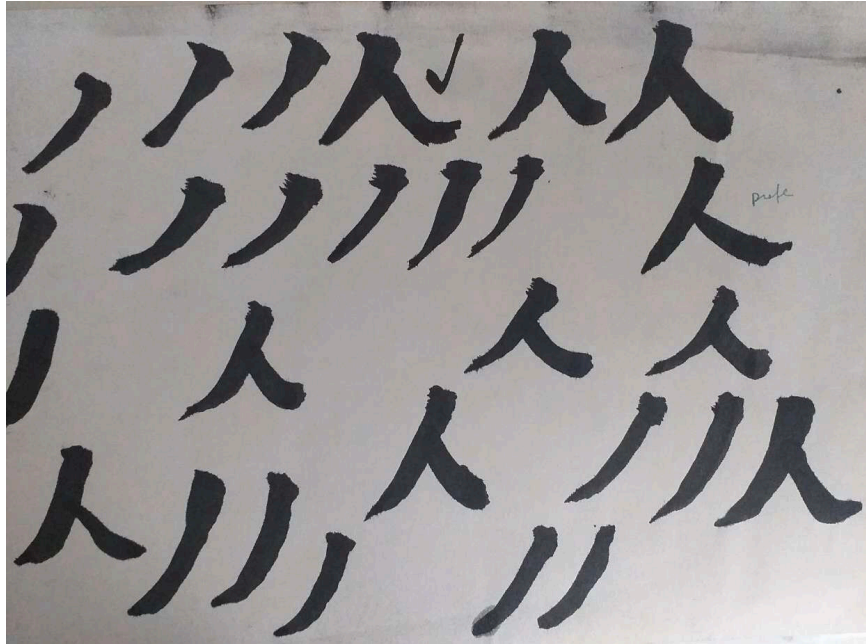
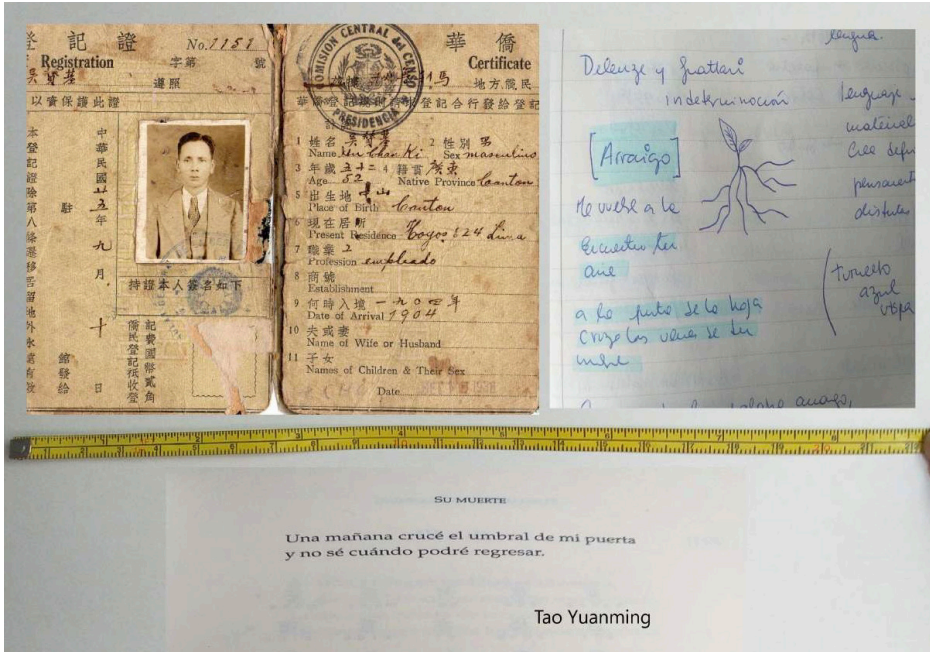
ENTUS NUEVE
OCHO VIDAS QUE
PERSIGUEN MIS PO
COS AÑOS _ QUIÉN
SOY _ CŌMO ME HA
CE A MI ESE RASTRO
O ADENTRO ESA FU
ERZA TUYA ESO ESA

QUE
ME
HABITA

ESTE RETORNO me lleva
a la línea travesada donde
recorro sitios tiempo
VUELVE A EXPLORAR y repasar
la carne muerta muerta
Contemplar dejarme ir
para volver retorno
diáspora de mis palabras
para todos soy yo
soy otras soy
solo sombra
seca
sordos
sonidos
susurros
sin sol
sembrar
sin
sembrar
sollozos
sin
sentido
sexo
silencio
sobrevivo sola
suspiros
sostengo
secretos
sentir
sin
sentir



HOJAS SOBRE LAS RAÍCES:



Nació en Lima pero es de Pisco, en Ica. Es comunicador, artista y gestor cultural. Magíster (C) en Lengua y Cultura China por Fudan University -复旦大学. Se graduó en Comunicaciones con mención en Artes Escénicas por la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP) y de Lengua China por Shanghai International Studies University (SISU). Es miembro de la Red Latina (e Hispano) Americanista sobre Estudios Sinológicos de la Universidad de Costa Rica (UCR).

Actualmente es profesor en el Instituto Confucio-PUCP en Lima. También se desempeña como activista cultural en temas concernientes a la relación Perú-China. Es uno de los promotores culturales y activistas comunitarios que más han hecho por la visibilización de la cultura tusán (cultura de los peruanos de ascendencia china). Ha dado ponencias en Perú, Cuba, España y China. Es director fundador del centro cultural digital Tusanaje-秘从中来 y participó en varios proyectos editoriales en 2022.

ORALES A MEDIANOCHE

Gómez-PacKu es desesperante, mientras lo espero me vuelvo adicto al póquer y pierdo y sufro como si me arrebatará un vendedor de biblias los soles con los que como el menú los días que el básico está intratable
Todo esto mientras me acompaña la lavadora con su *swing* electrónico de niños eufóricos y al mismo tiempo mis pies
trapean lo que hicieron otros culpables
Antes no era así, antes no era así
La imponencia de las olas de Pisco destrozaría con su

imponente no sé qué imagen usar el tintineo frustrante y débil de la lavadora y, además, toda esa arena que abrigaba los pies de La Mandrágora entera cubriría los pies que ahora cubre un trapo pelagato y yo podría en toda la playa lanzar mis orines de Cristal o de Pilsen pero nunca de Barena

Ahora es diferente

Y Gómez-PacKu, que todavía no llega a las cuatro paredes de mi noche, por cierto, él es el pendejo más pendejo que conozco. Pero de esos pendejos que formaron el concepto de pendejo peruano.

Gómez-PacKu y yo tomamos tanto que nos hemos propuesto ser poetas

Por eso andamos por Lima, por eso buscamos mear en los cafés que habitaron locos y extraños y profetas, si hay plata para eso. Pero buceamos en la variedad

nos andamos por Miraflores o por Barranco que es donde Gómez-PacKu conoce más pues yo desconozco mayormente

hay veces que nos metemos en el Haití creyendo que nos sentamos sobre los recuerdos de otros culos que pudieron decidir algo importante de este país en las mismas sillas, qué idiotas somos. Pero cuando se van los basadres y los valdelomares se conforman las gargantas y los sueños rotos en Berlín o en el Tumbao donde las gringas bailan más feo que nunca pero besan bien cuando se agachan unos centímetros o en La Vida Misma o en otro lado donde hay algo menos poetas Gómez-PacKu tiene sus altos y bajos a veces nos vemos la Bundesliga junto a Tarantino tan cerca de la de Lima y a veces Solo nos quedan los finales felices de las espaldas de las semi-mujeres del Niza.

Interrupción

Interrupción

Interrupción

(si van a perrear por la Arequipa háganlo por media hora como máximo luego a las pulgas no las aguanta ni el desodorante que nos amasaron en sus ganglios ni los celos de “Bolón”, que

descubrirás como el enamorado de aquellas tetas
 ¡cómprale un rolón! dirá la comisura sangrante de la boca que
 No dijo nada porque corrió tan rápido que...)
 Por fin llega Gómez-PacKu, está en la puerta con esa
 sonrisa que ponen los que están acostumbrados a que el Perú
 pierda por goleada en las ligas de la igualdad social, pero él
 contraataca con esa sonrisa pura, cachacienta, pendeja
 cuando se saca el sombrero aprovecha para contar los vómitos
 que esquivó camino a las cuatro paredes mientras maldice a los
 culpables lo mismo que cuenta los centavos de menos que no
 entorpecen el cuerpo porque se los dio al expresidiario y a la
 huérfana y al padre de la moribunda y a la madre de once hijos
 que no sabe la Beatita de Humay y dónde están que lo asaltaron
 con balas de pena y puñales de realidad en el asiento más
 incómodo (el de la llanta de la combi) donde no puedes estirar
 las piernas y tienes que hacer malabares por dos monedas que
 no valen ni la intención de ayudar
 Hoy no trajo un quebranta bajo el brazo ni un cholo ni un italia
 hoy dice estar más misio que su papá cuando embarazó a su
 mamá de su hermano mayor
 hoy no habrá suiza de mentira ni Haití, ni siquiera Berlín ni
 Bolón ni café barranquito
 hoy se comulga con los joncas del único chino que baila como
 negro y que vende después de las doce aguas para no olvidar y
 que no le fía a Gómez-PacKu ni dos cigarros que entonces
 debe comprar con el desayuno del mañana
 hoy ¡la fregué! ¡se me acabó el detergente! Mete toda la ropa
 junta pez y completa con lejía, así hago yo —dice con su
 bembota
 Los limones esperan sin más remedio que hablar de los
 problemas de la hermana de uno y los amores de la hermana de
 otro sin saber que Gómez-PacKu de mierda no ha traído
 pisco alguno ni un cholo ni un italia
 como está de más gastar versos en aclarar que hoy no hay plata
 mejor me siento en mi sofá y busco una buena conversación en
 uno de los cajones de mi espalda

Gómez-PacKu pone algo de Palmieri
está bien para comenzar, mueve los pies en plena sala, qué
facilidad no tener adornos en el depa viejo en el que tú estás de
nuevo y le hace unas vueltas y el ocho y otro paso cubano a la
soledad, pobre, no es que sea feo pero es que no tiene paciencia
Gómez-PacKu, aunque sí es feo. Y no se baña.

Lo reto.

Cojo la cintura de la dama y estremezco el ambiente con mi
paso en cruz y un soneo del Beny que Milanés ya quisiera
haber dicho mientras bailaba con la belleza con la que bailo yo.
Gómez-PacKu abre la primera Pilsen que yo tomo antes
que se le vaya el olor a eructo y después de ver las arañas que
pasean por el rincón que no limpiaré hasta graduarme en leyes.
Toma rápido chino porque quiero que hoy que no hay basadres
ni valdelomares vengan rápido a la “reu” los invitados.
Ay Gómez-PacKu solo tú has visto a todos los que me
visitan, dependiendo de los antojos de las lenguas que esgrimen
nuestras conversaciones.

Mira que una vez conversamos de los anillos de las manos del
Camarlengo de Benedicto y concluimos más preguntas de las
que la hoja que escribo quiere cargar por esa misma flojera que
tienen todas las hojas, digamos que están muy telas
Y qué sería de nuestras vidas en campos de concentración si
Hitler naciera en el Perú, que se volvería penosamente de unos
pocos y si Matilde no hubiera amado a Pablo panza de Buda,
seguro y el mundo no caminaría privado de barro y trueno y Chile
ahí sí que guardaría silencio.

Buscamos temas de temas los muertos de Breton fueron chatos
y los novios de Florcita muy piticlínes y terminamos charlando
en el orificio más pequeño de la Av. La Molina donde tocan
Los Guardaespaldas de la Negra mientras su cantante se baja
los pantalones y muestra el sueño de García Lorca arropado en
rombos que su madre le regaló o en Bravo Chico tomando
cañazo en el bar de Huaiki hasta que el humo de su marihuana
me ocasionó un ataque de asma y tú Gómez-PacKu me
llevaste al sitio donde ahora me hablas de las arrugas de tu

frente morena de bisnieto de culí que murió
levantándole el dedo medio a un Elías
me miras y tomas un vaso más y ahora
pones a Ray Barretto con sus *hard hands*
y no me queda más que confesarte algo
no sé qué carajo escribir
y me abrume
he intentado el estado de poesía westphaleano pero solo me
lleno de gases
cómo te va a ti Gómez-PacKu creo que de tanto pisco sour
hemos perdido el poco hambre de escribir que pudimos haber
robado de la ceja levantada de la ironía
Gómez-PacKu toma un vaso más, se rasca el huevo
derecho, apunta con su boquita que es de cinco pulgadas y me
dice:
Tienes la misma actitud de estreñimiento crónico de los que se
van del país, como el hermano inmediatamente mayor de tu
madre y el padrino del padrastro de mi padre
A mí se me fue todo, un tiempo incluso el alma, pero busqué la
poesía donde nadie la busca porque todos creen que ahí ya
se extinguió.
Me fui a Pisco – playa, al frente de la casa de Palito Ortega, y
traté de robarle al mar su agónico perfume cuando de debajo
del muelle que aguantó el terremoto y el peso de mi tía Goya
me golpeó la imagen de dos hombres haciendo el amor. No
quise interrumpir más a la playa. Estaba llena de esperma.
Pero seguí sin desfallecer o agonizando que es lo mismo hasta
que decidí romper con todo lo anterior (que innovación) y
cambié la intertextualidad por la hipervinculación donde
mariposa_betsabe@hotmail.com fue la musa que me llevó
hacia lo mejor de mis trajinadas letras
Imagínate que la Oda a Melcochita ganó un concurso en la
movida de Janet (pronúnciese como “j” y no como “y”)
Todo eso me decía Gómez-PacKu mientras un grillo que
debe estar donde habitan los sueños realizados hacía recordar,
mira qué coincidencia, entre su ruido y el mío, las frustraciones

de Gómez-PacKu al que le comenzaron a sudar los ojos no sé si por lo bien escrita de su oda o por el amor que huyó volando con alas de mariposa o porque simplemente es un efecto secundario de tomar hablando conmigo Gómez-PacKu siempre dice que nosotros nos hacemos orales en plena noche y el tercero de la sala, que casi siempre lo hay, ríe a carcajadas limpia hasta el punto en el que se le caerían los dientes postizos si fueran abuelos de la edad de mi abuelo.

Creo que me cansa el trajín porque también me sudan los ojos por estar tan cansado de recitar las mismas cojudeces los sábados en la heladería de mi tía Anita sin que me aplaudan por más que cortesía y me siento tan solo abandonado en las cuatro paredes donde solo Gómez-PacKu está dispuesto a sudar conmigo la gorda gota de los que no escribimos por pasar el rato pero lo escrito nos roba la vida que se pasa a gotas gordas. Entonces, surgen cinco versos que no sé por qué salen de esta manera y a cuatro manos se vuelven pan duro con los hongos verdes de la esperanza de entrar por alguna ventana y de incógnito al salón de la intelectualidad.

Si estas cuatro paredes abrieran un atajo al parnaso de la poesía y si Gómez-PacKu se lavara más seguido la parte de atrás de sus orejas yo no dejaría de dormir en la cama de Amelia ni me importaría la ausencia de basadres y valdelomares ni que la lavadora escupa las medias rojas cada tarde y por fin el grillo calle y deje de haber vómitos en los caminos a mi casa entendería que lo que hay debajo de mi cama es poesía.

Se terminó de imprimir en diciembre de 2022
en los talleres de Fernando González Duke
Tlacoquemecatl 533-3 Col. Del Valle,
C.P. 03100, Municipio Benito Juárez
Ciudad de México.

